

MIENTRAS SORPRENDAN LOS DÍAS



SARA MAÑERO

MIENTRAS
SORPRENDAN
LOS DÍAS

SARA MAÑERO

Título: Mientras sorprendan los días.

© Sara Mañero 2020.

Maquetación: Lector Cero.

Reservados todos los derechos. queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Todos los derechos reservados

ÍNDICE

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

Ficha de autor

I

—¡Buenos días! Son las seis de la mañana; las cinco en las islas Canarias. Hoy se esperan chubascos dispersos en la franja...

Pilar sacó el brazo de debajo de las mantas para apagar la radio, volviendo a meterlo al instante al sentir un frío hiriente que le hizo tiritar de inmediato. Todas las mañanas necesitaba reunir fuerzas para escapar del cálido refugio de su cama y recorrer los escasos metros que la separaban del cuarto de baño de sus hijos. Este invierno había cerrado por primera vez los radiadores de su dormitorio y su baño. Era un gasto innecesario. Ella no se destapaba de noche, no corría peligro de enfriarse y, además, siempre se duchaba cuando los críos dormían. Sí, podía pasar sin calefacción, y había que ahorrar. Su ex seguía en paro; aunque quisiera, poco podía darles.

Lo peor era el instante de apartar las mantas y notar el ambiente gélido del cuarto en cada uno de los poros de su piel, como alfileres que se le clavaran inmisericordes. A su hija Silvia, que se quejaba cada vez que entraba en el dormitorio de su madre en busca de cualquier cosa, le había dicho que ella prefería dormir con aire fresco y deseaba pensar que se lo había creído, pero no estaba segura de haber logrado engañar al mayor, a Francisco, quien siempre la miraba desde la distancia de sus ojos castaños como si quisiera decir con ellos lo que su boca se negaba a pronunciar.

Ya en el baño común de los chicos, abrió la ducha, recogiendo en un cubo los primeros litros de agua fría. Siempre lo había hecho por conciencia ecológica, así que ahora no necesitaba dar explicaciones al respecto. Era un alivio. Le cansaba tener que justificarse por todo. Mientras se desnudaba, recordó que esa tarde debía pasar a pagar la academia de Silvia; era el último día del plazo; no se le podía olvidar. Antes, a las siete, la sentencia.

Dejó que el agua caliente, casi hirviendo, cayese sobre sus hombros, sin bajar la mirada, sin pasar la esponja por la zona derecha. Aún no había reunido las fuerzas necesarias para mirarse a un espejo, desnuda, y hacía ya casi cinco años. No lo entendía. Estaba acostumbrada a las cicatrices; a fin de cuentas era enfermera, ¿no? Y nunca le había importado mirarse el pliegue brillante de la última cesárea, liso, terso todavía, como si deseara exhibirse con orgullo. Pero el pecho... No, no podía. Aquello no era ella; no lo reconocía como propio, como parte de sí. Y ahora sabía que nunca lo haría.

Con la piel del torso todavía húmeda se abrochó el sujetador, se ajustó la prótesis y entonces sí, contempló su imagen en el espejo. Era evidente que había adelgazado en esos últimos tiempos, pero seguía siendo ella; su cuerpo relleno, redondo, que se negaba a perder sus formas pese a los cientos de dietas que había probado desde su primer embarazo; pese a los meses de vómitos y ayunos. Ella, la jovencita de 24 años que se casó tan enamorada seguía allí. Allí estaba la nueva madre que con 29 años había estrenado ese piso que, por fin, estaba a punto de ser solo suyo, y no del banco. Podía descubrirse en cada arruga de su frente, en las dos pecas que tenía en la mejilla izquierda, en el pliegue de sus labios. Aunque el pelo era otro, más fuerte, más áspero, casi crespo. También desconocía esos ojos hundidos, los párpados amoratados, las ojeras profundas. Se acercó al espejo, intentando descubrirse quizá en la niña de los ojos, en ese estrecho túnel que la conectaba con el mundo, sin lograrlo.

En la cocina, preparó las lentejas que había dejado a remojo la noche anterior y se ocupó de los almuerzos. Conforme la olla exprés dejaba escapar su vapor y la habitación, que había cerrado

para evitar despertar a los demás ocupantes de la casa, se llenaba del olor a las legumbres, sintió una repugnancia creciente. Se acababa de preparar un café con leche, pero se le había revuelto el estómago de pronto, así que lo apartó de la mesa. Tenía que comer algo. Hasta el descanso de media mañana aún faltaban varias horas, pero sabía que, por más que se esforzase, no podría tragar nada en ese momento, así que cogió una manzana y se la llevó hacia el bolso, mientras despertaba a los niños.

—¡Otra vez lentejas! ¡Qué asco! ¡Sabes que las odio! ¡No sé por qué me haces esto! —saludó su hija al entrar en la cocina, todavía medio dormida, y oler los vapores de la olla, ya apagada.

—¡Buenos días, Silvia! Yo también he dormido bien, gracias. Y tú sabes que los martes toca legumbres. Una semana alubias y otra, lentejas, ya lo sabes. Francisco odia las alubias y no protesta cuando las preparo.

—A él le da lo mismo, pero yo odio las lentejas, de verdad, me dan ganas de vomitar... ¿Por qué eres así? ¡No lo entiendo! Solo de pensarlo ya me has amargado el día. Parece que solo te gusta fastidiarme...

—Cállate ya, Silvia, ¿no ves que mamá está cansada? —reprendió su hermano mayor, que acababa de entrar a desayunar, mientras su madre les miraba en silencio—. Y date prisa, que siempre llegamos tarde por tu culpa.

Había ganado casi cinco años. Cinco años en los que Francisco había dejado de ser un niño y se había convertido en un muchacho de diecisiete. Casi un adulto. Callado, taciturno, comprensivo. Creía recordarle como un pequeño alegre y travieso, pero hacía ya tanto de eso... ¿Cuándo había cambiado? ¿Dónde estaba aquel chiquillo que se recortaba las figuritas de los pijamas para pegarlas en la pared, que recogía tierra del parque y se la llevaba a casa para hacerse un jardín en su cuarto, que tenía la habitación llena de lagartijas que había ido cazando y a las que alimentaba con esmero? Se había perdido en algún lugar entre la enfermedad y la separación. Ahora era un joven estudioso, responsable, maduro en exceso, siempre pendiente de todo, atento a todo. Y, sobre todo, a ella. Y eso no podía soportarlo. Le sobrepasaba pensar que se habían intercambiado los papeles. Era injusto para el crío y era cruel para ella...

Cinco años. Había ganado casi cinco años. ¡Si tan solo pudiera conseguir otros cinco! Francisco podría estar a punto de acabar sus estudios y Silvia, que había pasado de ser una niña encantadora a una adolescente insoportable, volvería a ser ella misma. ¡Cinco años más! No era por ella, la verdad. Estaba muy cansada, tanto que no le importaría rendirse. Además, no sabía si podría enfrentarse sola a todo el proceso de nuevo. Pero los niños aún la necesitaban. Otros cinco años...

—¡Chicos, me marchó, que se me hace tarde! Daos prisa y no olvidéis los bocatas. ¡Hasta luego! ¡Un beso!

—¡Adiós, mamá! Que tengas buen día —Francisco salió de su cuarto y se acercó a darle un beso en la mejilla.

—¡Adiós, cariño! Ten paciencia con tu hermana, ¿vale? —susurró.

—Sí, tranquila —oyó decir mientras cerraba la puerta de casa.

¡Vaya! ¡Qué pronto ha llegado el ascensor! ¡Qué bien! Y ¿cómo no? Aquí está mi vecino, el estirado, que apenas se digna a mirar a su alrededor y casi no gasta ni saliva en dar los buenos días; pero eso sí, siempre educado e impecable. Me pregunto a qué se dedica, tan acicalado, tan formal, tan de la antigua escuela... ¡Ay! ¡Otros cinco años! Aunque, por otro lado, quizá no fuese para tanto; quizá no fuera tan indispensable. Desde un punto de vista económico no quedarían mal.

Ella ya se había encargado de no tramitar el divorcio para que Paco pudiera cobrar una pensión de viudedad. No sería mucho, pero junto a las de los niños, podrían salir adelante. A lo mejor incluso contarían con más recursos que ahora mismo. Se ahorrarían los meses que quedaban de hipoteca. ¡Cómo se rieron cuando les obligaron a firmar aquel seguro en el banco! *En caso de defunción de uno de los cónyuges...* ¡Quién podría haber sospechado, entonces, que esa posibilidad era real, incluso probable! Pero lo cierto era que ahora no les vendría mal, si llegara el caso. Lo que sería divertido sería sobrevivir hasta liquidar la hipoteca y luego morir, cuando para nada valiese haber pagado el maldito seguro... ¡Tendría guasa el asunto! Así que, a ese nivel, tampoco pasaba nada si la sentencia era la que esperaba. A las siete.

Y los chicos... Bueno, quería pensar que llorarían su ausencia, pero saldrían adelante. Siempre se sale. Tenían a su padre, que se ocuparía de ellos con cariño. Silvia incluso se alegraría de vivir con él, seguro. Nunca había aceptado la separación y, en el fondo, siempre la consideró culpable. Si hasta le soltó a la cara que *como siempre estaba enferma, qué se esperaba*. No es que la cría fuese mala, ni cruel, ni desconsiderada, no; ella no se lo tenía en cuenta. Comprendía que solo estaba en esa fase en que la madre es más un enemigo que un aliado. Aunque le daría pena marcharse sin recuperar a la niña que fue, entendía que tampoco era justo que los recuerdos que la hija tuviese de su madre fuesen siempre de penas y angustias, de médicos y pruebas. A lo mejor era bueno marcharse cuanto antes. No prolongar la agonía.

Para Francisco, quizá, también fuese lo mejor; tras un tiempo, podría volver a ser un adolescente y dejar el papel de adulto protector que había aprendido a desempeñar desde hacía algún tiempo. No le gustaba notar tanta preocupación, tanto entendimiento en su mirada. Aunque él sí que iba a añorarla... Estaban tan unidos. El vínculo entre una madre y un hijo siempre es fuerte, dicen. Pero al chaval le vendría bien librarse de toda esa carga y esa responsabilidad que había asumido sin que nadie se lo pidiese. Era demasiado joven. Quería que recuperase la alegría, la capacidad de reír y divertirse. Sí, quizá no sería tan grave si se fuese pronto. Mejor para todos.

Y para ella también, por supuesto. Poder descansar por fin. No tirar más del carro. Dejarse mimar un poquito, al final, y luego desaparecer del mapa. Sin grandes alardes. No le gustaba molestar. Lo peor sería el proceso hasta el final... El dolor... No; le haría prometer a Miguel que no permitiría que sufriese y que le facilitaría el viaje; o, por lo menos, no lo entorpecería. Se lo debía. Habían trabajado juntos... ¿Cuánto? ¿Más de 15 años? Sí, casi 16; desde el principio. Toda una vida juntos. Eran casi de la familia. Confiaba en él. Sí. Eso sería lo mejor. Así que, aunque le diese la peor de las noticias esa tarde, tampoco sería para tanto. Vale, pues ya estaba más tranquila.

Pilar avanzaba por la calle con premura, las manos en los bolsillos del abrigo, la mirada al frente, la bufanda meciéndose al ritmo de su paso ligero, al igual que el bolso, que llevaba en bandolera, absorta en sus propios pensamientos hasta el punto de seguir caminando en dirección a la boca del metro de una manera automática. No era consciente de nada de lo que pasaba a su alrededor. O así lo creía porque, de pronto, observó el revuelo que se formaba entorno a un hombre mayor que acababa de desmayarse. En un instante se hizo cargo de la situación y comprendió que sus sentidos no habían estado tan ajenos al entorno como había sospechado. Recorrió los escasos metros que la separaban del enfermo a un paso aún más rápido. Ya no era una madre afligida que aceptaba su suerte, sino una profesional capaz de actuar en momentos de tensión para salvar a un paciente.

¡Ay! ¿Qué le habrá pasado a ese señor? Se ha desmayado, el pobre. Algo de corazón, seguro,

porque se tocaba el pecho. Tendré que ocuparme yo, supongo, porque nadie parece reaccionar.

—¿Me permiten, por favor? Que alguien pida una ambulancia y diga que se trata de una urgencia cardíaca.

¡Venga, hombre, no me hagas esto! ¡Reacciona! No puedo empezar el día perdiendo a un paciente. Hoy no. Venga. Uno, dos, tres... Nadie puede ayudarme. ¡Qué mierda! Así que vamos, Pilar, tú sola. Recuerda: treinta a dos. Toca insuflar. ¡Venga, hombre! ¡No te me mueras! ¡Reacciona! Otra vez... cuatro, cinco, seis... Vuelta a empezar...

—¡Espere, señora! ¡Parece que tiene pulso!

Una voz grave, nerviosa, interrumpe sus pensamientos, pero Pilar no puede detenerse, ni mirar a quien habla.

¿Seguro? Es fácil que se haya confundido con su propio pulso, si no tiene costumbre..., pero no pasa nada por comprobarlo. Veamos. ¡Sí! ¡Bien! Ahora a ver si respira. ¡Vamos, vamos! ¡Que ya ha pasado lo peor! ¡Venga, otra vez! ¡Eso es! ¡Así! ¡Venga, que lo hemos logrado! ¡Bien!

—¡Tranquilo, no intente moverse! Enseguida llega la ambulancia. ¿Recuerda su nombre? ¿Sabe lo que le ha pasado? Espere que le tape con mi abrigo. ¡Ah, muchas gracias!

Alguien le ha dado otro abrigo, negro, grueso, y cubre también con él al enfermo.

—Sí, sí. Me llamo Adolfo. Me he sentido mal. Un dolor en el brazo y como una presión...

—¡Bien! ¡No se preocupe! Ahora no hable más. Descanse. Mire, ya se oye la sirena. Todo va a salir bien, no se preocupe. Tranquilo. Todo va a salir bien...

Pilar le arropaba como si de un niño se tratara, susurrándole palabras tranquilizadoras.

* * *

—¡Buenos días! Son las siete de la mañana; las seis en las islas Canarias. Hoy se esperan chubascos dispersos en la franja...

Paco se levantó de la que había sido su cama desde la infancia. Le dolían todos los huesos y tardó unos instantes en lograr enderezarse. Me siento como una bisagra oxidada, pensó. Lástima que no pueda solucionarlo con *Tres en uno*. Se vistió mientras escuchaba las noticias del boletín matinal.

De la cocina le llegó el aroma del café recién hecho. Su madre se había levantado otra vez... Mira que le había dicho veces que no lo hiciera, que no tenía necesidad de pegarse el madrugón. Si hasta se duchaba la noche anterior para no despertarla... Pero siempre había sido muy testaruda y no iba a cambiar ahora, claro. Lo peor es que ella lo hacía pensando que era por el bien del hijo y él no podía agradecersele, porque era incapaz de soportarlo. Nunca había aguantado ese afán suyo de hacer cosas por los otros, pero dejando siempre bien claro que era un sacrificio y que esperaba gratitud a cambio. De joven lo había llevado mal y siempre que podía recordaba a su madre que él no había pedido nada, así que no tenía que agradecer lo que no había solicitado. Pero ahora se habían ya pasado los tiempos de las broncas airadas y los grandes gestos, de los portazos con los que rubricar unas palabras malsonantes, de las miradas afiladas como navajas y de los desplantes.

Ahora la vida les había vencido. A los dos. A su madre, que había tenido que acogerlo en casa y reconocer el fracaso de ese hijo con el que nunca había congeniado en exceso, pero al que,

como carne de su carne, jamás dejaría en la estacada. A él, que lo había perdido todo por imbécil: su familia, su casa, su vida... y, por fin, su trabajo. Lo único que podía agradecer a la asquerosa crisis es que el estar en paro no era culpa suya. El trabajo lo había perdido, pero no habría podido conservarlo aunque hubiese querido. Nada pudo hacer contra el cierre de su empresa; otra más engullida por las deudas y unos cálculos en exceso optimistas que no se cumplieron. Aunque, si a eso vamos, qué más daba que no fuese su culpa. El caso es que estaba en paro, que había pasado a engrosar las filas de los parados de larga duración y pronto estaría en la de los que habían perdido el derecho a la prestación. ¿Y luego? Ser un número en una estadística no era un consuelo.

—¡Hijo! ¡Que se te enfría el café!

Un grito agudo desde la distancia.

—Ya voy, madre. Me estoy vistiendo —contestó ronco; casi no le salía la voz de la garganta.

El estrecho y oscuro pasillo que separaba su antiguo dormitorio infantil de la cocina se le antojó una suerte de patíbulo. Se sentía incapaz de soportar una conversación amable con su madre y, al tiempo, sabía que le debía una cierta apariencia de cordialidad. Le había vuelto a dar un techo y le alimentaba todos los días sin demasiadas quejas por la cuestión económica, aunque con algún comentario de tanto en tanto, pero sin pedirle un euro en concepto de alquiler o manutención. Le debía una sonrisa y un beso, por lo menos. Y, respirando hondo antes de entrar, se colocó una mueca agradable en el rostro al abrir la puerta de la cocina.

—¡Hola, madre! ¡Buenos días!

Se inclinó para darle un beso en la mejilla, con suavidad y un tono que fingió jovial.

—¡Hola Paco! ¡Ya ves! ¿Para qué me he levantado yo a hacerte el café y que lo tuvieras caliente? ¡Si seguro que se te ha enfriado ya...! No sé cómo puedes tardar tanto en arreglarte. Como cuando eras pequeño, que siempre te llevaba a rastras a todas partes. Nunca te has parecido a tu hermano Antonio...

—Ya... Lo siento, es que no he dormido bien esta noche... Pero ya sabes que no tienes que molestarte por mí, que ya me preparo yo el café; no hace falta que te levantes tan pronto todos los días. Te deberías quedar en la cama, descansando.

—¿Descansando? ¿Yo? Sí, pues buena soy para dormir si te oigo trastear por la cocina. No, hijo, no. Si tú madrugas, tu madre también, que para eso soy tu madre, para ocuparme de ti hasta que me muera. Aunque no te creas, que cada vez me cuesta más desenroscar la cafetera, que ya no tengo la fuerza de antes...

—Pues con más razón, madre. Tienes que dejarme hacer a mí el café.

—Es la artrosis, que me está deformando los dedos. No te puedes imaginar los dolores que tengo, como no me oyes quejarme...

—Ya lo sé, madre, ya lo sé...

—¡Ya lo sé, ya lo sé! ¡Pues no será porque yo me queje! Que bien que me callo para no preocupar a nadie. Que no quiero que ni tu hermano ni tú tengáis que sufrir por mí. Es ley de vida. Mi padre tuvo artrosis y yo he debido heredarlo. Es así. Solo me gustaría que vosotros no lo hubieseis heredado también. Esto de la herencia es una lotería, nunca se sabe qué te va a tocar en suerte, ¿verdad? Mira, tu hermano se parece más a mí y tú, a tu padre. En todo, además.

Su madre le miró con demasiada intensidad, como hacía siempre que quería subrayar sus palabras, que quería dejar claro que estaba diciendo más de lo que había dicho de hecho. Pero Paco no quiso darse por aludido y agachó la cabeza para tomar un sorbo de su café.

—¡En todo! —insistió ella, tenaz, deseosa de hurgar en la llaga—. ¡En todo!

Paco suspiró hondo. No quería caer en la provocación implícita de esas palabras. Había descubierto una faceta desconocida en su madre y detestaba esa crueldad que le hacía incidir en

los defectos ajenos con una satisfacción enfermiza, al tiempo que afirmaba su superioridad moral frente a quien no podía contradecirla. Sabía que así era como había tratado a su padre, pero con él nunca antes se había comportado de igual modo; hasta ahora. Consciente de que no le quedaba más opción que guardar silencio, se bebió de un trago el café, mientras procuraba hallar en su interior un tono de voz neutro con el que contestar.

—Bueno, madre, gracias por el café. Estaba muy bueno. Me voy a marchar, que luego hay mucha cola.

—Ya sabes que la comida es a las dos. No te retrases que voy a hacer arroz y, si no se come en su punto, no está bueno.

—Sí, madre, tranquila. Aquí estaré a las dos, como un clavo.

Volvió a su habitación a calzarse y a coger sus cosas. Mientras se ataba los cordones de los zapatos pensó en cómo había aceptado ahora, sin rechistar, todas las normas que de joven disfrutaba trasgrediendo. Ahora, en cuanto llegaba a casa, se calzaba las zapatillas, para no manchar el suelo. Antes, ni siquiera se limpiaba los zapatos en el felpudo, como si con la tierra o el barro que llevara en la suela fuese también su independencia, su identidad, y deseaba afianzar su madurez como individuo en cada fragmento de polvo que iba dejando por las alfombras siempre limpias de su madre. Sí, debía parecerse a su padre también en eso, porque recordaba cómo el pobre hombre lo observaba desde su sillón, sonriendo, ofreciéndole su apoyo con la mirada. Aunque no se atreviese a salir en su defensa, Paco sentía que su padre aplaudía esa pequeña rebeldía y era ese reconocimiento el que le hacía ser todavía más testarudo, porque ya no se resistía a descalzarse solo por él mismo, sino también por su padre, por todas las batallas que él no había peleado, por todas sus rendiciones sin condiciones. Su madre también lo había comprendido y, en ocasiones, se encaraba con su marido,

—Y tú, ¿a qué viene esa cara? ¿Es que te parece bien que siempre me desobedezca? En lugar de apoyarme, que me paso la vida limpiando como una esclava, le ríes la gracia. Pues a ti te voy a dar yo la escoba, para que veas lo divertido que es estar todo el día con ella a cuestras, ¿quieres? ¡A ver si así también te ríes!

Solo cuando Paco veía que su padre iba a pagar los platos rotos, como de costumbre, aceptaba ponerse las zapatillas, pero no sin antes compartir con él una mirada de complicidad y satisfacción. Pequeñas victorias para las pequeñas batallas diarias. Pequeños triunfos que ayudaban a seguir adelante. Pequeños logros de los que ya no podía disfrutar, a los que ya había renunciado. No tenía edad, ni fuerzas, ni ganas de discutir por tonterías. Quizá la madurez estaba en eso. En aceptar las normas cuando no te queda otra. Y ahora no le quedaba otra; eso era evidente. Su madre le había dejado volver al dormitorio de su infancia y juventud y lo mínimo que podía hacer para mostrar su gratitud era acatar sus reglas. Así estaban las cosas. Él se lo había buscado.

Con un sentimiento de abatimiento aún mayor que el que había sentido al levantarse, se despidió de su madre y se marchó a la calle. Hacía frío y se abrochó el anorak, subiéndose el cuello y pensando en las inútiles horas de cola que le esperaban por delante en la oficina del INEM. En el metro, camino de su antiguo barrio, deseó haber cambiado su dirección para no tener que desplazarse todos los días hasta allí. No tenía sentido tener que gastar un billete de metro cada mañana, pudiéndoselo ahorrar, ni tener que volver andando todos los mediodías, cuando tenía tiempo, para no gastar otro; además, de estar inscrito en la oficina que le correspondería por vivir en la casa de su madre, podría dormir algo más. A decir verdad, tampoco tenía sentido que fuese todos los días, como si temiese que, de no estar allí, nadie le informara de las ofertas laborales que pudieran aparecer. ¡Qué tontería! Si hubiese algo para él lo llamarían. Sabía que así

sería. Pero no podía evitar acudir día tras día, aunque no le tocara, aunque le insistieran en que no era preciso. Todos los días un billete de metro malgastado por no haber indicado su nuevo domicilio.

Pero sabía muy bien por qué no lo había hecho, por qué se resistía a empadronarse de nuevo en la vivienda de sus padres, por qué prefería recorrer las tres paradas de metro todos los días y plantarse en la cola de la oficina del paro del que aún sentía como su barrio, aunque ya no viviera en él. Estaba muy cerca de la que había sido su casa y allí, oculto entre las personas que esperaban en fila como él, podía ver salir del portal, todos los días a las 8 en punto, a su mujer. Todavía no le salía llamarla *ex*, aunque quizá sería lo más adecuado. El que no se hubiesen divorciado solo era por motivos prácticos y no implicaba, de hecho, ninguna esperanza de nueva convivencia. De eso no le cabía la menor duda. La reconciliación era imposible. Pero seguía sin poder hablar de ella como su *ex*; para él, Pilar seguía siendo su *mujer*, aunque no sabía si era por amor o por remordimientos.

El caso es que, desde su escondite en la acera de enfrente, en medio de la gente, todos los días veía cómo Pilar salía del portal y se dirigía a la estación del metro. Su paso siempre era rápido, como si fuese con retraso, aunque él sabía que tenía tiempo de sobra para llegar a la clínica en la que trabajaba desde hacía tantos años. Luego, a las ocho y media, salían sus hijos, juntos pero distantes, como si no quisieran recorrer en compañía del otro la distancia que los separaba del colegio al que iban desde niños. Durante el breve lapso de tiempo que podía verlos, jamás les había sorprendido intercambiando palabra, huraños, siempre distanciados, como enfadados con un disgusto profundo, inalterable. Le entristecía ver cómo el mayor, Francisco, seguía a su hermana, pendiente de ella aunque la cría no se diese cuenta; mientras que Silvia, siempre con los cascos puestos, avanzaba decidida, sin mirar apenas a su alrededor. En alguna ocasión, Francisco había tenido que agarrarla del brazo para evitar que cruzase la bocacalle sin mirar y ella se había vuelto hacia él, alterada; porque, aunque Paco no pudiese distinguir sus palabras en esos momentos, sí percibía los movimientos airados de la niña y la calma resignada del muchacho.

Hoy, como cada día, Pilar salió a las 8, apresurada. A esa distancia Paco no podía distinguir su rostro, pero se imaginaba que tendría más ojeras que de costumbre. Al igual que él mismo, suponía que no habría podido dormir bien esa noche, pensando en lo que le esperaba por la tarde. Aunque no le había dado muchas explicaciones, sabía que estaba otra vez de pruebas y, como no le tocaban aún, suponía que había alguna novedad. Y las novedades nunca eran buenas. No para Pilar. No hasta ahora, al menos. No quería pensar en lo peor, porque no sabía cómo podría enfrentarse a su ausencia, si llegaba el caso, y a la mirada acusadora de su hijo Francisco, que nunca le había perdonado por la separación.

Tampoco él había podido perdonarse. Ni siquiera podía comprender qué le había impulsado a hacer lo que había hecho. ¿Cómo había sido capaz? Si él no era así. ¿Cómo había podido? Le sorprendía haber olvidado gran parte de los detalles de aquella mañana, pero recordaba bien la mirada de Pilar. Nunca podría olvidar sus ojos, incrédulos. Los instantes en que pareció detenerse el tiempo y él le sostuvo la mirada sin que ella pestañeara; como si no quisiera cerrar los párpados ni por un momento, para estar por completo segura de entender lo que estaba viendo; como si cualquier distracción pudiera trastocar los matices o inducir a una interpretación errónea; como si aceptando ser testigo de su dolor pudiese borrar la certeza que le cambiaría la vida. La vida de los dos. Y para siempre.

—Le toca. ¡Señor, que le toca ya!

Una mujer le hizo volver a la realidad. Era imposible que ya le hubiese llegado el turno.

¿Cómo se le habían pasado ese par de horas sin darse cuenta? Notaba que cada vez le ocurría eso con más frecuencia y le asustó estar encerrándose en sus pensamientos más y más, mostrarse ajeno a lo que le rodeaba. Sería por la fuerza de la costumbre, por la repetición diaria de los mismos movimientos, de idénticos recorridos. Nada de lo que hacía lograba absorber su atención hasta el punto de sacarle de sus elucubraciones. Nada era tan interesante, ni tan divertido, ni tan prometedor como para que captase su interés. En realidad, no creía que hubiese nada que en verdad pudiese importarle. Se sentía como un autómatas que hacía lo que debía hacer, pero sin estar nunca presente y llegaba, a veces, a sorprenderse viéndose actuar a sí mismo como si de un extraño se tratara. Así, ahora, se sorprendió levantándose ágil y contestando,

—¡Gracias! Me había distraído. Muchas gracias —dijo antes de dirigirse a la mesa que le correspondía.

—¡Buenos días, Paco! Espera, que quiero mirar una cosa —El hombre que le atendía era Manolo, un viejo conocido del barrio, vecino de toda la vida y padre de una amiga de Silvia—. Sí, hoy tengo buenas noticias. Quería asegurarme antes de decirte nada pero, en efecto, creo que tengo una oferta para ti. Mira, es en lo tuyo y, además, no está muy lejos. Bueno, ya sabes que el sueldo no será tan alto como el que cobrabas, pero no está mal.

—¡Me da lo mismo! Cualquier cosa me vendrá bien, te lo aseguro.

—Ya me imagino... Venga, vamos a rellenar el impreso y te vas para allá ahora mismo, ¿vale?

—¡Cómo lo sabes!

—Bueno, pásate luego a contarme cómo te ha ido todo.

Le alargó un impreso por encima de la mesa que él cogió con premura, como si alguien fuese a arrebárselo de las manos.

—¡Claro! Si todo sale bien nos tomamos unas cañas esta tarde.

—¡Venga! Así quedamos. Hasta la tarde entonces.

—¡Adiós!

Paco salió con precipitación de la oficina, suplicando que todo saliese bien; prometiéndose que no se desanimaría ante nada; anticipando la alegría de sus hijos y de Pilar. La dirección a la que debía acudir no estaba lejos, pero aunque lo hubiese estado, le habría dado igual. ¡Un trabajo! Paco se sentía feliz ante la posibilidad, por remota que fuese, de volver a enderezar su vida. Le parecía imposible que, apenas dos horas antes, hubiese estado tan desanimado y ahora se sintiera desbordante de optimismo. ¡Por fin, un trabajo! ¡Sí! ¡Por fin, una nueva oportunidad!

* * *

—¡Buenos días! Son las siete de la mañana; las seis en las islas Canarias. Hoy se esperan chubascos dispersos en la franja...

Las voces de la radio despertador resonaron en las paredes de un dormitorio apenas amueblado. Mario desconectó de inmediato el interruptor y se incorporó en la cama, desperezándose. En el cuarto de baño accionó los mandos de la columna de masaje que se había hecho instalar cuando reformó el apartamento. Necesitaba estar bien despierto para el día que se avecinaba y le dolía el cuello por la tensión acumulada durante las últimas semanas de un trabajo infernal. El agua caliente sobre sus vértebras era el único medio de atenuar las interminables

jornadas de 10 horas en que se había convertido su vida en los últimos tiempos.

Aunque aún era joven y se encontraba bien de salud, era consciente de que ya no tenía edad de dedicar tantos esfuerzos a la empresa, pero estaba seguro de que hoy le recompensarían con el ascenso por el que estaba peleando desde hacía meses. Lo cierto era que, desde que conoció el proyecto, soñaba con poder dirigir la delegación de Brasil. A fin de cuentas, no tenía familia ni obligaciones que pudiesen retenerlo. Y Brasil parecía un país sugerente, lleno de posibilidades, con un buen clima y un alto nivel de vida para las personas como él, de su escalafón social. Podría vivir como un señor y mantener su apartamento en Madrid para cuando decidiese volver, si es que volvía algún día de aquel paraíso. ¡Brasil!!!! Mario se descubrió tarareando las notas de la archiconocida melodía mientras acababa de ducharse, él, que era cualquier cosa menos cantarín.

En el vestidor, eligió con esmero el traje y la camisa, dudando entre dos corbatas. Después de decidirse por la más moderna, y mientras se ajustaba el nudo, se preparó un café y encendió el portátil. Quería asegurarse de que su trabajo estaba allí, ordenado y a punto de ser presentado a los jefazos, y respiró con alivio al comprobar que todo estaba como lo había dejado el día anterior. No es que dudase de la tecnología, pero siempre temía una burla del destino que provocara una avería en los circuitos o el contagio de un virus desconocido que pudiera sortear todos los mecanismos de protección que había instalado. Cuando algo no dependía por completo de él, se sentía frágil y vulnerable. Esa era la razón de que tuviese siempre a mano copia de todo en un disco externo, que guardaba en la caja fuerte de su casa. Le hacía gracia pensar en el disgusto que se llevarían unos posibles ladrones si abrían la caja y descubrían que su contenido se reducía a algunos documentos y un disco duro; por eso, siempre previsor y deseoso de evitar que en un ataque de ira les diese por destrozarle la casa, dejaba también una cantidad de dinero suficiente para satisfacerles. No creía que fuesen a interesarse por sus cuadros o sus libros que, aun siendo valiosos, no podían provocar la avaricia de ningún coleccionista. Sin embargo, para él eran mucho más importantes que ninguna otra de sus posesiones y estaba dispuesto a prescindir con gusto de una sustanciosa suma en efectivo antes de arriesgarse a perderlos por la ira de unos vándalos.

Aliviado al ver que todo estaba bien, cerró el sistema y se tomó el café, dejando la taza sobre la mesa del estudio. Su asistente, Juana, acudiría más tarde y le dejaría el piso impoluto y la cena preparada. Era curioso que dependiera tanto de una mujer a la que solo había visto en un par de ocasiones: el día que la contrató y otro en que la gripe le retuvo en cama y no se acordó de avisarla. A decir verdad, no estaba seguro de poder reconocerla por la calle si la viese. De normal, se comunicaban por notas que él dejaba en una bandeja del recibidor, junto al dinero para gastos; le indicaba si quería que le comprase algo en especial o qué le apetecía para cenar o si tenía invitados esa semana; ella le dejaba la factura de la compra y el cambio que le hubiese sobrado, así como cualquier otra comunicación que considerara imprescindible. Era una relación perfecta y ella era una mujer limpia, cuidadosa, estupenda cocinera y una joya con la plancha. Para que estuviese contenta y no pensara en abandonarlo, le pagaba más de lo que le había indicado la empresa que había enviado sus referencias, pues le aterrorizaba la idea de enfrentarse a la tarea de elegir otra asistente, la incertidumbre de no saber si se ajustaría a sus exigencias.

Cogiendo el abrigo, salió al rellano. En el ascensor, esperó a que su vecina le detuviese dos plantas más abajo. Solían coincidir todos los días y ella le daba los buenos días con una voz muy agradable, suave, aunque algo grave. Mario se había acostumbrado de tal modo a esa rutina que los días en que ella no aparecía le resultaban extraños e inquietantes, como si no presagiaran nada bueno. Tanto era así que, a veces, había llegado a volver a subir a su planta para repetir el

descenso y darle opción a aparecer. Hoy parecía más cansada, más ojerosa y, para su sorpresa, aunque le dirigió una breve mirada de reconocimiento, no lo saludó. Mario comprendió que estaba absorta en sus pensamientos, pero le inquietó que hubiese algo tan grave para ella que pudiese hacerle ignorar los buenos modales. La dejó salir del ascensor delante de él y luego, en el portal, se adelantó para abrirle la puerta, haciéndose a un lado para que ella pasara en primer lugar. Siempre lo hacía así y ella, siempre también, le dirigía una sonrisa que le iluminaba la cara. Hoy, sin embargo, tampoco le sonrió; siguió caminando con la cabeza agachada y el paso presuroso, ajena a todo y a todos.

Mario conocía el trayecto que seguía hasta el metro y solía recorrerlo tras ella, observándola, aunque luego, tras pasar las taquillas, cada uno emprendía caminos distintos y él no volvía a recordarla hasta la mañana siguiente. Hoy también la siguió, unos pasos por detrás, como era habitual. Le agradaba ese ocuparse en alguien que no fuese él, ese prestar atención a algo que no fuese el trabajo o las relaciones de empresa, y se descubría intentando adivinar cuál era su vida, a qué se dedicaba, qué le interesaba; pero jamás se planteó la posibilidad de traspasar la barrera que les separaba y procurar un acercamiento real.

Hoy el recorrido se vio interrumpido por un acontecimiento imprevisto. Mario observó cómo su vecina se acercaba a un grupo de gente que se arremolinaba en la acera y también él se aproximó. Un hombre mayor, muy bien vestido, yacía en el suelo y ella se había arrodillado a su lado, dando instrucciones, comprobando el pulso, inspeccionando las pupilas, realizando las maniobras de reanimación: primero una respiración artificial y luego el masaje cardíaco. Acostumbrado a la toma de decisiones rápidas, Mario no dudó en llamar al 112 y, deseoso de ayudar, se acercó al señor que se había desmayado, tratando de encontrarle el pulso. Tenía unas nociones de primeros auxilios por unos cursos que había realizado siendo un chiquillo y sabía bien que corría el riesgo de confundir el propio pulso con el del enfermo, pero se esforzó para no dejarse engañar por sus sentidos. Su vecina seguía afanosa, con una seguridad sorprendente. Cuando él notó que el caballero recuperaba el latido se lo dijo y ella, tras un instante en que temió que no le hubiese oído, detuvo sus maniobras y acercó sus dedos al hueco bajo la oreja, quedándose inmóvil unos segundos. Asintió y manipuló la cabeza del enfermo, abriéndole los párpados de nuevo, para seguir con la serie de respiraciones artificiales. Mario observaba todo, partícipe y testigo a un tiempo. Cuando el paciente comenzó a dar muestras de recuperación, ella le habló con esa voz suya de la que solo conocía dos palabras hasta entonces. Luego, al ver que se quitaba el abrigo para cubrirlo, Mario hizo lo mismo y le tendió el suyo, quedándose a su lado, sin saber en qué más podría ayudar.

* * *

Cuando llegó el Samur, Pilar explicó lo sucedido con los datos justos y las palabras exactas. Conocía el procedimiento y les dejó hacer su trabajo, apartándose y sentándose en un banco que había al lado. El médico era joven, pero sabía lo que hacía y se hizo cargo de la situación con la soltura que da la experiencia. Acabado su trabajo, y mientras sus compañeros de servicio se llevaban al paciente hacia la ambulancia, se acercó a Pilar alargándole su abrigo.

—Es tuyo, ¿verdad? Toma, pónelo, no te enfríes, que hace una mañana muy desapacible.

—Sí, gracias, estaba empezando a echarlo en falta —contestó Pilar, tiritando.

—¿Y este otro, de quién es? —preguntó el joven doctor, mirando a su alrededor mientras alzaba una prenda de hombre.

—Mío —contestó una voz masculina que hizo que Pilar levantase la cabeza, porque había reconocido su timbre.

—¿Se encuentra bien? Está un poco pálido —dijo el médico al propietario de la prenda, al tiempo que se la devolvía—. Es normal, después de la tensión, cuando no se está acostumbrado. Quizá le vendría bien tomarse algo.

—No, no, estoy bien, se lo aseguro. Ella parece más afectada que yo.

Los dos hombres miraron a Pilar, que no podía ocultar un temblor creciente y el más joven le tomó el pulso con profesionalidad.

—¿Cómo te sientes?

—Bien, bien. No es nada, que me he debido enfriar un poco y soy de tensión baja. Ahora me tomo un café y arreglado.

—Mejor un bocata; ya sabes, algo salado y sólido —dijo el médico—. Porque eres del gremio, ¿verdad?

—Sí, sí; soy enfermera. No te preocupes por mí y márchate, que te están esperando; no vaya a surgir algún problema.

—Supongo que sabes que has salvado la vida de ese señor.

—Sí, ha sido una suerte que pasara por aquí. ¿Dónde le lleváis?

—A la Paz.

—Intentaré pasarme a ver cómo evoluciona.

—Le gustará darte las gracias. Seguro. Bueno, adiós. ¡Cúdate! Y usted también —le dijo al hombre del abrigo.

Tras ver cómo se marchaba corriendo en dirección a la ambulancia, Pilar volvió la vista hacia quien le había ayudado durante la reanimación.

—¡Hola! Soy Pilar Luchaga —Le tendió la mano sin incorporarse—. Somos vecinos, aunque a lo mejor no se ha dado cuenta de que coincidimos muchas mañanas en el ascensor. Quiero darle las gracias por haberme echado un cable.

—Yo soy Mario Frías y sí, claro que sé que vive dos plantas más abajo. Lo que no sabía es que fuese enfermera.

—¡Hombre, normal! Nunca hemos intercambiado más que un *¡Buenos días!* ¿Durante cuánto tiempo? ¿Un año?

—No. De hecho, casi dos. Va para dos años ya que vivo en el edificio.

—¡Madre mía! Dos años coincidiendo casi todos los días y siendo extraños. Ha tenido que infartarse un anciano en la calle para que nos presentemos... A veces el anonimato me da asco —Pilar intentó levantarse y se volvió a sentar, tocándose la frente con la mano—. ¡Vaya! Hoy, desde luego, voy a llegar tarde al trabajo.

—¿Está bien?

—Sí, sí, es la tensión baja. Siempre me pasa cuando estoy agachada un rato. Cuestión de levantarse más despacio. Creo que voy a tomarme algo en una cafetería. Imagino que me disculparán en la clínica cuando les explique lo sucedido. Tú también vas a llegar tarde. Anda, márchate, no te retrases más. Bueno, ¿supongo que puedo tutearte? Es que se me hace raro hablarte de usted después de haber estado los dos tirados por el suelo reanimando a un enfermo.

—Por supuesto que me puedes tutear. Pero no exageres; tú le has reanimado, yo tan solo le he tomado el pulso.

—Ya, pero bien tomado, que no es fácil cuando no se tiene experiencia. Bueno, ahora que he logrado incorporarme me voy a tomar un cortado antes de coger el metro.

—¿Puedo acompañarte? Creo que también me sentará bien.

—¡Claro! Yo, encantada. ¿Pero no te echarán la bronca?

—No, no. No hay problema. Vamos.

Mario no entendía por qué había hecho aquello. Justo el día más importante de los últimos tiempos, para el que llevaba preparándose durante meses, iba a ser el primero en años en que llegase tarde. Sabía que la reunión decisiva estaba programada para las once, así que no le preocupaba llegar a ella con retraso, pero no obstante, necesitaba las horas previas para concretar un par de cosas y tenía una cita para dentro de unos cuarenta minutos. Mirando un luminoso que anunciaba de manera alternativa el tiempo y la hora en la puerta de una farmacia, calculó que, si cogía un taxi, podía dedicar unos 20 minutos a tomarse algo con Pilar y llegar a tiempo o, como mucho, con un ligero retraso, a su entrevista de las diez.

—Mira, ¿te parece bien aquí? Pilla de camino al metro y así no nos desviamos, ¿vale? —preguntó Pilar al tiempo que él hacía sus cálculos mentales.

—Sí, claro, perfecto. Pasa —Abrió la puerta y le cedió el paso—. ¿Un cortado, entonces? Siéntate, que yo lo pido en la barra.

—¿Sabes que eres de los pocos que siguen cediendo el paso a las mujeres? De hecho, creo que eres el único que conozco. Bueno, salvo algún paciente mayor, de los que aún conservan modales de los de antes. Por lo general, la gente no se plantea esa cuestión; pasan cuando les toca y ya. Y la verdad es que tampoco es que nosotras lo esperemos, creo. Si quieres que te sea sincera, yo no me había dado cuenta de que ya nadie lo hacía hasta que empezamos a encontrarnos tú y yo en el ascensor. Es agradable empezar el día con ese pequeño detalle. Me sienta bien. No sé cómo explicártelo, pero me lo tomo como una galantería. No, no es que piense que esa sea tu intención, no te figures. Pero yo lo siento así y lo cierto es que me encanta. A mi edad ya no se suelen recibir piropos ni nada parecido, por lo que tu cortesía todavía se aprecia más. Y ya sé que esto suena muy poco adecuado en los tiempos que corren, pero me levanta la moral.

Pilar se había sentado en una mesa cercana a la ventana que se abría a la misma acera en la que acababa de reanimar al anciano. Mientras se quitaba el abrigo y la bufanda, había estado hablando y Mario se había limitado a escuchar su voz, que tanto le había agradado desde siempre. Al notar que ella hacía una pausa y le miraba, se sintió obligado a responder.

—¡Qué tontería! Hablas de tu edad como si fueses muy mayor... De todos modos, aunque lo fueses —y ese no es el caso—, seguiría cediéndote el paso porque tengo esa costumbre. No lo hago de una manera consciente; es como una segunda naturaleza. Mis padres eran muy puntillosos con los buenos modales y luego, de adulto, descubrí que podían ser de una gran ayuda en el mundo laboral.

—¡Vaya! ¡Que lo haces sin pensar! ¡Y yo que me sentía tan halagada...! ¡Qué pena!

—No, no me malinterpretes... No quiero decir que no te merezcas una atención por ti misma... ¡Por supuesto que sí...! Lo que quiero decir... —Mario se encontró en un atolladero del que no sabía cómo salir, pero Pilar acudió en su ayuda,

—¡No te preocupes, hombre, si es broma! Si entiendo muy bien que lo hagas de una manera inconsciente, por educación y ya. Pero me encanta y, aunque no lo pretendas, no puedes evitar que me sienta adulada. Bueno, yo y cualquiera, para qué nos vamos a engañar. Así que ya ves, con tus *buenos días* y tus exquisitos modales me has estado levantando la moral todos estos meses sin siquiera pretenderlo. Es estupendo. ¿No te hace feliz saberlo?

—Bueno..., sí, claro..., por supuesto. De todos modos, de haberlo sabido habría procurado coincidir contigo en más ocasiones, no solo a la hora de salir a trabajar. Una inyección de moral por las mañanas, para empezar la jornada, y otra al acabarla, para olvidar los sinsabores del día. Eso sí que habría sido considerado por mi parte, ¿no?

—¡Desde luego! Considerado y casi milagroso, porque hay días que no se arreglan ni con toda una lista de piropos —Pilar agachó la cabeza y comenzó a agitar la cucharilla en el cortado que le acababan de servir, mirando con intensidad el remolino que formaba la espuma en la superficie de la taza y Mario distinguió una mirada perdida, ajena, de las que no buscan ver o, al menos, no en el objetivo al que se dirigen. Pero fue fugaz, apenas un instante en el que Pilar se descubrió a sí misma por debajo de la capa de cortesía y amabilidad con que se comportaba. En seguida se recompuso y preguntó—. Bueno, ¿y a qué te dedicas? Ya sabes que yo soy enfermera, así que te toca contarme en qué trabajas.

—Soy ingeniero y ahora trabajo en una empresa centrada en las energías renovables.

—¡Vaya! Eso suena muy interesante. Mira, a lo mejor te invito un día a casa para que le cuentes a mi hijo en qué consiste tu trabajo. Está hecho un lío y no sabe por qué ingeniería decidirse. Bueno, si no te importa, claro. No quiero que pienses que soy una caradura que me aprovecho de la situación.

—En absoluto podría pensar eso y me encantará resolverle cualquier duda. Lo que me sorprende es que tengas un hijo tan mayor, ya en edad de elegir estudios universitarios.

—Sí, ¿verdad? No te creas, que a mí también me sorprende a veces. Bueno, que me parece imposible, si quieres que te sea sincera, pero así es. Este año hace el selectivo y supongo que le irá bien; es bastante estudioso.

—¿Tienes más hijos?

—Sí, una chica de catorce. ¿Y tú?

—No, ni hijos ni esposa.

—Pues no sabes lo bien que vives.

—¡Mujer...!

—Te lo digo en serio. Hombre, yo ya no tengo remedio y está claro que no podría vivir sin mis hijos, pero reconozco que todo sería más fácil si estuviese sola y, por mucho que la gente diga que debe ser un aburrimiento vivir solo, seguro que yo no me aburría.

—No, yo no me aburro, eso es cierto, y tengo una libertad absoluta, pero, a veces, creo que también debe ser agradable volver a casa y tener alguien a quien contar tu día, tus decepciones, tus expectativas...

—En teoría, sí. Pero la realidad suele ser otra. Bueno, Mario, te puedo explicar mi opinión en otro momento —dijo Pilar, mientras consultaba su reloj de pulsera—. Me parece que es hora de que volvamos a la rutina o nos van a echar un puro; por lo menos a mí. De todos modos, ahora que nos conocemos un poco, a ver si charlamos algo más cuando nos crucemos en el ascensor, ¿te parece?

—Claro que sí y lo de la charla con tu hijo, para cuando quieras —Mario se levantó y le tendió el abrigo, sosteniéndolo en alto para ayudarla a ponérselo.

—¡Me encanta! ¿Dónde te han educado a ti? Haces que una se sienta de la realeza, lo menos. Te juro que es la primera vez, en toda mi vida, que me ayudan a ponerme el abrigo —le explicó mientras él le sujetaba la puerta de la cafetería para que saliese—. ¿Vas hacia el metro?

—De normal sí, pero creo que hoy voy a coger un taxi.

—Vale, pues hasta la vista —respondió Pilar mientras le daba dos besos rápidos e inesperados—. Me marcho corriendo. Ciao.

Y, sin darse la vuelta, se apresuró en dirección a la boca de metro. Mario se quedó mirándola, desconcertado.

II

Ya en la clínica, Pilar se puso el uniforme de manera apresurada y se encaminó hacia el puesto de enfermeras en que esperaba encontrar a su supervisora, dispuesta a justificar el retraso. No le preocupaba demasiado, porque estaba convencida de que no le pondría dificultades en cuanto le explicase lo sucedido. Teresa era una mujer sensata y muy capaz. Conocía su oficio y tenía verdaderas dotes de mando, sabiendo cómo combinar firmeza y consideración para con las enfermeras que tenía a su cargo. Por otro lado, ella siempre había trabajado bien, no era de las que buscaban excusas para escaquearse de los trabajos más ingratos, procuraba no faltar más que lo imprescindible y nunca les había dejado en la estacada. En realidad, desde que trabajaba en su servicio, Teresa se había comportado con ella como una buena amiga, dando consejo cuando se le había pedido, escuchando cuando ella había sentido necesidad de hablar, consolando cuando no había podido contener las lágrimas. De manera que, en los escasos cuatro años que llevaba en esa planta, había logrado tener una estupenda relación con su supervisora; y no solo con ella, pues también con las demás compañeras se sentía a gusto y compenetrada; tanto, que a veces le parecía imposible llevar tan poco tiempo trabajando en su compañía.

Antes estaba adscrita a cirugía. En realidad, desde el principio de su vida profesional, había estado entrando en los quirófanos y siempre supo, desde que decidió estudiar enfermería, que aquél debía ser su destino, porque le encantaba poder ayudar a los cirujanos a salvar vidas, poner su pequeño grano de arena, su minúscula aportación. Su madre nunca entendió esa preferencia y siempre intentó hacerla desistir de su decisión de ser instrumentista; decía que dónde estaba el interés de dar a los médicos las *herramientas* que necesitaban. Esa era la palabra que había elegido para describir, con desprecio, el trabajo de su hija pequeña, insistiendo siempre en que el aprendiz de mecánico que empieza a trabajar sujetando la llave inglesa o el destornillador, acaba, al menos, siendo capaz de utilizarlos para arreglar los motores; pero ella nunca pasaría de esa fase, nunca llegaría a hacer uso de esos utensilios que ofrecía al doctor.

La alegría inicial que su madre había manifestado cuando Pilar comunicó su decisión de estudiar enfermería tenía poco que ver con el alivio que creyó distinguir en la manera en que su padre cerró los ojos y en su profunda respiración. Pilar era consciente de que no podrían pagar dos costosas y largas carreras universitarias a la vez. No entonces. Su hermano ya llevaba dos años en Caminos cuando ella tuvo que decidir y, por los resultados que hasta entonces había obtenido, se podía anticipar que necesitaría más, bastante más, que esos raquíuticos cinco años en que se dividían sus estudios. Pilar sabía que su padre jamás le negaría el derecho a elegir su futuro, pero le había visto haciendo números y más números en la mesa camilla del comedor, por las noches, después de cenar, la cabeza apoyada en el dorso de la mano izquierda, sobre el codo flexionado, con tal fuerza que, al levantar la cara para darle las buenas noches, Pilar distinguía a la perfección los nudillos marcados en su morena mejilla. Llevaba así varios meses. Desde que le indicaron que iban a adelantar la edad de jubilación y que no podría seguir hasta los setenta, como él había previsto.

Su padre, Fernando, se había casado ya mayor y los hijos tardaron en llegar; tenía 44 años cuando ella nació y el pelo por completo blanco. Pilar recordaba las numerosas ocasiones en que algún amable dependiente de una tienda o una cafetería se había referido a ella como *su nieta*.

—¿Y para la chiquilla, qué le traigo a su nieta? ¡Ay, lo que no consigan los nietos...!

Exclamaciones similares habían marcado su infancia y le habían hecho ser consciente de la gran diferencia de edad que les separaba, provocándole una tremenda angustia al comprender que,

en consecuencia, menos serían los años que pasarían juntos. Quizá por ello siempre había estado dispuesta a cuidarlo, a buscar su confort y felicidad. Tal vez, en esa especie de segunda naturaleza que había ido formando a lo largo de los años y que le impulsaba a no hacer nada que pudiese herirlo o preocuparlo, se hallaba la razón de su decisión final. Porque Pilar siempre había querido ser médico. Bueno, más que médico, cirujano. Siempre, desde que un buen doctor de pelo cano y bata verde se le acercó un día y le acarició el pelo mientras les aseguraba que la operación de apendicitis de su hermano había sido un éxito, pese a la urgencia con que se había efectuado. Siempre, desde que le levantó la cara por la barbilla con suavidad y le dijo,

—¡Vamos, preciosa! No sufras, que tu hermano estará bien muy pronto y volverá a hacerte rabiarse como siempre. Porque seguro que te chinchas todo lo que puedes, ¿verdad?

A lo que ella, aliviada de saber que los temores de su madre habían sido vanos y que su querido hermano Nando no se iba a morir, como el hijo de la Amparito, la del Julián, solo pudo responder con un movimiento de cabeza.

—¡Bueno, pues tranquila, preciosa! —continuó el doctor—. Dile a tus padres que te comprenden un dulce, que una niña tan buena como tú bien se lo merece.

Y ella, incapaz aún de responder, inútil su esfuerzo por controlar una boca y una lengua que no reconocía como suyas, sintió la necesidad de mostrar la tremenda gratitud que sentía hacia aquel hombre que, con una inmensa sabiduría, había logrado conjurar las peores profecías maternas. Porque Nando tampoco iba a consumirse por la infección, como Pepín; ni a sucumbir a una altísima fiebre que le provocara delirios, como Anita, la de la botica; ni a quedarse tonto, como Paquito, el sobrino de la Bernarda. Así que le tiró de la bata cuando él ya se despedía de sus padres; se puso de puntillas y le plantó un beso en la mejilla cuando él, amable, se agachó para atenderla. Fue un beso breve, avergonzado y tímido, pero sentido tan adentro que entrañaba, junto a una extrema gratitud, su promesa de ser como él cuando fuese mayor, su certeza de que ya había encontrado esa vocación de la que siempre le hablaban las hermanas del colegio. Y nada le importó la regañina de su madre por su atrevimiento, ni que le supusiera perder el premio al que el doctor le había creído acreedora. Daba igual. Había decidido su destino con esa simpleza terca y obstinada con que los niños toman las grandes decisiones de su vida. Con esa misma tenacidad con que procuran llevarlas a cabo.

Y ese había sido su sueño durante años. Estaba convencida de que sería una maravillosa cirujana, de que salvaría la vida de muchos niños y muchos padres, de que aliviaría el sufrimiento de sus pacientes y les ofrecería una segunda oportunidad. Nunca, desde entonces, dudó cuando le hacían la consabida pregunta de *¿tú qué quieres ser de mayor?* No, jamás mostró ningún titubeo, ninguna indecisión. Por eso, cuando se acercó el momento de elegir carrera, pero comprendió la acuciante preocupación de su padre ante otros estudios largos y costosos, pensó que bien podría satisfacer su deseo de trabajar en un quirófano y mitigar, a un tiempo, la ansiedad paterna. Ser enfermera instrumentista parecía la mejor opción, un aceptable consenso entre sus aspiraciones y la nueva realidad familiar. Quizá, más adelante, con sus ahorros, podría pagarse el capricho de ser médico. Lo importante, ahora, era elegir una formación no demasiado larga, a fin de poder trabajar pronto y no suponer una carga excesiva para la economía de la casa.

Pili, su madre, al principio se alegró mucho de saber que tendría una hija enfermera, pero no cuando entendió cuál era la especialidad que había elegido. Jamás había logrado que aceptara esa decisión. De nada había servido que, en numerosas ocasiones, Pilar intentase explicarle su emoción cuando lograba anticiparse a las necesidades del cirujano, su responsabilidad en el contaje de las gasas y las torundas, su habilidad en controlar el campo quirúrgico, los tiempos operatorios... No, su madre había decidido que una verdadera enfermera debía atender a los

pacientes de manera directa, hacerles un análisis, tomarles la tensión, efectuarles las curas, colocarles las vías... Eso sí que era ser enfermera y no lo que ella hacía. ¡A quién quería engañar! ¡Aprendiz toda su vida! ¡Sería que no valía para más, qué se le iba a hacer! Así había concluido la última discusión que tuvieron al respecto. Pilar, dolida por la incomprensión y el desprecio de su madre, que le soltó:

—¡Hija, si no pasa nada! No todo el mundo puede llegar a lo mismo. Tú te tienes que conformar con eso y bien está que te resignes, si no puedes llegar a más. ¡A qué más vueltas! Tienes un oficio y eso es lo que importa; que te puedas ganar la vida. ¡Pero no me hagas comulgar con ruedas de molino! ¡Déjate ya de que eso es lo que quieres ser! ¡Seguro que te gustaría más estar como la prima Encarnita! ¡Ella sí que está bien, ayudando a las monjitas de la caridad en esa clínica tan bonita!

—¡Sí, limpiando culos y vómitos! —había contestado Pilar, indignada.

Su prima Encarnita era una muchacha dulce y algo simple, que a duras penas había llegado a acabar su formación como auxiliar de enfermería gracias a la ayuda de Pilar, quien le llevaba un par de años. Era ella quien le había resuelto sus dudas, quien le había preguntado los temas, quien le había planteado problemas a resolver, anticipándose a los examinadores, y, sobre todo, era ella, Pilar, quien la había animado a seguir adelante en los momentos de desánimo. Luego, cuando comentaban sus trabajos respectivos, Encarnita siempre tenía alguna anécdota algo escatológica, o incluso macabra, y Pilar se sorprendía de que fuese capaz de convivir todos los días con situaciones similares, sin importarle lo ingrato y desagradable de su oficio.

Porque la de Encarnita era una vocación a prueba de bombas. Por lo menos, a prueba de fluidos corporales, de pacientes insatisfechos y de parientes airados. Y Pilar, por más que le sorprendiera, estaba segura de que era feliz con lo que hacía, que había elegido bien su profesión, que ninguna otra habría ejercido con igual éxito. Porque para ser capaz de transmitir ese calor humano que tanto necesitan algunos enfermos había que valer. Pilar tenía claro que no bastaba con unos cursos y unos exámenes que afirmaran que estabas capacitado. La capacitación era una cosa y la vocación otra muy distinta. Y Encarnita tenía esa predisposición natural para atender a quien estaba sufriendo, para ayudarle sin violentar su dignidad, para procurar aliviar sus desdichas sin atentar contra su intimidad. Por eso, todos deseaban que fuese ella quien les procurara asistencia, quien mitigara sus males, quien limpiara sus miserias. Y por eso, también, por la confianza que da la cercanía, era ella quien pagaba las frustraciones, los temores, la incomprensión; pero, como era tan dulce, Encarnita nunca se lo tenía en cuenta, siempre justificaba las rabietas de los ancianos, comprendía los gritos de los familiares afligidos, los insultos, incluso, de algunos desdichados. Jamás se lo tomaba como algo personal, sino como la lógica consecuencia de la triste situación por la que estaban pasando las personas a su cuidado. Nunca se refería a ellos con acritud. Ni siquiera cuando le contó la historia de aquel viejo, aquejado de demencia, al que acompañó un día al váter. Llevaba, el anciano, ingresado varios días y aquella era la primera vez que le dejaban usar el inodoro, así que Encarnita intentó sentarlo en la taza para evitar un mareo; pero el pobre hombre se puso colérico y se negó a sentarse, indicándole que él no era una mujer para mear de esas guisas; Encarnita, paciente, lo incorporó y, cuál no sería su sorpresa, cuando el anciano se volvió muy serio hacia ella y le orinó encima.

—¡Qué mala leche! —comentó Pilar, al oírle contar la anécdota.

—¡No, mujer, si era un pobre hombre! Si es que no sabía lo que hacía; estaba desorientado —le excusó Encarnita.

Y es que su prima siempre encontraba disculpa para todo. ¡La buena de Encarnita! Era la hija de su tía Encarna, la única hermana de su madre, y Pilar se sorprendía de que siguiera usando el

diminutivo para referirse a sí misma. No le parecía que tuviese edad, ni que se tratase de uno de esos nombres familiares que pueden utilizarse durante toda la vida; tipo Pepe o Paco o Lola o Nacho o Isa... Esa terminación en *ita* era apropiada, quizá, para una niña, pero no para un adulto y menos si era de la envergadura de su prima. Porque Encarnita era grande; no gorda, no, sino grande: alta, fuerte, recia, robusta..., nada que la delicadeza de su nombre pudiese justificar. Era como si hubiesen bautizado Sansón a una persona en especial bajita y enclenque. Inapropiado, muy inapropiado.

De niñas, Pilar se preguntaba por qué su madre, la mayor de las hermanas, no se llamaba por su nombre completo, mientras que su tía Encarna sí lo hacía; pero pronto, la comparación con su propia realidad, le hizo suponer que los apelativos cariñosos se reservaban para los primogénitos y por eso su hermano era Nando, mientras que ella era Pilar. Su prima Encarnita también se ajustaba a dicha suposición, ya que, aunque no tenía más hermanos, era previsible que sus tíos esperaran otros hijos tras ella y otorgaran a Encarnita el honor de ese diminutivo afectuoso, del que luego no iban ya a desposeerle en vista de la ausencia de otros vástagos. Pero esas absurdas cavilaciones infantiles habían dado paso a una absoluta sorpresa cuando fueron pasando los años y su prima fue aumentando de estatura y corpulencia, sin por ello variar la manera en que deseaba ser llamada. Durante algún tiempo, Pilar se había sentido violenta cada vez que se dirigía a ella, sin saber muy bien si le agradaba que usara el nombre familiar que siempre, hasta entonces, había utilizado. Tenía claro que ella no soportaría ser llamada *Pilarita*, ni siquiera *Pili*; así que, para evitar malentendidos, le pidió que le resolviese la duda y, un día, hacia los dieciséis años, le preguntó,

—Oye, prima, ¿a ti te parece bien que te siga llamando Encarnita o preferirías que te llamase de otro modo? Porque a mí me da lo mismo, hago lo que tú quieras.

—¿Y cómo ibas a llamarme si no? —preguntó su prima con sorpresa.

—Pues, no sé, Encarna, por ejemplo.

—¿Cómo mi madre? ¡No, no! ¡De eso nada! Encarna es mamá y yo soy Encarnita.

—Bueno, entonces, si tienes un día una hija, ¿cómo la llamarás? ¿Encarnitita?

—¡Qué tontería! Si tuviera una hija, me gustaría que se llamase Encarna, como mi madre.

Tras esa rotunda y sorprendente afirmación, Pilar, pese a su juventud, comprendió que su prima no es que lo *pareciese*, es que *era* un poco inocente, que decía su propia madre. Y ya nunca dudó en dirigirse a ella como Encarnita, pese a reconocer siempre lo inadecuado de su nombre.

Su prima Encarnita era todo lo que Pili, su tía, habría deseado que fuese su propia hija. La comparación continua que no realizaba con su hijo Nando, sí la realizaba con la sobrina. Desde niñas. Desde siempre, que ella recordase. Porque Encarnita era dulce y paciente, cuando Pilar era contestona e inquieta; si aquella nunca se enfadaba, esta era de genio más bien vivo; su prima siempre procuraba hacer todo lo que deseara su madre o su tía Pili, mientras que ella, pese a esforzarse, jamás lo lograba. Y así fueron creciendo, más como hermanas que como primas; siempre juntas y sintiéndose ella siempre en desventaja. Porque incluso las mejores notas que Pilar obtenía no satisfacían a su madre, que achacaba sus estupendos resultados al colegio de monjas. Ya se sabe, decía Pili, su madre, las monjas, que para tener contentos a los padres, que son quienes las mantienen, no dudan en poner mejores notas que en los institutos públicos, que es donde de verdad se demuestra la valía de los estudiantes.

—No te creas —repetía Pilar a su hija—, que porque tengas mejor media que Encarnita quiere eso decir que sabes más que ella o que tendrás más suerte en la vida. Los institutos son más duros, más como la vida misma. Por eso se sacan peores notas.

—Pues ¿por qué no me has llevado a uno? Si crees que son mejores, no entiendo por qué me

llevas al colegio de las monjas. Nando también va al instituto, ¿por qué yo no? —preguntaba Pilar, sin comprender la decisión de elegir para ella una opción que consideraba peor que la escogida para su hermano o su prima.

—¡Cosas de tu padre, que piensa que allí te educarán mejor! Como sus hermanas, que también fueron a las monjas. ¡Ya ves tú! ¡Qué tontería! ¡Como si ellas tuvieran algo especial, tan finas las dos! —había explicado su madre un día, harta de sus preguntas.

Pilar descubrió entonces que sus padres no siempre estaban de acuerdo y que, en lo que a su educación se refería, había sido su padre quien tomara las decisiones. Y le agradó pensar que quería que se pareciese a su tía Elsa, tan inteligente y divertida, o a su tía Asunción, tan guapa y elegante. Desde ese instante le agradeció su elección de una manera honda, sentida, dado que, puestos a parecerse a alguien, prefería que se tratara de las tías paternas. Porque su tía Encarna era bastante gritona, incluso más que su madre, que ya era mucho decir, y gastaba unas bromas que no le gustaban nada. No soportaba que, cada vez que se veían, le levantara las faldas para pellizcarle los muslos, porque decía que una moza necesitaba unos buenos muslos, aunque fuese más bien delgada, como era el caso de Pilar por aquel entonces. Y aquella costumbre que de niña le disgustaba tanto, se fue convirtiendo en un rito insostenible para ella conforme pasaron los años. Para evitar una escena, decidió que jamás llevaría faldas cuando existiese la más remota posibilidad de ver a su tía y, como siempre era posible que esta se dejase caer por su casa sin previo aviso y sin motivo aparente, llegó el día en que Pilar se juró que nunca más se quitaría los pantalones. Estaba dispuesta a tolerar un pellizco por encima de la tela vaquera, pero, por lo menos, nadie le vería las nalgas a traición.

No es que no quisiera a su tía Encarna, no, en absoluto, y le perdonaba esa excentricidad porque era una mujer divertida y afable. Siempre estaba riendo, gastando bromas, contando chistes. Le gustaba jugar con ellas, con Pilar y Encarnita, al parchís y a las cartas, a vestir a las muñecas con trajes hechos por ella y a hacer comiditas en unos pequeños cacitos que les había regalado unas Navidades. Preparaba unas torrijas exquisitas y los mejores flanes del mundo, y disfrutaba invitando a sus amiguitos del barrio a unas estupendas meriendas las tardes de verano. Cosía los más fantásticos disfraces que ambas primas pudieran desear, sin importarle si los manchaban. Le gustaba cepillarles el pelo, primero a la una y luego a la otra, durante lo que parecían horas, mientras contaba algún cuento, alguna historia del pasado o, tan solo, les cantaba alguna interminable canción.

Cuando era niña, Pilar recordaba el profundo consuelo que su pecho generoso le brindaba cuando su madre acababa de reprenderla o castigarla por cualquier cosa; su aroma a *Heno de Pravia* se mezclaba con la cadencia de su voz y las caricias de sus grandes manos subiendo y bajando por su espalda para acallar su hipo. Nunca su madre le ofreció ese amparo, ese sosiego que su tía Encarna lograba transmitir con su sola presencia, cuando comprendía que no era el momento de gritar, de gastar bromas; cuando intuía su tristeza, su sentimiento de incompreensión, su soledad; cuando le leía el pensamiento y le decía que estaba equivocada, que su madre sí que la quería, que es que ella era así, un poquito exagerada, que no se lo tuviera en cuenta, que ya sabía que se le pasaría pronto y se arrepentiría de haberla regañado tanto, que ella comprendía que no se lo merecía, que era una niña buena, muy buena, pero que las mamás también se pueden equivocar y que los nervios son malos, muy malos, ya lo entendería de mayor.

Por eso, por lo mucho que siempre la había consolado, por lo bien que parecía entenderlo todo, porque siempre estaba ahí, al quite, dispuesta a ocuparse de ella, Pilar soportaba esa extraña costumbre de pellizcarle los muslos sin montar una escena. A nadie más se lo habría tolerado. Mucho menos que a nadie, a su propia madre. Pero toda su gratitud y reconocimiento no impedían

que las tías paternas aparecieran en su comprensión del mundo como el prototipo de mujeres en el que le gustaría convertirse de mayor. Nunca soñó en parecerse a su madre, cuyos cambios de humor detestaba. Ni tampoco a su tía Encarna, pese a su bondad manifiesta y sus otras muchas cualidades, pues le incomodaban sus bromas altisonantes y sus chillidos. Pero sus tías Elsa y Asunción parecían sacadas de otro mundo. De un universo de serenidad y paciencia, en donde sobraban los gritos y no tenían cabida la ira ni los espavientos.

Mientras la tía Encarna era la representación de la realidad en la que Pilar y su familia vivían, las hermanas de su padre desentonaban por completo en ese ambiente. Encarna conocía la vida y milagros de todo el mundo, no había chisme en el barrio del que no se enterara, siendo capaz de ponerte al día de todo lo que por allí acontecía, por secreto que pudiese parecer. Por el contrario, Elsa y Asunción no solo no vivían cerca, sino que su vecindario era lo más opuesto posible al suyo propio. Pese a estar en el centro, allí no había tanto ruido, ni salía de los bares ese olor a calamares que siempre le abría el apetito, ni podías zarandear los churros en su ramita de junco verde porque allí se vendían en cucuruchos de papel blanco. Era un barrio tranquilo, en una calle ancha, con unos grandes árboles, tan viejos, que sus troncos parecían tener más manchas que la piel del pobre señor Romualdo, el hombre más anciano del mundo, pero que todavía les arreglaba los zapatos en su taller de la portería del número treinta y cuatro, dos manzanas más allá de su casa. A Pilar le gustaba cómo sus altas copas proyectaban su fresca sombra en verano y cómo erguían su esqueleto, orgullosos, en invierno, dejando pasar los tibios rayos del sol por entre sus gruesas ramas.

Sus tías seguían viviendo en la casa de sus padres, en un antiguo edificio de escaleras de mármol, altos techos con molduras de flores trenzadas, suelos de madera clara formando espigas y altísimos ventanales blancos. Pilar no recordaba haber ido mucho por allí cuando vivía su abuela, pero después, sí; sus tías iban a recogerla del colegio el primer viernes de cada mes y pasaba el fin de semana con ellas. Enseguida comprendió la diferencia entre ese universo, que empezaba y se acababa tras la recia puerta de oscura madera por la que se entraba en la casa de sus tías, y el suyo propio. Para empezar, sus tías nunca llevaban llaves; no era necesario, ya que un portero les abría la pesada puerta de hierro labrada. Después de saludarlas con respeto, tratándolas de *señoras*, se adelantaba a sujetar la estrecha puerta del ascensor. Y, aunque le asustaba un poco esa especie de jaula oscilante cuyas paredes consistían en un entrelazado de hierros negros y dorados, se sentía segura, consciente de que nada malo podría acontecerla allí, en ese remanso de paz. Mientras el diminuto ascensor se balanceaba renqueante al compás de unos gruesos cables que ella, asombrada, siempre observaba moverse en sentidos opuestos, y mientras le repetían que no sacase las manos por entre la celosía de las paredes, sus jugos gástricos se anticipaban al exquisito banquete que sabía esperaba en el tercer piso. En invierno, siempre, un chocolate bien espeso, con nata flotando en su superficie, un vaso de leche y unos pequeños pastelitos rellenos de crema que sus tías llamaban algo así como *petisúes* y que Pilar solo comía allí; en verano, algo más ligero: un zumo de naranja que exprimían al llegar, mientras ella comenzaba a comer una aguja de ternera, tan crujiente que se le deshacía entre los dedos y que, por más cuidado que pusiera, nunca lograba comer sin llenar el plato de migas, aunque sabía que eso no estaba bien, porque sus tías se lo habían explicado muchas veces.

Los fines de semana que pasaba allí empezaban con ese consabido festín y seguían con una tarde de viernes tranquila, en casa, recibiendo casi seguro la visita de la vecina del cuarto y sus mellizos, Borja y Marian, unos niños que tenían un año más que ella y que vestían un uniforme gris marengo y azul marino. Mientras las mujeres bordaban y hablaban de sus cosas en una sala contigua, cerrando un poco las hojas correderas que las separaban de la salita en la que ellos se

encontraban, los niños jugaban a las cartas en una mesa redonda en la que habían colocado un mantel de fieltro verde. Tras cuatro o cinco partidas que, no sabía cómo, ella siempre perdía, se ponían a hacer los deberes en esa misma mesa y sus amigos le corregían las tareas o le ayudaban cuando tenía dudas. Marian era muy amable, aunque un poco impaciente cuando ella tardaba en entender algo; Borja, por el contrario, era un chiquillo inquieto, que acababa sus trabajos con rapidez para dedicarse a hacer unos dibujos en los que, de manera sorprendente, se podía reconocer a sí misma y a Marian, incluso a sus tías y a doña Matilde, su madre, a quienes espiaba desde su puesto de vigilancia en el suelo, sobre la alfombra, cerca de las puertas correderas. En ocasiones, se asomaba por el ventanal del mirador y pintaba los árboles, el edificio de enfrente, las hermosas farolas que alumbraban la calle.

A Pilar le encantaba admirar sus dibujos, ver la facilidad con que sus manos trazaban con el carboncillo los contornos de unas figuras que pasaban de ser líneas dispersas a claros esbozos de una realidad reconocible. Tanto le agradaba, que se sentaba cerca de él y podía pasarse la tarde viéndole dibujar. A veces, Borja le dejaba alguno de sus blocs de dibujo, para que pudiese admirar las obras que había realizado desde su última visita y, entonces, Pilar pasaba las páginas con un respeto extremo, colocando con mimo la traslucida hoja protectora sobre cada lámina, para evitar que pudiesen estropearse las figuras que su amigo había captado a traición y había dejado, ya para siempre, plasmadas en el universo mágico de sus cuadernos. La tarde se desgranaba lenta y sosegada, hasta la hora de cenar, en que sus amigos se despedían con un beso y la dejaban a solas con sus tías. Hasta el mes que viene, decían, y a ella le angustiaba pensar en tantos días sin gozar de su compañía, sin poder disfrutar de los dibujos de Borja.

Era curioso que, después de tantos años, fuesen esos viernes tranquilos lo que más recordaba de los fines de semana pasados en aquella casa. Y no es que el resto del tiempo no fuese placentero, que lo era, y mucho; no, no era eso. Pero lo cierto es que ese lento pasar de las horas sin hacer nada más que contemplar el movimiento de las manos de Borja era algo tan extraño para Pilar que no podía sino convertirse en un hito en su vida. Todo era silencio y quietud. Las conversaciones de las mujeres adultas apenas eran un murmullo lejano; Marian, hechas sus tareas, se hundía en un inmenso sillón, leyendo una novela de *Los Cinco*; el roce del carboncillo sobre el papel casi constituía una melodía, con sus silencios y sus movimientos apresurados o lentos; y, como contrapunto, siempre se oía, muy suave, alguna pieza de música clásica, a la que Elsa era muy aficionada.

¡Era todo tan distinto del ambiente de su casa! Allí, su madre siempre hablaba demasiado alto y, su tía Encarna, aún más; la radio, sin pausa, transmitía novelas interminables o consejos para una vida más feliz; del patio de luces llegaban los gritos de las vecinas, regañando a sus hijos o discutiendo con el marido; del bar de enfrente subían las voces de los clientes que discutían por el presente y pretendían arreglar el futuro. ¡Tan distinto...!

Por eso, siempre recordaría aquellos viernes mágicos y sorprendentes de su niñez con especial cariño. Viernes era también cuando, años después, comunicó a sus tías que había decidido estudiar.

—¿Has cambiado de idea, entonces? —preguntó Asunción—. ¿Ya no quieres ser cirujano?

La intensidad de su mirada le obligó a responder con una sinceridad que le sorprendió a ella misma.

—Bueno, tía, creo que siempre querré ser cirujano, pero me parece que no es una buena idea ahora, que papá se va a jubilar más pronto. Así que, si consigo ser instrumentista, podré entrar también en los quirófanos, pero tardaré menos años en poder trabajar.

Elsa miró a Asunción antes de contestar,

—Pilar, por favor, no lo hagas por dinero. Ya sabes que nosotras te podemos ayudar, si lo necesitas.

—Gracias, tía, pero no creo que a mis padres les gustara mucho. No te preocupes, de verdad, que estoy contenta. Además, así sabré si valgo para ver las tripas a la gente. Imagínate que me meto a medicina y luego resulta que no sirvo para eso. ¡Menuda pérdida de tiempo y de dinero! No, está bien así. Si luego quiero seguir estudiando, tiempo tendré, ¿no crees?

—Nunca se sabe cómo se va a complicar la vida —contestó Elsa—. Pero déjanos hablar con tu padre, por lo menos.

—No, no. Sería muy doloroso para él pensar que he elegido enfermería porque creo que no me puede pagar una carrera más larga. No sería justo. Él no tiene la culpa de que le jubilen antes de lo previsto, ¿no crees? —preguntó Pilar.

—Sí, le entristecería mucho; seguro. ¡Pobre Fernando! No se merece ese disgusto, ¿verdad, hija? —añadió Asunción, que era la más conciliadora de las dos.

—¡Lo que no se merece es que su hija se sacrifique por él! —dijo Elsa, muy enfadada.

—¡No, tía, de verdad! ¡En serio! ¡Si no es un sacrificio! Que lo he pensado mucho y es lo mejor para todos; para mí también, te lo prometo.

—Está bien; si no quieres que hablemos con él, así será. Solo espero que no te arrepientas algún día —sentenció Elsa, con un disgusto tan hondo dibujado en sus ojos que de nada valió el abrazo zalamero de Pilar.

Y lo cierto era que no se había arrepentido. Por lo menos, no con demasiada frecuencia. Pilar asumía sus decisiones y no acostumbraba a atribuir a otros las responsabilidades que le correspondían. Por eso, se había esforzado mucho y había hecho unos estudios brillantes, para no tener problema en lograr su objetivo. Y, cuando alguna vez se preguntaba si había hecho bien, si estaba contenta con su decisión, nunca dejaba que la menor duda empañara su respuesta afirmativa. Había aprendido a disfrutar de su trabajo, a comprender lo importante que podía llegar a ser su pequeña aportación. Y, pese a haber pasado muchos años entrando a asistir a esos cirujanos en los que ella misma podría haberse convertido, no se sentía envidiosa o insatisfecha; muy al contrario, seguía pareciéndole milagrosa la manera en que actuaban, la seguridad con que abrían un cuerpo y lo reparaban, la facilidad con que manejaban los órganos vitales, su delicadeza y firmeza al manipularlos, su entereza en los momentos de tensión, su aceptación de lo inevitable cuando no les quedaba más remedio que rendirse. La prueba de su admiración era la gran amistad que le unía a Miguel, el cirujano con el que había pasado más años trabajando pues empezaron sus carreras casi a la par; el cirujano que había elegido como profesional cuando se vio abocada a tumbarse en una mesa de operaciones.

Sin embargo, nunca había logrado compartir esa frivolidad con la que parecían poder afrontar algunas intervenciones menores, como si de meros mecánicos se tratara; aceptaba que era necesario ese distanciamiento y sospechaba que, la mayor parte de las veces, no se trataba más que de una pose que en un segundo podía dejar paso a la atención más absoluta si las cosas se complicaban. Pero le sorprendía ese pasar de hablar del fútbol, la política, los cotilleos del hospital o el fin de semana a luchar con afán por controlar una hemorragia y mantener las constantes estables. Creía que, si hubiese llegado a ser cirujana, jamás habría podido distanciarse hasta el punto de operar de manera más o menos automática. Por eso, se decía, había elegido bien, porque no podría haber sobrevivido a ese trabajo involucrándose de un modo tan íntimo. Además, su oficio le había permitido cambiar ahora de servicio, cuando su propia enfermedad había convertido en una tortura cualquier operación, como si solo pudiese percibir cada nueva condena, cada nuevo diagnóstico sin esperanza. Sí, nunca se sabe qué decisiones van a reportarte

beneficios, pero ahora comprendía que la suya había sido la elección correcta, tal y como habían venido las cosas.

* * *

Mario se pasó todo el trayecto en el taxi hacia la oficina reprochándose el haberse retrasado tanto. Ahora llegaría con el tiempo justo para su entrevista y, después, apenas podría revisar la presentación en la que debía deslumbrar. No lograba entender qué se le había pasado por la cabeza para juzgar oportuno entretenerse en una cafetería el que iba a ser el día más decisivo de su vida en los últimos años. ¿Cómo van a juzgarme la persona idónea para dirigir el proyecto de Brasil, se decía, si resulta que cometo un error de última hora, si algo falla al final?

La posibilidad de fracasar en su empeño le producía una tremenda ansiedad que reconocía en la manera en que su estómago se contraía y le provocaba un reflujo agrio en la garganta. Desde que era universitario sufría de aquella manera cada vez que tenía un examen; sentía esa amarga sensación que le ascendía hacia la boca, cortándole apenas la respiración y provocándole un regusto a hiel; un sabor que él trataba de combatir, al principio, con un uso excesivo de chicles. Después tuvo que abandonarlos porque los mascaba con tal fuerza que la presión que ejercía con las mandíbulas le provocaba un malestar agudo durante horas. Se pasó, entonces, a unas dulzonas manzanillas que le preparaba su madre; pero ni toda la miel del mundo lograba disfrazar su olor nauseabundo y, tras comprender que el beberse la infusión abrasando, para sentir menos su aroma, no le ayudaba mucho a calmar su inquieto estómago y le producía aún mayores molestias, decidió evitar los remedios caseros.

Para cuando tomó esa decisión ya había comenzado a fumar y, de alguna manera, resultó que el tabaco parecía aplacarle los nervios y sosegar sus jugos gástricos. Seguro que ningún médico podría admitirlo, pensaba, pero así era. Los cigarrillos habían sido su salvación. Pese a todas las críticas que ahora se les dedicaba, pese a la consideración actual de que eran poco menos que asesinos en potencia, Mario sentía una profunda gratitud hacia esos pequeños cilindros blancos que le habían permitido dominar y controlar su ansiedad en los momentos de mayor tensión. No creía que sin ellos hubiese llegado a ser capaz de triunfar en las diversas entrevistas, en las competitivas presentaciones de sus proyectos, que había tenido que padecer hasta llegar a su actual puesto. Lo malo es que cada vez le restringían más las zonas en que podía fumar. Ahora se hablaba de vicio, de adicción, de efectos nocivos, de fumadores pasivos, pero él necesitaba un pitillo para pensar, unas caladas profundas para infundirse ánimo, la seguridad de su aroma antes de entrar a la sala de reuniones. Menos mal que su jefe, Matías Cambriles, también fumaba, y había decidido que el balcón corrido que enlazaba su despacho con los de los tres ingenieros que tenían cargos de responsabilidad era zona no libre de humos.

—Si queremos ser sostenibles, tendríamos que predicar con el ejemplo y deberíamos bajar el consumo de aire acondicionado, que es una barbaridad el frío que hace en nuestros despachos. Es como si cuanto más alto sea el sueldo, más gélido deba ser el ambiente en que trabajamos. De manera que, si subimos el termostato y abrimos de tanto en tanto las ventanas, estaremos mostrando nuestra clara apuesta por la sostenibilidad y la ecología. Claro que, al estar en el centro de la ciudad, la contaminación es notable; ¿quién lo pondría en duda? En definitiva, que si queremos ser sostenibles, lo mismo nos va a dar fumar que no fumar, porque si salimos a tomar el aire, respiraremos el humo de los coches, así que bien podemos contaminarnos a gusto con el nuestro propio y no con el de los tubos de escape. En resumen, ¡venga, Mario, al balcón a fumar sin complejos! ¡Vamos a echarnos un poco de gas tóxico a los pulmones!

¡Menudo sofista estaba hecho el jefe! Curiosa manera de justificar su decisión de comenzar a hacer uso de un balcón que jamás antes se había utilizado. Cuando lo propuso su jefe, Mario incluso había dudado que se pudiera abrir aquella puerta doble, con la de capas de esmalte blanco que debía tener acumulado. Pero sí, el anticuado sistema de apertura no hacía ningún ruido, ni tampoco chirriaban las bisagras que sujetaban las grandes hojas de madera. Algo debían haber tenido que ver los de mantenimiento, seguro, que lograban que aquel viejo edificio, remodelado en su interior, funcionase con perfecta armonía, como si fuese nuevo.

El caso es que la posibilidad de salir al balcón cuando no soportaba la abstinencia por más tiempo había sido su salvación. Mario reconocía que fumaba menos, pues no quería que le viesen allí con demasiada frecuencia y pensarán que desatendía su trabajo. Pero muchas veces era el mismo don Matías, como su jefe se hacía llamar por las secretarias, quien entraba a buscarle.

—Vamos, Mario, acompáñeme afuera, que fumar a solas es muy aburrido y lleva demasiado rato sin salir, que le tengo vigilado. ¡Ya sabe que la ausencia de humo puede embrutecer a las neuronas y yo le quiero ágil y despierto!

De este modo, a lo largo de los últimos meses, se había ido creando una cierta complicidad, una relación más personal entre ambos, que a nadie escapaba. Y, menos que a nadie, a Julián Fernández y Mateo Arauco, sus compañeros y vecinos de despacho. Ninguno de los dos fumaba, pero empezaron a frecuentar también el balcón con la excusa de preguntar algo, de estirar los músculos, de relajar la vista... Don Matías se burlaba de la situación y disfrutaba lanzándoles indirectas a las que ellos no podían contestar y que soportaban con sorprendente estoicismo. Pronto, no contento con esto, comenzó a hacer apuestas a su costa.

—Mario, ¡qué solos estamos! Pero no será por mucho tiempo, se lo aseguro. ¿Sabe?, se me está ocurriendo una cosa: ¿por qué no nos jugamos algo a ver cuánto tiempo tardan en venir o quién viene primero? Mire, yo creo que antes de que vayamos por la mitad del pitillo, tenemos aquí a Mateo. ¿No está de acuerdo? Le apuesto un paquete de Marlboro, ¿hace?

O bien le decía, todavía antes de salir al balcón:

—Mario, sin duda hoy nos acompañará Julián, en cuanto se dé cuenta de dónde estamos. Está preocupado porque no me ha gustado mucho su último informe. Estoy tan seguro que me juego una tarde libre. ¿De acuerdo? Le regalo la tarde si me equivoco y usted, ¿qué me podría dar a cambio? ¡Ya sé! Una cajita de Habanos, ¿le parece bien?

Y, por supuesto, Mario aceptaba el invite y, si perdía, pagaba con premura, igual que don Matías, que nunca dejó de cumplir las promesas que le hacía. Porque, aunque era bien cierto que Mario no solía tomarse nunca esas tardes libres ganadas de tanto en tanto, cuando llegaba un período vacacional su jefe siempre le recordaba que tenía derecho a algunos días más de los que le correspondían.

—Mario, recuerde que no tiene que volver hasta el cuatro; no quiero verle por aquí ni un día antes.

—Pero..., en fin, me parece que hay un error. Según mis cuentas, me toca volver el dos —dijo la primera vez que aquello sucedió—. No me corresponden más días en esta ocasión. Ya sabe, me tomé doce cuando tuve que ir a revisar las instalaciones de Rabat, para aprovechar y conocer un poco la zona, ¿recuerda?

—Sí, ya lo sé; claro que me acuerdo. Pero, ¿qué se cree, que no llevo la cuenta de las tardes libres que me ha ido ganando? Ya sabe, *deudas de juego, deudas de honor*; y no dudará usted que yo, de eso, tengo mucho; vaya, de honor, quiero decir. Así que nos vemos el cuatro. Sin rechistar.

Eran esas pequeñas complicidades, indicios quizá de otras más significativas, las que no podían soportar ni Mateo Arauco ni Julián Fernández. Al principio no habían sabido cómo salir

airosos de la situación; cómo justificar sus salidas a un balcón que nunca antes habían pisado y en el que tampoco tenían razón para estar. Pero el temor a que la intimidad de esos momentos pudiese beneficiar a Mario en su relación con don Matías, en su propio detrimento, fue demasiado grande y superó cualquier barrera que la sensatez y el sentido del ridículo hubiesen podido levantar. Los celos y la ambición hicieron el resto. No comprendieron que, con su actitud, solo avivaban el fuego, solo justificaban la connivencia de quienes sí tenían razones para salir al balcón frente a quienes carecían de ellas, solo propiciaban que el jefe justificase su derecho al escarnio. En definitiva, fueron ellos quienes, poco a poco, se iban cavando su propia tumba.

Por supuesto, don Matías seguía valorando su trabajo. No en vano les había contratado por ser personas de gran formación e inteligencia, de tremenda capacidad de trabajo, de innegable valía. Pero, tratándose de un hombre que no gustaba de la adulación ni del servilismo, don Matías les había descubierto una vena de sumisión, un desmedido afán de lisonja que convertía sus legítimas aspiraciones de promoción en lo que le parecía no era sino un ansia de medrar rayana en la vileza moral. Y eso le parecía deplorable. De manera que, cuanto más insistían en acompañarlos en sus excursiones al balcón, cuanto más se humillaban inventando pretextos inverosímiles, tanto más los despreciaba. Y era esa misma displicencia que ellos intuían en la actitud del jefe lo que les impulsaba a seguir por esa senda, entrando, sin saberlo, en un círculo vicioso del que parecía imposible salir.

Mario era consciente de lo que estaba sucediendo y, al principio, intentó ofrecerles alguna indicación, sugerirles lo infantil de su actitud con todos los subterfugios de que fue capaz, para no herir sus sentimientos. Pero ellos atribuyeron sus palabras a su deseo de controlar al jefe para alcanzar mayores beneficios personales. Craso error, porque Mario estaba convencido de que cualquier cosa que alcanzara en esta vida se la habría ganado a pulso; no era de los que piden favores o gustan de disfrutar de prerrogativas inmerecidas. De hecho, su padre se había indignado con él muchas veces por lo que él llamaba su *soberbia*.

—No logro comprender qué mal hay en que hable con mis amigos para que te busquen un puesto en sus empresas. Seguro que en alguna puedes encontrar un trabajo que te satisfaga —había dicho cuando estaba acabando la carrera—. ¡Ya me dirás para qué me vale tener tantos contactos si no es para echarle una mano a mi propio hijo! ¡No, de veras, que no te entiendo!

—¡No quiero deber favores, papá! Cuando me contraten quiero que sea por mis méritos, por mis cualidades.

—¡Pero qué méritos, ni qué niño muerto! ¡Desde cuando un recién licenciado tiene méritos que ofrecer a un empresario! Un buen expediente sí, un prometedor proyecto, quizá también. ¿Pero méritos? Esos solo se logran con la experiencia, con el día a día. Y eso es lo que te falta, lo que necesitas, aprender el oficio, los entresijos de una empresa para poder ofrecerles lo que esperan de ti. Ellos tienen que enseñarte lo que quieren que tú les des; solo así triunfarás en ese mundo. ¡Y no quieres que te facilite las cosas...! ¡Qué soberbia más desmedida!

Mario temía que aquella negativa había supuesto para su padre una nueva y tremenda decepción. Gonzalo Frías, abogado fundador de uno de los más prestigiosos bufetes de la ciudad, también había encajado mal que su único hijo no quisiera seguir sus pasos y estudiar Derecho.

—¿Para quién he trabajado tanto? Porque, vamos a ver, alguien tendrá que heredar mi despacho y mis clientes. ¿Qué sentido tiene dedicar tanto esfuerzo a algo que no va a disfrutar nadie de la familia?

Durante meses, desde que indicó su deseo de estudiar ingeniería en lugar de leyes, su padre había intentado disuadirlo. En unas ocasiones se mostraba amable y comprensivo, en otras, autoritario y testarudo. A la altura de mayo, perdida ya la esperanza de que fuese a variar su

decisión, pasó por una etapa de silencios y ausencias. Después volvió a la normalidad, a ser el padre atento, aunque distante, que él siempre había conocido; a mostrar su orgullo por los éxitos del hijo, a reivindicar sus cualidades ante quien quisiera oírle. Pero Mario sabía que le había causado un hondo pesar. Le había oído hablar con su madre más de una noche, cuando pensaban que dormía, pero él estaba repasando, a oscuras, en la cama, alguno de los temas que acababa de estudiar.

—No, Paloma, no, lo digo en serio. No voy a aceptar a más clientes. ¿Para qué? Y dentro de poco, en cuanto Mario se ponga a trabajar, empiezo a traspasar carteras a alguien del despacho. Tengo que decidir a quién. Porque no sé a quién quiero dejar mi negocio, la verdad. Nunca pensé que me vería en esta situación.

—Bueno, Gonzalo, no te lo tomes como un ataque personal. ¡Si es normal! Los hijos pocas veces quieren ser lo mismo que sus padres. Y si no, piensa en ti. Tampoco quisiste ser médico, como tu padre.

—¡No compares! ¡Médico en un pueblecito en el que todo el mundo cree que estás a su disposición las 24 horas del día! Además, estaba mi hermano Domingo, que sí que quería seguir con la tradición familiar. No era necesario que los dos estudiásemos Medicina; con uno era suficiente.

—Ya, pero si no hubieses tenido un hermano, ¿qué habrías hecho? ¿Habrías seguido los pasos de tu padre para que estuviese contento? ¿Habrías abandonado tu vocación para que él se sintiese feliz?

—¡Si ya lo sé Paloma, si comprendo que no se le puede obligar...! Pero se me ha quitado la ilusión. Yo quería levantar un despacho que fuese la envidia del gremio, por los clientes selectos, por el ambiente de trabajo, por el trato a los pasantes... ¡Por todo, vaya! Y lo he logrado, no creas. Pero ahora, ¿qué sentido tiene? ¿Quién se va a beneficiar de mis desvelos?

—El sentido de que seas feliz y trabajes a gusto mientras puedas y quieras. Y luego, a disfrutar de la vida. A llevarme a sitios exóticos, a recuperar todas las vacaciones que no nos hemos podido tomar en estos años. ¡Recuerda que me prometiste hace tiempo que me compensarías por tanto trabajo!

—¡Claro, Paloma, si tienes razón! Tengo que olvidarme del despacho y pensar más en nosotros. ¡Que bien que te lo has ganado, con todo lo que me has aguantado!

Había sorprendido muchas conversaciones similares. Y no es que pretendiese espiar a sus padres, en absoluto, pero en el silencio de la noche, el tono de voz de su padre, acostumbrado a hacerse oír y entender en los tribunales, era alto y claro en demasía. Además, ellos bajaban la guardia porque suponían que su hijo dormía; y, en efecto, lo habitual era que Mario se acostase temprano, no más tarde de las once, para levantarse de madrugada, hacia las cinco, a estudiar, que era cuando más rendía. Por eso, al no ver ningún destello de luz por entre la rendija de la puerta de su cuarto, pensaban que no necesitaban bajar la voz, ya que el sueño de su hijo solía ser profundo. No obstante, en las ocasiones en que se equivocaban y él aún no había logrado dormirse, le llegaba su voz a través del rellano de la escalera que separaba sus dormitorios.

Cada vez con menos frecuencia, pero todavía se despertaba algunas noches, sobresaltado, creyendo oír los lamentos de su padre y las frases conciliadoras de su madre. Había pasado años escuchando esa protesta en momentos de tensión o excesivo trabajo y, en quinto, a punto de terminar la carrera, tuvo que acostumbrarse a la nueva queja.

—¿Tú lo entiendes? ¿A qué viene eso de que no quiere que le recomiende a nadie, que no piensa acudir a ninguna entrevista que yo le concierte? ¿Qué problema tiene conmigo este muchacho? Llevo años hablando de él a mis amigos, a mis clientes, y todos esperan que le den el

título para ofrecerle una oportunidad. Como yo he hecho con los hijos de Mariano Iniesta y Pedro Rodríguez, que bien contentos que están los dos trabajando conmigo y yo bien satisfecho de tenerlos en mi equipo. Si hasta me estoy planteando hacerles socios para que luego se queden con la firma, cuando me retire. ¿Qué mal hay en que nos ayudemos entre nosotros? Si, además, todos saben que es brillante. Si fuera un inepto no les pondría en la disyuntiva de rechazarlo o contratarlo por amistad, sin convencimiento. ¡Que somos amigos, pero no tontos! ¡No se trata de hacer caridad, sino de intercambiar favores! ¡Y al señorito le parece mal! ¡Que quiere conseguir un puesto por méritos propios! ¡Pero qué méritos ni qué demonios!

—¡Tranquilo, Gonzalo, no te alteres tanto! ¡Si ya sabes que es tan terco como tú! Déjalo a su aire. Que lo intente, a ver si tiene suerte.

—No, si ahora me ha dicho que quiere pasar un año en Estados Unidos, que hay un curso que le interesa mucho en no sé qué universidad tecnológica. Que está pensando en solicitar plaza. Que ofrecen unas becas para los mejores expedientes y uno de sus profesores le ha dicho que tiene opciones. ¡Un año en el fin del mundo!

—¡Bueno, pues iremos a verle! Con la excusa de visitarle, te tomas unas vacaciones y nos pasamos allí una temporadita. Así te vas acostumbrando a la buena vida.

—¿No te importa estar un año sin verlo?

—¡Claro que me importa! ¡Qué cosas tienes! Pero no vamos a tenerlo siempre en casa y si eso es bueno para su futuro y es lo que él quiere, no podemos negarnos.

—¿Y si decide quedarse?

—Pues ya veremos. Habrá que esperar a ver cómo salen las cosas. Paso a paso. ¿No eres tú el que siempre recomienda no anticiparse a los acontecimientos? Pues eso. ¡Ya se verá! ¡Si a lo mejor no lo aceptan...!

—¿A tu hijo? ¡Si se lo propone, lo aceptan hasta en la NASA!

Y lo aceptaron. Le dieron una beca de mucho renombre internacional y sus padres no pudieron negarse a que fuera. Pero nunca encontraron el momento de visitarlo; su padre tuvo un año de más trabajo del que ya era habitual y su madre no quiso dejarlo solo. Tampoco él pudo volver en Navidades, cómo había proyectado, porque una tremenda nevada cerró los aeropuertos y, para cuando se restableció el tráfico aéreo, ya no tenía días suficientes para volar a casa y darles una sorpresa.

Volvió en julio, con muchísimas ganas de verlos, con tantas cosas que contarles, tantos regalos, tantos sueños, que en el viaje de regreso trató de organizar un cierto esquema mental para no olvidar nada importante. Pero no estaban en el aeropuerto. En su lugar, distinguió a su tío Domingo y, con solo verle la cara, supo que algo que no debía pasar había sucedido. Un accidente de coche camino del aeropuerto, hijo, ¡cuánto lo siento! Mario, impasible, como si no fuese verdad lo que le estaban contando, reconoció su voz pidiendo detalles, articulando frases que no era consciente de haber formulado. ¿Pero, cómo ha sido? ¿Están bien? No se sabe qué ha podido pasar, Mario. Se salieron de la carretera. Pero ¿cómo están? ¡Ay, hijo! Tu madre, muerta en el acto; tu padre, muy grave. ¡Ay, muchacho, cuánto lo siento! Y Mario, callado, como si no alcanzara a entender el significado de esas palabras; pero sus labios no obedecían a su cerebro ausente y lograron decir que quería verlos. ¡Sí, sí, claro, nos vamos directos al hospital! Yo estaba aquí porque me vine ayer del pueblo; te habíamos preparado una fiesta de bienvenida y no quería perdérmela y, ya ves... Sí, ya veía. ¡Tener que venir a darte esta noticia! ¡Con lo felices que estaban anoche! Seguro; muy felices, deseosos de verle; tanto como él a ellos. ¡Ayer cenamos juntos y no te imaginas qué alegría se respiraba en tu casa! Sí, claro que se lo imaginaba; podía imaginar muy bien la sonrisa en los finos labios de su madre, el brillo en los ojos claros de su

padre. ¡Ay, hijo, que no sé si saldrá Gonzalo de esta! ¡Ay, muchacho, que vamos a perder a los dos! No, a los dos no, seguro que había un error. No podía ser cierto. Alguien se había confundido. Sus padres estarían en casa, preparando su fiesta, aguardando impacientes el momento de abrazarlo. Seguro. ¡Ay, Mario! ¿Por qué no me dices nada? ¡Tienes que reaccionar! ¡Ya sé que es muy duro, pero...! No, ni mucho menos; ¿qué iba a saber? Nadie sabía. ¡Mario, hijo, dime algo!

Pero no le llegaba nada a la boca, ni palabras, ni bilis, ni saliva. Solo imágenes borrosas de su madre abrazándolo, un año antes, tan guapa mientras atrapaba las luces en su pelo pajizo y reflejaba el sol de su piel canela; mientras trataba de no emocionarse y le decía que no le trajera una novia de tan lejos, que ella no sabía inglés y sería muy mala suegra, con tanta comida como siempre hacía, pero que ya sabía él que no le gustaban las hamburguesas y no iba a cambiar, a esas alturas de su vida. Imágenes desdibujadas de su padre, más alto que nunca, como si al estirarse pudiera ocultar el brillo acuoso de sus ojos; silencioso, por primera vez en su vida, a la espera de que llegara su momento de despedirse y, cuando al fin llegó, aún más mudo, mientras articulaba con su abrazo el discurso que había olvidado y resumía en un *cuidate* toda su locuacidad. Y él se había cuidado, pero ellos no. *Cuidate*. ¡Eso es Mario, llora, que llorar es bueno! Pero se equivocaba su tío. Mario no lloraba. No eran suyas esas lágrimas saladas que le llegaban a la barbilla. No eran suyos los ojos de donde salían. Ni le pertenecían los labios temblorosos. No era él. Mario se había quedado allí, hacía un año, cuando abrazaba a su padre y besaba a su madre, cuando les lanzaba un adiós con la mano a través del cristal de la zona de embarque y les grababa en su retina y les quería con la mirada. *Cuidate*. Y se había cuidado. Pero ellos no.

Durante un tiempo no supo qué hacer ni qué no hacer. Su padre había dejado claras instrucciones de cuáles eran sus deseos y los jóvenes socios de la firma, los hijos de sus amigos que sí habían aceptado su ayuda y aprovechado la oportunidad que les brindó, no mucho mayores que su propio hijo, se encargaron de cumplirlos. Mario se dejaba ir. Firmaba lo que le pedían que firmase, asistía a las reuniones a que le convocaban, comía mal y poco, dormía menos. Hasta que una mañana se levantó oyendo la voz de su madre reprenderle y a su padre llamándole pusilánime; pusilánime y soberbio. Y entonces descubrió qué quería. O, por lo menos, qué no quería. Comenzó a devolver las llamadas de tantas personas que se habían interesado por él, a aceptar algunas de las muchas invitaciones que había recibido. Entonces conoció a Maribel y le cambió la vida.

* * *

Paco recorría deprisa las escasas manzanas que lo separaban del lugar de su entrevista. Había localizado la calle en un plano del metro y, al empezar a seguir los números de los portales, había descubierto que no tendría que caminar demasiado. Tenía prisa por llegar, prisa por empezar a trabajar, ya mismo, en ese preciso instante. Tenía miedo de que no le aceptasen, de que le rechazaran con unas palabras amables, con la promesa de una posterior llamada. Aunque no había llegado a la cincuentena, a esa edad maldita que ningún empresario parecía querer para sus trabajadores, tampoco era ya tan joven. Sabía que sus años y sus incipientes canas no lograban inclinar la balanza a su favor; que su experiencia de décadas era un debe, no un haber. Por eso, para acallar sus temores, para afianzar su confianza, avanzaba presuroso, con caminar firme, deseando contagiarse de la seguridad de sus propios pasos.

Cuando llegó a su destino, se sorprendió al ver que se trataba de unas oficinas muy modernas y amplias. La empresa no debía llevar mucho tiempo en funcionamiento, pues todavía se notaba esa ausencia de vida de los mostradores limpios y ordenados, de los ficheros bien cerrados, de

las enormes macetas que atestiguan con el brillo de las hojas que son recién compradas, del abuso de un ambientador que pretendía refrescar el ambiente con un aroma dulzón. La recepcionista parecía tenerlo todo bajo control, desde la bandeja en que había dispuesto una colección de posits de diferentes colores, a la agenda de citas que tenía al lado del teléfono y que apenas contaba con anotaciones, desde el ordenador en que teclaba con energía, hasta los auriculares que le aplastaban su larguísimo y liso pelo, permitiéndole contestar las llamadas sin dejar de aporrear el teclado. En cuanto se presentó, lo saludó con amabilidad y, tras concluir una breve conversación telefónica en la que estaba inmersa, le hizo pasar a un gran despacho.

Un hombre de menos de treinta años esperaba de pie tras una moderna mesa de cristal ácido, tendiéndole la mano con cordialidad. ¡Era tan joven! Paco no se dejó impresionar por los muebles minimalistas, por los extraños cuadros que colgaban de la única pared del despacho, por las restantes paredes de cristal que no ponían límites a la vista; no permitió que le sorprendiera el brusco contraste que la corbata verde pistacho de su interlocutor ofrecía en la monotonía de ese mundo blanco frente a negro que lo rodeaba. ¡Pero su juventud...! Eso le desarmó y agradeció poder sentarse porque, de pronto, le temblaban las piernas y el corazón le latía con una fuerza imposible. Era tan joven que no quería contratar a nadie tan viejo como él. Fijo. ¿Cómo podía haber supuesto otra cosa? ¿Por qué se habría hecho ilusiones?

Tras presentarse como Andrés Cotanda, estudió su curriculum con interés y dirigió una entrevista cordial y breve, mirándole a los ojos en todo momento. Paco no tuvo problema en contestar a sus preguntas iniciales, mientras se repetía que aquello era una pérdida de tiempo, mientras anticipaba el resultado. Cuando le vio garabatear algo en un papel, supo que había llegado el momento de despedirse.

—¡Bien, eso es todo, me parece! —dijo el joven.

—Adiós, entonces. Supongo que me llamarán para decirme algo —contestó Paco, para facilitarle la tarea, por si el muchacho no estaba aún acostumbrado a rechazar a los candidatos inadecuados.

—Bueno, no creo que sea necesario, la verdad. Dígame, ¿podría empezar mañana? Si vuelve esta tarde con la documentación necesaria, mañana tendríamos el contrato preparado. Claro, que no he mencionado todavía las condiciones...

—¿Perdón? —Paco no podía creer lo que estaba oyendo—. ¿Condiciones? No se preocupe, que me dan igual. Empiezo ahora mismo, si quiere.

—Ya veo —sonrió el joven—, pero no creo que fuese muy legal, Francisco.

—Paco, si no le importa.

—Estupendo, Paco. La señorita de recepción le indicará lo que necesitamos para formalizar el contrato y le dará los detalles. Nos vemos mañana, pues.

Y se levantó para estrecharle la mano de nuevo. Paco le habría dado un abrazo, habría comenzado a gritar, a saltar, a reír a carcajadas. A duras penas logró mantener la compostura y la serenidad mientras la secretaria le informaba de todo cuanto necesitaba; a duras penas logró salir de allí como el hombre adulto que era. Pero una vez en la calle, tras avanzar a grandes zancadas algunos metros, tuvo que apoyarse en una pared para respirar hondo, para llenar sus pulmones de un aire que no parecía satisfacerlo. Entonces, no pudo evitar echarse a llorar como no recordaba haber hecho nunca, sin importarle si le miraban los viandantes, sin preocuparle lo que de él pudieran pensar. Solo lloraba. Como un niño; como un hombre aliviado.

Cuando logró tranquilizarse, emprendió el regreso a casa para recoger la carpeta con los documentos que debía llevar aquella tarde. Pensó en llamar a Pilar para darle la noticia, para que se alegrase al saber que se iba a acabar su mala racha, pero luego recordó que no le gustaba

recibir llamadas en el trabajo, que le incomodaba tanto que solo le contestaba a él, a sus hijos o al colegio, por si sucedía algo grave. Cuando viese su número en la pantalla, pensaría que había pasado algo y estaría inquieta hasta que encontrase el momento de contestar. No, mejor no preocuparla, no merecía la pena. ¡Bastante tenía ya! Hablaría con ella por la tarde, una vez entregada la documentación para el contrato. Para que supiese que era real, que no había trampa, que quizá pronto pudiese pasarle algo más de dinero.

Sí, lo primero era echarle una mano. Luego, si todo iba bien, trataría de alquilarse un piso, porque vivir con su madre era demasiado humillante. ¡Pero lo primero era ella y los chicos! No creía que pudiese saldar nunca la cuenta de las muchas mensualidades que les adeudaba, pero lo intentaría. Y eso que Pilar nunca se lo reclamaba, ni le recriminaba por no poder ayudar a mantener a sus hijos. ¡Menos mal que no era una mujer rencorosa o vengativa! ¡Qué poco se parecía a su madre!

Cuando Paco conoció a Pilar, estaba haciendo las milicias universitarias y ella estudiaba enfermería. Su amigo Nacho, vecino y compañero de andanzas desde niños, había empezado a salir con Rosa, una buena amiga de Pilar que no pudo resistirse a ejercer de celestina, sin demasiado éxito al principio; por lo menos en lo que a ella se refería. Porque lo cierto es que a él le encantó aquella muchacha seria y segura desde el primer momento; le volvían loco las dos pecas de su mejilla izquierda, que se desplazaban hacia arriba cuando sonreía, como si tuviesen una vida oculta; le gustaba su cuerpo esbelto pero con curvas, su pelo lacio que enmarcaba un rostro cuadrado, sus labios gruesos, sus ojos grandes. Y su voz. Le parecía la voz más sugerente que había conocido, con ese tono que sorprendía por grave y que la hacía tan singular.

Tuvo que insistir mucho hasta que, por fin, después de quedar los cuatro juntos unas seis o siete veces, una tarde, Paco propició un encuentro casual, que, en realidad, no lo era en absoluto. Sabía, por Rosa, que Pilar pensaba acudir a una exposición de pintura que inauguraban en el centro y allí se presentó, aunque era la primera vez en su vida que acudía a un acto de ese tipo. Al llegar y observar cómo ella estaba abrazada a un joven de esos que pretendían ir de moderno, con ropa de marca y pelo largo, con el que parecía mantener una estrecha relación, pensó que había sido un estúpido creyendo que tenía alguna posibilidad. Pero Rosa siempre le había asegurado que Pilar no estaba con nadie y eso le impidió marcharse.

Se retiró a un rincón alejado y se dedicó a contemplar cómo ambos saludaban a la gente mientras deambulaban por la sala, cómo él le señalaba algún cuadro, comentándole cosas a las que ella asentía, o cómo se reían los dos con complicidad; hasta que se les unió una muchacha muy guapa, que no podía evitar ser objeto de todas las miradas y que lo sabía y, entonces, los tres se convirtieron en el centro de atención de todos los presentes. Al cabo de media hora Paco no pudo soportar más la situación y, reprendiéndose a sí mismo por su ingenuidad, decidió marcharse. Justo cuando estaba acercándose a la puerta, deteniéndose ante algunos cuadros para tratar de pasar desapercibido, oyó a Pilar que lo llamaba.

—¡Paco! Pero ¿qué haces tú aquí? No me podía imaginar que te gustara la pintura. De haberlo sabido te habría invitado a venir conmigo.

—¡Ya ves! Que no me conoces tanto como te supones.

—¡Desde luego! ¡Qué sorpresa! Pero dime, ¿te gusta la exposición? ¡A que es estupenda! El autor es un amigo de infancia, ¿sabes? Le he visto dibujar desde que éramos pequeños y siempre me impresionaba la aparente facilidad con que lograba plasmar lo que veía. Con los años se ha dedicado a buscar nuevas técnicas y parece que ahora va a conseguirlo, va camino de triunfar en este mundo; ya se le considera una joven promesa. ¡Seguro que llega muy lejos! Y yo me sentiré muy orgullosa de haber sido su primera fan. Ven, si quieres te lo presento.

—¡No, no te molestes! ¡Si estará muy ocupado!

—¡Calla, Paco, no seas bobo! Le encantará conocer a un amigo mío.

Y Paco ya no escuchó sus siguientes frases, pues no sabía si sentirse feliz de que le considerara un amigo o, por el contrario, triste, al comprender que eso era todo cuanto significaba para ella. Pero, antes de decidir por cuál de las dos opciones decantarse, Pilar ya le estaba presentando al joven con quien la había visto toda la tarde.

—Mira, Paco, este es Borja, el artista. Nos conocemos desde los seis o siete años, ¿verdad? Durante muchísimo tiempo nos veíamos un fin de semana al mes, sin falta, en la casa de mis tías.

—¡Encantado! —contestó Borja, estrechándole la mano y mirándolo con descaro. En ese momento, Pilar se apartó de ellos para corresponder al saludo de alguien y el pintor continuó hablando con Paco—. Espero que me la cuides mucho, que yo a Pilar la quiero como a una hermana.

—Me parece que se sabe cuidar sola muy bien, pero me encantará echarle una mano, si ella acepta —añadió Paco, sorprendido.

—¡Tú insiste, que aceptará! Seguro —sugirió Borja.

—Bueno, Paco, dile a Borja qué cuadro te ha gustado más —pidió Pilar, que se había vuelto a unir a ellos en ese instante—. A mí me encanta el que se titula *Tormenta extraña*. Es impresionante; con esa tonalidad tan sorprendente y esa luz que lo cruza... Yo le digo que es un rayo, que no puede ser otra cosa, pero él me ha dicho que para nada; que solo pretendió captar un sentimiento. ¡Ya ves tú! ¿Cómo va a ser un sentimiento algo tan deslumbrante? En fin, tonterías de artista. ¡Pero me encanta! Me gusta tanto que le he dicho que, si no lo vende, ahorraré para comprárselo.

No hizo falta que ahorrara. Borja se lo dio como regalo de boda y, desde entonces, siempre había estado colgado en la pared principal de su casa. Quizá, si Paco no hubiese ido a esa exposición y no hubiese hablado con el pintor, no se habría atrevido a seguir aproximándose a Pilar. Sin duda, las cosas habrían sido muy distintas, pero lo cierto fue que lo que sugerían aquellas palabras de Borja le sirvió de acicate para seguir insistiendo. Aún recordaba cómo, a poco de volver de su viaje de novios a Italia, Borja apareció un día por el piso que habían alquilado, con el cuadro envuelto en papel de embalar. Mientras Pilar lo apoyaba encima del sofá y buscaba las herramientas para colgarlo en ese mismo instante, Paco le dio las gracias de nuevo.

—No hay de qué. Pero ya sabes. Cuídamela mucho o te las tendrás que ver conmigo —respondió Borja.

Y se las tuvo que ver. ¡Vaya si se las tuvo que ver! No importó que hubiese pasado más de una década, que Borja fuese entonces un pintor de renombre, que los amigos de infancia ya no se viesan con tanta frecuencia, que cuando se enteró de todo él estuviese en París desde hacía varios meses. Nada importó. En cuanto llamó para comentarle a Pilar que volvía en un par de semanas, a fin de organizar una nueva exposición, y ella le contó que se habían separado, Borja anticipó su regreso. Como el buen amigo que era, como si fuese familia. Pasó mucho tiempo con ella, la ayudó a organizar su nueva vida, la acompañó al médico, la aconsejó y, sobre todo, la ayudó a volver a reír.

Pero antes de que eso sucediera, mucho antes de que Pilar lograra perder ese brillo de sorpresa en la mirada, esa expresión de asombro en sus ojos y la sonrisa forzada de los labios, se encontraron. Paco y Pilar habían quedado para concretar algunos detalles prácticos. Fue el día en que ella le dijo que no iba a pedir el divorcio de momento, para que él pudiese cobrar la pensión de viudedad si a ella le pasaba algo; que por eso no quería que hubiese constancia de su separación, para evitar problemas legales.

—¡No digas nada, por favor! —dijo Pilar removiendo la espuma de su cortado—. Ya sé que me vas a decir que no sea tonta, que no me va a pasar nada. Pues mejor, ¡que así sea! Pero hay que ser previsora. Si luego veo que pasan los años y salen bien las revisiones, pues estupendo. Tramitamos el divorcio y arreglado. Pero por ahora me quedo más tranquila haciendo las cosas de este modo. Contigo en el paro y todo... no hay que dejarse llevar, hay que pensar bien qué es lo más conveniente. Y otra cosa —interrumpió de nuevo—. Perdona, pero prefiero decírtelo todo de golpe y luego opinas. Mira, los niños tienen que seguir viéndote, como es normal, pero mientras estés en casa de tu madre va a ser muy difícil que se pasen allí el fin de semana contigo. No tenéis sitio y, además, no creo que a tu madre le agradase mucho. ¡Bastante ha hecho la mujer aceptando que vuelvas con ella! Así que he pensado que, quizá, lo mejor sea que, cuando te toque a ti estar con ellos, que seas tú quien vengas a casa y yo me voy esos días fuera. Es lo mejor para todos. Los críos siguen en su ambiente, tú descansas de tu madre y para mí será como unas vacaciones. Puedo elegir a dónde ir y aprovecharé para pasar más tiempo con gente que he tenido un poco abandonada. Bueno, pues ya está. Eso era todo. ¿Qué te parece? ¿Estás de acuerdo?

Paco no pudo contestar porque en ese mismo momento entró Borja en la cafetería y se acercó a su mesa.

—¡Hola, Pilar! ¿Habéis acabado? —preguntó a su mujer, sin siquiera dirigirle a él un saludo y, menos, una mirada.

—Sí, ya está. ¿Verdad, Paco? Ya lo hemos arreglado todo. Voy al baño y nos vamos ahora mismo.

Mientras Pilar se perdía por el fondo de la sala, Borja, aún de pie, le dijo:

—Te pedí que me la cuidases y te has portado como un cabrón. Espero, al menos, que no le amargues más la vida, que la dejes en paz. Necesita tiempo y eso es lo que teme no tener. ¡Así que deja de llamar, de intentar explicarte! Le haces daño, ¿te enteras? ¡Si te arrepientes, te jodes, y si necesitas que alguien te perdone, te vas a un cura, que para eso están! Pero ¡déjala en paz de una puta vez! ¡Te prometo que si no, te vas a acordar de mí!

Pilar regresó en ese momento y Borja no pudo seguir con su discurso, pero Paco sintió, por la intensidad de sus palabras, que aunque no sabía cómo, cumpliría su promesa. No obstante, no fue el miedo a posibles represalias lo que le hizo dejar de llamar a Pilar varias veces al día, de escribirle mensajes, de esperarla a la salida del trabajo. Borja le hizo ver lo inútil de sus intentos y lo egoísta de su comportamiento.

En realidad, si buscaba perdón no era más que por tranquilizar su conciencia; nada tenía que ver con el bienestar de su mujer o con el deseo de hacerle entender que todo había sido un tremendo error, que no era culpa de ella, que es que él no sabía lo que hacía, que, entre unas cosas y otras, estaba tan desorientado..., que la quería... Y perdón era lo que nunca tendría. Aceptación, quizá; resignación, sí. Pero perdón, no; jamás se perdonaría por haber tirado por la borda tantas cosas; por haber provocado en Pilar una expresión que nunca antes había conocido, ni siquiera en las ocasiones en que le diagnosticaron su enfermedad con anterioridad. No, nunca se perdonaría; jamás sentiría por sí mismo la clemencia que percibía en Pilar. No, él era para sí tan inmisericorde como su madre había sido con su padre. Cosas de familia. De tal palo, tan astilla, que decía su madre. Por el contrario, Pilar no era rencorosa. Por eso se había enamorado de ella. Por eso aún la amaba.

III

Las tres de la tarde era una hora tan buena como cualquiera para acabar la jornada laboral y, sin duda, mejor que muchas otras. De hecho, a Pilar le encantaba su horario; con los críos de vuelta en sus clases, poder contar con el tiempo suficiente para comer y descansar un poco antes de empezar la siguiente jornada, la de madre, le parecía un regalo. Aunque siempre hubiera cosas por hacer en casa, una vez acababa de comer y de recoger la cocina, se tumbaba en el sofá y ponía en la tele algún documental que, enseguida, la adormecía. Nunca dormitaba más de un cuarto de hora; en ocasiones, quizá, treinta minutos, pero ese pequeño período la permitía recuperarse como si de toda una noche de descanso se tratara. Después, leía un rato y disfrutaba del silencio de la casa.

¡Dios, el silencio! ¡Cuánto había echado de menos más momentos de silencio, de soledad! Esa escasa hora y media era el único período del día en que estaba sola y, de manera voluntaria, ignoraba todo lo que podría estar haciendo, todo lo que sabía que debería estar haciendo.

En los últimos tiempos, sin embargo, no lograba concentrarse en la lectura. No conseguía que la novela que tenía empezada desde hacía semanas la enganchara hasta el punto de hacerle perder el contacto con la realidad. No, demasiado a menudo se descubría pensando en cuestiones de tipo práctico, en cómo no dejar ningún cabo suelto, y tenía que retroceder hasta el punto en que, aunque sus ojos hubiesen continuado leyendo, su cabeza se había ido a otro lugar. No, no era capaz de avanzar ni de disfrutar con la historia que tenía entre manos. Por eso, unas cuantas semanas atrás había comprendido que era inútil empeñarse en fingir interés y, desde entonces, dedicaba ese período de tiempo a revisar papeles, a deshacerse de viejos recuerdos que solo para ella eran valiosos, a clasificar documentos; a ordenar su vida, en fin. Lo hacía con serenidad, sin amargura, consciente de que era la primera vez que había sentido esa necesidad perentoria de examinar sus pertenencias más íntimas, de desechar todo aquello que no quería que nadie pudiese descubrir. Y no es porque tuviese nada que ocultar, en absoluto; sino, tan solo, porque siempre hay algo que uno guarda para sí y Pilar no quería que nadie lo encontrara cuando ella ya no pudiese evitarlo.

¡Había ido tirando tantas cosas! Sus insulsos diarios de adolescente, que no sabía por qué había conservado tantos años y que había aprovechado para releer ahora, sintiendo añoranza por aquella chiquilla que fue y que nunca volvería. Algunas cartas de sus amigas y de su primer novio. Las de Paco. Solo decidió conservar las larguísimas misivas que Borja le enviaba con regularidad desde cualquier sitio en que se encontrase, incluso desde su propia casa en el céntrico edificio de sus tías, y en las que le explicaba sus luchas artísticas, sus incertidumbres. Eran muy numerosas y las ordenó de forma cronológica, disponiéndolas en una caja que pensaba darle en cuanto las cosas se pusiesen feas. Antes, no; no quería hacerle sufrir; no podría soportar verle reconocer su derrota. De todos modos, por si acaso, envolvió la caja y escribió en el papel, con trazos gruesos y una letra clara, que aquel paquete era para Borja. No quería correr ningún riesgo. No ahora. Nada podía quedar al azar.

Descubrió, en una carpeta enmohecida que conservaba en el fondo de un cajón de su escritorio, sus notas del colegio, junto con algunos trabajos y varios dibujos de la época en que Borja quiso enseñarle a dibujar y la animaba a continuar pese a que ella comprendía que el cariño le impedía ser juez honesto e imparcial. Todo fue a la basura. Junto con las fotos de antiguos amigos y compañeros que ya no tenía sentido conservar, pues sus hijos nunca podrían reconocer. Junto con algunos folletos de conciertos o exposiciones a los que había asistido. Junto con felicitaciones diversas y cariñosas notas de ánimo de los últimos tiempos. Todo desapareció en

unos pocos días.

Lo más doloroso fue deshacerse de ciertos recuerdos de su padre, demasiado personales para que sus hijos pudiesen apreciarlos. Todavía guardaba sus gafas, su llavero, un cinturón, su carnet de identidad, alguno de sus pañuelos de algodón, la manta con que se cubría las piernas en los últimos tiempos...; un sinfín de aquellas pequeñas cosas que te hacen soportar la ausencia de quien nunca volverá. Pero, en general, le sorprendió lo fácil que había resultado desprenderse de su pasado. Sin una lágrima, sin desesperación; solo con nostalgia por lo que fue, por lo que nunca sería. Le impresionó cuánto puede reducirse lo que en verdad importa, lo poco que uno necesita tener cerca hasta el final.

Lo difícil vino luego, mientras clasificaba los numerosos regalos que sus hijos le habían hecho en el colegio para el día de la madre o para final de curso; tantas manualidades, tantos dibujos, tantas figurillas de arcilla; tantos *Te quiero, mamá* escritos con tintas de colores, con acuarelas, con rotuladores; eso sí que había sido duro. Clasificar todo en dos cajas, cada una con el nombre de su autor. Y en cada una añadir una carta, unas últimas palabras de su madre para que pudiesen conservar su recuerdo, por si le resultaba demasiado doloroso hablarles cuando llegase el momento de hacerlo; por si no era capaz de reconocer que ya había llegado.

Pero ahora ya estaba todo hecho, todos sus cajones revisados, todas sus pertenencias dispuestas a soportar el escrutinio de otros, todos sus deseos expresados con la única formalidad de que era capaz. Y esa certeza de haber logrado hacerlo la satisfacía de una manera incomprensible, hacía que se sintiese liberada, casi feliz; como cuando uno acaba una tarea muy ardua, pero cuyo resultado final compensa todas las penalidades del proceso. Tanto, que hoy decidió que no tenía por qué comer en casa.

No, de hecho, no le apetecía nada encerrarse entre las cuatro paredes de su piso; necesitaba el rumor de otras voces, dejarse llevar por las conversaciones ajenas, perderse en los murmullos de quienes tenían algo que decir y contaban con quien hablar. Porque tampoco deseaba ser parte activa, tener que dar explicaciones, soportar las miradas de sus compañeras de trabajo, sentir cómo le apretaban los brazos al darle un beso de despedida.

Así que Pilar decidió salir a comer fuera del hospital. Le daba igual dónde, siempre que fuese lejos de aquel barrio o del suyo propio; siempre que pudiese conservar el anonimato. Se dirigió al metro más por costumbre que por una decisión consciente y, una vez pasadas las taquillas, se detuvo un instante para decidir hacia donde dirigirse.

Si aún viviera alguna de sus tías, Elsa o Asunción, habría ido a verla; pero las pobres habían fallecido con escasos meses de diferencia en una residencia de las afueras. Con algo de asistencia, habían podido estar en su casa hasta que ya eran demasiado mayores para seguir solas, pero cuando empezó el declive, Pilar ya no se encontraba en situación de ayudar a nadie. Bastante tenía con ayudarse a sí misma.

Además, ellas habían tomado ya sus propias decisiones y reservado una habitación para las dos en un lugar que casi parecía un hotel. Siempre habían sido mujeres independientes, resueltas, y no esperaban de ella que las atendiese; sabían cómo y dónde querían pasar sus últimos años, disponiendo las cosas con tiempo, organizando su escaso futuro. A Pilar, entonces, le había parecido macabra la manera en que distribuyeron sus objetos de valor entre ella y su hermano Nando, reservando alguna pequeña cosa para los hijos de ambos. Ahora, al recordarlo, no podía evitar sonreír.

Recordaba Pilar cómo un fin de semana les rogaron que acudiesen a comer porque querían hablar con ellos. La invitación fue tan formal que ninguno de los dos sobrinos pudo negarse, intuyendo en el tono de sus voces, ya frágiles, una decisión inesperada. Con los postres llegó la

noticia de que iban a vender el piso para poder pagar su alojamiento en el *Hogar*; así lo llamaron, *Hogar*, como si su casa ya hubiese dejado de serlo. Querían tener la seguridad de que podrían hacer frente a sus gastos hasta el final y hacía algún tiempo que habían apalabrado la venta. Se lo iba a comprar Borja, que quería seguir viviendo en el mismo edificio de su niñez y le gustaban sus amplias habitaciones y sus inmensos ventanales.

—Ya sabéis que ahora no se hacen las casas así de bien. Aquí, en el centro, en los pisos nuevos, es bien difícil encontrar nada que tenga los dormitorios más grandes que los de las muchachas de antes, que eran poco hermosos, la verdad. ¡Y todo exterior! Ya no se encuentran pisos sin esos horribles patios de luces por los que siempre hueles lo que comen los vecinos o escuchas sus conversaciones —explicó Elsa—. Así que, cuando le comentamos a Borja que queríamos vender el piso, nos dijo que él nos lo compraba cuando quisiéramos; que, mientras tanto, siguiésemos aquí tranquilas, sin prisas por marcharnos. Siempre ha sido muy bueno Borja, como un hijo. Y su hermana Marián también, no os figuréis; pero él es más cariñoso, más amable.

Así supo Pilar que sus tías llevaban meses, quizá años, planeando su traslado a una residencia, *cuando llegase el momento*, y que su amigo Borja se lo había ocultado porque ellas así se lo habían pedido. Ahora, entendiendo que ese momento había llegado, se disponían a desprenderse de todo aquello que no deseaban conservar, pero que querían que sus sobrinos mantuviesen en la familia. Libros, joyas, cuadros, algunos pequeños muebles... ¡eran tantas las pertenencias que habían acumulado a lo largo de varias generaciones!

—Mirad, hemos apartado algunas cosas que deberíais guardar porque hoy seguro que tienen valor. Ya no se borda a mano, como antaño, así que, aunque no utilicéis estos manteles o estas sábanas nunca, merece la pena que conservéis algunos, de recuerdo por lo menos. Podéis elegir. Ya veis que hay mucha ropa de casa porque aquí están los ajuares de nuestra madre y nuestra abuela íntegros, puesto que vuestro padre no recibió nada —explicó Asunción.

—¡Qué costumbres tan injustas para los hijos varones! —dijo Nando, que era una persona habladora e inquieta—. Lo digo por lo que me toca, aunque yo no me voy a enfadar si decidís dárselo todo a Pilar; por aquello de seguir con la tradición familiar, ¿eh? ¡Eso que conste!

—¡Qué tontería estás diciendo! —contestó Elsa, con una fuerza inusitada en la voz—. Si tu padre no recibió nada no fue por ninguna tradición familiar.

—¡Calla, Elsa! ¡No sigas! Ya no merece la pena —añadió su hermana—. ¿Qué más da ahora?

—¡Que qué más da! ¡Pues claro que no da igual! Y ya va siendo hora de que conozcan la historia de su familia, que no son unos críos. Vamos a ver... —Elsa se quitó las gafas y se limpió sus ojos claros con un pañuelo; hacía ya algún tiempo que parecían incapaces de retener las lágrimas, como si anticiparan la tristeza de la despedida—; vamos a ver cómo os lo explico. Nuestra madre era de otra época y no le gustó mucho que su hijo se casara con una mujer que no era de su ambiente.

—¿De su ambiente? —Nando preguntó sorprendido—. ¿De qué ambiente hablas?

—¡No seas burro! —contestó Pilar—. La tía quiere decir que a la abuela no le gustó que papá se casara con mamá porque no era de su clase social. ¿Es eso, tía?

—Pues sí, hija, así es —respondió Elsa, aliviada—. Ella tenía en mente otro matrimonio más conveniente, aunque creo que habría aceptado a cualquier otra nuera que hubiese sido más discreta y menos combativa que vuestra madre. Vuestra abuela nunca pudo soportar la falta de prudencia y los escasos modales que se camuflan en la campechanía. Y, siento decirlo, hijos, pero vuestra madre no adolecía de ambas... cualidades.

—¿Quieres decir que a la abuela Angustias no le gustaba mamá? —preguntó Nando, como si jamás le hubiese sorprendido que la familia de su padre nunca les visitara, que nunca hubiesen

celebrado unas Navidades o un cumpleaños juntos, que su madre siempre lanzase pullas y frases incomprensibles cuando ellos volvían de visitar el domicilio paterno, que no hubiese asistido al entierro de su suegra.

—¡Vamos, Nando, no te hagas el tonto! Si sabes a la perfección que no se hablaban. Si fuiste tú quien me explicó, cuando era una niña, que en casa solo teníamos unos abuelos, que de los otros no se sabía nada. A mí nunca me había extrañado que la abuela jamás visitase nuestra casa y que tampoco viniésemos nosotros con frecuencia aquí, a la suya; solo de vez en cuando, cuando nos traían las tías. Pero lo aceptaba como algo natural; los niños lo aceptan todo. Luego, cuando murió, recuerdo que fue la única vez que vi a papá enfadarse con mamá y tú me explicaste que era porque ella no quería ir ni al funeral ni al cementerio. Recuerdo que me dijiste que debía haber pasado algo muy espinoso entre ellas para que hiciese eso porque, cuando alguien se moría, todo el mundo parecía olvidar sus peleas. *Espinoso*, dijiste, que aún me acuerdo, porque no sabía qué quería decir esa palabra y se me representaban las zarzas que había en el solar cercano a casa, donde jugábamos por las tardes y donde siempre se pinchaba alguien. ¿Qué tendría yo, unos siete u ocho años?

—Sí —respondió su hermano riendo—. Ya me acuerdo. Estaba en la época en que me encantaba repetir palabras nuevas para que papá alabase mi vocabulario y esa se la había oído a don Casimiro, el director del instituto, mientras hablaba con la madre de Felipe. *Un asunto muy espinoso*, había dicho, y habían expulsado al chaval durante una semana. Por eso me acuerdo, porque nunca habían castigado así a un amigo mío y me pareció un héroe ese crío larguirucho y de pelo grasiento que era capaz de plantar cara a don Antonio, el de matemáticas. *Espinoso* me parecía una palabra muy seria, muy de adulto, y me pasaba el día repitiéndola cuando consideraba que venía a cuento, aunque no siempre viniese, claro.

—Ya, pues yo no lograba entender cómo podía haber espinas o zarzas en esa disputa entre mamá y la abuela y, cuando descubriste mi confusión, bien que disfrutaste inventándote historias de lo más extrañas —añadió Pilar mientras su hermano se reía, asintiendo con la cabeza—. El caso es que no quiero que molestes a la tía con tus preguntas ridículas. ¡Cállate cinco minutos por una vez en tu vida, por favor! Deja que siga con lo que nos estaba contando, a ver si nos enteramos del secreto de la familia. ¡Venga, tía!

—Secreto ninguno, hija —dijo su tía Elsa, que había estado muy pensativa mientras sus sobrinos recordaban el pasado—. O, por lo menos, no debería haberlo sido, así os habríais evitado tantas elucubraciones sobre lo que había pasado entre ellas. Pero tu padre nunca quiso que supieseis nada; era una persona muy discreta y muy sensible y no quería que pudieseis prejuzgar a su madre. Ahora ya no está ninguno de ellos y va siendo hora de que sepáis la verdad. ¡A ver cómo os lo explico para que podáis entenderlo! Mi madre era una señorita de las de antes y mi padre un joven médico con mucha hacienda y un prometedor futuro. ¡Esperad! Mejor empiezo con mis bisabuelos, para que os hagáis una idea clara de la situación. Veamos, mi bisabuelo Eusebio era un joven inquieto que emigró a Cuba en busca de fortuna. ¡Y bien que la halló! Volvió, como muchos indianos de la época, con las arcas llenas, instalándose en Madrid para seguir con sus negocios. Sé que era de una aldea gallega a la que nunca más volvió y cuyo nombre jamás se pronunció en nuestra casa, como si fuese un desdoro, ¿verdad, Asunción?

—Sí, nunca supimos por qué. Si madre lo sabía, no nos lo quiso contar. Era muy extraño porque, por lo general, cuando volvían con éxito de las Américas, siempre acudían a sus pueblos para alardear de sus triunfos. Pero el bisabuelo Eusebio, no. Y, además, madre siempre nos dijo que ella no había conocido a los padres de su padre; ni siquiera sabía sus nombres.

—El caso es —continuó Elsa— que volvió muy rico y aquí se enriqueció todavía más.

—¿Cómo de rico? —volvió a interrumpir Nando, mientras jugueteaba con el pañito de ganchillo que había cogido del reposabrazos de su sillón y que se entretenía en hacer girar sobre la yema de su dedo índice—. No parecemos la familia de un antepasado millonario.

—Millonario no te sé decir, la verdad; pero muy rico para la época sí. Mira, para que te hagas una idea, te diré que mi madre nació en un palacete de la calle Recoletos —continuó Elsa.

—¿Recoletos? —preguntó Nando cada vez más interesado—. Aquello no sería por entonces zona céntrica, como ahora, me imagino, pero debía ser, por las casas que quedan de antes, un barrio de gente muy bien. ¿Cómo consiguió el dinero?

—Sí, hijo, sí; era una zona de personas de abolengo o de gente venida a más. De mucho postín, vaya —prosiguió su tía—. Si me dejas seguir, te contaré todo lo que nos explicó mi madre. Veamos. El caso es que el bisabuelo Eusebio se mandó construir una hermosa casa allá por Recoletos. Por entonces creo que era área poco habitada, pero le entusiasmó, según parece. Resulta que el bisabuelo, a poco de volver de las Américas, había entablado relación con un marqués o algo así, que le había aconsejado unas inversiones que le hicieron multiplicar sus ingresos de manera notable. Nunca pude entender muy bien el asunto, porque no creo que madre, que era quien nos lo contaba, lo hubiese entendido tampoco, pero creo que fue algo como que el tal marqués sabía que se preparaba un alzamiento militar y comenzó a invertir en bolsa a la baja, aunque todos lo hacían al revés...

—¿Ya existía la bolsa por entonces? —preguntó Nando, callándose al instante al ver el gesto de su hermana pidiéndole silencio con los labios.

—...cuando el levantamiento se produjo por fin y la bolsa se hundió, él y sus amigos ganaron mucho dinero —prosiguió Elsa, ignorando la nueva interrupción—. No sé cómo pudo ser, la verdad, pero así lo explicaba ella, nuestra madre. Creo recordar que aquello fue por el otoño de 1844 o 1845, no sé bien. Nuestro bisabuelo, que debía tener unos treinta y tantos años, participó en el negocio no sé de qué modo y se enriqueció aún más. Bueno, a lo que vamos. A lo de la casa. Resulta que en esa zona de Recoletos se derribó un convento y el tal marqués compró terrenos para construirse un palacio, aconsejando al bisabuelo Eusebio que hiciese lo mismo, que comprase algún terreno de la zona. Según parece, había hasta entonces muchas huertas en la parte que llamaban del Barquillo, pero ya estaban desapareciendo porque se había decidido ampliar el paseo que ya existía y construir un barrio elegante que llegase hasta la puerta de Alcalá; también se había canalizado el arroyo de la Castellana y plantado árboles para crear un paseo de coches. Madre decía que a su abuelo le encantaba hablar de cómo era aquel barrio entonces, de cuánto había cambiado, de cómo él y otros muchos como él habían contribuido a crear un entorno especial. Así que, como se pensaba que grandes palacios irían apareciendo en las cercanías del Salón del Prado, nuestro bisabuelo no quiso ser menos. Allí se instaló con su esposa, a la que había conocido pocos años después de volver de Cuba, pero con la que no se casó hasta tener la casa hecha, allá por la mitad del siglo. En 1850, quiero decir. Él ya tenía los cuarenta cumplidos, pero ella era bastante más joven que él, casi veinte años menos.

—Su esposa, vaya, nuestra bisabuela, se llamaba como yo, Asunción —añadió la hermana.

—Bien, el caso es que tuvieron dos hijos: nuestro abuelo Abel y una hija, Juana, que murió a resultas de una mala caída de caballo siendo muy jovencita. Vivían en la opulencia, codeándose con la nobleza, incluso. Cuando el abuelo Abel se casó con la abuela Leonor, su padre ya había muerto y se quedaron a vivir en la misma casa, con su madre. Así que allí nacieron mi tío Abelardo y mi madre, vuestra abuela Angustias, que vino al mundo con más de diez años de diferencia respecto a su hermano Abelardo, justo con el cambio de siglo. La vida debía ser fácil y agradable, gastando la fortuna del bisabuelo Eusebio. Madre siempre hablaba de las fiestas en

casa de unos y otros; de sus mañanas en el Salón del Prado, por el paseo de los coches, bajo los frondosos árboles, en las cercanías de su casa; de los bailes, de la ópera, de los toros. Una vida ociosa, a la caza de un marido que mantuviese su nivel de vida.

—Eso es —interrumpió Asunción—, hasta que llegó padre. Era un joven médico de una familia muy bien situada, que provenía de Vizcaya y tenía negocios de paños. Se llamaba Felipe Luchaga. Puedo suponer que mis abuelos hubiesen preferido para madre un mejor partido, de entre las familias con las que se codeaban, pero tuvieron que conformarse y, como el muchacho era apuesto y tenía rentas de familia, aceptaron. El noviazgo no duró mucho y la nueva pareja se instaló también en el palacete de Recoletos. Pero parece que a padre aquella vida no le agradaba y mandó construir una casa en el barrio de Argüelles. Creo que a los abuelos no les gustó nada la zona, ¿verdad, Elsa?

—No, madre siempre decía que por entonces aquel barrio no se consideraba adecuado para las familias de más linaje o mejor situadas. Formaba parte de un ensanche que se ideó a partir de la cuadrícula de tan solo cuatro calles, más o menos paralelas. Ya sabéis, Ferraz, Mendizábal, Martín de los Heros y El Tutor...

—¿El Tutor? —Nando no podía estar callado por más tiempo. Varias veces había intentado participar en la conversación, pero la vigilancia de su hermana se lo había impedido. Ahora, incapaz de seguir en silencio, aprovechó una pausa de su tía para preguntar—. ¿Quieres decir Tutor, a secas?

—Entonces creo que se llamaba El Tutor o la gente usaba ese nombre, por lo menos, porque se había dedicado al tutor de Isabel II, Don Agustín de Argüelles; madre así nos lo explicó y siempre ponía el artículo delante, recuerdo de otra época, supongo. El caso es que esas calles se fueron cortando con otras perpendiculares. Quintana, Doctor Cárcelos, Luisa Fernanda...

—¿Doctor Cárcelos? ¿Cuál es esa? No me suena —insistió Nando, para desesperación de su hermana.

—Ahora se llama Rey Francisco. Ya sabes que las calles cambian de nombre, hijo —respondió Elsa con impaciencia.

—Ya, claro. ¿Sabes? Me encanta esta historia de mi ciudad que nos estás contando; nunca me había parado a pensar en el origen de los distintos barrios, ni en cómo eran antes esas zonas. Como siempre los has conocido, te crees que siempre han estado ahí —añadió Nando—. Así que sigue tía, por favor, cuéntanos más cosas de aquel Madrid. ¿A que es muy interesante, Pilar? ¿No te está picando la curiosidad por momentos?

Pilar asintió con la cabeza a su pesar, mientras su tía Elsa se acomodaba en su sillón.

—Bueno, Asunción, tendrás que ayudarme, no me falle la memoria —pidió Elsa a su hermana, quien hizo un gesto con la mano como si desestimara esa posibilidad—. Veamos lo que recuerdo de lo que nos contaron. Creo que al norte del Palacio estaba la montaña del Príncipe Pío y muchas huertas, cruzadas por la cuesta de Areneros, que bajaba hasta el Manzanares y que más tarde se llamó del Marqués de Urquijo, pero que muchos seguían llamando por el nombre antiguo. En lo que había sido el camino que llevaba al convento de los frailes de San Bernardino se hizo la calle Princesa, que nosotras conocimos como Blasco Ibáñez hasta después de la guerra, y que salía de la calle Quitapesares, la más cercana a la antigua Plaza de San Marcial, la que ahora es la Plaza de España; bueno, pues justo en esta última calle, la Quitapesares, que luego se llamó Ventura Rodríguez, es donde padre decidió construir su casa.

—Pero esa zona no debía ser mala. En las proximidades estaba el palacio de Liria, ¿no?

—Nando, ¿por qué no te callas de una vez? ¡Que le haces perder el hilo! —protestó Pilar.

—Claro, claro. El palacio de Liria y también el de Cerralbo, en nuestra misma calle —

prosiguió Elsa—. Y, un poco más allá, en Quintana, el del Conde de Cerragería, donde vivió La Chata hasta la República. Pero también se había levantado, no muy lejos, la cárcel Modelo, donde hoy está el Cuartel General del Aire. Y mucho más próximo estaba el Cuartel de la Montaña, del que seguro que habéis oído hablar, donde hoy está el Templo de Debod. La fábrica de gaseosas *El laurel de Baco* también estaba en la zona, con su estupendo merendero. Y, aún más cerca, se había construido la fábrica de perfumes *Gal*, con su alta chimenea de ladrillo rojo que tan pronto inundaba el barrio de aroma de flores, como expulsaba un humo maloliente. Y, en el pequeño barrio de las Pozas, que se había diseñado para los obreros, en el triángulo que hoy ocupa el Corte Inglés, había una fábrica de calzado, *Soldevilla y Castillo*, creo recordar. En fin, que era una parte de Madrid que los abuelos consideraban poco apropiada para su hija; demasiado obrera, vaya. No sé por qué, pero padre quería vivir en esa zona y ejercer allí su profesión. Así que los abuelos, contaba madre, les insistían siempre en que allí estaba el asilo de San Bernardino, para los mendigos, y el de las Hermanitas de los Pobres de la calle Buen Suceso, para que desistiesen. Como si la cercanía de los pobres pudiese contagiar todos los males. Claro, que de todos modos, ella no les hizo caso y nuestros padres se trasladaron allí, a una casa preciosa, que es donde nos criamos. Pero todavía recuerdo lo mucho que me fascinaba la casona de Recoletos cuando visitábamos a los abuelos y estaba en todo su esplendor. ¡Tan grande y lujosa! Y el paseo mismo era una preciosidad; por el centro tenía anchura para que circularan varios carruajes o coches a la vez y, a ambos lados, los árboles daban sombra a quienes paseaban por sus amplias avenidas.

—¿Y qué fue de aquella casa, tía? De la de Argüelles. Pilar y yo nunca estuvimos allí, ¿verdad?

—¡No, claro que no! La guerra se cebó con nuestro barrio. Ya el día 19 de julio se agruparon las milicias al inicio de Ferraz, frente a la casa Gallardo, para asaltar el Cuartel de la Montaña; ya sabréis que allí se había sublevado el general Fanjul. Las tropas de asalto también se apostaron desde la plaza a la calle Luisa Fernanda y a Rosales. El griterío y los tiros se oían desde casa y los cañonazos y los bombardeos de esa noche fueron señal inequívoca de que aquello no era ninguna tontería, pese a que al día siguiente, a media mañana, se rindieran los amotinados, que bien poco les duró la revuelta. Esa fue la primera vez que oímos un bombardeo aéreo, pero, por desgracia, no sería la última. Desde ese mismo verano comenzaron los sublevados a lanzar sus bombas contra nuestras casas y, además, desde el Cerro Garabitas, bombardeaban a diario con cañones de largo alcance, que decía padre; parece que le tenían ganas a la Gran Vía y alrededores. No respetaron nada: ni el Hospital Clínico, que acababan de construir hacía unos meses; ni la Ciudad Universitaria, que aún no habían inaugurado; ni el palacio de la Moncloa...

—Ni, más tarde, la que llamaban casa de Velázquez, que no tenía ni un año y en la que habían colocado la fachada del antiguo palacio de Oñate, que hacía ya años adornaba los almacenes de la Villa, los de la calle Mayor —interrumpió Asunción—. ¿Recuerdas cómo nos había llevado padre a verlo? Le asombraba cómo habían podido arrancar y trasladar la fachada; decía que era un gran logro y mostraba las mejores cualidades del ingenio humano. ¡Aunque, a lo mejor, la pobre fachada se habría salvado si se hubiese quedado allí, en la calle Mayor!

—Quizá. Es imposible saberlo. El caso es que pocas casas del barrio quedaron intactas; ni siquiera el palacio de Liria. Cada día, durante la cena, padre nos daba el parte de lo que se había perdido, de los vecinos que ya no nos encontraríamos más. Y eso que, al principio, hasta nos había parecido divertido pintar de azul los cristales de las ventanas y cruzarlas con cintas de papel engomado, como nos pidió padre que hiciésemos; casi parecía un juego. Pero luego empezaron los motorizados a pasar por las calles haciendo sonar sus sirenas y enseguida supimos

que los aviones no nos iban a dejar en paz. El primer invierno fue el peor, ¿verdad Asunción?

—Sí, yo creo que noviembre y diciembre del 36 fueron los peores meses. *Las tres viudas* nos visitaban casi todas las semanas...

—¿*Las tres viudas*? ¿Qué quieres decir?

La curiosidad de Nando era incontenible.

—*Las tres viudas* era el nombre que Mauricio, nuestro mayordomo, decía que se daba a los aviones que nos bombardeaban. Padre nos explicó que tenían tres motores y volaban en grupos de tres, muy negros, recortados contra el cielo, dejando tantos muertos tras de sí como las viudas negras, sembrando las calles de tantas viudas que, por todo ello, algunos les habían puesto ese sobrenombre —respondió Asunción.

—¡Dios mío! ¡Qué humor tan macabro!

Ahora fue Pilar quien no pudo resistir el intervenir.

—No, hija, no, macabro no; no es esa la palabra. Yo creo que se trataba de afrontar con humor la realidad como un medio de distanciarse de ella, como un intento de lograr que nos doliese menos. Puedes decir que era un humor triste, angustioso incluso, quizá, valeroso; pero no macabro, ¿a que no, Asunción?

—¡No, claro que no! La ciudad estaba asustada, sorprendida, y procuraba encontrar la manera de seguir adelante con sus vidas en medio de aquel caos. Seguían abiertos los cines, los teatros, los cafés...; los niños todavía iban a los colegios al principio del nuevo curso, funcionaban los tranvías en algunas zonas, se cambiaba el nombre de las calles y así, por ejemplo, la Cibeles pasó a ser la Plaza de la Linda Tapada, por los sacos terreros con que se cubrió... Pero, al mismo tiempo, *las tres viudas* y los cañones parecían decididos a destrozarnos nuestra ciudad. ¡Tantos muertos! ¡Aún recuerdo los días terribles de mitad de noviembre! Pero nuestra casa resistió hasta la primavera del 37, que tampoco fue buena —contestó Asunción a su hermana —. ¡Cómo cambió el barrio! Las barricadas cortaban las calles y había tantos escombros, tantos cascotes, tantos restos de los derrumbes, que la calle Blasco Ibáñez, vaya, Princesa, se convirtió en una zona en la que almacenar ladrillos, tejas, cristales, muebles rotos... ¡Más de diez depósitos se hicieron para dejar los rastros de los bombardeos hasta que se pudieran sacar de la ciudad! Uno estaba justo frente a la iglesia del Buen Suceso, donde muchas veces habíamos ido a misa con madre; los restos de las ruinas tapaban las vías del tranvía y llegaban hasta la mitad de los troncos de los delgados árboles, que sobresalían como esqueletos sin vida, logrando apenas mostrar sus ramas desnudas.

—Depósitos de vidas destrozadas, hijos. Como nuestra casa, de la que no quedó nada. Pero era un buen barrio antes de la guerra. ¿Recuerdas cómo nos gustaba llegar hasta el tió vivo que había junto al kiosco de música, donde el final de Araneritos desembocaba en Rosales? Allí, los domingos por la noche, tocaba la Banda y, algunas veces, padre nos llevaba a oírles. También nos encantaba pasear las tibias tardes de primavera hasta llegar a la Tinaja, ¿te acuerdas, Asunción?

—¡Claro que sí! ¿Cómo lo iba a olvidar? Cuando conseguíamos que Clemencia, nuestra aya, nos llevase a la montaña del Príncipe, hasta la ermita de San Antonio de la Florida, luego siempre nos acercaba al cementerio de la Florida, aunque a la pobre le ponía enferma vernos saltar y jugar por allí y a nosotros nos encantaba rodear, una y otra vez, corriendo, la columna que había en la entrada y escondernos por entre los cipreses.

—Sí, es cierto. Siempre nos contaba la historia de aquellos valientes madrileños que fusilaron los franceses en la montaña del Príncipe Pío el día tres de mayo; nos explicaba cómo algunos habían defendido el desaparecido parque de artillería de Monteleón y otros habían luchado frente al Palacio; pero, sobre todo, le admiraban los albañiles que trabajaban en la iglesia

de Santiago y que, al ver a los franceses pasar con los prisioneros, se dedicaron a lanzarles ladrillos y piedras hasta ser capturados ellos también. Luego nos asustaba contando cómo los dejaron, para escarmiento del pueblo, durante nueve días a la vista de todos, hasta que los hermanos de la Buena Dicha recuperaron sus cuerpos y les enterraron en aquel pequeño cementerio.

—¡Vaya! No lo sabía. Pero, vamos a ver, ¿estuvisteis toda la guerra en esa casa, pese a los bombardeos? —Nando no quería que sus tías se perdieran en sus recuerdos y quiso reorientar la conversación.

—¡No, hijo, no! —respondió ahora Asunción—. Con la excusa de pasar las Navidades con los abuelos, nos instalamos en la casa de Recoletos, con mi madre, hacia la mitad de diciembre del 36, tras el bombardeo del día 16 sobre Tetuán de las Victorias.

—Sí, padre dijo que si eran capaces de perseguir con los disparos de sus ametralladoras a los que huían hacia el campo buscando salvar la vida, serían capaces de cualquier atrocidad. Así que aceleró el traslado, que ya venía preparando desde hacía días. Para el 20 ya estábamos allí. La verdad es que el abuelo Abel y el tío Abelardo habían insistido mucho en que nos instalásemos con ellos en las escasas ocasiones en que nos habíamos visto desde el verano.

—Padre pasó un par de días con nosotros, pero luego se volvió a Argüelles. No quería dejar sola la casa. Ya había habido varios saqueos de gente descontrolada en la zona y padre, cuando lo supo, había recogido la plata y las joyas y las había llevado a Recoletos. Bueno, el caso es que, una vez instalados allí, cuando podía, padre volvía a vernos y, en alguna ocasión, madre se acercó a nuestra casa a pasar con él algunos días. Con el nuevo año organizó nuestro regreso a Argüelles, con el pretexto de que queríamos buscar alguna cosa y pasar allí el cumpleaños de padre. Madre tuvo que vencer todas las súplicas insistentes y hasta las posteriores recriminaciones que le hicieron los abuelos y el tío Abelardo; no obstante, pese a todos sus ruegos, allá nos fuimos. El viaje de ida fue azaroso, pero el de vuelta fue un auténtico espanto. Todavía recuerdo la impresión de tanta destrucción, de tantas casas derrumbadas. Antes de marcharnos del barrio habíamos conocido las ruinas de las zonas más cercanas; sabíamos que la fábrica de jarabes y refrescos había sido muy dañada por la artillería, lo mismo que la fábrica Gal, que la cárcel Modelo, que la casa de las Flores, que el teatro Ideal..., pero no lo habíamos visto con nuestros propios ojos. Ahora, en un extraño periplo que nos obligó a recorrer a pie toda la calle Princesa, comprendimos el significado de lo que, hasta entonces, solo habían sido palabras, partes de guerra.

—A mí me causó un dolor muy grande ver el estado de Altamirano, 13, donde vivía mi mejor amiga, Elenita, a quien ya nunca volví a ver; aunque las primeras plantas estaban más o menos indemnes, su piso estaba en la cuarta, de la que solo quedaban un amasijo de vigas entre los que habían quedado enganchados, en un extraño equilibrio, los hierros del balcón. Para pasar delante de su portal tuvimos que saltar una trinchera de sacos areneros, de las que salpicaban la vía de trecho en trecho. La zona parecía muerta, vacía —Elsa retomó la palabra—. Y luego, en nuestra misma calle, a escasos metros de nuestra casa, encontramos un nuevo puesto de control porque casi allí mismo empezaba el frente. Habíamos pasado de una ciudad en la que los tranvías aún circulaban por los bulevares a otra que parecía distinta, pero era la misma. Padre no nos esperaba y se enfadó muchísimo con madre por habernos llevado a casa, por habernos expuesto a tantos peligros, pero pasamos un día más o menos tranquilo y nos comimos todo lo que la abuela nos había preparado. Padre parecía tener un hambre voraz y, a poco de comer, se empeñó en que emprendiésemos la vuelta. Nos cargó a cada uno con un pequeño fardo que hizo con unas cortinas de una de las salas y allí metió algunas cosas que quería salvar.

—Sí, porque cuando nos fuimos, en diciembre, cargamos el carruaje con todo lo que

pudimos, con lo más valioso, pero allí habíamos dejado tantas cosas... Padre, cada vez que nos visitaba, llevaba algo: unos libros, unos vestidos, algún adorno, siempre un pequeño juguete nuestro...

—Así que él nos acompañó hasta dónde creía que ya no habría peligro. Bueno, no más del habitual en aquella ciudad herida que era la nuestra.

Las hermanas se interrumpían una a la otra como si fuesen demasiadas las cosas que quisieran contar, como si temiesen que se les olvidara algo fundamental. Y los sobrinos escuchaban ese río de recuerdos, asombrados, incapaces de comprender cómo, durante todos aquellos años que habían convivido, nunca antes les habían hablado de aquel período de su vida, cómo se lo podían haber ocultado. Ni siquiera su padre, nunca, había querido recordar aquellos años. Ahora era como abrir una puerta a un mundo desconocido, porque aunque sí sabían que su familia había pasado la guerra en Madrid, al no querer nunca comentarles aquellos años de su infancia, se les había ocultado una parcela de sus historias que, ahora comprendían, había sido esencial y muy dolorosa.

—Eso fue hacia finales de enero del 37, me parece —prosiguió Asunción—. Sí, porque ya se habían hecho disposiciones para que los niños de hasta catorce años salieran de Madrid y madre había insistido en que quería llevarnos a Argüelles por si nos obligaban a marcharnos, para que nos despidiésemos de padre.

—La verdad es que resulta curioso pensar que aquel julio del 36 nos encontrábamos en Madrid por casualidad. La abuela Leonor no estaba bien y madre no quiso que nos fuésemos a Laredo, donde siempre veraneábamos. De no haber sido por eso, no habríamos pasado la guerra allí.

—Sí, cosas del destino. En fin, el caso es que nunca más volvimos a casa. En los meses siguientes padre procuraba visitarnos casi todas las semanas, para que madre viese que estaba bien y no se le ocurriera volver a Argüelles. A finales de marzo supimos que habían bombardeado la calle Mendizábal y todo el barrio de nuevo. Madre estaba muy preocupada y quería volver a buscarlo, pero esta vez el abuelo Abel y el tío Abelardo se lo impidieron. Le prometieron que enviarían a alguien en unos días, si para entonces no sabíamos nada de padre. Pero no hizo falta...

—No, porque el día de mi cumpleaños, el 12 de abril, le vimos entrar en casa, ayudado por Mauricio; estaba herido pero vivo. Llevaba una venda sucia en la cabeza y el pantalón cortado por encima de la pierna derecha, que le habían entablillado con unas maderas y unas tiras de sábanas. Se apoyaba en una vara que le ayudaba a arrastrar su pierna herida. Apenas tuvo fuerzas para llegar a casa y abrazarnos. Luego se desmayó y pasó muchos días en la cama. Tardó en recuperarse varios meses y, cuando se encontró bien, dijo que se iba al frente. Que aunque no fuese hombre de armas, tenía que irse al frente. Hubo una tremenda bronca en casa y se oían los gritos de madre a través de la puerta cerrada de su alcoba. Luego, padre salió muy serio y se marchó a la calle. Cuando volvió había cambiado de idea. Nos explicó que entendía que su familia era su obligación primera y que no podía abandonar a madre ahora que estaba esperando...

—¿Esperando? ¿Embarazada, quieres decir? —Nando no callaba—. No sabía que hubieseis tenido otro hermano o hermana. ¿Qué le pasó?

—No sabemos bien. Quizá madre abortó en los primeros meses o quizá nunca estuviese embarazada.

—Elsa siempre ha pensado, desde que somos mayores, claro, que aquello se lo inventó para que padre no se fuese al frente. Y si fue así, le salió bien la artimaña, desde luego. Yo, de todos modos, me niego a pensar que fuese tan taimada —concluyó Asunción.

—No habíamos notado nada, ni un mareo, ni un malestar, nada. A mis trece años ya intuía yo que una mujer embarazada suele tener algunos síntomas y parece que a madre le vinieron todos de golpe desde ese instante en que se lo comunicó a su esposo, a padre. Luego, un par de meses después, se puso enferma y, tras varios días, nos dijeron que había perdido a nuestro hermanito. Vuestro padre me dijo entonces, bastante airado, algo como que *no se puede perder lo que no se tiene*; Fernando tenía casi diecisiete años y se había ilusionado con la idea de que padre se fuese al frente y poder él acompañarlo bien pronto. Creo que ese fue el principio del distanciamiento entre nuestro hermano y nuestra madre. Desde entonces, durante muchas semanas, siempre se quedaba mirándola como si quisiera decirle algo con los ojos. Tanto que padre habló con él y, aunque no sé lo que le dijo porque nunca me lo contó, luego pareció tranquilizarse.

—Sí; fue como si le hubiesen admitido en el mundo de los adultos, como si hubiese dejado de ser un niño de la noche a la mañana. Se alejó de nosotras y no se separaba de padre; le acompañaba a la calle, a donde quiera que fuese, y, si alguna vez madre protestaba porque le parecía peligroso, ambos la miraban en silencio y ella callaba. Eso es verdad. Por eso creo que quizá Elsa tenga razón y estuviesen haciendo pagar a madre su treta. Aunque, claro está, nunca pudieron tener la certeza de que el embarazo fuese fingido y ella jamás reconocería que había mentido, de haberlo hecho.

—El caso es que la vida en Recoletos, que Mauricio llamaba *El Ocaso de los Dioses*, no era ni fácil ni agradable.

—Porque Mauricio se había quedado con padre en Argüelles y fue quien le ayudó a salir de los escombros y volver a casa de los abuelos. Le salvó la vida y padre lo mantuvo a nuestro servicio mientras pudo.

—Los abuelos eran mayores y el tío Abelardo gastó gran parte de la fortuna familiar en alimentarnos a todos los que vivíamos en la casa, incluido el servicio.

—¡Y menos mal que no hizo distinciones, porque eso nos salvó de algún mal trance durante la guerra! Que cuando nos visitaban, de tanto en tanto, siempre decían los criados que allí ya habían requisado las milicias y no había nada que llevarse. Y eso que todo lo de valor estaba enterrado en el jardín, bajo un rosal. Guillermina, la criada de nuestra casa, y Mauricio habían hecho lo mismo allá en Argüelles, también nos habían protegido de los milicianos.

—Sí, fueron muy leales con la familia. En fin, el abuelo Abel falleció en el invierno del 38 y la abuela Leonor en el verano del 39. Para entonces ya sabíamos que estábamos arruinados. Veréis. Parece que el bisabuelo Eusebio había invertido mucho de su dinero en comprar edificios que luego alquilaba por plantas. Se ve que eso era un buen negocio entonces porque la población de Madrid crecía sin cesar. Su hijo, el abuelo Abel, siguió con la misma política y el tío Abelardo descubrió, cuando acabó la guerra, que muchos de esos edificios habían sido destruidos o estaban muy maltrechos. Se habría necesitado efectivo para poder arreglarlos y la familia no tenía.

—¿Cómo puede ser? ¿No tenía nada de dinero en el banco, tampoco?

—¡Pero Nando, hijo, parece que no conoces la historia de tu país! Franco, en los primeros meses de la guerra, creó un Banco de España en Burgos y ordenó que los billetes anteriores a la sublevación, bueno, él hablaba de *alzamiento*, claro, bueno, pues que esos billetes debían llevar un cuño del Gobierno de Burgos.

—¿Pero si estabas en zona republicana qué hacías? ¿Lo perdías todo?

—Verás, Nando, las cosas eran, por aquel entonces, bastante complicadas. Si estabas en zona sublevada todo era más o menos simple, según parece, porque ibas al ayuntamiento de tu pueblo y te estampillaban los billetes. Pero claro, en zona republicana, donde se seguían emitiendo y utilizando pesetas de las de antes de la guerra, todo era diferente. Además, Franco ordenó que el

dinero republicano posterior al 18 de julio dejase de tener valor.

—¿Y cómo sabían si era de antes o de después?

—¡Hijo, que si no supiera que eres ingeniero pensaría que eres bobo! ¿No te he dicho que la República siguió emitiendo moneda? ¡Pues los nacionales decían que tenían los números de serie y que habían publicado una lista con los billetes no admitidos por ser posteriores al alzamiento!

—¡Qué cabrones! ¡Perdón tía! Lo siento, pero es que me estás descubriendo unas cosas increíbles. ¡Es que no me lo puedo creer! ¡Yo no sabía nada de esto!

—Pues aún hay más —Asunción retomó el hilo—. Cuando creyeron que se acercaba el final de la guerra, en el otoño del 38, el Banco de Burgos ordenó que se cambiase toda la moneda anterior al 18 de julio y prohibía tener billetes, letras del Tesoro o cualquier otro certificado puesto en circulación por la República con posterioridad a esa fecha. Dieron un mes de plazo, y si no se entregaba, se te podía juzgar por contrabando. Así fueron dejando sin nada a la gente que iban *liberando*. ¡A cambio de sus ahorros les daban un resguardo!

—Claro —continuó Elsa—, nosotros no podíamos hacer nada al respecto. Por si fuera poco, también ordenaron que el dinero que la gente tenía en sus cuentas bancarias, con fecha posterior al levantamiento, no se pudiera tocar si no se regularizaba, para lo que te obligaban a pagar unas retenciones que variaban en función de una tabla. Bueno, eso nunca lo supe bien porque era muy joven para entender esos datos. El caso es que perdías gran parte de tus ahorros. Recuerdo que, al principio, la gente se reía del banco de Burgos, pero en aquel verano del 38, después de tanto sufrimiento y con tan pocas esperanzas, el abuelo y el tío no paraban de hablar del tema. Por eso me acuerdo tan bien. Estaban desesperados, tratando de pensar cómo recuperar su dinero. Lo que había en el banco no se podía sacar por miedo a que dejase de valer y, si se dejaba allí, se podía intuir que apenas valdría nada cuando acabase la guerra. Fueron unas semanas de desesperación para ambos, sin saber qué era mejor. Yo creo que el abuelo Abel murió del disgusto, porque una mañana no se levantó y lo encontraron muerto en la cama...

Pilar había rememorado esta conversación mientras viajaba en el metro, sin darse cuenta siquiera de las diversas paradas, de los retazos de luz y sombras que se habían alternado hasta acercarla a su destino. Había evocado los recuerdos de sus tías mientras descendía del vagón, mientras caminaba por unos pasillos atestados de gente que regresaba a casa desde su trabajo, mientras ascendía varios tramos de escaleras hasta salir al aire limpio de un mediodía que ya se estaba convirtiendo en tarde. De pronto se encontró frente al edificio en que habían vivido sus tías, aquellas mujeres cuyas voces ausentes la habían encandilado durante un trayecto inesperado. Si solo quería comer, se dijo, y aquí estoy. De su llavero colgaba la llave del portal, que Borja había querido que conservase para que fuera a echar un vistazo al piso de vez en cuando, las temporadas que él pasaba fuera, aunque el portero se encargaba de regar las plantas y la asistenta seguía manteniéndolo todo a punto. Ahora, allí, en la acera de enfrente, sin sorprenderse por cómo había llegado ni preguntarse durante cuánto tiempo había estado mirando hacia la conocida fachada, mientras escuchaba aún los ecos de aquella lejana conversación, supo que necesitaba subir de nuevo.

El ascensor ya no era el de su infancia, pero Borja había hecho pocos cambios significativos y conservaba muchos de los grandes muebles de sus tías, que contrastaban con la decoración moderna de las habitaciones y con el colorido de sus cuadros sobre las paredes. De cuarto en cuarto, rozando con los dedos la superficie de los aparadores, de las mesas, de las camas... Pilar retomó sus recuerdos, oyendo de nuevo la voz de su tía Elsa.

—... sin dinero en efectivo, con la sospecha de carecer de futuro saldo en el banco, con muchos de sus edificios destruidos, el tío Abel tuvo que ingeniárselas para sacarnos adelante. La guerra fue dura, el racionamiento era estricto y los alimentos escaseaban, pero la posguerra no fue mejor. En casa no habíamos pasado demasiado hambre, porque el tío enviaba a su criado Bernardo y luego también a Mauricio, el nuestro, a conseguir comida al mercado negro, en especial a La Cebada. Mientras las criadas hacían las colas para recoger lo que nos correspondía por las cartillas de racionamiento, ellos se iban en busca de otros productos; primero llevaban dinero y, después, objetos de valor. Así se fueron las cuberterías de plata, las plumas, los tinteros labrados, los dedales, algunas pequeñas joyas... Porque si durante la guerra no había recursos y había que repartirlos, después, con dinero, se compraba de todo. Claro, que a unos precios exorbitantes.

—¿Te acuerdas de alguno, tía? Por hacerme una idea —Nando interrumpió de nuevo.

—Sí, el del aceite es el que más recuerdo, porque era el que más repetía Guillermina, escandalizada. Creo que, en el 37 o 38, un litro valía unas 2'20 pesetas, más o menos; después de la guerra pasó a casi 4 pesetas, pero en el estraperlo podía costar cerca de 30.

—¡Madre mía! ¡Qué sinvergüenzas! Pero si os lo daban con la cartilla esa, ¿por qué acudíais al mercado negro? —preguntó Nando.

—Porque con la cartilla te daban apenas nada —aclaró Asunción—. Nos correspondía un cuarto de litro de leche al día, y, a la semana, menos de medio kilo de pan negro, cuarto de patatas, 25 gramos de tocino... Son cantidades que no se te olvidan... El único remedio para el hambre era el estraperlo, cuando podías permitirte, claro. Y nosotros éramos afortunados. Guillermina siempre me decía que el servicio no sabía cómo agradecemos que les permitiésemos comer como nosotros, que repartiésemos la escasez entre todos por igual. Sabían que, de no estar en casa, su situación habría sido mucho más precaria y les habría costado mucho salir adelante. En eso el tío Abelardo se portó como un republicano, pese a ser monárquico.

El ruido de la cerradura distrajo a Pilar de sus recuerdos mientras se encontraba bajo la cristalera de la puerta del salón, admirando cómo se prolongaban sus reflejos de vivos colores en el suelo del pasillo, y no pudo evitar sobresaltarse. Era el portero, José; venía a regar las plantas y se percató del respingo que había dado Pilar.

—¡Buenos días!... ¡Ay! ¡Siento haberla asustado! No sabía que estaba aquí, si no me habría esperado a entrar. Debió usted llegar cuando estaba repartiendo el correo y por eso no la he visto pasar por el mostrador. Discúlpeme.

—No, José, tranquilo. Es que no me esperaba que entrase nadie y me ha sorprendido. He venido a echar un vistazo al piso; a veces me gusta pasarme por aquí a dar una vuelta y a Borja no le importa. Me recuerda a mis tías. Está todo casi igual, solo ha cambiado unos pocos detalles y, sin embargo, el aspecto general, el efecto, es tan distinto.

—¡Sí, es verdad! Es raro, ¿no? Cómo unas pocas tonterías hacen que parezca otra casa. Bueno, pues la dejo tranquila con su visita y ya volveré más tarde, que lo mismo me da.

—No, no se preocupe. Ya me ocupo yo del riego. No hace falta que vuelva a molestarse en subir.

—Lo que usted quiera, pero para mí no es molestia. Ya sabe que Borja es de mis favoritos.

¡Siempre tan amable y de tan buen conformar! ¡Y tan generoso, para qué nos vamos a engañar! —añadió el portero sonriendo.

—Sí, en eso tiene razón, José, Borja es muy generoso. Muy buena gente.

—Así es, sí señora... Venga, pues me marchó. Hasta luego.

Cuando se marchó, Pilar volvió a pasear despacio por las habitaciones del apartamento, esperando recuperar una atmósfera que parecía haber desaparecido con la presencia del portero. Se sentía extraña, como si le hubiesen despertado de un sueño, como si se hubiera estropeado el proyector que le estaba mostrando la historia de su pasado y se hubiesen encendido las luces de la sala. Se había perdido el hechizo y se sentía tan ansiosa por recuperarlo que repitió sus pasos, muy despacio, esperando que la reiteración la salvase del desasosiego.

* * *

—¡Enhorabuena, Mario! Una exposición brillante, como siempre —Matías Cambriles felicitó con amabilidad a su empleado y, enseguida, el resto del consejo de dirección se apresuró a secundar al presidente—. Aunque debo decir que no esperaba menos de ti, no obstante creo que te has superado. ¿No son de mi opinión?

Mario se encontraba cohibido ante tantas alabanzas y le costó comportarse con soltura mientras le aplaudían. Su timidez era un lastre y, aunque conseguía mantenerla bajo control, le suponía un tremendo esfuerzo de autodisciplina que, en ocasiones, creía insalvable. Esta era una de esas situaciones en que habría dado cualquier cosa por no estar presente, por poder delegar en alguien. Le aterraba el momento en que los demás se levantarían de sus sillones y se acercarían a él, estrechándole la mano o dándole unas palmadas en la espalda, según el grado de confianza. A duras penas alcanzaba a mantener una respiración regular y a repetirse las consignas que había aprendido, hacía siglos, en un cursillo realizado en su año americano.

Entre las muchas cosas que allí le habían enseñado, no se olvidaron de informarle de cómo debe comportarse un líder de grupo, de cómo controlar los miedos, la ansiedad, incluso el rubor. En el país del pragmatismo y la autoayuda, junto a conocimientos técnicos, se impartían otros mucho más difíciles de interiorizar, pero sin duda imprescindibles en algunas ocasiones. De hecho, Mario no creía que hubiese podido llegar a donde estaba de no haber sido por todas aquellas recomendaciones, por los trucos banales que, no obstante, tan buen resultado daban. Nunca olvidaba llevar su bolígrafo en la mano, tan útil para jugar con él o apretarlo con fuerza, impidiéndole meter las manos en los bolsillos de la chaqueta. Jamás acudía a las reuniones importantes sin una agenda en la que garabatear unos signos ilegibles o a la que, tan solo, dirigir la vista cuando no podía soportar la angustia. Siempre tenía bien presente la necesidad de no mirar ni al suelo ni al vacío, sino a un punto intermedio que iba variando de derecha a izquierda, de manera que sus interlocutores pudieran pensar que estaba mirando a alguno de los presentes, con quienes, de hecho, aparentaba buscar un contacto visual que no era sino ficticio. ¡Dios, si pudieran imaginar que era capaz de visualizar un bosque otoñal y que cada uno de sus oyentes no era más que el tronco de uno de sus árboles! Había tardado años en lograrlo, pero ahora era un auténtico experto; podía mirarles a los ojos sin verlos, imaginando que se encontraba observando, de manera alternativa, la corteza rugosa o lisa de los distintos ejemplares que había elegido para su personal espacio imaginario. Mantenía una respiración abdominal constante, centrándose en su diafragma cuando creía que iba a ruborizarse o cuando podía hacer una pausa. Y la mejor de todas las tretas, la más sublime, a la que más debía: antes de entrar en cualquier reunión o entrevista

importante se clavaba una chincheta en el zapato, de manera que, según se moviera, notaba su molesta presencia, haciendo que su cuerpo se interesase por aquel elemento extraño y perturbador y olvidase la situación estresante en que se encontraba.

Hoy también llevaba su chincheta de la suerte, como le gustaba llamarla. Y hoy, también, le había sido de gran ayuda. Las felicitaciones de todos aquellos que acababan de escucharle parecían sinceras y tuvo que soportar sus elogios durante un tiempo que se le hizo eterno, antes de poder escapar un instante al baño, a refrescarse la cara. Mientras respiraba con la misma avidez que si se estuviera ahogando, inclinado sobre el lavabo, sintió que debía alegrarse, que no cabía la menor duda de que el proyecto era suyo y el puesto ansiado ya tenía su nombre. Achacó su frialdad, su escasa satisfacción, a la reciente tensión que todavía le atenazaba los músculos y le impedía disfrutar del momento. Tras volver a humedecerse la nuca y las sienes, observó la imagen que le devolvía el espejo y le costó reconocerse en ese rostro maduro y algo enjuto en que se había convertido con el paso de los años. Mientras aguardaba a recuperar un ritmo cardíaco pausado y hacía acopio de fuerzas para volver a entrar en la sala de reuniones, se fijó en la pequeña cicatriz que dividía en dos su ceja izquierda. Hacía tiempo que no reparaba en ella, pero ahora, bajo la implacable luz de aquellos servicios de su empresa, parecía ser más visible. Se sorprendió tocándose la silueta de su ceja, tratando de disimular la línea blanquecina que se adivinaba e interrumpía su trazado natural. Y, mientras recorría su contorno con la yema de sus dedos, recordó el timbre de una hermosa voz que le había cautivado.

Estaba en ese período de su vida en que comenzaba a salir de la tristeza y la apatía que le embargaron tras su regreso a España, por la muerte de sus padres. Había ido al que fue bufete de su padre para firmar unos papeles y se encontraba esperando que Ignacio Iniesta pudiese recibirle cuando oyó aquella risa clara y cantarina dentro del despacho del joven abogado que Gonzalo Frías había elegido para sucederle. Le pareció tan alegre, tan hermosa, que supuso que su dueña debía ser bella por igual. Y no se equivocó. Cuando se abrió la puerta del despacho, observó que Iniesta acompañaba a una muchacha muy atractiva y la despedía con un beso en la mejilla. La observó marchar al ritmo firme de sus altísimos tacones, que cimbreaban un cuerpo esbelto y bien proporcionado, apenas oculto por un ligerísimo y ajustado vestido de verano. No salió de su embelesamiento hasta que Iniesta se le acercó y le tocó en el brazo, mientras se ofrecía para estrecharle la mano.

—Es guapa, ¿verdad? Es mi hermana pequeña y la única chica de la casa. ¡No te puedes ni imaginar lo consentida que está! ¡Pero es una brujilla encantadora!

Mario descubrió que debía haber estado conteniendo la respiración mientras contemplaba a la bella joven y supo que tenía que conocerla. Decidió que iba a aceptar las múltiples invitaciones que la esposa de Mariano Iniesta, el amigo de su padre y progenitor de su actual abogado, Ignacio, había venido haciéndole. Casi cada fin de semana lo llamaba para rogarle que comiese con ellos y se prometió que, en la próxima ocasión, diría que sí. Pero no hizo falta. A la mañana siguiente, cuando salió a la calle a comprar el periódico en una de las escasas ocasiones en que dejaba el refugio de su casa, la descubrió allí, en la acera de enfrente, mirándolo con descaro. Esperó a que Mario cruzase la calle y se acercara sin dejar de mirarle con descaro.

—¡Hombre! ¡Ya era hora! ¡No eres muy madrugador que se diga! Ya me estaba aburriendo de esperarte. Los vecinos deben estar muy extrañados de verme aquí tanto tiempo; seguro que me han confundido con otra cosa —soltó a modo de saludo.

—¿Me esperabas?

—¡Hombre! ¿A quién si no? ¿Qué pasa, que no trabajas ni nada?

—He empezado a moverme estos días. Me ha costado hacerme a la nueva situación.

—¡Ya, ya me han contado en casa...! Hablan mucho de ti, ¿sabes? Mis padres, mis hermanos... Siempre te tienen en la boca. Por eso supe que eras tú quien estaba esperando a mi hermano Ignacio el otro día en el despacho, porque lo comentó en casa. Y que te habías quedado mirándome con la boca abierta también... ¡Como ahora, me imagino!

Así se habían conocido y comenzado a quedar para salir juntos. Ella prefirió que él no acudiese a su casa y Mario obedeció. Como la obedecía en todo, incapaz de contrariarla. Aquel otoño aceptó un trabajo provisional y su vida pasó a dividirse entre su jornada laboral y sus citas con Maribel, que eran cada vez más frecuentes. No sabía estar sin ella, sin su risa clara, sin su voz cantarina, sin su hermoso cuerpo. En febrero, Mariano Iniesta le invitó a la boda de su hijo mayor y no se pudo negar. A Maribel no le agradó nada la idea cuando se lo dijo, pero ya nada se podía hacer y le hizo prometer que la trataría como si apenas se conocieran.

—No quiero que me estén dando la tabarra si descubren que salimos juntos. ¡Son muy pesados con el tema de mis novios!

Mario intentó cumplir su promesa, aunque le costó un gran esfuerzo conversar con sus vecinos de mesa mientras observaba cómo ella se divertía con unos y otros, porque su risa era la única que parecía oírse por encima de todas las demás. Le habían sentado al lado de Ignacio y de una prima suya muy agradable, pero tras los postres, cuando ya las mesas se habían vaciado de gente que prefería bailar o charlar con otros amigos o familiares, oyó como le decían:

—Mi hermana no te conviene, Mario. Te lo digo de corazón. No te mereces pasar por otro mal trago, por eso te aviso. ¡Ya has tenido bastante! Ahora que empiezas a salir del atolladero, no quiero que vuelvas a hundirte.

—Pero Ignacio, ¿de qué hablas?

—¡Vamos, Mario! ¡Si se te nota un montón! ¿Tú has visto cómo la miras? ¡No le has quitado ojo en toda la noche!

—¡Tienes una hermana muy guapa!

—¡Ya lo sé! Pero no solo la miras porque sea guapa, ¿verdad? He observado cómo buscabas su complicidad, captar su atención. No sé lo que os traéis entre manos, pero no te conviene. Te lo aseguro. ¡No te conviene para nada! Si aún estás a tiempo, olvídate de ella.

—¿Pero por qué? ¿Cómo puedes hablar mal de Maribel, de tu hermana pequeña?

—Porque la conozco. Solo por eso. Todavía no ha sentado la cabeza y disfruta saliendo con cuantos puede conquistar, como si se tratara de trofeos de caza. ¡Ni te figuras la de novios que le he conocido! Lo que pasa es que no se da cuenta de que ellos se lo toman en serio y acaban pasándolo mal. Bueno, prefiero pensar eso a suponer que no tiene buen fondo.

—Así será, si tú lo dices, pero algún día encontrará al hombre que consiga que cambie y se centre, ¿no?

—Supongo que sí, pero no creo que haya llegado ese momento. ¿Qué crees, que eres tú el afortunado? Imagino que eso es lo que piensan todos. Por eso te aviso. Para que no te dejes encandilar y luego te llesves una decepción. Maribel es una chica estupenda, divertida, graciosa, pero está acostumbrada a conseguir siempre lo que quiere, a costa de lo que sea o de quien sea. A lo mejor mis padres la han mimado en exceso, por aquello de ser la única chica entre tanto muchacho, no sé; lo cierto es que no sabe aceptar un *no*. Además, y esto es peor si cabe, es también muy inconstante y, en cuanto obtiene lo que desea, comienza a aburrirse de ello y a buscar otra diversión. ¡Tú verás! Ya sabes aquello de que *el que avisa no es traidor*. Harás lo que quieras, como es lógico, pero tenía que ponerte en antecedentes; que sepas a lo que te arriesgas.

—¡Gracias por el aviso! Pero no te preocupes por mí. Estaré bien.

Y estuvo bien toda esa primavera. Al principio pasaban juntos casi todas las tardes. Aunque no salieran, aunque se quedaran en casa, ella estudiando o leyendo y él preparando proyectos o revisando informes, pues había empezado a trabajar en otra empresa, esta, extranjera, estaban bien. Luego, en mayo, Mario comenzó a notar un cambio sutil. Tanto, que, en un primer momento, pensó que eran figuraciones suyas. Pero no, pronto tuvo que reconocer que Maribel pasaba menos tiempo con él; que, con la excusa de los exámenes finales, cada vez se veían con menor frecuencia. No pudo evitar angustiarse.

Mario había prometido, al comienzo de su relación, que no llamaría a casa de sus padres para preguntar por Maribel, que sería siempre ella quien lo llamase, y, como era hombre de palabra, no quería incumplir su promesa. Se encontró en un callejón sin salida. Añoraba su presencia, pero no tenía modo de poder hablar con Maribel si ella no lo deseaba. Comenzó a recordar las palabras de Ignacio en aquella boda y a obsesionarse con la certeza de que la joven ya no estaba interesada en él. Pero necesitaba estar seguro, que le dijera que ya no lo quería; solo así podría aceptar el abandono, la ruptura. No le valía con ese *ya te llamaré* con que se había marchado la última tarde que pasaron juntos, hacía ya muchos días, tras quedarse con él apenas una hora, tras negarle su cuerpo. No le valía, no; pero nada podía hacer.

Acabó junio y, con él, el curso; los exámenes ya no eran excusa. Pero Mario siguió esperando oír su voz, soñando con su visita, añorando sus caricias. Julio llegó cargado de recuerdos sombríos; de la visita de su tío Domingo y su mujer, Concha, que se instalaron en su casa unos días para que no estuviese solo en aquellos momentos tan tristes; de llamadas de amigos de sus padres que, en su memoria, le querían manifestar su cariño, su apoyo. Mariano Iniesta también lo llamó y así supo que Maribel se había ido a pasar unos meses a Francia, para practicar el idioma. Agosto se fue sin que se hubiese dado cuenta de que había llegado, sin siquiera sentir su calor bochornoso. Septiembre se desgranó con la esperanza prendida en cada llamada del timbre, en cada sonar del teléfono. Y así acabó el otoño, sin noticias de Maribel, sin recordar en qué ocupaba esas tardes que antes habían pasado juntos.

Días antes de las Navidades tuvo que volver a visitar a Ignacio, en el que había sido el despacho de su padre. El encuentro fue cordial y, acabadas las gestiones que allí lo habían llevado, Ignacio le preguntó cómo le iba la vida.

—Te veo un poco apagado, ¿estás bien?

—Sí, más o menos. Y vosotros, ¿qué tal? ¿Está bien la familia? ¿Maribel?

—¡Sí, sí! Todos bien. Mis padres como siempre; bueno, muy ilusionados por el nieto que esperan, como te puedes imaginar. Y Maribel, bien. ¿Hace mucho que no estáis en contacto?

—¡Una eternidad!

—¡Vaya! ¡Cuánto lo siento, Mario! Ya veo que no seguiste mi consejo, que no te apartaste de ella y te dejaste encandilar por sus encantos. Siento tener que decírtelo, pero se fue a París con un novio y creo que sigue con él. Aunque no me hagas mucho caso, que ella cuenta poco de sus cosas. ¡Ya la conoces!

¡Y tanto que la conocía! Había aprendido a descubrirla cada instante de esos meses que habían pasado separados, cada segundo en que la había esperado sabiendo que era inútil. Pero las palabras de Ignacio supusieron una liberación, significaron la certeza de lo evidente que se había negado a aceptar hasta entonces. Y con los propósitos del Año Nuevo, Mario se prometió olvidarse de Maribel para siempre.

Días después, una gélida madrugada de fines de enero, le despertó el timbre de su casa. Sobresaltado, acudió a abrir la puerta para descubrir, en el quicio, a una joven que parecía la

sombra de Maribel.

—¡Por favor, Mario, déjame entrar, que tengo mucho frío! —Él abrió la puerta y se apartó a un lado para que ella pasara al salón, que tan bien conocía de antaño—. ¡Ya sé que no son horas, pero no tenía a quién acudir! Mis padres piensan que estoy en Francia. ¡Ay, Mario! Necesito tu ayuda. Puedo contar contigo, ¿verdad?

—¡Claro! ¿Qué te pasa? No tienes buen aspecto.

—¡Siempre tan educado! Puedes decirlo; puedes decir que estoy hecha una mierda. ¡Es la verdad!

Maribel, que se había sentado en el sofá, comenzó a llorar con desconsuelo y Mario se encontró acariciando su cabello áspero, que antes había sido tan suave, tratando de aspirar su perfume, pero sin hallar más que el olor del frío, la humedad y el tabaco en sus ropas.

—¡Me he metido en un lío! ¡Yo, que me creía tan lista!

—¡Venga, mujer! ¡Seguro que no es tan grave!

Por toda respuesta, Maribel se quitó el abrigo y, con un zarpazo, se subió la manga de su chaqueta, mostrándo un brazo delgado lleno de pequeñas marcas rojizas.

—¡Mira! ¿Ves? ¿Lo entiendes? ¡No te quedes con esa cara de gilipollas y dime algo! Porque sabrás lo que es esto, ¿no?

Mario no sabía qué le impresionaba más, si ver la delgadez de ese brazo que tantas veces había besado o el insulto y la ira que nunca antes había oído de sus labios.

—¡Estoy enganchada, Mario! ¡Enganchada! Y he hecho cosas horribles para ponerme desde que se me acabó el dinero. Esta noche me he despertado en la cama de un tío que no conocía de nada y he salido corriendo... No sabía a dónde ir, por eso he venido aquí. ¡Ayúdame, por favor! ¡Tengo que salir de esto!

Mario le aseguró que la ayudaría en todo, que no se preocupara, que buscaría la solución, que todo se iba a arreglar. Logró que se diera una ducha mientras calentaba un poco de leche y la metió en su cama, quedándose a su lado hasta que se durmió apretada a él, abrazándola como había hecho tantas veces en el pasado. Cuando oyó su respirar sereno, se levantó y comenzó a hacer llamadas telefónicas. En Estados Unidos aún era por la tarde. Despertó a Maribel a primera hora de la mañana para preguntarle si tenía con ella un pasaporte en vigor; luego la dejó dormir de nuevo y, hacia la una, la sacó de la cama. Tenía un aspecto deplorable y le costó entender que en unas horas cogían un avión camino de una clínica americana. Fueron a comprarle ropa y a conseguir una dosis para que hiciese tranquila el viaje, como le habían recomendado por teléfono. Aunque ella dudase de la conveniencia de seguir consumiendo, le costó poco convencerse de que no podría estar encerrada tantas horas sin hacerlo. Mario creía que no podría soportar ver cómo se había degradado, acompañarla en esa incursión a los suburbios, observar cómo se inyectaba la heroína. Pero era necesario y allí estuvo; a su lado.

Ya en el avión, explicó a Maribel que se había pedido unas semanas de vacaciones que le debían porque aquel verano no había cogido ni un solo día libre. Le había explicado a su jefe que se trataba de un asunto familiar grave y este no le había puesto ninguna pega. No hacía mucho había concluido un proyecto que había sido muy alabado en la empresa y no tenía nada urgente que hacer. Mario había sido muy formal hasta entonces y no tenían por qué dudar de él; además, tampoco había dicho ninguna mentira. Grave, era.

—¿Pero a Estados Unidos, Mario? ¿No se te ha ocurrido nada más cerca?

—¡Mira, Maribel! Yo no sé cómo funcionan estas cosas en España, si hay clínicas especializadas en estos temas o qué, pero cuando estuve allí, un amigo me comentó que habían ingresado a su hermano en un centro para desintoxicarlo y anoche lo llamé. Ha sido él quien me ha

puesto en contacto con el médico, que aún visita a su hermano de vez en cuando, y el doctor lo ha solucionado todo. Como teníamos la suerte de que tenías el pasaporte en vigor y contigo, lo demás ha sido fácil.

Lo que no dijo fue que el médico americano había insistido en la urgencia de aprovechar el momento en que ella, por su propia voluntad, había decidido salir de la espiral en que se encontraba; en cómo le había asegurado que los buenos propósitos quizá no durasen mucho y convenía que firmase la autorización del ingreso antes de cambiar de idea; en que la distancia de su entorno también sería positiva. Por eso la importancia de que viajase tranquila, para mantener esa buena predisposición. Por eso la recomendación de que, por mucho que a él le repugnara, debía conseguirle una dosis que la mantuviese serena en el trayecto. Por eso el consejo de que no la interrogase en exceso, que la dejase contar solo lo que ella quisiera, que no la presionara.

—¡Pues sí que ha sido suerte que dijera que estaba en París y que llevase el pasaporte en el bolso!

—¿Acaso no has estado allí?

—Bueno, sí que estuve en verano, pero volví a finales de septiembre. Lo que pasa es que no dije nada en casa para que me siguiesen ingresando la asignación mensual. Desde mi regreso he estado viviendo con Kiko... Mario, ¿no me preguntas qué pasó anoche?

—Cuéntamelo si quieres, pero solo si tú quieres.

—¡Claro, me olvidaba de que siempre serás un caballero! Verás, el dinero mensual se me iba acabando cada vez más pronto y entonces empecé a vender mi ropa, las gafas de sol..., cualquier cosa que alguien quisiera comprar. ¡No te puedes ni imaginar el mercado que hay para los artículos de marca, aunque sean de segunda mano! Cuando ya no tenía nada que vender, las cosas empezaron a ponerse feas entre nosotros. Kiko me pedía que llamase a mis hermanos o a mis padres y dijese que tenía algún tipo de problema y necesitaba efectivo, pero yo no quería engañarlos todavía más y aún deseaba menos que se preocuparan por mí. Anteayer discutimos y me fui de su piso en un arranque de furia, así que acabé deambulando por las calles, no recuerdo muy bien por dónde. Todo lo que tenía lo llevaba en el bolso... incluido el pasaporte. Cuando ya no pude resistir más sin un chute... Bueno, lo demás ya lo sabes...

Maribel había ido bajando el tono de su voz a la vez que las lágrimas corrían por sus mejillas; había subido los pies al asiento y se abrazaba las rodillas, como si se hubiese ido encogiendo conforme recordaba su historia reciente. Mario logró tranquilizarla recordando otros tiempos, hablando del pasado común, contando anécdotas de su año americano, hasta que vio que la joven se dormía. Pero Mario no consiguió cerrar los ojos; no podía creer que ese ser herido que estaba a su lado fuese la hermosa muchacha que él conocía y a la que tanto había amado. De hecho, necesitó muchos días en la soledad de su hotel para aceptarlo y comprenderlo. Muchos días en que cuanto podía hacer era sentarse en el jardín de la clínica, sabiendo que ella estaba allí, tras de alguna ventana, aunque no pudiese verla, y dejar pasar las horas, las tardes, las semanas.

Hasta que, por fin, le avisó el doctor. Mientras le explicaba que lo peor había pasado, pero que no debía bajar la guardia, que sería preciso que transcurrieran todavía muchos meses antes de poder afirmar que la curación era completa, que sería aconsejable que mantuviese algún tipo de visita de control, Maribel entró en el despacho y Mario comprendió que aún no había dejado de quererla, por mucho que deseara haberlo hecho.

Pasaron unos días juntos en el hotel, antes de emprender el regreso, y ella volvió a ser la chica alegre, divertida, hermosa, que él conocía, aunque creía distinguir, a veces, una luz extraña

en el fondo de sus ojos y una tonalidad menos cantarina en su risa; quizá, temía Mario, era tan solo que reía menos. Por eso, por la fragilidad que intuía en su amada, no quiso aceptar su cuerpo y la apartó con suavidad, con un beso en la frente en el que hubiese querido aprisionar todo el deseo de semanas, de meses.

—¿Me rechazas? ¿Ya no me deseas? —preguntó Maribel sorprendida.

—¡Al contrario! Pero todavía es pronto. ¡Deja que pase un tiempo! Luego, si sigues queriendo, te estaré esperando.

—¿Qué galante! No te quieres aprovechar de mí, ¿verdad? ¿Crees que lo hago por gratitud?

—No, Maribel, no es eso. Solo creo que aún eres muy vulnerable y no quiero que luego te arrepientas.

Madrid fue una fría ciudad aquel invierno y también fue desapacible la siguiente primavera. Maribel se instaló con él durante unos meses en los que apenas salía de su casa. Se quedaba esperando que Mario volviese del trabajo y, cuando llegaba, consentía en acompañarlo a hacer la compra o a tomar algo en el barrio, no muy lejos, siempre agarrándole del brazo, como si temiese perderlo. Eso era todo al principio. Dedicaba su tiempo a leer de manera compulsiva, buscando, quizá, recuperar un tiempo perdido y siempre, de fondo, dejaba que ronronease el murmullo de la televisión, que le ofrecía el consuelo de otras voces cuando él no estaba. Pero Mario, pese a comprender su desdicha, su fragilidad, era feliz con su sola presencia, con los lentos avances que percibía y que le permitían vislumbrar su total recuperación en un futuro no muy lejano.

Con la suavidad de mayo fue aceptando nuevos retos; comenzó a salir sola de tiendas, a comprarse ropa nueva, a preocuparse por su aspecto, a mirarse en el espejo sin volver la cabeza. En un par de semanas Mario observó cómo se afianzaban sus progresos, produciéndole una dolorosa contradicción pues, por un lado, se alegraba de recuperar a la Maribel que había conocido, pero, por otro, temía que, con su retorno, volviese a perderla. En junio comenzó a hablar de volver a casa de sus padres. Llevaba casi un año fuera y era la fecha convenida para su regreso. Como le preocupaba no poder llevar regalos de París a su familia y que descubriesen su mentira, Mario decidió sorprenderla y se la llevó a pasar allí un largo fin de semana. Quería que hiciesen juntos algo especial antes de separarse y así fue como, en aquella ciudad en donde la había perdido hacía un año, volvió a tenerla.

A su vuelta a Madrid, la acompañó hasta el taxi que habría de devolverla a su casa. Maribel prometió llamarle todos los días, aunque no se pudieran ver, porque decía que necesitaba oír su voz para sentirse bien y Mario se dejó ilusionar con sus palabras. Los primeros días sí que le llamaba y, muy pronto, volvió a pasar con él las calurosas tardes de julio, hasta que las vacaciones familiares se la llevaron a Málaga, donde solían veranear los Iniesta desde siempre y donde no tenían teléfono. Mario se quedó trabajando. No tenía sentido irse él solo de viaje y menos quedarse solo en su casa sin acudir a la empresa. Los días serían demasiado largos.

Prefería concentrarse en el trabajo a la espera de que todo volviese a la normalidad, de que Maribel regresara a la ciudad.

Sin duda debió volver con su familia a finales del verano, pero Mario no pudo escuchar su voz hasta semanas después. Cuando por fin volvió a verla descubrió a una Maribel nerviosa y huidiza. Le explicó que había vuelto a encontrarse con Kiko y que había decidido ayudarlo a salir del hoyo, como el mismo Mario había hecho con ella, pero necesitaba dinero y a sus padres no podía pedirles una cuantía tan considerable sin darles explicaciones. De todos modos, en unos meses cumpliría los 21 y podría tocar una cuenta que le habían abierto sus padres cuando nació.

—¡Ya sé que soy una descarada pidiéndote esto! ¡No tengo vergüenza! Pero como eres mi mejor amigo estoy segura de que me comprenderás. Kiko es un tío legal, pero necesita una

segunda oportunidad; la que tú me diste. Y quiero dársela yo. Si me prestas el dinero, te juro que te lo devuelvo en cuanto pueda; de verdad.

—¿Estás enamorada de él?

—¡Creo que sí!

—¿Cuánto necesitas?

Mario sabía que cometía un gran error, que estaba alejando a Maribel para siempre de su lado, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Entendía que ella no actuaba de la manera más conveniente para sí misma, pero tampoco él lo había hecho. Comprendía que uno no ama a quien debe, sino a quien ama, y, del mismo modo que él no debería sentir por Maribel aquella pasión obsesiva, tampoco a ella le convenía aquel hombre que la haría volver a las puertas del infierno. Pero si con su ayuda podía evitar que ella entrase de nuevo, Mario estaba dispuesto a colaborar en la recuperación de Kiko. Le dio el dinero y, como no fue suficiente, firmó varios cheques más en los meses siguientes.

Cuando Maribel acudía a su casa para pedirle nuevos fondos siempre iba arreglada con esmero y parecía estar bien, aunque quizá algo nerviosa; Mario achacaba su falta de serenidad al desagrado de tener que solicitarle, de nuevo, el favor. No obstante, no tardó en comenzar a dudar y aquella primavera le dijo que no podría darle más efectivo, que creía que Kiko ya debería haberse recuperado, si en verdad lo deseaba. Maribel se esforzó en convencerlo, utilizando todo tipo de argumentos, pero cuando vio que había perdido la batalla, cambió de táctica, pasando de la zalamería a la indignación una vez que Mario no se dejó seducir. Caminaba por el salón como un animal enjaulado, gritando, suplicando, llorando, insultando. Mario conservó la calma porque llevaba algún tiempo convenciéndose de que, sin pretenderlo, había colaborado en su recaída. Su dinero, ahora lo veía con claridad, había vuelto a hundir a Maribel, en lugar de salvar a Kiko.

—¡Maribel! Sospechaba que me estabas utilizando, pero no quería creerlo. Ahora ya no tengo ninguna duda. Lo siento. ¡Si hubiese imaginado para qué querías el dinero...! Pero confiaba en ti. ¡Lamento muchísimo no haber sido más desconfiado! Quizá, sin mi ayuda, habrías tenido más difícil volver a recaer... ¡No sé! Pero no cuentes conmigo para seguir en ese mundo. ¡Se acabó! ¡Ya me has engañado bastante! ¡No pienses que voy a darte nada más!

Esas fueron las últimas palabras que pudo dirigirle porque ella salió de su casa dando un gran portazo. Las siguientes semanas fueron de incertidumbre. Mario no sabía si hablar con Ignacio Iniesta, si contarle cuál era la situación de su hermana, para que la familia pudiese ayudarla, en el supuesto de que aún desconocieran su problema. Concertó una cita alegando una duda legal y, avergonzado, preguntó por Maribel. Ignacio no sabía nada de ella desde hacía unos días, porque había salido de viaje, le dijo, pero la misma normalidad con que habló del tema le hizo comprender que no estaba al tanto de los problemas de la joven. Mario decidió ponerle en antecedentes; con toda la suavidad que pudo, le informó de la realidad y se ofreció a ayudarlo en cuanto pudiera. Demasiado sorprendido para reaccionar, Ignacio le agradeció su pasada ayuda y el valor de haber acudido a contárselo; le rogó que le dejase unos días para hablar con sus hermanos y decidir qué debían hacer; le aseguró que, en cuanto hubiesen tomado una determinación, se pondría en contacto con él para informarle y pedirle su colaboración si era preciso. Pero no hubo ocasión.

Dos noches después, cuando volvía a casa de la oficina mucho más tarde de lo habitual, le clavaron una navaja en las costillas y un joven alto y delgado le ordenó, con una voz entrecortada, subir a su casa. Le lanzó contra el sofá y esperó a su lado, nervioso, hasta que alguien más entró por la puerta, que habían dejado entreabierta. Era Maribel. Le dijo que no iba a pasarle nada, que solo necesitaban un poco de dinero y que se irían, que estuviese tranquilo. Hasta le besó en la

mejilla, como si de una visita de cortesía se tratara. Mientras ella rebuscaba por los cajones donde sabía que él guardaba el efectivo y la chequera, el joven le amenazaba con la navaja, deambulando a su alrededor. Maribel no encontró tanto como deseaba y se le encaró.

—¿No tienes más? ¿Cómo es que solo tienes esto? ¡Con esto no hacemos nada! ¡Kiko, para ya, deja de moverte, que no puedo pensar!

—Si quieres te firmo un cheque, Maribel.

—¿En serio? ¿Harías eso por mí?

—¡Claro! Sabes que siempre te he ayudado. Esto no era necesario.

—¡No te fíes! ¡Seguro que mañana dice al banco que no nos paguen y nos denuncia a la policía! —gritó el joven de la navaja.

—¡Calla, Kiko! Tú no conoces a Mario. Es un tío legal. Si me da su palabra, seguro que la cumple.

Pero Kiko no parecía muy convencido y ambos empezaron a discutir, cada vez con mayor agresividad, hasta que, en un momento álgido de la disputa, el joven perdió el control y abofeteó a Maribel con fuerza. Mario no pudo quedarse quieto y salió en su defensa.

Nunca pudo reconstruir en su memoria los instantes siguientes, pero el resultado de aquellos segundos desafortunados fue un agudo dolor en la frente y un reguero de sangre que le corría por la cara, sobre el ojo, impidiéndole ver, mientras protegía a Maribel de la ira de su amigo, quien, al verlo herido y ensangrentado, huyó sin esperarla. Ella no dejaba de llorar, de lamentarse, de suplicar su perdón. Aprovechando la situación, Mario la convenció de que debían llamar a Ignacio para que se hiciese cargo de todo, para que la ayudase, seguro de que entre todos lograrían sacarla del infierno de una manera definitiva. Le costó mil y un argumentos, pero la joven, por fin, accedió a intentar reconstruir su vida.

No quiso él acudir a un hospital a que le curasen la herida hasta que no vio a los dos hermanos alejarse camino de la casa del abogado. Ignacio quería llevarle al médico, quedarse con él mientras lo atendían, pero el nerviosismo de Maribel logró lo que no habían conseguido las negativas de Mario y aceptó que no era lo más adecuado. Tuvieron que darle varios puntos en la ceja, mientras le aseguraban que había tenido mucha suerte y que parecía mentira que la esquina de su estantería pudiese haber ocasionado aquel corte tan limpio, aunque fuese metálica. Por supuesto, Mario no rectificó su versión inicial aunque era evidente que nadie le creía.

Al día siguiente, Ignacio lo llamó al trabajo, muy nervioso, porque su hermana se había escapado de su piso. Estaba arreglando las cosas para ingresarla en una clínica, pero Maribel parecía tan alterada que bajó a la farmacia a ver si le podían dar algo para que se tranquilizase. Cuando volvió, se había ido y no sabía a dónde. Le había robado un reloj y unos pocos billetes que tenía en un cajón de su cuarto. Jamás se le ocurrió encerrarla con llave y no se lo podía perdonar.

Mario regresó a casa aquella tarde preocupado y, al abrir la puerta, pensó que esa mañana debía haber estado más afectado de lo que suponía porque no había cerrado con llave. No obstante, una extraña sensación le hizo adivinar que no estaba solo y, con esa certeza, fue recorriendo las distintas habitaciones hasta que llegó a la que había sido dormitorio de sus padres y que él había acabado por ocupar cuando Maribel comenzó a pasar las noches a su lado. Estaba sobre la colcha, recostada de lado, encogida sobre sí misma; aunque no podía verle la cara porque estaba vuelta hacia la ventana, Mario supo que algo no estaba bien. Rodeó la cama para poder mirar su rostro, pero vio su brazo y entonces comprendió, aun sin aceptarlo.

—¡Despierta, Maribel! ¡Vamos! ¿Te encuentras mal? ¡Tranquila, que voy a llamar al médico! ¿Por qué no te mueves? ¿Por qué estás tan fría?... Porque no puede, tío, ¿no ves que no puede?...

¡Sí, sí, vamos! ¡Claro que puede! ¡Despierta, por favor! ¡Te taparé un poco para que entres en calor!... Es inútil, imbécil; ya no se puede hacer nada. Nadie puede hacer nada, ¿te enteras?... ¡Venga, Maribel, por favor! ¡No me asustes!... Se ha ido; se acabó; se ha ido para siempre... ¡No! ¡No!

Mario se sentó en el suelo, bajo la ventana, frente a ese rostro blanquecino que tanto había amado y allí le encontraron los servicios de urgencias porque, al parecer, les había dejado abierta la puerta para que entrasen. Se quedó recordando su risa clara, su voz cantarina, la manera en que inclinaba hacia atrás la cabeza cuando reía, como si quisiera proclamar al mundo su alegría.

—¡Como un lobo! ¡Eso es! Cuando te ríes me recuerdas a un lobo que levanta el hocico para aullar y que todos le oigan; tú haces lo mismo, Maribel. Eres tan cruel que deseas que todos envidien tu felicidad; quieres que nadie se libre de escuchar tus carcajadas, que resuenen por todas partes, que alcancen todos los rincones —le había dicho una vez al principio de su relación y ahora recordaba sus palabras. Y su risa parecía seguir resonando en sus oídos.

—¡Venga! ¡Vamos, hombre! ¿Te encuentras bien? Cuéntame qué ha pasado —preguntaba un médico joven—. ¿Es tu novia, tu mujer? ¿Cómo se llama?

—No está bien, ¿verdad? Ya no se ríe...

—No, no está bien. No podemos hacer nada. Es demasiado tarde. Lleva horas muerta. Dime su nombre.

Mario se lo dijo y les dio el teléfono de su hermano Ignacio, pero no se quiso levantar del suelo. Se quedó allí, mirando hacia la cama que había sido de sus padres y que ahora siempre sería el féretro de Maribel. Y en ese preciso instante en que se le agolpaban mil imágenes en la cabeza, en que creía sentir la tibieza de sus manos y su cálido aliento en su cuello, cuando le hablaba al oído, en que le parecía oler su perfume y escuchar su voz clara, supo que jamás podría seguir viviendo en aquella casa de su infancia y su juventud, que se le antojaban tan lejanas.

—¡Mario! ¡Mario! ¿Me oyes?

Matías Cambriles se encontraba a su lado, en los servicios, lavándose las manos.

—¡Chico, sí que estabas distraído!

—¡Perdone! Estaba acordándome de una cosa que hacía años no recordaba. No sé por qué, la verdad.

—Por la tensión que acabas de pasar, me imagino. Luego siempre viene una cierta lasitud en la que se bajan las barreras sin uno darse cuenta. A mí me pasaba eso, por lo menos.

—¡Sí! Es una buena explicación.

—¡Claro! Ya sabes que *sabe más el diablo por viejo*... ¡Pero, a lo que vamos! Ya te has dado cuenta de que has estado brillante y no tendrás ningún problema en obtener el puesto de Brasil; si lo deseas, por supuesto. Así que necesito que me digas si te interesa o no. Si lo quieres, es tuyo. No creo que nadie del consejo se pueda oponer, pero ya me encargaría yo de convencerlo si así fuera. De manera que es preciso que me digas si presento tu candidatura o no.

—¿Tengo que decírselo ahora? Quiero decir, que, si puedo, me gustaría tomarme un par de días para pensármelo bien.

—¡Vaya! Estaba convencido de que te encantaría la idea, de que no tendrías ninguna duda... ¡Vaya, vaya!

—Si me parece una idea estupenda, pero...

—¡Calla, hijo, calla! No te creas que me molesta que te lo pienses. A decir verdad, yo preferiría que te quedases. ¿Con quién voy a salir al balcón si tú te vas? ¡Sin ti, se me acabaron las apuestas y las bromas! Así que me encantaría que te quedaras con nosotros, pero, por alguna

causa, había llegado a pensar que te interesaba el puesto. Y, por supuesto, también creo que eres la persona más idónea. Bueno, en fin, de ti depende. Tómate tu par de días, pero no tardes más en decidirte, ¿de acuerdo? Necesitamos poner el proyecto en marcha cuanto antes. Venga, alegre esa cara y volvamos a la sala, que nos estarán esperando.

—Sí. Un momento, por favor, que creo que tengo una chincheta en el zapato. Sí, aquí está. No sé de dónde habrá salido.

* * *

Tras varias idas y venidas por entre los muebles antiguos, tras acariciar de nuevo las viejas superficies pulimentadas y buscar añorados olores en las cortinas de encaje y la cretona de los sillones, Pilar volvió a sentir que los recuerdos buscados tornaban a aflorar. La voz de su tía Elsa resonó en sus oídos como si siempre hubiese estado allí, sentada muy erguida, con la espalda tan recta que tocaba apenas el respaldo de su asiento.

—Bueno, que estábamos arruinados y la subsistencia no era fácil. De todos modos, nos quedaban dos edificios intactos en el barrio de Salamanca, que, ya ves, no habían sido bombardeado. Decidieron que este, en el que hemos vivido siempre, sería para madre y el otro, no lejos de aquí, para el tío Abelardo. Tenían la intención de vender la casa de Recoletos en cuando pudiesen y conseguir así efectivo. De manera que, en los cuarenta, nos instalamos en este piso y madre alquiló las otras plantas. Padre se declaró afecto al régimen a fin de poder ejercer su profesión, aprovechando un local de la planta baja para montar un consultorio con el escaso instrumental que había salvado de Argüelles antes del bombardeo final. Pero cuando lo más importante es llenar el estómago y escapar a las represalias... sobrevivir, en fin, es difícil tener con qué pagar los servicios de un médico. Solo se acudía a uno cuando era imprescindible y, ni siquiera entonces, se contaba con efectivo para saldar la minuta. Además, padre era incapaz de no ayudar a quien acudía a su consulta y, en vez de buscar clientela entre sus vecinos mejor situados, pasaba su tiempo atendiendo a otros mucho más humildes; para disgusto de madre, claro está. Así que vivíamos de los alquileres. El tío Abelardo también arrendó las viviendas de su edificio, reservándose un piso para él, pero seguía viviendo en Recoletos, para proteger la propiedad y tratar de entablar contactos con los vecinos.

—Unos eran nuevos y otros eran los de toda la vida, pero ahora todos eran más suspicaces, menos dados a establecer relaciones con personas que no fuesen dignas de una absoluta confianza. No solo conocidos de toda la vida, vaya.

—El pobre tío se quedó allí con sus criados, Bernardo y Maurita, y con el nuestro, Mauricio, que se repartía entre su casa y este piso, pero que cada vez fue pasando más tiempo con él, al ser donde más trabajo había. Además, nuestra casa no tenía ya necesidad de un mayordomo y con Guillermina teníamos bastante. Así que entre los cuatro lograron mantener la propiedad con una cierta apariencia de solvencia y, al final, se vendió por cuatro cuartos.

—Pero, ¿qué fue de los otros inmuebles? ¿Los que estaban destrozados? —preguntó Nando, dispuesto a descubrir todo lo que le habían ocultado hasta entonces.

—Algunos habían desaparecido casi por completo —explicó Asunción—. Había que quitar los escombros y demoler las ruinas. Y para eso se necesitaba un dinero que no se tenía. Bastante era que no pasáramos mucha hambre o que pudiéramos comprar medicinas. No se podían correr riesgos innecesarios y malgastar el escaso efectivo del que disponíamos. El tío fue perdiendo las propiedades una a una a cambio de pequeñas miserias que le daban los estraperlistas; ellos solían

tener el apoyo del régimen y convenía no enfrentarse, por lo que pudiera pasar. Cuando un edificio llevaba tiempo en ruinas, buscaban a su propietario y le explicaban que era preciso que limpiase el solar o reparase los desperfectos de manera inmediata. ¡Bien sabían que pocos podían hacerlo! Así se apoderaron de medio Madrid.

—Fijaos, cuando padre recuperó la confianza necesaria para volver a nuestra casa de Argüelles, se encontró con que estaban desescombrando. Preguntó que quién era el encargado y se le acercó un hombre que vigilaba las operaciones. Padre le dijo que había conocido al antiguo propietario, que si sabía qué había sido de él. Aquel individuo le contestó que había muerto a resueltas de un bombardeo y que ahora él era el dueño del terreno. Padre insistió en querer saber qué había sido de la familia del supuesto fallecido y el hombre le respondió que no sabía si vivían o también habían perecido, pero que daba igual, porque, puesto que el muerto era rojo, bien harían su viuda e hijos, de vivir, en seguir escondidos y no aparecer a reclamar lo que ya no era suyo. Y le pidió su opinión riéndose a carcajadas y guiñándole un ojo.

—Sí, así descubrió padre que tenía fama de rojo; suponía que por haber ayudado, como buen médico que era, a mucha gente sin preguntarles por sus ideas y por haber curado muchas heridas de guerra, con el frente tan cerca de casa... Con lo cual, más le valía callarse y dar la casa por perdida.

—Bueno, a lo que vamos —Elsa retomó el hilo de su relato—. Solo nos quedaban los dos edificios que se repartieron entre el tío Abelardo y madre y la casa de los abuelos, que se malvendió. Con el pequeño capital obtenido, tío Abelardo decidió intentar retomar sus inversiones y madre le dijo que hiciese lo que creyese conveniente con su parte, esperando que tuviera el mismo ojo que antaño y recuperasen algo de su anterior capital. Pero la suerte no les acompañó. El tío confió en quien no debía y a finales de los cuarenta, por el 48 me parece, descubrió que el capital había desaparecido. Resulta que quería hacer unas reparaciones en su edificio y quiso obtener efectivo. Ordenó a su supuesto amigo que le vendiera unas acciones y aquel le dijo que tardaría unos días. La bolsa no iba bien por aquellas fechas y cuando el tío fue a cobrar su dinero le explicó que las pérdidas eran muy grandes y le dio una cantidad muy inferior a la que él esperaba obtener. No obstante, aún no desconfió del tal Marcial, que así se llamaba el sinvergüenza. El caso es que en tres o cuatro operaciones similares, en las que conseguía la firma del tío Abelardo con distintas excusas, lo dejó casi en la ruina.

—Sí, el pobre tío era demasiado cortés para sospechar de alguien de su clase. Estaba convencido de que entre caballeros solo podía haber buenos modos y ¡así le fue! Parece mentira que no hubiese aprendido nada en todos aquellos años de miseria que estábamos viviendo...

—Así se perdió el capital de los dos hermanos. Ya solo les quedaban los edificios en los que vivían y la verdad es que podrían haber subsistido los dos de los alquileres, con mayor o menor holgura, pero el tío Abelardo no podía soportar pensar que, por su culpa, su hermana había perdido su parte; por eso decidió hipotecar su casa para obtener un capital con el que volver a invertir y tratar de resarcir a madre de sus pérdidas. Hay que decir que jamás oímos un reproche de mis padres en su contra por haberles perdido el dinero de la herencia, el obtenido de la venta de la casa de Recoletos, y que ellos no sabían nada de lo que él pretendía; si lo hubiesen sabido no se lo habrían permitido, estoy segura.

—¡Claro que no! Pero él no dijo nada, convencido de que esta vez todo iría bien.

—¿Volvió a jugar en bolsa? —Nando, pese a que la sorpresa por todo lo que estaba descubriendo de su familia le había dejado sin palabras por un tiempo, no pudo contenerse más.

—¡No hijo, ni que fuese bobo! Bien sabes que el gato escaldado del agua fría huye —Elsa retomó su relato—. Yo no sé bien en qué invirtió entonces. Bueno, ni yo, ni nadie de casa, que

bien nos lo ocultó. El caso es que una tarde apareció por aquí demacrado, con el pelo revuelto y las manos temblorosas. Madre temió que estuviese enfermo y envió a Fernando a buscar a padre. Pero cuando logró serenarse, nos mandó salir del salón y les explicó lo que le pasaba. El resumen es que había solicitado un préstamo poniendo como garantía su casa; había invertido el dinero con la esperanza de obtener unas ganancias, pero el negocio había ido mal y lo había perdido todo. Ahora no tenía con qué pagar al banco y le iban a embargar.

—¿Había hipotecado todo el edificio, tía?

—No, hijo, no, que no era tan cándido, me supongo. Solo había hipotecado su piso, pero no tenía manera de obtener la cuantía que le reclamaban. Le preocupaban los criados y la vergüenza de verse arrojado de su vivienda. Apenas tenía dos días más antes de que se ejecutase el desahucio, porque había buscado por todas partes una solución, sin hallarla. Padre le dijo que se tranquilizara, que se podía instalar en casa junto con Bernardo, Maurita y Mauricio, que ya nos arreglaríamos, que si hacía falta se dormía en el suelo, que lo importante es que superara el desánimo...

—Pero no hizo falta dormir en el suelo porque cuando, a la mañana siguiente, volvió con el servicio, nos enteramos de que a Bernardo y Maurita, que se habían casado un par de años antes, les habían ofrecido hacía unos días una portería que ellos no aceptaron por lealtad hacia el tío Abelardo —Asunción siguió con el relato—. Aquella mañana se acercaron, con escasas esperanzas, a ver si todavía seguía libre la plaza y resulta que esa no, pero en un edificio vecino, que aún parecía mejor, acababan de perder al portero hacía poco y estaban buscando a alguien que lo substituyese. Bueno, ellos aceptaron, como es lógico, y les fue bien. Maurita siguió de portera bastantes años y Bernardo entró a trabajar en una fábrica de coches, ascendiendo pronto, pues era muy trabajador y mañoso. Todos los fines de semana visitaban al tío y le traían alguna tarta o un guiso, con la excusa de que sabían lo mucho que le gustaba la cocina de Maurita. Tuvieron un chaval al que apadrinamos Fernando, vuestro padre, y yo.

—Sí que le fueron leales, la verdad. Yo creo que le apreciaban mucho, casi como si fuese de la familia, porque él siempre se portó bien con ellos, incluso en los peores momentos. Y cuando el tío falleció, siguieron manteniendo el contacto con nosotros y aún su hijo viene a vernos de tanto en tanto.

—¿Cómo le fue al otro, a Mauricio, tía Elsa? ¿Le fue mal?

—¡No, qué va, Nando! Le fue muy bien. Pasó en casa unas semanas y luego dijo que tenía trabajo en las cocheras. Pronto decidió gastar sus ahorros en comprar un taxi.

—¿Tanto tenía ahorrado? —Nando seguía incapaz de quedarse con ninguna duda.

—Ya os he dicho que el tío Abelardo parecía más republicano que monárquico en muchas cosas; sobre todo en cómo trataba al servicio. Cuando llegó a casa aquella noche, a la espera de sufrir la humillación más grande de toda su vida, no podía imaginar que padre había hecho algunos buenos amigos. Uno de ellos era nuestro inquilino de la primera planta, un hombre que trabajaba en un ministerio y que, cuando padre le contó lo que sucedía, acudió a unos y otros, intentando encontrar a alguien que quisiera comprar alguna de las otras viviendas del bloque a nuestro tío. El problema eran las personas que tenían alquilados los pisos, porque el tío no quería ni pensar en expulsarlos de sus casas. Pero hubo suerte...

—¡Menuda suerte, Elsa! ¡Qué cosas tienes! ¡Un sinvergüenza más, como tantos otros! ¡Eso es lo que era ese impresentable!

—Bueno, Asunción, si ya lo sé, pero el caso es que, al final, encontraron un comprador que estaba dispuesto a comprar todo el edificio, aunque fuese por una ganga, y a mantener los alquileres con las mismas condiciones durante un año. Así que el tío lo vendió entero, todo el

bloque, pudo pagar la hipoteca y aún le quedaron unos cuartos. Dio una cantidad igual a los tres criados que le habían acompañado en todo momento y el resto quería dárselo a madre, que no lo aceptó, por supuesto.

—Así que con ese dinero Mauricio se compró el taxi, ¿no es eso, tía?

—Eso es, hijo. Con eso y quizá con algo más que tuviera ahorrado, que no sé yo si le llegaría con lo que le diese el tío. Pero lo que es seguro es que sin esa cantidad, lo habría tenido mucho más difícil.

—Eso seguro, Elsa; ¡que debió darles un buen pellizco! Recuerda cómo lloraba de agradecimiento Maurita, cuando le decía que a ella no le diese nada, que ya se lo había dado a Bernardo.

—Sí, y él contestó que el que se hubiesen casado no significaba que ella tuviera que perder sus derechos, que si estuviese soltera no dudaría en aceptarlo, y que, a sus ojos, ella tenía los mismos merecimientos antes que después de su boda... Bueno, a lo que vamos, que Mauricio se compró un taxi y cuando, a fines de los 50 le dieron la llave de una de las casas para taxistas de Ciudad Lineal, se casó. Ya era mayor, como su mujer, y no tuvieron hijos, pero llegó a tener una flotilla de tres taxis y varios pisos. Se quedó viudo bastante pronto y, a su muerte, nos dejó, a la familia, la mitad de su herencia.

—La otra mitad fue para el hijo de Maurita y Bernardo. ¡Qué ironías tiene la vida! ¡Si el tío Abelardo hubiese sabido que íbamos a heredar del que había sido nuestro mayordomo!

—Entonces, ¿mantuvisteis el contacto, por lo que veo?

—Nando, ¡que te calles! ¡Que vas a marearlas! ¿No ves que no las dejas seguir con su historia?

—¡Tranquila, Pilar, que esta parte ya se ha acabado!

—¡De eso nada, tía Elsa! ¡Aún no nos has dicho que le pasó a tu tío Abelardo!

—¡Ay, Nando, hijo! ¡Eres insaciable! ¡Veamos! Tenía ese poco dinero que había obtenido de vender el inmueble y no tenía casa. Pensamos que viviría con nosotros, pero las cosas siempre se enderezan cuando no pueden torcerse más. A ver cómo os lo explico sin alargarme en demasía...

—Yo me encargo, Elsa. Tenemos que retroceder unos años. Al principio de trasladarlos a vivir aquí. Ya os hemos hablado de los inquilinos del primero; gente bien situada, influyente, afines al régimen, con muchos hijos... Bueno, pues una tarde apareció por casa doña Rosa de Ramírez, que así se llamaba la señora. Venía con una mujer joven y una niña que tenía nuestra edad, más o menos. En el vestíbulo, sin entrar en casa, le espetó a madre:

—Doña Angustias, ¿sigue usted teniendo libre el piso del cuarto?

—Sí, doña Rosa, ya sabe usted que así es.

—Pues verá, quisiera tener a mi servicio a esta señora, pero no puedo alojarla, ni a ella, ni a su hija, en casa. Ya sabe que no tenemos espacio. Me preguntaba si podría usted arrendarles el cuarto piso y yo me encargaría de satisfacer su alquiler.

—Pues ya sabe usted que necesitaré sus papeles para asegurarme de que es persona de bien.

—Madre no era tonta y se había convertido en una persona tremendamente suspicaz y cuidadosa —añadió Asunción, antes de seguir—. A lo que doña Rosa contestó:

—Yo le daré sus credenciales, si lo desea. Su marido está preso trabajando en los Caídos; era maestro antes de la guerra y se fue al frente. No volvió a verlo hasta después del juicio, en el 42, cuando le comunicaron que habían conmutado su pena de muerte por trabajos en el monumento. Pero ya sabemos cómo son las cosas. Ellos se van a defender no sé qué ideas y a nosotras nos dejan a ocuparnos de la casa y a sacar la familia adelante. La enfermedad y la necesidad le han matado a un hijo varón y no puedo imaginar mayor dolor. Si alguna culpa tuvo

ella, ya le habrá perdonado Dios, ¿no cree? Y esta criatura, ¿qué responsabilidad tendrá ella de los pecados del padre?

—No dudo que ninguna y, si es usted tan generosa como para desear ayudarla, ¿quién soy yo para negarme? Nadie mejor que usted para discernir si es o no culpable de algo. No creo que metiese usted en su casa a una roja a cuidar de sus hijos; ¡cuando menos su marido! Así que confío en su decisión, pues más sabrán ustedes que yo de estos asuntos, de lo que es propio o no. Si responden por ella, yo no tengo ningún inconveniente en que sea mi inquilina.

—Yo respondo por ella, entonces.

—¡Sea, pues!

—Se dieron la mano mirándose a los ojos fijamente, que aquello había parecido un combate entre dos voluntades a cual más fuerte y era más lo que se presuponía que lo que de hecho se había dicho —concluyó Asunción.

—Claro, hijos, porque figuraos que era un mundo de una absoluta inseguridad en el que cualquiera te podía denunciar por rojo, así que acoger a la esposa de un condenado a *Cuelgamuros* no era un asunto baladí.

—¿*Cuelgamuros*, tía?

—Sí, Nando, que así se llamaba la finca en que se levantó el monumento a los Caídos y allí murió el marido de Teresa algunos meses después de que ella se instalara en nuestro cuarto piso. No pudo resistir el segundo invierno.

—Dicen que el frío era tan intenso que les impedía hasta dormir, pues el aire gélido de la sierra se colaba por entre las grietas de los barracones de madera.

—¡En fin, a lo que vamos! Que madre alquiló el cuarto piso a Teresa, aunque la renta fuese pagada por doña Rosa. Debéis saber que la última planta de los edificios se solía reservar para alquilar al servicio o a gente más humilde. El caso es que allí se instalaron la madre y la hija, Matilde, a quien vosotros conocéis porque es la madre de Marián y Borja. Entonces era una cría de nuestra edad y recuerdo cómo me sorprendió la mirada desafiante y la cabeza tan erguida que mantuvo durante toda aquella conversación en el zaguán de casa, donde se decidió su futuro. Cuando las tres mujeres pasaron al salón a ultimar los detalles, madre mandó que nos ocupásemos de Matilde y nos fuésemos a nuestro cuarto. Le pregunté si había merendado y me dijo que ella nunca merendaba. Luego, asombrada, quise saber si es que no tenía nunca hambre a esas horas y me respondió que ella siempre tenía hambre. Después de mirarnos en silencio unos instantes, salí corriendo a la cocina a pedirle a Guillermina que nos hiciese la merienda y, debí hacerlo con tanta angustia, que ella entendió que algo pasaba y nos preparó un chocolate con picatostes, como en las tardes de fiesta.

—¡Madre mía lo que comió Matilde! ¡Y mira que Guillermina le decía que fuese despacio, no fuese a empacharse! ¡La pobrecilla! Se ha pasado la vida recordando lo mala que se puso aquella noche y cómo no se atrevió a decírselo a su madre, no fuera a ser que las echásemos del piso por desagradecidas.

—Sí, porque aquella misma noche ya se instalaron en el cuarto, a pesar de todos los inconvenientes que comenzó poniendo madre: que si estaba sucio, que si habría que ventilarlo...

—Bueno, pero en cuanto madre vio que Teresa estaba decidida, comprendió que la necesidad era muy grande y dejó de poner pegas, enviando a Guillermina a echar una mano para adecentar el piso.

—Teresa siempre estuvo muy agradecida y, al poco de que el tío Abelardo se instalase en casa, vino a ofrecerle una de las habitaciones de su piso. Le rogó a madre que le dejase hacer eso por nosotros, pues no tenía manera de compensarnos por lo mucho que hacíamos por su hija.

—Es que Matilde se pasaba la vida en casa. Como su madre trabajaba abajo muchas horas y nosotras tres nos habíamos hecho muy amigas, ella comía y merendaba aquí a diario. Madre había conseguido que la admitiesen como alumna sin recursos en nuestro mismo colegio y, desde buena mañana hasta casi la hora de cenar, estábamos siempre juntas.

—Así que Teresa ofreció el mejor dormitorio de la casa al tío Abelardo, que aceptó y vivió arriba sus últimos años. No estaba mal el arreglo, porque estaba casi solo todo el día, con Teresa trabajando y Matilde con nosotras. La verdad es que era quien más disfrutaba del piso, aunque las comidas las hacía aquí, en casa.

—¿Y los fines de semana, tía?

—Pero Nando, ¡si en aquellos tiempos solo se sabía que era fin de semana porque el domingo se bañaba uno en un barreño de zinc y se iba a misa! A lo mejor, con un poco de suerte se comía un cocido de verdad o se merendaba un chocolate.

—¿Quieres decir que Teresa trabajaba las mismas horas que los demás días?

—Pues claro, hijo, casi las mismas. Ella estaba como interna, aunque durmiese en el cuarto piso. De manera que sus días debían dedicarse a los Ramírez.

—Y algunas noches también, no se te olvide, Elsa. Que cuando se ponía malito alguno de los niños, quien pasaba la noche en vela era ella.

—Sí, es cierto. De manera que le venía muy bien que el tío estuviese en casa; era un modo de asegurarse de que Matilde no estaría sola en la casa si ella no podía dormir en su cama.

—Y para el tío fue un buen acuerdo. Al principio parecía un poco reticente, pero pronto comprendió las ventajas de estar más a su aire y no tener que aguantarnos a los sobrinos en todo momento. Cuando quería compañía, bajaba, y cuando prefería soledad, se quedaba arriba. Además, le cogió un gran cariño a Matilde, como si fuese uno de nosotros.

—¡Y tanto! ¡Si en su testamento repartió entre los cuatro *sobrinos* sus escasas pertenencias! ¡Vaya, entre nosotros tres y Matilde!

—Sí, parecíamos hermanos, nosotras, las tres chicas, y Fernando. Hasta madre se acostumbró a hacer planes para Matilde como si fuese una más de la familia.

—Por eso nos alegra que Borja nos compre el piso; es como dejárselo a un sobrino, a uno de vosotros...

Pilar, que había escuchado en silencio gran parte de los recuerdos de sus tías, notó cierta debilidad en la voz de Elsa y la miró, mientras aquella volvía a secarse sus ojos acuosos. Al levantar la cabeza, tras guardar el pañuelo de algodón festoneado de encaje en el puño de su chaqueta de punto, Elsa se encontró con la mirada de su sobrina y ambas permanecieron así unos instantes, en silencio. Pilar descubrió en esos segundos toda una verdad que quizá no le estuviese destinada, la única cosa que tal vez quisieran ocultarle esas mujeres que acababa de descubrir pese a haber conocido toda su vida. En la disputa que había enrarecido la relación entre su padre, Fernando, y su abuela Angustias, no solo habían perdido ellos, los protagonistas del encono. También su hermano Nando y ella habían perdido la posibilidad de participar en esas vidas de las que solo sabían de visita, con las que nunca antes habían podido compartir un pasado que les omitieron contar, de quienes ignoraban sus sueños y temores.

Ellos eran sobrinos por obligación, porque eran de la misma sangre y correspondía que así fuesen. Y no es que eso implicara que no se les quisiera, no, pues, sin duda, se les quería y mucho, por prolongación natural del amor que se sentía por el hermano distante. Pero los verdaderos sobrinos, a quienes se había visto crecer día tras día, cuyas enfermedades infantiles se habían padecido en el silencio de un dormitorio bien conocido, de quienes se sabían los más nimios afanes y desilusiones, eran otros. Pilar lo supo y lo aceptó. Elsa comprendió que, aun sin

pretenderlo, había desvelado su secreto más preciado, el que había ocultado en el lugar más recóndito de su corazón, donde ni siquiera ella pudiese hallarlo, y extendió el brazo hacia su sobrina, con ansiedad. Pilar cogió su mano y besó el dorso. Miró a su tía con una sonrisa de aceptación y comprensión. ¿Quién era ella para juzgar los afectos?

* * *

Paco volvía a casa con un estado de ánimo que en nada se asemejaba al de aquella misma mañana, que ahora le parecía tan lejana. No obstante, ya en el ascensor que le llevaría al piso de su madre, comprendió que se sentía incapaz de enfrentarse a ella, que no quería que le robase la ilusión y la alegría con sus agrios comentarios. Estaba convencido de que, si no por sus palabras, sí por su tono, convertiría su felicitación en una recriminación amarga y cáustica. Salió, pues, del portal de inmediato, con la necesidad de compartir con alguien su felicidad, pero con el temor de no tener con quién hacerlo. Recordó a su hermano Antonio y, sin pensárselo mucho, decidió visitarlo.

Hacía mucho tiempo que no hablaban los dos con tranquilidad, que se limitaban a saludarse cuando se encontraban por la calle, como viejos conocidos que cumplieran con las normas de la cortesía, más por costumbre que por afecto. Y lo cierto era que se cruzaban casi a diario, pero de manera inconsciente, suponía Paco, cada uno había elegido una acera distinta para ir hacia su trabajo, en el caso de su hermano, o hacia el metro, en el suyo, de tal modo que no tuviesen que detenerse a conversar ni tan siquiera unos minutos. Un gesto con la mano, o apenas con la cabeza, era cuanto se dirigían casi cada mañana. No es que hubiesen discutido en los últimos tiempos o hubieran discrepado en algún asunto relevante para ambos. No, tan solo se limitaban a perpetuar el tipo de trato frío y distante que se había instaurado entre ellos desde su adolescencia.

Porque Antonio y Paco no podían ser más diferentes. Mientras el primero era obediente y dócil, ordenado y cuidadoso, afectuoso con su madre y respetuoso con su padre, Paco había sido un joven rebelde, indisciplinado, desordenado, intolerante con su madre y solidario con su padre. Como el día y la noche, decía su madre, para añadir siempre que ojalá Paco se pareciera a su hermano mayor. Pero, por desgracia para ambos, nada tenían en común y la propia lejanía de sus caracteres, junto al distinto trato que recibían de su madre, acabaron por alejarlos por completo, por convertirlos en meros parientes unidos por unos vínculos de sangre que no implicaban verdadero cariño. Paco lo lamentaba en verdad y, ya adulto, había intentado salvar las distancias, propiciar un acercamiento que, hasta entonces, se había evidenciado como imposible. Ahora solo les quedaban las apariencias, la cortesía, la costumbre; y una madre que, dudaba Paco, no era tanto su único vínculo de unión como la causa última de su desencuentro.

Tratando de recordar desde cuándo existía entre ellos esa relación tan poco grata, se remontó a una tarde de sábado de sus quince años en la que acudió a casa algo más tarde de la hora límite. No le importaba la bronca que sabía iba a recibir porque había estado con su novia de entonces y se sentía tan feliz y tan ajeno a la realidad circundante que nada de lo que pudiesen decirle podría afectarle. Le habían besado por primera vez y nada iba a romper el hechizo de ese momento. Lo que no se esperaba era la traición de Antonio, que respondió a las preguntas de su madre sobre dónde había estado y con quién, a las que él callaba, con toda la información de que disponía. Y era mucha.

No sabía Paco cómo se había enterado de su relación con aquella muchacha, algo mayor que

él, que vivía en su misma calle, encima del bar que regentaban sus padres. Su madre, en cuanto supo quién era, le prohibió volver a verla porque, al parecer, su padre bebía más de la cuenta y no tenía buena fama por el barrio. Para asegurarse de que iba a obedecerla, le castigó sin salir los fines de semana de todo un mes. En cuanto Paco pudo volver a quedar con ella, descubrió que Antonio ya le había explicado lo sucedido, pues iban al mismo curso y se veían en clase a diario. La muchacha, indignada porque no hubiese salido en su defensa y en la de su padre, no quiso saber nada más de él.

Paco aún no podía entender por qué su hermano había actuado con tanta crueldad y no quería admitir la versión de su amigo Benito, quien pensaba que Antonio estaba colado por esa chica y no había digerido bien que ella hubiese preferido a su hermano canijo en lugar de a él mismo. No, era demasiado mezquino. No podía ser cierto. Pero desde ese instante Paco supo que la sola duda había logrado resquebrajar los cimientos de su relación fraternal, ya algo dañada por las continuas comparaciones que su madre establecía entre ellos, siempre en detrimento suyo, por supuesto.

Los celos que había tratado de doblegar todos aquellos años se convirtieron en un desprecio hiriente que se acentuaba cada vez que Antonio se ponía del lado de su madre y la informaba de todo aquello que supiera de la vida privada de Paco. Fueron años duros, de broncas permanentes, de reproches incesantes, de ácidas insinuaciones, de amenazas cada vez menos solapadas; años que acabaron con un buen puñetazo recibido por Antonio en el portal de su casa y con un castigo histórico impuesto a Paco, a quien incluso su padre reprendió por haber usado la violencia contra su propio hermano, siendo esto lo que más le dolió de todo aquel lamentable episodio. Después, se instauró entre ellos una especie de tregua. Antonio dejó de meterse en la vida de su hermano pequeño y Paco comenzó a ignorarlo. Así crecieron y se hicieron hombres: el mayor, seguro de contar en todo con el beneplácito materno; el menor, seguro de todo lo contrario. Antonio, formal y confiado; Paco, rebelde e independiente.

Además, los caminos tan distintos que eligieron no podían sino incrementar la distancia y la incomunicación entre ellos. Antonio estudió Económicas y, muy pronto, entró a trabajar en un banco; se creó una posición estable y sólida, casándose, ya algo mayor, con una joven compañera que dejó su puesto en cuanto nació el primero de sus cinco hijos. Se había convertido en un hombre religioso y conservador, bastante dogmático en sus opiniones y un tanto tirano entre los suyos. Vivía en el centro, pero había aceptado poner en funcionamiento una sucursal de su entidad bancaria en las cercanías de la casa de su madre, a fin de poder estar algo más pendiente de ella, aunque se tratara de un destino provisional.

Paco, con sus estudios de Filosofía y Letras, su pelo largo y su aspecto desaliñado a conciencia, tuvo dificultades para encontrar su primer trabajo, acabando en una empresa editorial en la que realizó tareas muy diversas, hasta asentarse como corrector de estilo. Tras un serio desacuerdo con su jefe, prefirió marcharse, y probó entonces suerte en un periódico en el que, pese a estar contratado como administrativo, desempeñaba diferentes labores, llegando, incluso, a firmar alguna colaboración menor en ocasiones puntuales.

Por otro lado, el haber dejado de asistir a la Iglesia cuando era todavía muy joven y el profesar ideas socialistas habían sido motivos de discusión en su casa con demasiada frecuencia y, aun después, ya casados ambos hermanos, cuando coincidían en alguna celebración familiar, provocaban fuertes desacuerdos que acababan por amargar la ficticia felicidad que todos trataban de aparentar en aquellos eventos. Sí, Antonio y él eran como el día y la noche, que decía su madre.

Pero la alegría que Paco sentía y la necesidad de compartirla con alguien, le hicieron pensar en su hermano. Quizá había llegado el momento de tratar de acercarse a él, de empezar a sentirlo

como alguien próximo y querido. Así que, sin pensárselo dos veces, se dirigió a la sucursal que dirigía. Estaba decidido a romper el hielo, a entablar unas nuevas bases y el frío saludo de su hermano mayor no le hicieron desistir de sus propósitos.

—¡Ah! ¡Hola, Paco! ¿Qué te trae por aquí? Mamá está bien porque ha pasado a verme hace una media hora, como todos los días. Siempre nos tomamos un café juntos. Es lo menos, ¿no crees? Así se siente menos sola.

—¡Hombre, Antonio! ¡Tan sola no está, que ahora vivo otra vez en casa!

—¡Ya! Pero como te pasas el día fuera...

—¡Qué quieres, tengo que buscar trabajo! No te creas que me voy de fiesta ni nada parecido.

—¡Claro que no! ¡Qué cosas tienes! Ni se me había ocurrido.

Aunque algo en su voz, o quizá en su mirada, hizo que Paco comprendiese que no era así, que sí se le había ocurrido, a él o a su madre o a ambos. No obstante, optimista como se sentía, decidió no darle importancia e insistió en buscar una tregua, en tratar de desandar el camino de la desafección.

—Bueno, entonces me supongo que no tendrás ganas de tomarte otro café conmigo. Pero quizá te apetezca otra cosa, ¿quieres? Invito yo.

—¡Hombre, gracias! Pero hoy no puede ser. Lo siento; es que estoy muy ocupado. Si quieres quedamos una tarde o un fin de semana. Ya me imagino que se te hará duro estar todo el día sin hacer nada, pero yo tengo mucho trabajo... Además, te invitaré yo, que no estás tú para muchos dispendios.

—¡Antonio, por favor, que para una cerveza o un café aún tengo! Si lo que quería era celebrar contigo que ya he encontrado trabajo. He venido a preparar la documentación para llevarla esta tarde y empiezo mañana mismo.

—¡Cuánto me alegro! En serio, Paco. Por ti y por mamá. Ella ya no está para andar ocupándose de nadie, ya sabes.

—¿Qué quieres decir?

El humor de Paco comenzaba a cambiar pese a todos sus esfuerzos y notaba cómo una ira creciente se abría paso en su interior. Le había molestado mucho la insinuación de que se pasaba el día desocupado y el recordatorio de que estaba sin dinero; pero la indirecta de que era una carga para su madre le resultaba insostenible.

—¿Qué va a ser? Pues que tiene muchos dolores y, quieras que no, tenerte en su casa supone un esfuerzo extra para ella, aparte de resultar gravoso, como es lógico.

—¿Se te ha quejado? Porque a mí no me ha dicho nada.

—¿Y qué quieres? ¿Cómo crees que te va a decir algo así, sabiendo que te hará sentir mal? Es mamá; ya la conoces; no le gusta incomodar.

—¡Sí, claro que la conozco! Pero jamás supuse que sería capaz de ir a quejarse de mi presencia en su casa. Cuando me aceptó, me pareció que hasta le agradaba tener compañía. ¡Si le ofrecí parte del paro para cubrir mis gastos y no quiso aceptar! Me dijo que mejor se lo diese a Pilar, para los niños. ¡Muy propio de ella, restregarte por la cara sus favores!

—¡Paco, no hables así de mamá! ¡No te lo consiento en mi presencia! ¡Si tenías que estarle absolutamente agradecido por todo lo que ha hecho por ti en estos últimos tiempos! ¡Siempre serás un ingrato! ¡No vas a cambiar nunca! ¡Siempre un desagradecido y un egoísta! ¡Pensando solo en ti, como papá! ¡Sin tener en cuenta las consecuencias de tus actos o el dolor que causas a los demás!

—¡Ya tardó en salir el tema! Mira, a papá vamos a dejarlo descansar en paz, que bien que se lo ganó. Y en lo que a mí se refiere, pues se ve que no, que nunca cambiaré. Y eso que venía con

los mejores propósitos, deseoso de mostrarme fraternal contigo. Pero es que es imposible, Antonio. ¡Es inútil! ¡Somos incompatibles y no hay solución!

—¡Sí, como el día y le noche!

—En efecto. Así que te dejo con tu importante trabajo y descuida que, en cuanto pueda, me alquilo algo y dejo a mamá tranquila. ¡Adiós!

—¡Adiós, Paco! Y enhorabuena de nuevo. ¡A ver si consigues encauzar otra vez tu vida!

Paco prefirió no contestar a las últimas palabras de su hermano y salió de su despacho tratando de mantener la calma. No me va a amargar el día, se decía. Ni él, ni mamá. No lo van a conseguir. ¡Faltaría más! No sé cómo he podido pensar que las cosas iban a ir bien entre nosotros. ¡Si siempre es lo mismo! Antonio es como mamá. Son tal para cual. Jamás les agradará nada de lo que haga; jamás podrán otorgarme el beneficio de la duda. Para ellos siempre soy culpable de todo, de cualquier cosa que se les ocurra. Si hasta cuando parecía que me iba bien la vida, tenían que buscarme las cosquillas y achacarme culpas: que si educaba mal a los niños, que si no les dedicaba tiempo, que si les daba muchos caprichos... ¡Porque no encontraron manera de acusarme de la enfermedad de Pilar, que, si no, también lo habrían hecho! ¡Mira que soy imbécil! ¡Pensar que hoy iban a ser distintas las cosas! ¡Si ellos son perfectos! ¡Siempre sacrificándose por los demás...! ¡Anda que ha tardado en soltármelo! Ya me extrañaba que no me hubiese echado en cara antes el gran favor que mamá me ha hecho aceptándome en su casa de nuevo. Pero, en cuanto ve la ocasión, ¡zas!, tiene que soltarlo. ¡Más tonto soy yo!

Incapaz de enfrentarse a su madre en ese momento, decidió entrar en un bar que había frente a su casa, con la esperanza de verla salir por el portal y aprovechar su ausencia para subir a buscar los documentos que necesitaba. Con un cortado frente a él, sentado en un taburete junto a la barra, se entretuvo en mirar a la gente que pasaba por la acera. El barrio se había llenado de rumanos que parecían haberse integrado a la perfección en la vida cotidiana de la zona y a los que, solo en ocasiones, delataban su aspecto o su lengua. Pero para Paco, ese río de personas desconocidas que pasaba incesante frente a la puerta del bar resultaba hoy descorazonador. Deseaba, con una intensidad ardiente, descubrir una cara conocida entre tanto extraño. A fin de cuentas, ese era su barrio, ¿no? Allí había crecido; allí vivían muchos de sus compañeros de colegio y de instituto, bastantes de los amigos de su antigua pandilla y casi todos los padres de unos y otros. ¿Cuánto tardaría alguno en pasar por allí? ¿Y en entrar en el bar? No podía ser tan difícil; antes o después, vería aparecer alguna cara del pasado. Estaba seguro. Pero cuando acabó su segundo cortado sin que así fuera, y ya más sereno, consideró que era hora de afrontar el retorno a la casa de su madre.

—¡Hola, mamá! ¿Estás en casa?

—Pues claro, hijo, ¿dónde quieres que esté? Aquí, trabajando, como siempre, que parece que he nacido para ser una esclava. Ya te he planchado las camisas y te he tenido que coser dos botones que habías perdido. ¡No sé yo cómo puedes perder tantos, la verdad! Si pareciera que te los arrancases aposta...

—¡Mamá, por favor, qué cosas tienes!

—¿Y cómo es que has vuelto tan pronto?

—Tengo una noticia estupenda, mamá. ¡He encontrado trabajo! Esta tarde tengo que llevarles los papeles y empiezo mañana.

—¿Y a qué esperabas para decírmelo?

—¡Pero si te lo estoy diciendo, mamá!

—¡Claro, porque te lo he preguntado, que si no...!

—¡Mamá, por favor! ¡Déjalo estar!

—¡Bueno, bueno! ¡Dejarlo estar! ¡Claro, si como soy el último mono...! Pinto menos que un

cero a la izquierda, pero ¡qué le vamos a hacer! Es ley de vida. Las madres estamos para eso, para que los hijos nos pisoteen y encima no quejarnos...

—Esta bien, mamá. Lo siento. No quería molestarte. Estaba pensando en que, si quieres, compro unos pasteles para celebrarlo. De esos de yema, que tanto te gustan.

—Pero Paco, ¿cuándo te va a entrar el sentido común? ¿No sabes lo caros que están ahora los pasteles? Como empieces a gastar antes de haberlo ganado, malo. Tienes que ahorrar para poder mantenerte y dar algo a los niños. ¡Así que déjate de pasteles!

—Tienes razón. Como siempre. Bueno, voy a preparar la documentación y luego te ayudo con la comida, si quieres.

—¿Te crees tú que necesito ayuda? ¡Anda que no hace rato que tengo preparado el caldo! ¡Pues como para confiar en que llegases a tiempo de ayudarme...! ¡Si no lo haces nunca!

—Bien, lo siento de nuevo. Me voy al cuarto. Hasta ahora.

Paco entró en su dormitorio, angustiado. La ira que había sentido contra su hermano se había convertido en un abatimiento extremo. Contra su madre no podía, nunca había podido. Ella siempre lograba tergiversar sus opiniones, manipular sus palabras para hacerle quedar en mal lugar. Daba igual lo conciliador que él fuese, ella nunca se rendía, insistente, humillante, inmisericorde. Sus conversaciones siempre acababan del mismo modo: él debía ceder, reconocer su error o su culpa, para que ella se sintiera satisfecha y le dejase en paz. De lo contrario, volvía una y otra vez sobre el tema hasta conseguir idéntico resultado, pero con mayor desgaste psíquico por su parte. Paco, con la edad, había aprendido a rendirse de antemano, a no presentar batalla más que de manera simbólica, pero era justo ese sometimiento lo que le provocaba una profunda vergüenza y un hondo desdén hacia sí mismo.

Hoy, además, sentía la afrenta con más intensidad que en otras ocasiones, quizá porque se había considerado acreedor de una cierta consideración, porque había esperado, inocente, alguna empatía por parte de su madre, aunque solo hubiese sido por la expectativa egoísta de librarse de él, de su presencia en la casa. En consecuencia, su mortificación se acentuaba al contemplar su ineptitud para romper la indiferencia materna, al aceptar lo estéril de sus esfuerzos.

Con la intención de no dejarse hundir en la autocompasión, rebuscó en la carpeta de sus documentos, asegurándose de tenerlo todo preparado y fotocopiado. Era una revisión innecesaria que solía hacer de manera rutinaria, al menos, una vez por semana, para cerciorarse de que todo estaba bajo control, de que en el caso de ser necesario, podía presentar, de forma inmediata, toda la documentación que se le requiriese. No obstante, por enésima vez, comprobó cada uno de los papeles, cotejó los originales con sus copias, repasó uno a uno los distintos impresos, dedicando una atención minuciosa a la labor, consciente de que, tan solo, estaba tratando de serenarse y superar el desaliento. Cuando creyó que lo había logrado y se sintió capaz de afrontar otra escaramuza, salió de su dormitorio para dirigirse a la cocina. Su madre estaba preparando la pequeña mesa en que solían comer todos los días, con bastante incomodidad y estrechez. Paco siempre había sospechado que era su manera sutil de decirle lo molesto que le resultaba tenerle allí de nuevo y lo poco dispuesta que estaba a cambiar sus costumbres por su causa. Ella siempre comía allí, para no manchar el comedor, y no iba a cambiar sus hábitos pese a lo inconveniente y enojoso que pudiera resultar el arreglo para dos personas.

—¡Hola! ¡Ya estoy aquí! ¿Qué quieres que haga?

—¡Nada, hijo! Ya ves que ya está todo puesto en la mesa. En dos minutos, comemos.

—¡Huele muy bien!

—¡Solo faltaba que no oliese bien o no estuviese bueno, con lo caro que está todo! Venga, siéntate, que no me puedo revolver contigo plantado en el medio de la cocina.

—Sí, claro. Bueno, pues esta tarde tengo que volver a llevar los papeles y empiezo mañana mismo. Tenemos que celebrarlo, mamá. ¿Qué te apetece que hagamos?

—¡Nada, hijo, nada! ¡Fíjate si soy desgraciada! Justo hoy había pensado que me acompañases esta tarde a casa de tu hermano Antonio, que tienen al pequeño malito, y ya sabes que no me gusta ir sola en el metro, que me da miedo tanta escalera, sube y baja, pero nada... No va a poder ser. ¡Para un día que quiero que me hagas un favor!

—Bueno, no creo que tenga que estar allí mucho rato, la verdad. Me imagino que llevaré la documentación, rellenaré algún impreso y ya. O sea que, si me esperas, podemos ir cuando vuelva. Seguro que hacia las seis ya estoy de vuelta.

—¡Pues sí hombre! ¡A las tantas! Ya no serán horas, que tendré que prepararte la cena.

—No, mamá. Mira, si quieres, vamos a verles y luego picamos algo por ahí y así no tienes que cocinar y lo celebramos.

—¡Ya te he dicho que de gastar, nada! ¡Que hay que ahorrar!

—Como quieras, mamá. Entonces, ¿no te apetece que hagamos algo especial para festejar que he encontrado trabajo?

—¡No estoy yo para fiestas! Pero ya pensaré algo. Por ti lo digo, que parece que te hace ilusión, que lo que es yo... ¿No comes más? ¡Mira que no quiero que me dejes nada en el plato! ¡Ya sabes que no soporto tirar comida!

El esfuerzo de mantener la conversación sin discutir y de tratar de agradar a su madre le había quitado el apetito, pero Paco, obediente, se comió su ración sin atreverse a ofrecerle otro motivo de disgusto. Pasó la siguiente media hora escuchando, con fingido interés, la conversación de su madre, respondiendo con monosílabos cuando creía que se requería su intervención, asintiendo en sus pausas. En los meses que llevaba con ella había adquirido la habilidad de mantener una atención aparente mientras dejaba que su mente se centrara en temas de mayor interés. Hoy, ajeno ya a la felicidad que había sentido hacía apenas un par de horas, se acordó de su padre y lamentó el poco tiempo que le había dedicado, lo poco que le había comprendido. Entendía ahora su carácter taciturno y retraído, su gesto adusto, sus maneras reservadas. Recordó que su madre siempre le echaba en cara lo mucho que se parecía a él y se encontró rogando poder salir pronto de aquel infierno para que su desánimo y su abatimiento no acamparan de manera definitiva en los pliegues de su frente y en las comisuras de su boca.

* * *

—Tía, ya sé que soy un pesado, pero todavía no nos has explicado qué pasó con mamá y papá.

A Nando, el silencio de Asunción y la pausa de Elsa le pillaron por sorpresa. Intuía que había algo más en esa quietud extraña que se había instalado en la habitación y que solo las caricias reiteradas de su hermana sobre el dorso de la mano de su tía Elsa parecían interrumpir. No era persona en exceso perspicaz, pero podía percibir que se había entablado un entendimiento del que no era partícipe y deseaba retomar la conversación y, con ella, volver a sentirse miembro de aquel club del que, en ese momento, se creía excluido.

—Verás, hijo —Elsa retomó el relato—. Con el tío instalado en el cuarto piso y Matilde criándose con nosotras, la vida fue transcurriendo más o menos tranquila. Padre había ido labrándose fama de buen doctor y ya hacía algún tiempo que había necesitado montar un consultorio más amplio. Para ello les vendieron a los Ramírez, los del primero, su piso, que ya

querían ellos dejar de pagar renta, y con eso adquirió un entresuelo muy luminoso unas calles más allá.

Desde muy pronto, nada más acabar la guerra, los sábados se dedicaba a visitar los arrabales, donde cada vez vivía más gente en unas condiciones horribles, y nos obligaba a acompañarlo; cada semana, uno de nosotros iba con él a ayudarlo y a ver cómo era la realidad que nos rodeaba. Decía que quería que supiésemos valorar lo poco o mucho que teníamos. Al principio me asustaba bastante, la verdad, ver tanta miseria, los chiquillos descalzos, medio desnudos o harapientos, tan sucios... Pero ninguno se atrevía a decir a padre que no queríamos ir; nos pedía tan pocas cosas que parecía justo satisfacerle en lo que más le interesaba. Vuestro padre, Fernando, fue así descubriendo su vocación.

—Sí, y no solo eso. También se fue formando una conciencia política, unas ideas que no acababan de gustar a padre cuando lo hablaban en casa. Tenía miedo por él, pero Fernando le dijo, en una ocasión, que debía sentirse orgulloso, que algún día él y sus amigos ayudarían a que se viviese en un país mejor, a que se acabasen los temores y se pudiese ser libre de nuevo; libre no solo de pensar en el silencio de tu casa, sino también libre de hablar, de crear nuevos modos. Recuerdo que madre lo mandó callar y, como él no obedecía y estaba levantando la voz, le dio una bofetada. Nunca antes le había pegado, ni a él ni a nosotras. Fue algo tan sorprendente, tan inesperado, que todos nos callamos y ella se abrazó a su hijo llorando y pidiendo perdón. Decía que no quería que nadie le oyese, que no quería que se lo llevasen, que hasta las paredes oían, que fuese prudente. Fernando comprendió que madre había sufrido mucho y vivía atemorizada, así que no se lo tuvo en cuenta y procuró no hablar de esas cosas delante de ella, en adelante.

—Ya, pero bien que cuchicheaba con padre a sus espaldas, que era imposible que madre no se diese cuenta...

—Ella se daba cuenta de todo, pero hacía como que no, para evitarse disgustos y discusiones. Por entonces empezó a frecuentar más la iglesia, ¿recuerdas, Elsa?

—Sí que es cierto. Ya no solo iba los domingos, sino que acompañaba a doña Rosa al rosario muchas tardes y, a veces, hasta lo rezaban en su casa o en la nuestra, cuando no podían salir. Se hicieron muy amigas.

—Bueno, ¿no sé yo qué decirte, la verdad...! Madre era muy lista y sabía que doña Rosa y su marido podían tirar de muchos hilos en caso de necesidad... Además, siempre decía que era una estirada y una meapilas y no parecen esas palabras propias para describir a una buena amiga, ¿no crees?

—¡Qué sé yo, Asunción! ¡Madre era tan suya! Sí, quizá tengas razón y solo buscaba aprovecharse de sus influencias. Pero, en todo caso, iba mucho a la iglesia y nos obligaba a ir a todos, incluido a padre, que era de los que no la pisaban antes de la guerra.

—Bueno, pero después del 39 todos íbamos a misa los domingos y fiestas de guardar, por si las moscas.

—Ya, pero a padre le obligaba a acompañarla en muchas otras ocasiones. Le decía que tenía que compensar sus mañanas en las chabolas con unos cuantos rezos por las tardes, que ahí estaba la diferencia en que se le considerase un rojo preocupado por los obreros o un hombre piadoso dispuesto a donar su tiempo por caridad. Cuando él protestaba, le suplicaba que lo hiciese por nosotros, que solo tenía que sentarse muy quieto y cerrar los ojos, que podía pensar en cualquier cosa siempre que mantuviese el gesto adusto y la cabeza baja.

—¡Pues no era lista ni nada la abuela Angustias!

—¡Mucho, hijo, muy lista, más que el hambre! Porque lo cierto es que padre se empezó a fraguar una fama de hombre bueno —y no es que no lo fuese, no te vayas a pensar, que lo era, que

era muy bueno—, y el cura empezó a interesarse por él, a buscar su amistad. Algunos sábados lo acompañaba al Pozo del tío Raimundo y, mientras el uno les curaba de sus enfermedades, el otro fue descubriendo un mundo de necesidades tan acuciantes que su afán evangelizador se quedó en un segundo plano. Así se fueron organizando, desde la parroquia, campañas de ayuda, recolectas, jóvenes dispuestos a colaborar... y padre dejó de ser un bicho raro para ser el adalid de la generosidad y la caridad cristiana.

—¡Sí, madre consiguió evitarle posibles problemas!

—Y no solo a padre, porque Fernando, con sus estudios de medicina recién acabados, pasó a entrar en el mismo saco. Aunque no se le viese por la iglesia más que los domingos —y no todos, que muchas veces madre no lograba convencerlo para que nos acompañase—, nadie dudaba de que era de la misma pasta que padre.

—Tanto era así que doña Rosa estaba loca por emparejarlo con su hija Rosita, una chica muy guapa y modosita a la que enviaba los sábados al poblado para que les ayudase.

—¡Pobrecilla! Tenía unas manos de ángel para los bordados y las vainicas, pero no soportaba la suciedad; le daba asco mancharse de barro, acercarse a las cabezas llenas de piojos de los niños, respirar la mezcla de olor a sudor y a cloaca... Debieron ser unos meses de absoluta tortura para ella.

—¡Sí, no sé cómo pudo resistirlo! Si quieres que te diga la verdad, Elsa, me imagino que no solo lo haría para contentar a su madre; que ella misma también se sentiría interesada por Fernando.

—Posiblemente, pero al cabo de varios meses las dos debieron comprender que era inútil y dejaron de insistir. Fernando iba cumpliendo años sin que se le conociese novia formal. En ocasiones traía a casa a alguna chica, que presentaba como amiga o compañera de trabajo; pero sus relaciones nunca parecían cuajar.

Las dos hermanas habían ido interrumpiéndose una y otra vez y sus sobrinos, que hacía unos minutos que deseaban intervenir en la conversación sin lograrlo, encontraron ahora el momento oportuno, aprovechando una pausa de Elsa.

—¡Espera, espera! ¡Tía, no tan deprisa! No sigas, que me tienes que aclarar una cosa. ¿Dices que papá acabó sus estudios de Medicina? Pero si él siempre nos dijo que no los había terminado... Lo recuerdas, ¿verdad, Pilar? Estoy seguro de que no me equivoco.

—¡No, claro que no, Nando! Papá siempre dijo que empezó Medicina, pero que se dio cuenta enseguida de que aquello no era lo suyo. Sin decirlo, dejaba intuir que había abandonado.

—Bueno, hijos, las cosas no fueron así. Lo que pasa es que Fernando pasó unos años muy malos y supongo que no querría recordarlos. Supongo que por eso os contó esa mentirijilla, para evitar explicaros por qué dejó de ejercer, para no rememorar esa pena tan honda... ¡Ahora tienes que contárselo todo, Elsa! ¡No puedes dejarles a mitad!

—¡No pienso! ¡Tengo la intención de no omitir detalle! Quiero que se enteren de todo de una vez por todas, que ya va siendo hora. Si no, cuando nosotras ya no estemos aquí, no quedará nadie que les pueda explicar la historia de su familia y merecen conocerla. ¡Faltaría más! Así que dejadme seguir, ¿eh, Nando? Nada de interrumpirme ahora. Luego me preguntas lo que quieras, por favor.

—¡Vale, tía! Te lo prometo. ¡Seré una tumba!

—¡Bien! ¡Ya veremos si no te puede el genio! Bueno, pues vuestro padre, mi querido hermano Fernando, acabó Medicina y comenzó a ejercer con padre. También iba mucho al Pozo, a ayudar. Tendría treinta y tantos años cuando sucedió la desgracia. Había llovido mucho aquel invierno y algunas de las nuevas chabolas no debían haber fraguado bien, me imagino. Lo cierto es

que una de ellas se vino abajo. Dentro había un crío chico con su madre; los otros hijos, a Dios gracias, estaban por la calle y se salvaron del derrumbe. Al chiquillo pudieron rescatarlo pronto, con solo unos rasguños, ya que su madre lo protegió con su cuerpo. Pero ella estaba atrapada y costó bastante sacarla de debajo de los escombros. Fernando estuvo colaborando como el que más y, en su esfuerzo por atenderla, le quedó atrapado el brazo derecho por algo que se le cayó encima. No perdió ningún dedo, pero debió dañarse algún tendón. Nunca recuperó la movilidad del pulgar y del índice. Eso sí que lo recordaréis.

—¡Sí, sí, así es! Pero nunca nos dieron muchas explicaciones al respecto. Me parece que solo nos dijeron que había sufrido un accidente de niño, ¿verdad, Pilar?

—¡Pobrecillo Fernando! —continuó Asunción mientras Pilar asentía—. ¡Qué meses más malos pasamos todos en casa! Al principio pensábamos que era cuestión de tiempo y de ejercicio, pero la manera en que le miraba padre cuando creía que él no se daba cuenta debía habernos hecho sospechar que la cosa era mucho más seria.

—¡Ay, Fernando! ¡Estaba destrozado! Debió comprender muy pronto cuál era la situación y qué debía esperar. ¿Acaso no era médico? Pero pasaron meses hasta que tuvo el valor de decirlo en voz alta, de confirmarnos lo que todos temíamos: «Nunca recuperaré la mano derecha. Seré un manco con mano para el resto de mi vida. Yo ya lo he aceptado y vosotros debéis hacerlo también».

—Creo que, para entonces, ya todos nos lo imaginábamos y solo esperábamos que él diese señales de haberlo asumido. Madre, no obstante, se echó a llorar, que le encantaba, y padre le preguntó que qué deseaba hacer en el futuro, que siempre podría ejercitarse como zurdo, que no sería el primer caso. Elsa y yo solo estábamos allí, sentadas frente a la cena que nadie había probado, sin saber qué decir. ¡Se le veía tan triste...!

—Esa noche fue cuando nos comunicó que no pensaba volver a ejercer de médico; que no se sentía capaz de enfrentarse a sus pacientes con esa incapacidad; que no creía que pudiese adquirir la soltura necesaria con su mano izquierda para continuar con su trabajo, pese a haberlo intentado. Se levantó de la mesa diciendo que, cuando supiese a qué podía dedicar su vida, nos lo diría; que admitía sugerencias. Y se fue a su cuarto.

—Así que padre, cansado de verle tan postrado, le buscó un trabajo. Conocía a unas monjas que tenían un colegio de niñas allá por Tutor, en nuestro antiguo barrio. Había sido su médico antaño y había vuelto a serlo tras la guerra. También Fernando había acudido a atenderlas más de una vez, por lo que le conocían. Cuando supieron por padre cuál era su situación, le ofrecieron un puesto de profesor. Le dijeron que seguro que sabía más ciencias que ninguna de ellas y, sin duda, las suficientes para sus alumnas. Con ese planteamiento, Fernando, tras pensárselo unos días, aceptó. De algo tenía que vivir en el futuro y aquel parecía un trabajo cómodo y poco problemático, aunque el sueldo tampoco fuese excesivo. Para las monjas, además, era una bendición tenerlo en la casa porque, aunque Fernando ya no ejerciese como médico, no por eso había olvidado sus conocimientos; siempre podía dar un consejo, recomendar un tratamiento, asesorar en una cura.

—Siempre he creído, de todos modos, Asunción, que acabó por gustarle su nuevo cometido. Se preparó las materias con ahínco y las alumnas le tenían en gran estima. Bueno, hijos, vosotros le tuvisteis en casa y bien que os ayudó con vuestros estudios, ¿no? Sabréis bien si era o no un buen profesor, paciente y perseverante.

—Perdona que te interrumpa, tía, pero ¿tenían algo que ver esas monjas con las del colegio al que yo iba de pequeña? Nunca entendí por qué Nando iba a un instituto público y yo a un colegio de monjas, la verdad.

—Mira, no eran de la misma orden, pero lo que pasó fue que, cuando tuviste edad de estudiar, las monjas de Tutor le ofrecieron a tu padre una plaza gratis en su colegio, para que estudiases allí. No era un regalo pequeño, no creas, que, para entonces, no era un sitio barato y mucha gente bien llevaba allí a sus hijas. Pero Fernando no quiso. No creía que fuese bueno para ti tenerle de profesor. Las monjas, entonces, arreglaron que entrases en un colegio de vuestro barrio que llevaban unas hermanas de otra orden. No sé qué apaños harían entre ellas, pero tú estabas medio becada. Tu padre pagaba muy poco por tus estudios y tu madre, ante ese arreglo, nunca pudo oponerse.

—Pues te aseguro que jamás le gustó. Siempre hablaba mal de las monjas y me decía que mis notas no tenían el mismo mérito que las de los alumnos de los institutos.

—¡Ella siempre ha sido así, hija...! ¿Qué te voy a decir que tú no sepas? Y ya que hablamos de vuestra madre, creo que va siendo hora de que abordemos ese tema...

—Sí, Elsa, porque todo esto ha venido a cuento de la pelea entre madre y Fernando por culpa de su boda con Pili.

—Tienes razón, Asunción, a lo mejor he divagado en exceso... Ya no tengo la cabeza tan clara como antaño... En fin, quizá me he ido por las ramas, pero quería que pudieseis entenderlo todo bien. Sigamos. Tenemos a vuestro padre accidentado, en el período justo posterior al derrumbe. Para entonces, en casa ya no teníamos interna desde hacía mucho. Guillermina se había ido cuando se casó, aunque siempre acudía cuando madre tocaba a arrebato y decidía *dar una vuelta* a la casa. Todos los años, tras el verano, se pasaban una semana vaciando armarios, aireándolos para quitar el olor de la naftalina, lavando cortinas, encerando muebles, bruñendo adornos... Para esos menesteres madre siempre contaba con Guillermina y con la chica que tuviésemos en casa en ese momento. Pasaron varias a lo largo de los años. Se quedaban, por lo general, hasta sus bodas y luego venían de visita a mostrarnos sus retoños. Por la época del accidente de vuestro padre teníamos una chica nueva. Muy dispuesta, aunque demasiado escandalosa para el gusto de madre, que creía que si se reía tanto es porque trabajaba poco. Venía unas horas por la tarde, para ayudar a Maruja, una señora viuda que había tenido que volver a servir para alimentar a sus hijos tras la muerte de su difunto esposo. Maruja acudía por las mañanas y dejaba la comida y la cena hechas. La chica nueva trabajaba por las tardes, recogiendo la cocina y ocupándose de la plancha. Era Pili, vuestra madre...

—¿Mamá era vuestra asistente? Pilar, ¿estás oyendo?

—Sí, hijo, durante aquella temporada en que vuestro padre tuvo el accidente y se sintió tan triste y angustiado, las risas de Pili eran las únicas que se oían en casa. Yo creo que por eso madre la mantuvo en el puesto, porque, aunque no le agradasen sus modos, su presencia aligeraba la tensión en que vivíamos. Con sus bromas, sus cánticos desentonados, sus conversaciones inacabables, sus risas ruidosas, lograba que las tardes fuesen menos lúgubres que las mañanas. Era un alivio oírle llamar al timbre, como si se le hubiese pegado el dedo al interruptor y no pudiese soltarse de él hasta que no le abriéramos la puerta. Por más que madre la reprendiese todos los días, ella se disculpaba con una carcajada y volvía a hacer lo mismo al día siguiente. Pero con su insistente tímbrazo todos respirábamos hondo, porque, con los ruidos que la acompañaban, se disolvía parte de la pesada atmósfera que nos rodeaba.

—Madre siempre se culpó por no haberse dado cuenta de lo que estaba pasando delante de sus narices.

—Cuando pasaron los meses primeros y Fernando se adaptó a la nueva situación, aceptando el trabajo de profesor y volviendo a sonreír, poco sospechaba ella que Pili tenía algo que ver en ese cambio. Bueno, ni ella, ni nadie, claro. Además, era tan impensable para una mujer de su

educación, que no creo que jamás sospechara nada. De hecho, ni siquiera cuando Fernando nos comunicó que pensaba casarse con Pili, pareció admitirlo. Era, tan solo, como si no se tratara de su hijo, como si le estuviesen hablando de algún vecino.

—Sí, era escalofriante verla allí, sentada en ese mismo sillón, bajo el reloj de pared, inmóvil, mirándole casi sin pestañear. Todos estábamos demasiado sorprendidos para hablar. Solo se oía el tic-tac del reloj, que, al poco, comenzó a dar las horas.

—Vuestro padre tuvo una curiosa manera de abordar el asunto, la verdad. Esperó a que nos sentáramos aquí, después de la cena, como hacíamos todos los días. Padre se tomaba una copita de jerez, ojeando el periódico, y madre hacía punto todas las noches. Nosotras leíamos o jugábamos a las cartas con Fernando. Aquella fue una noche tan especial que jamás podré olvidar; tanto, que recuerdo como si fuese ayer cada palabra de lo que allí se dijo. Comenzó vuestro padre, así, de pronto.

—Madre, por cierto, creo que deberías ir pensando en buscar a alguien para sustituir a Pili.

—¡Qué tontería es esa! No me ha dicho que piense marcharse.

—Ya, pero es que no me parece que esté bien que siga trabajando en casa una vez que nos hayamos casado.

Todos nos quedamos mirándole y madre insistió, como si no entendiese,

—¿Casado, hijo? ¿Es que piensas casarte?

—Sí, ya te lo estoy diciendo.

—Pero, ¿con quién?

—Con Pili, madre; acabo de decírtelo.

—¿Pili? ¿Qué Pili?

—¿Pues qué Pili va a ser, madre? ¿A cuántas conoces?

Y entonces, en el silencio que siguió, empezaron a retumbar las campanadas del reloj, como os he dicho antes. Las 10 dieron. Y dos veces. Mientras, todos seguíamos callados, ¿verdad, Elsa?

—Sí. Era un silencio tan intenso, tan extraño, que parecía que pudiera sentirse, respirarse. Padre fue el primero en atreverse a hablar, preguntando si lo había pensado bien. Solo entonces, cuando Fernando respondió que llevaba tiempo dando vueltas a la idea y que estaba completamente decidido, que a su edad no se trataba de ningún capricho pasajero, madre se levantó y le dijo que, si se casaba con Pili, que no contase con volver a pisar nuestra casa.

—A lo mejor solo lo dijo para amenazarlo, creyendo que quizá así cambiaría de idea...

—No, Asunción, no lo creo. Hablaba muy en serio. Pero él no tuvo ninguna duda y aceleró los preparativos de su boda sin contar con nosotros. Durante un par de meses no se volvió a tratar el tema, como si nada hubiese sucedido. La única indicación de que aquello no había sido un sueño fue que Pili, como es lógico, dejó de trabajar en casa. Luego, otra noche, en similares circunstancias, Fernando nos comunicó que se casaba el siguiente domingo en la parroquia del barrio de Pili, en el vuestro, vaya. Insistió en que, por supuesto, le gustaría que fuésemos todos a la ceremonia. Padre preguntó que dónde pensaba vivir y él nos explicó que había alquilado un pequeño piso en aquella zona. Madre se levantó y dijo que no contase con ninguno de nosotros, que no podía esperar que le acompañásemos como si estuviésemos de acuerdo con lo que iba a hacer, que era el error más grande de su vida y no podía sancionarlo con su presencia.

—¿Y no fuisteis a la boda? ¿Ninguno?

—¡No, hijo, no! Ese viernes, Fernando estuvo hablando con padre en el despacho y luego se llevó sus cosas. Y el domingo, después de desayunar en casa, como si no pasara nada, nos dio un beso y se despidió. Se fue solo a casarse y nosotros cuatro nos quedamos aquí, en silencio, escuchando pasar los minutos, sabiendo que estaba a punto de iniciar una nueva vida en la que no

tendríamos cabida.

—¡Joder con la abuela Angustias! ¡Sí que era borde!

—¡Nando! ¡Ese vocabulario, por favor!

—¡Perdona, tía Asunción, pero es que me parece alucinante!

—¡Ya hijo, si ya me temía yo que os costara entenderlo! Por eso no sabía si era buena idea que Elsa os lo contara.

—¡Tenía que ser y punto! Mira, Nando, quizá te parezca que madre era dura, pero ella sufrió más que nadie. Fernando era su hijo predilecto, su ojito derecho, y casi no volvió a verlo hasta poco antes de su muerte. Pero no te creas que no se preocupó por él y por vosotros durante todos aquellos años. Poco después de la boda, padre acudió a visitar a Fernando al colegio y quiso saber dónde vivía. Creo que fue la única vez que le visitó en el piso que había alquilado. Debió causarle muy mala impresión porque, unos meses después, vendieron el segundo piso de esta finca, el único que aún les quedaba en propiedad, aparte del nuestro, claro. Con ese dinero le compraron la casa en que os criasteis. Así que tan dura no era. Pero tenía unos principios que no podía transgredir porque habría sido como traicionarse a sí misma. Y, después de toda una vida de continuas pérdidas, ya solo le quedaba su orgullo.

—No obstante, cuando tú naciste, Nando, bien que acudió a verte y a regalarte la medalla del Santo Ángel con la que todo recién nacido de su familia contaba desde el momento en que abría los ojos. Fuimos todos, los cuatro, a vuestra casa, al piso que tus abuelos os habían comprado... ¡En mala hora!

—Sí, fue una triste visita. Pili estaba de un humor mordaz e hiriente. No paró de lanzar pullas a madre, que aguantó el tipo lo mejor que pudo. Hasta que llegó vuestra abuela Paquita. Se ve que ella no sabía nada de lo del piso y poco menos que nos tiró de la casa diciendo que no teníamos derecho a estar allí, que no habíamos acudido a la boda ni les habíamos dado un mísero regalo, que no pensásemos que íbamos a quitarles a su nieto porque fuésemos ricos, que el niño no iba a necesitar nada nuestro. Fernando no estaba en ese momento en la casa. Había salido a buscar algo. Pili nos miraba sonriendo, sin intervenir. Madre no pudo resistir más y se levantó, muy digna; contestó que el derecho que la acompañaba era el de ser la madre de Fernando y el de haberle comprado el piso en el que vivían. Te dio un beso en una manita y se marchó sin decir adiós. Nosotras y padre tuvimos que seguirla, claro está. En el portal tropezamos con Fernando, que regresaba a casa; no consiguió que volviésemos a subir. Madre le entregó la medalla que te había llevado y que no había tenido tiempo de regalarte, le besó y nos fuimos. Esa fue casi la última vez que vio a vuestra madre.

—Fernando, sin embargo, nos visitaba a veces, pero madre se encerraba en su cuarto y se negaba a hablar con él.

—Cuando tú naciste, Pilar, fuimos nosotras quienes te llevamos la medalla y, a partir de entonces, quedábamos con tu padre en alguna cafetería, nos enseñaba fotos vuestras y nos contaba cómo ibais creciendo. Luego, cuando ya fuisteis algo mayorcitos, nos permitió que os trajésemos a casa alguna vez, hasta que murió madre y empezamos a buscaros un fin de semana al mes; a Pilar, el primero y a Nando, el tercero. Creo que a vuestro padre le costó mucho conseguir que Pili diese permiso, pero al fin, nada tenía en nuestra contra, así que tampoco pudo negarse en redondo.

—¿Pero hicieron la paces antes de morir los abuelos?

—Lo cierto es que con nuestro padre no había habido discusión, Nando. Se veían bastante a menudo ambos, padre y Fernando, quiero decir; solían quedar en el Retiro todas las semanas y pasaban juntos un par de horas, como si no hubiese ningún problema. Cuando estabais malitos, Fernando os llevaba al consultorio de su padre y, cuando tuviste la apendicitis, Nando, fue tu

abuelito Felipe quien comprendió la urgencia de la situación e insistió en que te ingresaran en el hospital en el que operaba uno de sus mejores amigos. Aunque era privado, él corrió con los gatos. Sí, padre siempre estuvo al tanto de todo lo que os acontecía, a vosotros y a vuestro padre.

—El problema era madre, incapaz de dar su brazo a torcer; encerrada en su cuarto, escuchando tras de la puerta cada vez que Fernando nos visitaba, incapaz de salir a darle un beso aunque se muriese de ganas. Nosotras le insistíamos en que debía perdonarle y ella, tozuda, contestaba que lo haría si él pedía disculpas y reconocía su error. Pero Fernando era tan orgulloso como ella. ¡De tal palo, tal astilla! Y cuando le rogábamos que pidiese perdón a su madre, que ya era mayor, que no se lo tuviera en cuenta, él insistía en que no tenía motivo, que nada malo había hecho para tener que disculparse, que su único delito había sido casarse sin contar con la bendición de madre.

—Y así se fueron pasando los años. Ambos queriéndose, pero actuando como dos chiquillos, como el perro y el gato.

—Cuando murió padre, tan de repente, Fernando acudió en cuanto le avisamos; estuvo con nosotras en todo momento y Pili también acudió al funeral y al entierro, aunque sin acercarse a madre. Yo creo que si le hubiese dado el pésame, ella se habría ablandado, que ya estaba muy cansada de tanto encono y se había abrazado a su hijo en cuanto acudió al velatorio. Todo podría haberse arreglado entonces, pero no pudo ser. Pili no se acercó. Madre no se podía apoyar en su hijo, quien, como es lógico, estaba con su mujer, así que nos cogió a cada una de nosotras de un brazo, diciendo que nos habíamos quedado las tres solas. Comenzó otra etapa de su particular guerra.

—Días después nos dijo que hacía ya mucho que ellos habían testado. Que como a Fernando le habían comprado el piso, él había firmado un documento renunciando a esta casa y a cualquier otra herencia; que no es que se lo hubieran exigido, que había sido cosa de él. Así que esta sería nuestra casa mientras viviéramos y todo lo que en ella había, también. Nos rogó, no obstante, que os dejáramos a vosotros los recuerdos de familia que aún conservábamos y eso es lo que estamos haciendo, hijos, satisfacer no solo nuestros deseos, sino también los de vuestra abuela Angustias.

—La pobre sobrevivió solo un par de años a padre y Fernando os trajo a casa alguna vez durante ese tiempo. Quería que conociérais a su madre un poco y que ella pudiera teneros un rato a su lado. Él os dejaba aquí y se iba; luego, después de la merienda, os recogía. Madre ya no se escondía; se quedaba sentada en su sillón, mirándole, y él siempre se acercaba a darle un beso de despedida. Era lo más parecido a haber hecho las paces, la manera en que ambos consideraron que podían reencontrarse sin dar, ninguno, su brazo a torcer.

—Pero cuando madre enfermó y comprendió que era el fin, mandó llamarlo y estuvieron hablando un buen rato a solas. Fernando salió llorando del dormitorio, haciéndonos temer que madre ya hubiese fallecido, del disgusto que llevaba. Pero no, todavía duró unos días en los que él no se separó del lado de su cama. Así que por fin hicieron las paces, aunque hubiesen perdido tantos años, gastado tanta energía, causado tanto daño, no solo a ellos, sino a todos nosotros...

—Sí, ellos sí que se perdonaron, pero vuestra madre, no. Decidió no acudir al entierro y nos obligó a prolongar la riña para no traicionar la memoria de nuestra madre. Por eso, como Fernando creía que teníais derecho a conocer a sus hermanas, ya que casi no habíais conocido a sus padres, se instauró la costumbre de recogeros un viernes de cada mes.

—¡Tías, perdonadme, pero esto parece un culebrón!

—¡Nando, no seas bruto! —le reprendió su hermana.

—¡No, Pilar, no sufras! Si es verdad. Un culebrón, se dice ahora. Como los de la TV. Yo lo llamaría folletín, pero lo mismo da. Lo cierto es que este es real, es el nuestro y, ahora que os lo

hemos contado, también el vuestro. No lo olvidéis.

IV

Mario se sentía pesado y embotado después de la succulenta comida a la que les había invitado su jefe. Solo habían sido cuatro comensales, pero se habían bebido dos botellas de vino y, pese a que él no tenía costumbre, le había resultado imposible rechazar un par de copas. Siempre sucedía igual en ocasiones similares, cuando Matías Cambriles decidía agasajarlo en alguno de los caros restaurantes cercanos a la empresa; siempre acababa con dolor de cabeza y molestias de estómago. Era inevitable. No podía rechazar la invitación y era imposible renunciar a los sugerentes platos que le recomendaba o a los excelentes caldos con que solía acompañarlos. Don Matías era un sibarita, un hombre de mundo acostumbrado a la buena mesa, pero hoy se había excedido. Y Mario debía reconocer que él también se había extralimitado, sirviéndole de poco, para mitigar su incipiente malestar, la excusa de que todo aquel festín había sido en su honor, como reconocimiento a su esfuerzo. Así que, al tener la tarde libre, decidió darse un paseo para rebajar la comida y eliminar el alcohol.

Le agradaba, cuando tenía tiempo, acercarse hasta Recoletos y bajar hacia el Paseo del Prado, recorriendo despacio los bulevares. En otras ocasiones, no podía evitar acercarse al Viso, donde se encontraba la antigua casa de sus padres, la que había vendido hacía casi veinte años, antes de comenzar su etapa viajera. Tuvo que pasar mucho tiempo para que se decidiese a volver a aquella zona; de hecho, solo lo hizo tras su estancia de seis años en Estados Unidos, a donde regresó después de la muerte de Maribel, con la esperanza de comenzar una nueva vida.

Por entonces, a su regreso, se instaló en un lujoso apartamento amueblado, para ejecutivos, cerca de la Castellana, como si necesitara la cercanía de su antiguo barrio; pero no aguantó más de cinco meses. Ni siquiera se molestó en buscar un nuevo trabajo. Supo en seguida que todavía era demasiado pronto, así que aceptó contento la oferta de una filial de su empresa americana en Inglaterra. Después vino Suecia, Alemania y Noruega. Hasta que se cansó del frío, de los cielos grises y blanquecinos, de las largas horas de luz artificial y decidió volver. Pero antes se permitió unas largas vacaciones recorriendo todos esos países del Mediterráneo con los que llevaba tiempo soñando y disfrutó de su cálido sol, de su clara luminosidad, del azul profundo e intenso del mar y el cielo. Cuando consideró que ya se había arrancado de la piel la gélida pátina del norte y el color lechoso de los ojos, regresó a Madrid y sintió que esta volvía a ser su casa. No tardaron en lloverle las ofertas laborales y, si eligió su actual empresa fue, en gran medida, por lo bien emplazada que estaba su oficina, en pleno centro, y por la posibilidad de nuevos viajes, en caso de que volviese a necesitarlos.

La decisión de comprar vivienda solo se debió a razones prácticas: podría vivir con mayor comodidad, disponer de todas aquellas cosas de sus padres que llevaba años guardándole su tío Domingo, contar con un lugar al que acudir de tanto en tanto, si decidía emprender otras aventuras; y para que no le resultase gravoso, para que su mantenimiento no fuera tan excesivo que le limitase su afán de conocer diferentes lugares, debía buscar un piso no demasiado caro. Por eso había acabado comprando su actual casa, aunque la había reformado por completo, adaptándola a sus gustos y dotándola de cuantas comodidades podía imaginar, seguro de que los gastos de su mantenimiento nunca le impedirían acometer otros proyectos, iniciar nuevas travesías. Nadie que entrara en su impersonal y mediocre edificio podía imaginar que, tras la puerta de su apartamento, encontraría un loft al más puro estilo neoyorquino.

De todos modos, y aunque a Mario le encantaba su casa y le gustaba el actual trabajo, llevaba meses planeando su etapa en Brasil. Hacía tiempo que no había resistido tantos años seguidos en

una misma ciudad y ya le apetecía un cambio. Por eso no alcanzaba a comprender qué le había hecho dudar y pedir un par de días de reflexión antes de dar una respuesta. No podía entender qué se le había pasado por la cabeza para no aceptar, de inmediato, la oferta con el mayor entusiasmo. Necesitaba recapacitar y descubrir qué le estaba sucediendo.

Pero no tenía la cabeza para grandes disquisiciones, por eso decidió pasear. Bajó por la calle de las Infantas en dirección a la Plaza del Rey, mirando hacia el tejado de la Casa de las siete Chimeneas, sonriendo, como siempre que pasaba por allí, ante su asimétrica distribución. Tomó la calle del Barquillo y se detuvo un momento ante el Edificio de las Cariátides; allí, frente a su chaflán, se encontraba la boca de metro de Banco, pero, en lugar de seguir hacia la calle de Alcalá para pasear por Recoletos, una vez pasada la Cibeles, decidió bajar las escaleras de la estación y dirigirse a la Paz. Le apetecía saber cómo se encontraba el hombre al que aquella mañana había visto salvar.

Era un impulso de esos que no solía tener, pero que acostumbraba a seguir en las raras ocasiones en que se presentaban, irrumpiendo con fuerza en su vida. Como cuando volvió a Estados Unidos y decidió instalarse de nuevo en Cambridge, cerca de la universidad en que había hecho su master. Le agradaba cruzar el puente que le separaba de Boston y una tarde, paseando por Beacon Hill, descubrió la calle Mount Vernon, enamorándose de ella; le gustaban sus casas centenarias y los pasamanos que salpicaban sus fachadas para ayudar al caminante, los traicioneros adoquines de su empinada pendiente, la pequeña plaza Louisburg con su estatua de un general ateniense, y sobre todo, su ambiente apacible pese a su envidiable situación. Decidió que deseaba vivir allí y no cejó en su empeño hasta que pudo alquilar un apartamento en un edificio de la zona alta de la colina, donde nunca se limpiaba la nieve, quizá por su abrupta inclinación, pero desde donde tenía una magnífica vista del río Charles, que los separaba de Cambridge, así como de los ocultos jardines de sus vecinos. Allí pasó más de cinco años y logró rehacer su vida, a pesar de los ruidosos y anticuados radiadores de su casa, del resbaladizo pavimento de la calle en invierno, de las montañas de nieve que, a intervalos regulares, caían a la calle desde las rejillas de los balcones, cuando estos no podían soportar más peso.

Era un impulso; como cuando, camino de Pompeya, decidió pasar una temporada en Positano, tras contemplar la cúpula amarilla y negra de su iglesia de Santa María, y se quedó por la zona un par de meses, justo antes de decidir regresar a Madrid, conociendo así a Luigi, con quien aún le unía una profunda amistad.

Sí, Mario no era una persona impulsiva, pero, por eso mismo, acostumbraba a dejarse llevar por esos repentinos y singulares caprichos que, de tarde en tarde, le impelían a tomar decisiones que podrían parecerle descabelladas en cualquier otro momento.

Hoy se encontró dirigiéndose a la Paz y no se sorprendió demasiado de su resolución. Estaba a punto de entrar en el recinto hospitalario cuando sonó su móvil.

—¡Diga!... ¡Hola, tío Domingo! ¿Cómo estás? ¿Va todo bien?... ¿Estás en Madrid? ¿Y eso? ... Sí, claro que me encantará verte... De acuerdo; podemos quedar en Atocha en un par de horas, ¿te parece bien?... Bien, pues hasta luego, tío.

Tuvo que ser muy insistente para que le informasen de la habitación en que se encontraba el enfermo al que quería visitar, puesto que no conocía su nombre y solo podía dar como referencia el hecho de que hubiese entrado por urgencias aquella mañana. Al fin, lo consiguió y pudo subir a la planta, no sin un cierto recelo por si le habían dado un número erróneo. Cuando respondieron con un *¡Adelante!* a su discreta llamada en la puerta, estaba a punto de desistir de su propósito pues, de pronto, le parecía absurda su presencia allí; pero, al responderle, ya no había vuelta a atrás.

—¡Buenos días! No sé si me recuerda de esta mañana...

—¡Claro! ¿Cómo no iba a acordarme? ¡Si me ha salvado la vida!

—Bueno, yo no. A decir verdad, apenas hice nada. Fue mi vecina quien lo salvó.

—¡Algo haría usted, no me sea modesto!

Tras las presentaciones, Mario se sentó a conversar con Adolfo, que así se llamaba el enfermo. Descubrió que se dedicaba a la arquitectura y que conocía muy bien Boston y Chicago, en particular sus rascacielos. No tardó en encontrarse recordando su vida en la primera de esas dos ciudades, hablando de cuánto le gustaba observar las nubes reflejadas en la superficie azulada de la torre John Hancock, en especial al atardecer, cuando sus cristales devolvían la luz rojiza con sorprendente intensidad; de sus numerosas visitas a su planta 60 o a la 50 de la torre Prudential, para contemplar la ciudad desde las alturas; del One Beacon Street, prominente sobre la colina, y del One Boston Place, sobresaliendo sobre los pequeños edificios a los que se adosaba.

Tan agradable le resultaba la remembranza de aquellos años en que sus paseos por la ciudad americana, en una incesante búsqueda de la serenidad personal, se convirtieron en una constante de su día a día, que solo cuando sonó el repiqueteo de unos nudillos contra la puerta se dio cuenta de que llevaba allí más de una hora. Al asomar Pilar la cabeza y saludar con su voz grave, Mario comprendió por qué había acudido al hospital.

* * *

—¡Buenas tardes! ¡Qué sorpresa, Mario! —dijo Pilar al entrar en la habitación y ver allí a su vecino acompañando al enfermo—. ¿Cómo se encuentra? Me han dicho las enfermeras que va muy bien y que pronto le dejarán salir de aquí. No sé si le gustará, pero le he traído una novela que yo he leído hace poco y que me ha divertido mucho; para que le sea más amena la estancia, que siempre es un trago estar hospitalizado.

—¡Gracias...! No sé cómo se llama, así que no puedo agradecerérselo como es debido.

—¡Es verdad! Perdone, no me había dado ni cuenta. ¡No se crea que suelo ser tan maleducada! Me llamo Pilar Luchaga, ¿y usted?

—Adolfo Rodríguez. Pero tutéame, por favor, si no te importa.

—¡Claro, por supuesto! ¿Y cómo tú por aquí, Mario? Parece que hemos tenido la misma idea.

Mientras comenzaban a hablar de las distintas banalidades con que suele iniciarse una conversación educada entre personas que apenas se conocen, Pilar trataba de recordar el momento en que había dejado la casa de Borja y había emprendido el camino hacia el hospital. No se acordaba con exactitud de cuándo había decidido salir de allí, ni del trayecto recorrido, y sentía, de pronto, la inquietante sensación de haber olvidado algo. ¿Habría regado las plantas? ¿Habría cerrado la puerta con llave? No recordaba haber hecho ninguna de las dos cosas, por lo que decidió llamar al portero y rogarle que lo comprobase; de lo contrario, no estaría tranquila. Pidiendo disculpas, salió al pasillo a hacer la llamada, descontenta consigo misma por tener ese lapso de memoria.

Al volver, encontró a Mario y Alfredo charlando de Londres y les escuchó con interés, pero sin intervenir, pues se trataba de una ciudad que desconocía. Dándose cuenta de su silencio, Mario pidió disculpas y explicó que Adolfo era arquitecto.

—¡Ya ves qué casualidad! A mí me encanta la arquitectura moderna, así que llevamos un buen rato hablando del tema.

—Sí, resulta que conocemos bien las mismas ciudades. Pero quizá no sea un tema que a ti te

interese, Pilar.

—Pues no sé qué decir. Sí, me gustan algunos edificios actuales, pero no he tenido ocasión de viajar mucho; ni posibilidad, la verdad. Así que lo mío es conocimiento televisivo, de reportajes de la 2. Lo lamento.

—¡Ni mucho menos! No tienes por qué. Suelen ser programas estupendos, muy educativos si uno aguanta sin echarse una cabezada, porque lo que es espantoso es la hora en que los programan —respondió Adolfo—. ¿Has dicho que te apellidas Luchaga? Es poco frecuente.

—Sí, mi abuelo era vasco, de Vizcaya.

—Pues yo conocí a unos Luchaga que vivían en el barrio de Salamanca —insistió.

—¡Qué curioso! Mis abuelos vivían en esa zona y mis tías han vivido allí hasta no hace demasiados años.

—¿Estaremos hablando de la misma familia? Mis conocidos eran tres hermanos, llamados Fernando, Elsa y Asunción; y sus padres, claro.

—¡Pero si Fernando era mi padre y ellas eran mis tías! ¿De qué los conocías?

—Pues mis padres sirvieron en casa de un tal Abelardo, que era hermano de Doña Angustias, la que sería tu abuela, si es que se trata de la misma familia.

—¡Los mismos! Bernardo y Maurita, ¿verdad?

—¡Así es! Mis padres sentían un gran afecto por tu familia y, desde niño, recuerdo que solíamos visitarlos al menos una vez al mes. Además, tu padre fue mi padrino y tu tía Asunción, mi madrina. ¡Esas cosas que se hacían entonces! Luego, con el tiempo, yo seguí con la tradición y, siempre que podía, me dejaba caer por su casa. Tu padre se marchó al casarse, pero tus abuelos y tus tías seguían agradeciendo mis visitas. Cuando ellos faltaron, intenté ir con más frecuencia porque sabía que a tus tías les encantaba verme y pasar un rato hablando de viejas historias, que yo conocía por mis padres. Una de las últimas veces que fui ya estaban en la residencia, pero el portero me dio la dirección y me acerqué. ¡No te imaginas lo contentas que se pusieron! Todavía acudí allí tres o cuatro veces. Por entonces yo viajaba mucho y en mi última visita ya solo estaba Asunción. La siguiente vez que fui, también ella se había ido.

—¡Es increíble! Ahora mismo vengo de su casa y, mientras estaba allí, he estado recordando la historia de la familia, que descubrí no hace mucho, justo cuando estaban desmontando la casa para irse a la residencia.

—¿También has oído hablar de Mauricio?

—¿El taxista que murió sin hijos?

—¡Eso es! Pues mira, sabes que tu familia y la mía heredamos sus bienes, ¿verdad?

—¡Sí, sí! Es algo alucinante. ¿Sabes, Mario? —preguntó Pilar, intentando hacerle partícipe de la conversación—. El tal Mauricio había sido criado de mis padres y de mi tío. ¡Y resulta que se muere, viudo ya, sin descendencia, y les deja todo su dinero! No me digas que no es impresionante.

—Bueno, si se conocen las circunstancias no lo es tanto —insistió Adolfo, sin dar tiempo a contestar a Mario—. Tu familia se portó muy bien con los tres en los años duros del hambre y tu tío incluso repartió con ellos las escasas ganancias que obtuvo de la venta de sus propiedades. Eso sí que fue sorprendente, así que les estaban muy agradecidos. Y yo, de manera indirecta, también. Gracias a esos vínculos tan intensos que había entre todos ellos recibimos la mitad de la herencia de Mauricio, lo que me permitió estudiar y salir al extranjero, cosa poco habitual por entonces y que para mí habría sido imposible en cualquier otro caso. En consecuencia, yo también tengo mucho que agradecer a tu familia y, ahora, también a ti. Me has salvado la vida.

—¡No es para tanto! A fin de cuentas, es mi trabajo, así que tampoco tiene tanto mérito. Tan

solo ha sido una suerte que pasara por allí.

—Para mí, sin duda, así ha sido. ¡Una gran suerte! Me alegro mucho de que te haya salido la vena familiar y te hayas dedicado a la rama sanitaria. Tu abuelo era un médico estupendo, de los de antes, de los que conocían a las familias de sus pacientes y eran una mezcla de médico, confesor, consejero... Y tu padre, porque tuvo aquel lamentable accidente, que, si no, habría seguido sus pasos. Alguna vez los acompañamos mi padre y yo en sus incursiones de los fines de semana. ¿Sabes que se iban al Pozo a ayudar?

—Sí, ya me lo contaron mis tías.

—Pues, al final, acabaron por levantar un pequeño consultorio y todo, no te creas. Tu abuelo se organizó con otro médico de por aquella zona, al que también acompañaba un hijo, y se turnaban; cada uno iba un par de tardes y luego el sábado coincidían los dos. No es que atendiesen cosas graves, pero hacían una gran labor. Mi padre les ayudó a montar aquello y por eso estuvimos yendo durante una temporada. Al poco de tenerlo funcionando, ocurrió lo de tu padre y él dejó de ir; pero tu abuelo, su amigo y el hijo de este siguieron acudiendo durante muchos años. Así que debiste heredar la vocación.

—No sé, la verdad. Me enteré de que mi padre había estudiado medicina hace unos pocos años. A él no le gustaba hablar del tema y solo decía que empezó los estudios, dejando suponer, a quien no conociese la historia, como era nuestro caso, que no los había concluido. Porque mi hermano y yo no sabíamos nada. Y la profesión de mi abuelo también la descubrí entonces. Vaya, que no sabía que tenía médicos en la familia cuando elegí ser enfermera. ¿Y tú, Mario, tienes algún médico en la familia?

—¡Pues sí, así es! Mi abuelo era médico y mi tío lo sigue siendo. Pero ni a mi padre ni a mí nos atrajo nunca la medicina.

La conversación prosiguió, agradable y lo bastante interesante para que Pilar se dejase llevar por sus vaivenes, sin recordar siquiera su posterior cita. Solo cuando Mario miró su reloj y lanzó una exclamación, recordó que también a ella la esperaban.

—¡Me tengo que ir! ¡Lo siento! Tengo que acercarme a Atocha; mi tío ha venido a Madrid y he quedado en ir a verlo antes de que se vuelva a su pueblo. Si no me voy en seguida, llegaré tarde.

Pilar decidió que podría quedarse una media hora más haciendo compañía a Adolfo, quien, por lo que había dicho, no tenía familia que pudiera atenderlo. No obstante, una vez que Mario se despidió y salió de la habitación, se sorprendió notando su ausencia. No es que lo echara de menos para rellenar los vacíos de la conversación, no. Con Adolfo no era necesario hablar, si uno no lo deseaba; se trataba de una persona encantadora, que se había relacionado con personajes variopintos, que tenía cientos de historias por contar, multitud de lugares que recordar, las más variadas y divertidas anécdotas. Pero, pese a sentirse cómoda y relajada en su compañía, se descubrió pensando en la próxima mañana, en el momento en que volvería a coincidir con Mario en el ascensor. Y, ante la sorpresa que le provocó descubrir lo que su subconsciente tramaba, no pudo evitar reírse de sí misma.

Serás ridícula, se dijo, pensando en ligar cuando es más que posible que te desahucien en menos de un par de horas. ¡Pues sí que estamos bien! A lo mejor resulta que acabo de superar lo de Paco cuando ya es demasiado tarde... ¡No deja de ser una mala pasada! ¡Hay que fastidiarse! ¡Con lo tranquila y serena que estaba yo, solita y sin compromiso! Bueno, pues ¿qué le vamos a hacer? Así son las cosas...

Algo en su gesto debió dejar traslucir sus pensamientos, porque Adolfo le preguntó si le sucedía algo.

—¡No, qué va! Estoy bien. Es que me he acordado de algo muy divertido.

—¿Divertido? No me ha parecido que te causara risa...

—Bueno, quizá esa no sea la palabra adecuada. En todo caso hay que saber disfrutar de las burlas del destino, ¿no? Lo último que hay que perder es la capacidad de reírse de uno mismo, si no, malo. En fin, ahora sí que me tengo que marchar. Si puedo, volveré mañana, Adolfo, pero, por si acaso, ¿por qué no me das tu número de teléfono, por si cuando vuelva ya te han dado el alta? Yo te voy a anotar aquí el mío, ¿vale? Toma; el de casa y el móvil. Tenemos que seguir en contacto.

Se intercambiaron los teléfonos y Pilar salió de la habitación, pero antes de cerrar la puerta tras de sí, se giró para sonreír de nuevo a Adolfo. Le dijo adiós con una sonrisa tan triste que él no pudo evitar pensar que aquella mujer que le había salvado la vida necesitaba de alguien que la salvara también a ella.

* * *

Paco se dirigía a entregar sus documentos en el que esperaba fuese su nuevo trabajo durante muchos años. Le atemorizaba un poco la perspectiva de comenzar otra vez, de tener que demostrar su valía, sus conocimientos. Los principios nunca eran fáciles y se sentía muy mayor para cambiar sus costumbres y adaptarse a otros modos, pero estaba dispuesto a hacer cuanto estuviese en su mano para que Andrés Cotanda se sintiera satisfecho de él y para que sus compañeros, que sin duda serían más jóvenes, le aceptasen sin recelos.

No obstante, la posibilidad de no corresponder a las expectativas que sobre él pudiese tener su jefe le provocaba una gran desazón. Era consciente de que desconocía algunos aspectos del manejo de los ordenadores que quizá debería dominar, pero se prometió que, en cuanto le dijese qué se esperaba de él en concreto, comenzaría a prepararse en aquellas facetas que no controlase a la perfección. Quizá su hijo Francisco pudiese ayudarlo con algunos programas. Se repetía que él no era tonto y que le sobraban ganas. Todo iría bien; seguro. Porque haría cualquier cosa con tal de conservar el empleo y poder comenzar a vivir otra vez; con tal de empezar a sentirse satisfecho consigo mismo; con tal de tomar las riendas de su vida de nuevo.

Lo primero, pensaba, era buscar otro alojamiento. No podía seguir con su madre por más tiempo si quería mantener la cordura y no hundirse en la miseria de la autocompasión. El sueldo no era elevado, pero suponía que podría pagar algo sencillo y subsistir con poco más de la mitad; aunque solo encontrase un pequeño antro, cualquier cosa sería preferible a su actual situación. El resto del salario, aunque no fuese mucho, sería para Pilar; le debía eso y más, pero tendría que conformarse de momento con lo que pudiera ir ahorrando.

Pilar... Se había olvidado de ella durante unas horas, pero ahora, al recordarla, también le vino a la memoria que tenía cita con el médico aquella tarde. Se lo había comunicado de pasada, como si no tuviese importancia, mientras hablaban del próximo fin de semana, que él iba a pasar con los chicos. Pero seguro que la tenía. Él sabía bien que aún le faltaban unos meses para la revisión programada, así que algo debía pasar que no le había contado. Se había ofrecido a acompañarla, pero ella había rechazado la idea. Iría sola. Recibiría sola cualquier noticia que tuviesen que darle... Era injusto y cruel, pero Paco no podía hacer nada. Pilar era muy terca cuando quería y hacía tiempo que le había dejado bien claro que él ya no pertenecía a su vida. No es que discutieran o se negase a verlo, no. Muy al contrario, era correcta en su trato y hablaban casi a diario de asuntos relacionados con sus hijos; además, procuraba llamarlo por las noches y

así ofrecerle una excusa para charlar con ellos. De hecho, su madre no podía entender esa relación.

—¡Mira que Pilar...! ¡A buenas horas iba yo a llamarte un día sí y otro también! ¡Vamos, hombre! ¡Si no te tendría que mirar a la cara! —había dicho en una ocasión.

—Pero mamá, ¿es que no te parece bien que nos tratemos como amigos? ¿Preferirías que no nos hablásemos?

—¡Pero que amigos ni que ocho cuartos! Vosotros dos nunca podréis ser amigos. Que finjáis serlo por los críos, lo puedo entender. Que tú vayas tras ella como un perrito faldero, también. Pero, ¿amigos? ¡Ni que fueseis de otro planeta! ¡Anda que no es una tontería bien grande todo eso de la separación amistosa! Cuando un matrimonio se separa como vosotros os habéis separado, nunca puede ser de manera amistosa. ¡No me vas a hacer comulgar con ruedas de molino! ¡Si lo que me sorprende es que Pilar te dirija la palabra siquiera!

—¡Pero mamá...!

—¡Ni mamá ni niño muerto! Las cosas son así aquí y en China. Al principio creí que Pilar se portaba muy bien contigo, aunque no te lo merecieses, y hasta llegué a pensar que quizá fuese porque se estaba pensando si perdonarte o no. Pero está claro que de eso nada; que no te va a dejar volver a casa a no ser que te necesite, me imagino.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué va a ser? ¿Acaso no está enferma? Pues seguro que se piensa que si empeora necesitará a alguien que la cuide... ¿O no te habías dado cuenta?

—¿Piensas que si es amable conmigo es por eso?

—¿Por qué si no? Además, es lo lógico, ¿no? Luego tendrás tú que encargarte de los críos, así que lo normal sería que te volvieses a instalar allí. ¡Aunque para ese viaje no se necesitaban alforjas!

—¡Mamá, Pilar está bien! No sé cómo puedes pensar esas cosas...

—¿Bien? ¡A veces pareces tonto, hijo! Si tú mismo me has contado que no ha querido pedir el divorcio por si acaso, por lo de las pensiones y los seguros y eso; algo más sabrá que tú, ¿no? Pero tranquilo, no te preocupes, que ya estoy acostumbrada a que me tomes por tonta; en fin, el tiempo nos dirá quién tiene razón... De momento, para mí la perra chica.

Paco recordaba cómo se le había erizado el vello de todo el cuerpo cuando, a raíz de estas palabras de su madre, se planteó por primera vez que a Pilar pudiese quedarle poco tiempo de vida. Siempre había supuesto que sobreviviría, que ganaría la batalla como tantísimas otras mujeres. Entonces no pudo evitar reconocer que también había otras que la perdían. Tuvo que aceptar que existía esa posibilidad y decidió que, de ser ese el caso, de nada le serviría a Pilar rechazar su ayuda; él estaría a su lado pese a sus protestas. La crudeza de su madre le hizo ver cuál debía ser su papel en ese caso hipotético en el que no deseaba ni pensar. No había dado la talla antes, pero, de empeorar las cosas, se enfrentaría a la situación haciéndose cargo de todo. Sabía que Pilar no era una persona calculadora y jamás se habría preocupado por quién iba a atenderla si llegaba el caso de necesitar ayuda; pero él estaría allí aunque ella no quisiera. ¡De eso no le cabía la menor duda!

Ahora, recordando su cita de aquella tarde, temió que quizá el momento que tanto temía hubiese llegado. Deseaba que solo se tratara de un empeoramiento temporal; algo que otra operación o un nuevo tratamiento pudiese remediar. Pero aun así, aunque no fuese nada definitivo, debía estar a su lado. Esa misma tarde iría a verla. En cuanto acabase de arreglar el papeleo volvería a su barrio; ¿no había quedado en ir a tomarse una caña? ¡Pues eso!

Y, aunque ella había sido tajante al decirle que no quería que la acompañase al médico, no se

negaría a verle después, a la salida. Podía esperarla en el portal de la consulta. No, mejor en el de su casa, que no se pensara que quería agobiarla. Era preferible así, porque había que darle un tiempo para que asimilara cualquier cosa que le hubiese dicho el médico. Sí; incluso se alegraría al comprender cuánto se preocupaba por ella. Además, tenía la excusa de contarle lo del nuevo trabajo. Ya estaba decidido. Iría a verla esa misma tarde.

V

Tras pagar el taxi que había cogido para no llegar tarde a la cita con su tío, Mario le buscaba con la mirada por entre los muchos viajeros que a esa hora se apresuraban a tomar un tren de cercanías para volver a sus casas. Habían quedado cerca de las escaleras mecánicas de acceso a los andenes, como siempre que se veían durante un par de horas, cuando Domingo acudía a Madrid a realizar alguna gestión o a visitar a su hija. Mario sabía que, desde que su tío se quedó viudo, su prima Natalia le había rogado una y otra vez que pasara los inviernos con ella; pero él, pese a estar ya jubilado y poder disponer de todo el tiempo libre, había preferido quedarse a vivir en su pueblo natal, en el que había ejercido como médico toda la vida, heredando de su padre tanto la casa como los pacientes. No obstante, su salud era buena y todos los meses acudía tres o cuatro veces a Madrid a pasar unas horas, o como mucho una noche, con la familia de su hija.

—¡Para que se quede tranquila! —había explicado una vez a su sobrino—. Que no puedes figurarte, Mario, lo pesada que se pone con que no le gusta que esté solo. ¡Poco bien que estoy yo! ¿Te imaginas tener que aguantar ahora a mis nietos a toda hora? Ya no tengo edad para tanta jarana. Para un rato de visita, bien, pero ya está. ¡Además, que no podría yo vivir con tanto coche y tanta gente...! Que no digo que mi pueblo no haya cambiado, pero, pese a todo, sigue siendo más tranquilo; por lo menos mi barrio. Y todo el mundo me conoce y me puedo ir a echar unas manos con los amigos de toda la vida... En fin, que estoy de maravilla allí.

Así que casi todas las semanas le llamaba y se tomaban un café en Atocha o daban una vuelta por la cuesta de Moyano o por el Paseo del Prado, si tenían tiempo. A Mario le había sorprendido que volviese tan pronto porque, no hacía ni cuatro días, habían estado juntos comiendo, después de una de esas contadas ocasiones en que se quedaba a pasar la noche allí. Le inquietaba un poco esa vuelta tan repentina, dado que no lo esperaba hasta un par de semanas después.

—Como he sido bueno y me he quedado a pasar el fin de semana con ellos para celebrar el cumpleaños de mi yerno, Natalia me ha permitido que no vuelva hasta dentro de quince días. ¡Qué alivio!

Le había explicado el pasado domingo y, sin embargo, había vuelto mucho antes de lo previsto. Mario no era persona aprensiva, ni tampoco imaginativa en exceso, por lo que no había hecho elucubraciones sobre la causa de ese cambio mientras se dirigía a su encuentro. No obstante, comprendiendo que algo debía suceder, le angustiaba la posibilidad de una enfermedad repentina. Su tío Domingo era su única familia o, al menos, la única con la que mantenía una relación constante, ya que eran contadas las ocasiones en que veía a su prima Natalia en esos últimos tiempos. No es que no le agradase, en absoluto; la apreciaba muchísimo. Natalia era una mujer encantadora, amable y cariñosa, que le llamaba casi todos los meses un par de veces para saber de su vida y que se preocupaba de invitarle a las celebraciones familiares, procurando ocupar el espacio dejado por su propia madre al morir.

Su tía Concha había sido igual de afectuosa y amable, tratando a Mario como a un hijo propio desde que sus padres tuvieron el accidente que le dejó huérfano. En los meses siguientes, Concha logró ocupar un lugar muy especial en el corazón del sobrino, sabiendo encontrar el equilibrio entre la independencia del joven y su no admitida necesidad de atención. Mario se había instalado con ellos durante un par de semanas, pero sabía que debía regresar a su propia casa y Concha lo apoyó en esa decisión, convenciendo a Domingo, su esposo, de la conveniencia de que el muchacho se enfrentase cuanto antes a la vida que le esperaba en adelante.

Pero no por ello lo abandonó. Se acercaba a verlo un par de veces por semana, con la excusa

de llevarle alguno de sus contundentes platos caseros, de hablar con la asistente, que llevaba trabajando para sus padres más de diez años y se conocía la casa como la palma de la mano, de acercarle alguna prenda de ropa que Mario hubiese dejado en su casa los fines de semana, que de manera invariable pasaba con ellos. Siempre encontraba un pretexto. Y aunque Mario comprendía que era una manera de controlar cómo seguía y sospechaba que era ella misma quien le escondía algunos de esos pantalones o camisas que al parecer él olvidaba, para tener la disculpa de acercárselos entre semana, no se molestaba.

Al contrario, agradecía sus visitas, la manera en que ahuecaba los cojines del sofá, las flores que siempre compraba de camino a su casa para alegrar el salón, el aroma a vainilla y azahar que dejaba tras de sí, su charla, su risa, sus abrazos comedidos pero cálidos. Mario sabía que su tía Concha había sido el artífice de que lograra salir del estado de inapetencia y desinterés en que se había sumido tras el accidente y había aprendido a quererla más de lo que nunca pudo imaginar.

Su prima Natalia también había colaborado en esa especie de intriga femenina que consistía en no permitirle estar por completo solo durante más de un día. Bastante más joven que él, acababa de empezar sus estudios universitarios ese otoño, y eran frecuentes las ocasiones en que, en aquellos primeros meses, llamaba a su puerta para pedirle alojamiento por esa noche, pues con inusitada asiduidad perdía el último tren de vuelta a casa. Con el paso del tiempo, la poco convincente excusa, por reiterada, fue dando paso a una verdadera camaradería y entonces se comenzó a quedar en la casa de su primo para poder salir con sus amigos o con su novio. Mario le dio una llave para que pudiese entrar en cualquier momento, pero ella jamás la utilizó sin haber hablado antes con él. Era tan discreta como su madre y, también al igual que su tía Concha, intuía cuándo Mario necesitaba compañía y cuándo no. Durante el tiempo que duró su relación con Maribel, Natalia apenas lo visitaba, pero en cuanto creía percibir una nota de tristeza en su voz al charlar por teléfono, allí aparecía, solícita, sin preguntar nada, sin opinar; su sola presencia se convertía en un ancla de cordura para Mario, quien nunca dejó de llamarla, casi a diario, para que le contase cómo le iba la vida, aunque se hubiesen visto el día anterior.

Sabía que esta costumbre, adquirida poco después de que él conociese a Maribel, en un momento en que Mario se sentía feliz y lleno de energía, mientras que su prima acababa de discutir con un novio, hundiéndose en la más absoluta tristeza, les había salvado a los dos en múltiples ocasiones. Desde aquellos días, pese a ser Mario quien con mayor frecuencia marcaba el número de su prima, tanto el uno como la otra cumplían con ese compromiso tácito de llamarse cada noche, aunque solo fuese para darse las buenas noches. Así se habían ido ayudando a lo largo de los años de su juventud, pero Mario era consciente de que él había necesitado más apoyo que Natalia, quien parecía tener muy claro lo que quería de la vida y cómo lograrlo, mientras que él había ido dando bandazos entre Maribel y su ausencia.

Cuando Maribel desapareció para siempre, Natalia acudía a diario a ver a Mario, llegando casi a instalarse con él, aunque su primo parecía no darse cuenta. Ella se ocupaba de que acudiese al trabajo y de que, a su regreso, tuviese algo que cenar y alguien con quien hablar. Solo cuando una noche, viéndola estudiar en la cocina mientras esperaba a que las verduras de la cena estuviesen doradas, comprendió todo lo que su prima había estado ayudándole sin que él se hubiese percatado, decidió que aquello debía acabar. No podía tolerar que Natalia se sacrificase por él. Fue en aquel instante cuando optó por volver a los Estados Unidos. Ella, como siempre, escuchó sus proyectos sin opinar, apoyándolo, emocionándose con la idea para que él no perdiera el entusiasmo. Y cuando Mario ya se había instalado allí, aprovechó las primeras vacaciones para visitarlo y pasar con él una larga temporada, asegurándose de que todo iba bien.

Mario estaba convencido de que su tía Concha estaba detrás de aquel viaje; de que había sido

idea de ambas el seguir de cerca el ritmo de su recuperación. Porque Concha nunca dejó de preocuparse por él, de interesarse por su vida, de visitarlo en los distintos destinos a los que se trasladó, de animar a Natalia a acercarse a su primo, pensando, quizá, que la proximidad de sus edades ayudaría a que se entablase entre ellos, como así había sido, unos sólidos vínculos, a caballo entre la protección y la amistad.

Su tía Concha había sido una mujer excepcional y Mario jamás había podido perdonarse el no acudir a su entierro. Todo había sido muy rápido; una caída estúpida, un ridículo resbalón, que le provocó una lesión cerebral de la que no se pudo recuperar. Mario estaba viajando por Italia y solía llamarlos una vez por semana. Habló con ella un sábado y, al siguiente domingo, cuando volvió a telefonar, Natalia le contó llorando lo que había sucedido. No habían podido localizarlo porque no sabían con exactitud dónde encontrarlo, ya que él iba de un sitio para otro, sin rumbo fijo. Entonces no eran tan frecuentes los móviles o, por lo menos, él no quería tener uno, pues parte del aliciente del viaje era el sentirse perdido, a merced del destino. Mario había regresado de inmediato, prometiéndose que nunca más estaría ilocalizable, por lejos que estuviese, por más necesidad que sintiera de alejarse de todo; sufriendo por no haber podido estar al lado de su prima cuando esta le había necesitado; destrozado por haber perdido a su tía.

A su vuelta, descubrió que Natalia, pese a contar con todo el cariño y el apoyo de su novio, le había echado mucho de menos. Entonces fue Mario quien se instaló en la casa de su prima, quien estuvo a su lado hasta que creyó que lo peor había pasado, hasta que estuvo seguro de que todo iría bien, de que ya solo necesitaba tiempo para superar el duelo, negándose a su propio dolor con tal de que ella asimilara el suyo.

Aquella muerte repentina les había cambiado la vida a ambos. A él le había hecho instalarse en Madrid; buscar la estabilidad de un destino más o menos definitivo que le permitiese compartir con su tío Domingo y con su prima la nueva vida sin Concha, deseoso de devolverles todo el amor y el cuidado que de ellos había recibido cuando fue él quien tuvo que sobrellevar alguno de los mazazos de la vida. A Natalia le hizo cambiar sus prioridades y decidió no esperar más para formar una familia propia, como si hubiese comprendido, de pronto, la incertidumbre del futuro y quisiera asir el presente con las dos manos, para evitar que se le escapara a traición. En un plazo de cuatro años se había hecho con dos hijos preciosos, pero bastante inquietos.

Y eran esas nuevas obligaciones la única causa de su distanciamiento. Mario la echaba de menos, pero comprendía que ella necesitaba todo su tiempo para abordar esa etapa de su vida; Natalia, por su parte, procuraba combinar sus requerimientos actuales con sus antiguos vínculos. Ya no se llamaban a diario como antaño, pero no dejaban de hacerlo de tanto en tanto. Ahora era Natalia la encargada de marcar el número, pues su disponibilidad de tiempo era más limitada, y así, cuando llamaba a Mario, era porque en verdad contaba con un rato libre para poder ponerse al día de sus respectivas novedades. Se veían de tarde en tarde, en los eventos familiares, en las festividades señaladas y, de forma esporádica, en ocasiones quedaban ambos, solos los dos, a tomarse un café y verse las caras. Natalia insistía en que debían hacerlo con más frecuencia, pero siempre le surgía algo que lo impedía. Mario, por el contrario, siempre estaba dispuesto a esperarla donde ella eligiese, cuando ella quisiera.

Creía, con toda certeza, que parte de su necesidad de volver a viajar se debía a este alejamiento de su prima, pues no entendía estar en Madrid sin ella. Estaba muy mal acostumbrado, pues su tía Concha y Natalia lo habían mimado en exceso; siempre dispuestas cuando él las necesitaba, incluso aunque él no se diera cuenta de que lo hacía. Y le costaba entender su vida allí sin ese referente constante que suponían ambas. A la ausencia de la tía había debido resignarse, pero a la de la prima no conseguía acostumbrarse. Por eso Brasil, porque en un entorno tan ajeno

no extrañaría tanto esa relación, tan estrecha, que ya nunca volvería a existir entre ellos.

Su tío Domingo le sorprendió en medio de sus ensoñaciones y Mario respiró aliviado cuando vio que su aspecto era el habitual.

—¡Tío! Te veo bien, como siempre.

—¿Y por qué no habría de estar bien?

—Hombre, como has vuelto bastante antes de lo previsto y te gusta tan poco venir por aquí, me imaginé que te sucedía algo.

—Y algo me sucede, sin duda, pero nada de lo que te imaginas. Anda, vamos a tomar algo, que tengo ganas de sentarme.

Entraron en una cafetería de la misma estación y, cuando Mario volvió a la mesa con la bandeja de las consumiciones, encontró a su tío mirando, distraído, hacia la lejanía, hacia las altas plantas que convertían el recinto en una especie de invernadero.

—¡Toma, tío! Tu café con leche.

—Gracias, Mario... Bueno, mira, no me voy a andar con tonterías, que el tiempo vuela. Ya sabes que me gusta ir al grano. Así que escúchame, que tengo algo muy importante que decirte. Y, sobre todo, te pido que no te enfades conmigo.

—¡Venga, tío! ¿Qué no me enfade contigo? ¿A qué viene eso?

—Pues viene a que lo que te voy a contar no creo que te agrade. Pero, en fin, creo que es mi obligación.

—Tú dirás.

—Mira, el otro día tuve una visita que me hizo volver al pasado, a la época en que yo era joven y estaba empezando mis estudios. No sé si sabes que mi padre iba a echar una mano al Pozo, como mucha gente de la época. Entonces no se hablaba de solidaridad, ni de conciencia social, ni de voluntariado, ni de nada de esas monsergas tan altisonantes, pero también había mucha gente que detestaba la injusticia social y ponía un granito de arena para ayudar. Mi padre era uno de ellos. Con el tiempo, montó una especie de dispensario con otro amigo médico y se turnaban por las tardes; los sábados también acudían y yo lo acompañaba muchas veces, para ir aprendiendo el oficio. Trataban de todo, desde catarros de niños a reumas de ancianos, pasando por alguna puñalada no muy seria y hasta algún parto. La visita que tuve anteayer era de una mujer a la que atendieron cuando era joven, casi una niña. Estaba embarazada, pero no podía hacerse cargo del bebé. Era la mayor de seis hermanos y ya había dejado la escuela para ponerse a servir. La primera vez que fue nos explicó que iba a dejar al niño en la inclusa en cuanto naciera, que sabía que sería más feliz con unos padres que lo quisieran, porque ella no podría darle más que cariño y necesidad. Luego, cuando ya estaba de parto, nos rogó que nos hiciésemos cargo del bebé, que se sentía incapaz de llevarlo ella al convento porque, de verlo y tenerlo entre sus brazos, quizá no pudiera desprenderse de él y el chiquillo se merecía una vida mejor. Mi padre aceptó. Entonces no había controles y papeleos de adopciones como ahora, ¿sabes?

—Me lo imagino, pero lo que no acabo de entender es por qué me cuentas todo esto.

—Enseguida lo vas a comprender. Por entonces tus padres llevaban varios años casados y sin descendencia. ¿Me sigues?

Mario supo de pronto de qué estaba hablando su tío y sintió una angustia en el estómago como si bajo sus pies se hubiese abierto un precipicio por el que caía sin remisión. Incapaz de articular palabra, preguntó con la mirada, como si, negándose a pronunciar sus temores, pudiese alejar la amenaza que intuía.

—Sí, Mario. Como no tenían hijos y el bebé iba a ser entregado a las monjas, pensaron que ningún mal había en que fuesen ellos, directamente, quienes lo adoptaran. El amigo de mi padre, el

otro médico, firmó tu certificado de nacimiento como hijo de tus padres y ellos se trasladaron de casa y de barrio para evitar cualquier sospecha de los vecinos. Nunca consideraron que hubiesen actuado mal, ni yo tampoco, la verdad. Te iban a abandonar y ellos te dieron todo su amor; no creo que nadie hubiese podido ofrecerte mejor vida. El único error es que no quisieron contártelo nunca y que nos hicieron prometer que jamás te lo diríamos. Tu madre temía que les quisieras menos si sabías que no eras hijo biológico o que te empeñaras en buscar a tu madre natural y recibieses una desagradable sorpresa si la encontrabas. ¿Lo entiendes, Mario?

—No lo sé. No sé si lo entiendo, pero sigue contándome, porque no has acabado, ¿verdad? Lo veo en tu cara.

—¡No, hijo! En fin, la mujer que vino a verme era tu madre, como te puedes figurar. Recordaba el apellido de mi padre y sabía dónde ejercía, así que se presentó en el pueblo y, preguntando por aquí y por allá, me encontró. No debió ser difícil. Yo he seguido en la consulta de mi padre toda mi vida. Bueno, el caso es que es ahora una mujer adulta, claro está, que se casó con su novio de siempre y tiene dos hijas. Se hizo peluquera y tiene una peluquería en la que trabaja una de las chicas. La otra estudió enfermería y está en un hospital. Su marido, tu padre, murió hace un par de años en un accidente en la obra en que trabajaba, lamentando siempre no haber podido criar a su único hijo varón. Ella, Maruja, se decidió a venir a preguntarme por ti porque está muy enferma. Me dijo que deseaba saber si habíamos seguido tu destino, si nos habíamos enterado de quién te había adoptado. No pretendía verte, ni nada similar. Solo quería descubrir si estabas bien, si habías llevado una buena vida. Nunca ha hablado a sus hijas de su embarazo adolescente y tampoco pretende hacerlo ahora, pero no quiere morir sin saber que hizo bien, que la vida te ha tratado mejor y te ha dado más de lo que ella podría haberte ofrecido. Parece que le queda poco tiempo... ¿No dices nada, Mario?

—¿Qué quieres que diga? Estoy tratando de digerir esta historia. No todos los días descubre uno que es hijo adoptivo...

—¡Y eso es todo! Yo le he dicho que buscaría en los ficheros de mi padre, por si había alguna indicación, y ella me ha dejado su teléfono para que la llame en cuanto sepa algo, tanto si es positivo como si no. No podía decirle la verdad sin haberlo hablado contigo antes, pero tampoco podía negar de manera tajante la posibilidad de saber algo, por si tú, en el supuesto de que me decidiera a contarte la verdad, querías ponerte en contacto con ella. Por eso se me ocurrió lo de los ficheros, para darme tiempo a reflexionar. Aunque prometí que nunca te diría nada, ahora tus padres no están y esto ha pasado a ser responsabilidad mía. Por eso te lo cuento. Porque creo que tienes derecho a conocer tu historia. Si tu madre no hubiese aparecido creo que no te habría contado nada, pero ahora... No sé, he creído que debía decírtelo.

—¿Crees que le gustaría conocerme?

—Pues me imagino que sí, pero no estoy seguro. Ya te he dicho que no ha hablado de ti a sus hijas, con lo que no me parece que busque un reencuentro familiar. De todos modos, lo que debes decidir es si tú quieres conocerla.

—Ahora mismo no sabría decirte. Estoy demasiado sorprendido. Necesito tiempo para hacerme a la idea.

—¿Cómo te sientes?

—¿Qué quieres que te diga? Imagino que si mis padres viviesen me indignaría mucho con ellos por habérmelo ocultado, pero hace tanto tiempo ya que murieron, que no soy capaz de reprocharles nada. Tampoco puedo enfadarme contigo, descuida. Bastante has hecho contándomelo. Lo que siento es como un vacío muy grande, como si de pronto tuviese que reinventarme. Y, al mismo tiempo, una vocecita en mi interior me dice que da igual, que esto no

cambia nada, que sigo siendo el mismo. No sé, tío. Necesito tiempo para digerirlo.

—Pero, ¿estás bien?

—¡Sí, sí! No te preocupes. Asombrado, pero bien.

—Bueno, cuando decidas qué quieres hacer, me lo dices.

—¿Tú qué crees que sería lo mejor?

—¡Quién sabe! No te sabría decir. Además, es algo que solo te incumbe a ti. Nadie puede aconsejarte. Pero lo que quiero que comprendas es que es una mujer gravemente enferma. No tardes mucho en tomar una decisión, no sea que luego resulte ser demasiado tarde y te arrepientas.

—Descuida. En un par de días te digo algo. Quizá podría quedar con ella para que me conociese y pudiese descansar...

—Si quedas con tu madre que no sea por ella, que sea por ti. Debes considerar que si estableces ese vínculo no te va a ser fácil desligar a tu madre de tus hermanas. ¿O podrías conformarte con conocerlas por una foto? Si tú decides entablar relación con esa mujer debes ser consciente de que quizá ella no quiera hacer lo mismo, por el tema de sus hijas; o, tal vez, sí quiera verte, pero dejando a tus hermanas al margen. Son opciones que debes considerar.

—Ya, si entiendo que no va a ser fácil tomar una decisión. Lo mejor sería dejar las cosas como están, pero luego podría pasarme la vida lamentando no haber dado el paso. Al final, aunque no sea mi madre, porque nunca podré verla como tal, sí que me ha parido. Y supongo que, por lo que cuentas, no debió resultarle fácil desprenderse de mí; no es como si me hubiese abandonado, sin más. Eso también cuenta, ¿no?

—Si lo que quieres decir es que es una buena mujer que tuvo que enfrentarse a una decisión muy difícil siendo casi una niña, sí. No me parece que se merezca ningún reproche por aquello. Ni siquiera el tuyo.

—¡Mío menos que de nadie! Al fin y al cabo, yo he salido beneficiado de esta historia. Si se hubiese quedado conmigo probablemente no habría podido estudiar, ni tener todas las oportunidades de las que he disfrutado, ni ejercer mi profesión, ni llevar la vida que llevo... ¡Si debería darle las gracias!

—Supongo que sí... No te ha faltado el cariño de unos padres que te adoraban y has contado con una buena posición económica. Los golpes que te haya dado la vida no han sido culpa de la decisión que ella tomó. No puedes culparla de nada, eso desde luego.

—Bueno, pues eso. Me lo pensaré y te digo algo pronto.

—Perfecto y ahora cuéntame cómo te ha salido la presentación. Era hoy, ¿no?

—¡De maravilla! Mejor de lo que me podía imaginar.

—Porque eres muy modesto. Yo estaba seguro de que sería un éxito. Así que Brasil está a la vuelta de la esquina, ¿no? Me va a pillar muy mayor para ir a visitarte, pero ganas no me faltan, no creas.

—No está tan claro que vaya a ir. No sé, de pronto, no me ha parecido tan buena idea. También eso me lo tengo que pensar. Vaya, que tengo por delante un par de días de graves decisiones...

—¿No lo tienes claro? ¿A qué se debe ese cambio? ¡Si estabas entusiasmado hace nada, la última vez que comimos juntos!

—Ya, si ya lo sé. Pero cuando esta mañana me ha dicho Matías que la plaza era mía si la quería, me ha entrado como miedo, como un escalofrío. No te sabría explicar, pero he tenido muy claro que quizá no era lo mejor que podía hacer en este momento.

—¿Es que hay algo, o alguien, que por fin ha logrado atarte a estas tierras nuestras?

—¡Qué cosas tienes! No, ya ves, en unos pocos días no van a cambiar las cosas tanto.

—A veces solo se necesita un momento.

—Bueno, pues no es el caso.

—¿Seguro? ¿No ha habido alguna novedad que no me has contado? A ver, ¿cuándo fue la última vez que te encontraste deseando ir a Brasil?

—Pues, ¿qué quieres que te diga? Esta misma mañana me parecía una idea magnífica y luego... Ahora ya no me lo parece tanto.

—¡Muchacho, algo te ha pasado en esas pocas horas! A lo mejor es que prefieres no decirme nada y, si es así, lo entiendo; pero si de verdad no eres consciente de a qué se debe el cambio, entonces debes revisar tu día de hoy hasta descubrir qué ha trastocado tus prioridades... ¡Mira qué hora es ya! ¡Ay! Mario, me tengo que ir si no quiero perder el tren. ¿Estás bien, hijo?

—¡Sí, claro que sí, tío! No te preocupes por mí.

—No lo puedo evitar. He venido a descubrirte algo muy serio y me temo que no en el mejor momento. Llámame pronto, por favor, que me quedo con el alma en vilo.

—¡Venga, tío! ¡Tranquilo, que no pasa nada! Pero descuida, que mañana, sin falta, te llamo, aunque todavía no haya decidido nada.

—¿Te parece bien si se lo cuento a Natalia?

—¡Claro! Así será ella quien me llame, que hace días que no hablamos.

—¡Hasta pronto, entonces!

—¡Adiós, tío, y gracias por todo!

Se despidieron con un abrazo y Mario le siguió con la mirada hasta que su tío se perdió entre la multitud. Después, se comenzó a mover muy despacio. Se sentía exhausto.

* * *

Tras salir del hospital, camino de su propia cita médica, Pilar descubrió que la visita a Adolfo le había resultado muy beneficiosa. Había pasado unas horas agradables, relajada, olvidando sus temores y su ansiedad. Le parecía increíble que, justo el mismo día en que había recordado la historia de la familia que sus tías le habían contado tiempo atrás, hubiese aparecido un personaje de esa trama. Era curioso cómo las vidas se entrelazaban en ocasiones; cómo, de pronto, un quiebro del destino trastocaba el equilibrio de fuerzas y abría nuevos caminos, distintas posibilidades. Le habría gustado profundizar en su relación con aquel hombre al que había salvado la vida sin saber que él, a su vez, había sido amable y considerado con sus tías. Pero quizá fuese demasiado tarde. De todos modos, decidió, fuese mucho o poco el tiempo del que dispusiera, dedicaría una parte importante a tratar a Adolfo. Sería una manera de acercarse a sus orígenes, de recomponer una parte de su propio pasado familiar a partir de los ojos de otro testigo que disponía de información de primera mano y de perspectivas muy distintas a las suyas.

Tendría, también, que presentárselo a su hermano; debería explicarle quién era, procurando que se trataran con cordialidad para que, cuando ella no estuviese, ambos desearan seguir en contacto. Adolfo no tenía parientes y Pilar sentía que, de algún modo, les correspondía a ellos ocupar ese vacío. Ellos tres eran ya los únicos supervivientes de aquel relato que inició su tatarabuelo Eusebio allá por los primeros años del 1800 y el que se hubiesen encontrado ahora debía significar algo. Pilar estaba convencida. No podían haberse hallado para volver a separarse, sin más, sin que nada en sus vidas cambiase. Los tres estaban unidos por unos lazos anteriores a sus propios nacimientos y no podían ignorarlo. No debían ignorarlo.

Si su padre viviera, correría a contarle lo sucedido, y estaba segura de que le habría encantado reencontrarse con aquel personaje del pasado. Pero su padre hacía años que se había ido. Muchos más años que sus tías. Y a su madre no pensaba decirle nada, pues Adolfo, al fin, nada tenía que ver con Pili. Con quien sí tenía que ver era con los Luchaga, con su hermano Nando y con ella, con Pilar, y eso no podía negarse. Por lo tanto, deseaba aprovechar el encuentro para descubrir cuanto pudiese, para satisfacer su curiosidad, y, en justa correspondencia por la información recibida, ofrecería a Adolfo el cariño y las atenciones que él había dispensado a sus tías.

Acababa de salir del metro y una ráfaga de aire frío devolvió a Pilar a la realidad, haciendo que se ajustara la bufanda y se sacara los guantes del bolsillo del abrigo para ponérselos. Recordó que tenía que pagar la academia de Silvia y que debía pasar por un cajero. Había uno muy cerca de la clínica a la que se dirigía, a unos pasos de donde se hallaba en ese instante, pero pensó que sería mejor acudir al de su barrio, pues, aunque no fuese tarde, ya era noche cerrada y le inspiraba más confianza el cajero de su zona. Continuó su camino. Solo unos pasos la separaban ya de su destino cuando reconoció el aroma inconfundible de las castañas asadas, sintiendo cómo se le hacía la boca agua al pensar en el sabor dulce y cálido del fruto. No se pudo resistir. Ni siquiera la certeza de que iba a acabar con las manos tiznadas, de que su estómago no le admitiría tomar más de un par y debería tirar las sobrantes, la hizo desistir. Se volvió a quitar los guantes y allí, junto a la castañera, acarició el cucurucho de papel que le caldeaba las manos, aspirando en su interior. Tras unos instantes, comenzó a pelar una castaña como le había enseñado su padre de niña, apretando la parte central entre las dos palmas, hasta que comenzaba a separarse la piel por la grieta que la dividía.

—¡No uses los dientes, Pilar! Se hace así, mira. Primero las volteas entre las manos hasta que no te quemen y luego las prietas fuerte, fuerte, y verás cómo se va haciendo más grande la raja, hasta que puedas ya meter los dedos y estirar. ¿Ves? Así es más fácil y, además, la piel de dentro se separa mejor. ¡Eso es! ¡Muy bien!

Acababan de salir del cine, como en tantas otras ocasiones, porque su padre disfrutaba llevándola a ver todo tipo de películas, desde las de Walt Disney a las de romanos. Aquel era un día gélido y la sala estaba un poco más alejada de la parada de metro de lo que era habitual. En cuanto su padre vio cómo se giraba para mirar a la castañera, habían vuelto sobre sus pasos y comprado un cucurucho pequeño. Allí, en la acera, parados mientras ella aprendía a pelarlas, les había encontrado un amigo de su padre.

—¡Fernando! ¿Cómo tú por este barrio?

—¡Hombre, Jaime! ¡Cuánto tiempo! Mira, que he traído a mi hija al cine. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

Pilar volvió a concentrarse en las castañas, perdiendo el interés por la conversación de los adultos una vez pasada la sorpresa del primer momento. Los tres emprendieron la marcha tras una breve pausa. Era difícil caminar sujetando el cucurucho bajo el brazo a la vez que iba pelando las castañas, pero, si se lo metía en los bolsillos del abrigo, corría el riesgo de perderlas, como ya le había pasado en una ocasión, por culpa de la escasa profundidad de estos. Y las cosas se complicaban aún más porque su padre le había explicado que debía devolver las pieles al propio cucurucho, a fin de no manchar el suelo. Además, debía ir correteando para no perder el ritmo de los pasos de su padre y el amigo recién encontrado, quienes, enfrascados en la conversación, parecían haber olvidado su presencia.

Cuando acabó de comérselas y buscaba con la mirada una papelera donde tirar los desperdicios, entraron en un portal muy elegante y tan iluminado que tuvo que parpadear para

acostumbrarse a la intensidad de la luz. El ascensor les llevó a un segundo piso en cuyo rellano se abrían dos puertas. El amigo de su padre, a quien había llamado Jaime, les franqueó la entrada de la casa del lado derecho y se encontraron en un recibidor grande y oscuro. A la derecha se veía una tenue luz por entre los cristales de una puerta, pero ellos se dirigieron a la izquierda, entrando en una habitación que, una vez encendidas sus lámparas, le pareció inmensa. Era cuadrada y contaba con una hermosa chimenea de una piedra blanca y brillante que formaba dos pequeñas columnas hasta llegar al suelo. A su alrededor se distribuían unos sillones de piel oscura en los que le dijeron que se sentara. Pilar obedeció, cohibida y temerosa de manchar algo con sus manos tiznadas, apretando el cucurucho para que nada se escapara de él.

Ni su padre ni Jaime parecían darse cuenta de su inquietud. Entonces entró una mujer morena, muy alta y muy hermosa. Abrazó a su padre durante mucho rato y luego, cuando se dio cuenta de su presencia, se agachó para saludarla. En un instante, solo con mirarla, comprendió la razón por la que Pilar se sentía tan incómoda y la acompañó al baño mientras murmuraba que los hombres siempre eran iguales, que nunca se daban cuenta de nada.

—¡Venga, pequeña! Ven a lavarte las manos y mientras yo tiraré el cucurucho. ¿Estaban buenas las castañas? A mí me encantaban cuando era niña. Aquí es. Pasa.

Pilar se vio, de pronto, en el aseo más grande, más blanco y más brillante que jamás había visto. Había tantísimos espejos que, por un momento, le pareció que no estaba sola, costándole entender que se trataba de su propio reflejo, proyectado en cada pared del cuarto. Se asustó al ver el agua sucia que caía de sus manos resbalar hacia el desagüe por las paredes nacaradas del lavabo, tiñéndolas con un reguero negruzco; se frotó con una intensidad casi dolorosa, suplicando no dejar rastro en la pila. Preocupada por si ensuciaba la blanca inmaculada de las toallas, se secó en su propia ropa y, solo cuando estuvo segura de estar bien limpia, se atrevió a acariciarlas; nunca había sentido nada tan suave, tan mullido. Las olió y sintió un aroma a lavanda. Se habría quedado allí más tiempo, pero los nudillos de la hermosa señora llamaron con delicadeza a la puerta, preguntando si ya estaba lista, y no le quedó más remedio que salir de aquel espacio luminoso. Mientras volvían al salón, pensaba que si en el cielo hubiese cuartos de baño serían como aquel, limpios, del color de la nieve y con el olor del campo.

—¿Mejor? Tu papá me ha dicho que te llamas Pilar. Yo soy Azucena. ¿Te apetece tomar algo, un vasito de leche o un zumo...? ¿O un chocolate recién hecho? ¿A que sí? Venga, pues acompáñame y me ayudas a prepararlo.

Acompañó a Azucena a una amplia cocina con una armariada de madera oscura y una gran mesa central, a la que se sentó a observar cómo su anfitriona troceaba el chocolate y empezaba a fundirlo muy despacio. Azucena le pidió que sacase unas pastas de una caja de metal y las colocase sobre una fuente de cristal en la que había dispuesto un mantelito bordado. Pilar se esforzó en ordenarlas con esmero mientras el aroma del chocolate iba invadiendo la cocina y la suave voz de la dueña de la casa se interesaba por su vida, por su hermano, por sus padres. Después, mientras recorría el pasillo camino del gran salón de la chimenea, siguiendo a Azucena, quien llevaba el chocolate y las tazas en una brillante bandeja, se sintió inquieta por si tropezaba o daba un traspie, tiraba las pastas y perdía la mirada complaciente y alentadora de su anfitriona.

Hundida en uno de los sillones, una vez que su estómago era ya incapaz de seguir comiendo, observó cómo los adultos hablaban de cosas que no entendía y de personas que desconocía. De tanto en tanto, Azucena se dirigía a ella como si quisiera que fuese partícipe de la conversación, como si pretendiera decirle que también ella era importante, no más una niña a la que se podía ignorar, sino un igual, alguien cuya opinión contaba; y preocupada por si se aburría, le trajo un hermoso cuento de tapas verdes en las que se dibujaba la silueta de una mujer con una larga

cabellera rubia y ondulada.

—¡Toma, Pilar! A mí me gustaba mucho cuando tenía tu edad. Así te distraes mientras charlamos, ¿Quieres? ¡Que estos dos hace mucho que no se ven y tienen que ponerse al día! ¡Y no te puedes figurar lo pesados que se ponen cuando empiezan a contar sus batallitas!

Pese a que Pilar no tenía muy claro que no le interesara oír a su padre hablar de historias pasadas, él, que era siempre tan callado, no quiso molestar a Azucena y comenzó a leer la historia de Ondina, quedando atrapada por las aguas profundas de su lago. Cuando llegó el momento de marchar todavía le quedaban unas cuantas páginas. Con pesar, cerró el libro, creyendo que nunca descubriría su final, pero tras ayudarla a ponerse el abrigo, la dueña del cuento se lo puso en las manos.

—¡Ten, Pilar! Te lo dejo para que lo acabes y luego ya me lo traerás, ¿quieres? Así vuelves con papá otra vez, ¿vale?

Camino de casa, Pilar notó que su padre estaba muy contento, hablando con alegría de sus amigos, explicando desde cuándo se conocían, desde cuándo no se veían; pero el movimiento del taxi, al que no estaba acostumbrada, acabó por adormecerla y no pudo seguir el relato de las anécdotas de su juventud junto a Jaime y Azucena.

Recordaba cómo la había llevado en sus brazos hasta casa. Su sensación de abandono y absoluta confianza, la calidez del cuello de su padre, la suavidad con la que hizo descansar el peso de su cuerpo dormido en uno solo de sus brazos para poder sacar el llavero del bolsillo de los pantalones. Recordaba, así mismo, cómo su madre había abierto la puerta antes de que él hubiese tenido tiempo de meter la llave en la cerradura. Su voz fría y áspera al preguntarle dónde habían estado, mientras seguía a su padre por el pasillo oscuro, camino del cuarto de Pilar. Recordaba, también, cómo su padre la había depositado en la cama y la calma con que le había quitado el abrigo, la chaqueta, la falda de tablas, los zapatos, arrojándola sobre los leotardos y el niqui de cuello alto, al tiempo que respondía a su madre con firmeza: *¡Ahora no!*. Recordaba, por fin, el aire frío que dejó el cuerpo de su padre tras de sí, al incorporarse después de darle un beso en la frente.

Tres meses después, una tarde de primavera, su padre propuso ir al cine de nuevo. Era la misma sala a la que habían ido aquella tarde de invierno y, junto a las taquillas, a punto de sacar las entradas, se detuvo, mirándola. De algún modo, Pilar supo lo que estaba pensando.

—¿Por qué no vamos a ver a tus amigos? Podemos venir al cine otro día. Es que tengo que contarle a Azucena que ya me he acabado el cuento y que se lo tengo guardado con mucho cuidado hasta que se lo pueda traer. No quiero que se piense que lo he estropeado y por eso no se lo he traído antes.

—¡No sé...!

—Si quieres no tomaré chocolate para que no se enfade mamá.

Desde esa tarde las visitas a Jaime y Azucena se convirtieron en una especie de secreto entre ambos. Nunca su padre le pidió que no lo contara en casa, pero ella, incapaz de negar nada a Azucena, siempre aceptaba su chocolate, con lo que se veía en la obligación de no decir dónde habían pasado la tarde para evitar tener que mentir a su madre, quien, por alguna causa, le había prohibido que volviese a merendar en aquella casa. Iban casi todos los meses y pasaban allí un par de horas maravillosas. Azucena siempre tenía preparado algún cuento para ella, pero si alguna vez no le daba tiempo a acabarlo, lo dejaba allí para la siguiente visita; nunca volvió a aceptar llevárselo a casa porque no deseaba llevar nada de aquel mundo al suyo propio.

Le sobraba con el libro de Ondina, que la amiga de su padre le había regalado en aquella segunda visita en la que ella se intentó disculpar por no habérselo devuelto antes, y que casi cada

noche acariciaba con las yemas de los dedos antes de apagar la luz de la mesita de noche. Su más preciado tesoro durante muchos años. Pilar no quería aparecer por casa con ningún otro cuento; primero, porque no quería mentir y, segundo, porque, de algún modo, sentía que aquellas visitas no eran del total agrado de su madre y temía que pudieran interrumpirse en cualquier momento, dejándola con la amarga sensación de haber fallado a Azucena si no volvía a devolverle alguno de sus cuentos prestados.

Pero todas sus precauciones fueron inútiles porque la tarde de un domingo de un par de años más tarde, cuando volvieron de una de esas visitas, su madre la interrogó. Quería saber dónde habían estado, qué película habían ido a ver. Pilar se sintió acorralada. No podía mentir a su madre y no quería fallar a su padre porque intuía que, de saberse la verdad, Pili no iba a estar muy contenta con él. Angustiado, miró a su papá para pedirle consejo. Lo que a continuación sucedió marcó el resto de su infancia y la acercó a la adolescencia, si por tal se entiende la pérdida de la ciega admiración hacia alguno, o ambos, de los progenitores.

Su padre, Fernando, comprendiendo su dilema, salió en su defensa y explicó dónde habían estado. Le rogó que se fuera a su cuarto, pero Pili, su madre, la agarró del brazo y la hizo sentar en un sillón pues la consideraba tan culpable como a su marido por no haberle contado nada de aquellas visitas secretas.

—¡Que se quede aquí, la mentirosa esta! ¿Dónde se ha visto que un mico igual sea capaz de engañar a su propia madre? ¡La has puesto en mi contra!

—Pero Pili, mujer, ¡qué cosas dices! Deja que la cría se marche, que no ha hecho nada. Yo soy el único culpable de no haberte contado la verdad, pero lo he hecho porque sabía que, de decírtelo, no te habría gustado que visitase a Jaime y Azucena. No sé muy bien por qué, la verdad.

—¡No sabes! ¿Qué es lo que no sabes? ¡Que estoy harta de que me hagas de menos! Y aquí, la señorita sí que puede alternar con tus amigos, pero de mi te avergüenzas; siempre te has avergonzado, ¡para qué más monsergas!

Pilar tuvo que presenciar la ira y la rabia de su madre, así como el desconcierto de su padre, tratando de apaciguarla, de explicarse. Durante un tiempo que se le hizo eterno descubrió una faceta de Pili que, aunque en alguna ocasión había vislumbrado, jamás había admitido; le oyó pronunciar palabras que no entendía, pero que contenían tanta furia, un enojo tan intenso, que parecían ir materializándose poco a poco hasta constituir una presencia más entre aquellas cuatro paredes. Una presencia que cobró vida en el momento en que Pili cogió algo que escondía bajo un periódico. Era el cuento de Ondina. Pilar dejó de respirar en el mismo instante en que su madre mostró el libro, prueba irrefutable de su traición, blandiéndolo como si de una espada se tratara. Se lanzó hacia ella para recuperarlo; su tesoro más preciado. Pero la presencia que se había ido haciendo tangible entre ellos se apoderó de su madre, quien, tras pegarle una bofetada con el dorso de su mano, comenzó a rasgar sus hojas una tras otra, página tras página, con esmero, con una satisfacción absoluta.

Sí, mientras su padre la abrazaba y la sacaba de la habitación en volandas, Pilar tuvo tiempo de distinguir en la mirada de su madre una crueldad tan grande que era imposible aceptar que fuese suya. Tenía que ser esa presencia extraña que a veces había creído distinguir en un atisbo, en un instante de debilidad, pero que nunca hasta entonces había mostrado toda su malignidad, todo su poder.

Aquella noche solo el sueño pudo consolar su llanto. Ni siquiera su tía Encarna, que apareció poco después para preparar la cena, pudo apaciguar su dolor y serenar su ánimo. Ni siquiera su padre, que entró en su cuarto horas después para deseársle buenas noches, explicándole que no debía enfadarse con su madre, que no se encontraba bien y a veces no podía controlar sus

emociones, que la culpa de todo había sido suya, que lamentaba hasta lo más hondo de su ser haberla involucrado en aquella historia, que todos la querían, también su madre, que él trataría de volver a comprarle el cuento, que por favor dejase de llorar, que se le rompía el alma. Ni siquiera Nando, quien se escabulló, ya en pijama, y se tumbó un rato a su lado, limpiándole las lágrimas con una ternura desconocida y tratando de hacerla reír con historias de sus amigos. Solo el sueño, muy tarde, cuando ya la casa llevaba horas en silencio y su estómago rugía recordándole que no había cenado, pudo consolar su llanto.

A la mañana siguiente todos se comportaron como si nada hubiese sucedido. Su madre no se levantó de la cama para hacer el desayuno, pero su padre le calentó la leche y le puso dos cucharadas de azúcar, como siempre que hacía cuando Pili no vigilaba. Nando estuvo más rato que de costumbre en el cuarto de baño y salió oliendo a la colonia de su padre. Parecía que no hubiese ocurrido nada, pero ambos la miraban con una curiosa expresión, entre fascinada y avergonzada, como si no quisieran mirarla y, no obstante, no pudiesen evitarlo, como si su rostro fuese un imán del que les resultara difícil apartar la mirada.

Cuando pudo entrar al baño para afeitarse, descubrió una marca en su mejilla. La sortija de su madre, la de la piedra granate, se había estampado en su piel como si de un grabado se tratara. Mientras distinguía con las yemas de sus pequeños dedos cada detalle del anillo labrado en su rostro, volvió a llorar. Y siguió llorando mientras su padre le aplicaba una crema y le cubría el pómulo con un vendaje, rogándole que no llorase, que las lágrimas iban a impedir que se pegase el esparadrapo. Y lloró, sentada en el sofá, mientras su padre hablaba por teléfono y decía que no podía acudir al trabajo, que se hallaba indispuesto. Y mientras salieron a la calle y se encaminaron al metro, aunque el gorro y la bufanda ocultaban en parte su desconsuelo. Sabía que no había dejado de llorar porque las lágrimas le humedecían las mejillas y notaba su sabor salado mientras recorrieron una tras otra todas las librerías del centro. Y aunque encontraron su Ondina, el libro no era ni la mitad de hermoso que el que había perdido, por lo que continuó sin poder controlar su pena. Solo cuando, sentados en un banco del Retiro, cerca del Palacio de Cristal, mientras su padre trataba de consolarla, vio sus propias lágrimas reflejadas en las de su papá, pudo apaciguar su dolor. Comprendió, como puede entenderlo un niño grande, que la desdicha puede ser honda pese al cariño, que la responsabilidad asumida puede enorgullecer y destruir a un tiempo, que nadie está exento de la crueldad y la compasión.

Su padre la llevó a casa de sus abuelos, donde se quedó a pasar unos días. Nadie preguntó nada, nadie quiso saber qué le había sucedido, pero su abuelo le quitó el vendaje y le dijo que así estaba más guapa. Tres veces al día le aplicaba una pomada con mucha suavidad, mientras le contaba un cuento. Sus tías la llevaron al cine, al zoo, a merendar tortitas y una tarde, cuando ya apenas se distinguía la sombra de la sortija en su piel, fueron a casa de Jaime y Azucena. Tras merendar, aquella le suplicó que eligiese alguno de los cuentos que había leído en sus anteriores visitas; quería que tuviese un recuerdo suyo que pudiera sustituir el que había perdido. Pilar dudaba. No quería pasar por lo mismo. Pero sus tías la animaron; dirían que se lo habían comprado ellas. Pilar, tras recorrer con los dedos los lomos de tantos hermosos libros, eligió un pequeño cuento de una gaviota y Azucena le regaló, también, un libro de un burrito que se llamaba Platero y que todavía no había leído.

Aquella fue la última vez que la vio. A Jaime nunca más volvió a verlo. No muchos años después asistió a sus entierros, junto a su padre; ambos murieron en un accidente aéreo en Tenerife. Azucena le dejó una hermosa selección de libros que siempre la habían acompañado desde entonces y una bella sortija con una aguamarina que Pilar procuraba utilizar cada vez que deseaba desafiar a su madre, lo que se había ido haciendo cada vez más frecuente conforme

pasaban los años. Hasta llegar al momento en que su relación se deterioró de una manera definitiva, sin que pudiese determinar cuándo o por qué se distanciaron hasta convertirse en las dos extrañas que eran ahora.

Mientras Pilar observaba el brillo azulado que las luces de los escaparates extraían de su anillo, se dio cuenta de que las castañas se habían enfriado sin que hubiese llegado a comer ni siquiera una. Tiró el cucurucho, no obstante, pues nada había más triste que unas castañas asadas frías. Mirando la hora en su reloj de pulsera, se apresuró a recorrer los escasos metros que la separaban de la clínica.

VI

La Plaza del Reina Sofía todavía estaba abarrotada de gente a pesar del frío de la temprana noche. Cruzando de acera, cabizbajo, Mario pasó la fachada rosada del Colegio de Médicos y siguió subiendo por la calle Santa Isabel hasta que las luces del cine Doré le hicieron levantar la mirada. Le gustaba aquel edificio, sobre todo de día. Aunque siempre que pasaba por allí se detenía a mirarlo, le parecía que, de noche, los focos situados sobre los capiteles restaban profundidad al tono casi granate de sus paredes, impidiendo que los motivos blancos que las decoraban sobresaliesen como debieran. Por eso prefería observarlo con luz natural, pese a que eran contadas las ocasiones en que podía hacerlo, ya que solía frecuentarlo en las horas finales del día. Le gustaba entrar en la Filmoteca o tomarse un café en su cafetería, aunque hoy no le apetecía ninguna de ambas cosas. Siguió, pues, caminando.

En Antón Martín bordeó el monumento a los abogados laboristas de Atocha y cruzó hacia el teatro Monumental para tomar la calle del León y dirigirse a la del Prado. Una vez allí, dudó. A la derecha le esperaba el Congreso y la plaza de Neptuno, a la izquierda, la Plaza de Santa Ana, con sus callejas bulliciosas. No se creía capaz de resistir el silencio y la tranquilidad que solía buscar cuando paseaba por los bulevares. Hoy necesitaba rodearse de gente, de otros seres que, aunque desconocidos y distantes, pudieran rozarle con el codo al cruzar una calle o mirarle a los ojos para tratar de descubrir hacia qué lado giraría, evitando el tropiezo. Necesitaba sentirse parte de ellos, un miembro más de la comunidad. Intuía que no podría soportar la soledad del aislamiento de una amplia avenida. Que le convenía diluirse en el grupo, notar esa extraña cualidad del aire cuando alguien te sigue o te rodea, la respiración de otros seres en la cercanía de tu entorno, las voces próximas, los olores a otras vidas, ajenas pero no extrañas.

Mario no era un hombre gregario. Nunca lo había sido. Ni tan siquiera en esa edad ya lejana en que el individuo busca disolverse en el grupo para afianzar, por extraño que resulte, su propia individualidad. No, nunca había sido ni dócil ni servil. Tampoco líder. Por eso había acabado por parecer solitario cuando, en realidad, solo se negaba a integrarse por completo en un clan, sin cuestionar nada, sin negarse a nada. Pero, no obstante, por muy convencido que estuviera de haber elegido el mejor camino para sí mismo, había ocasiones en que no podía sino añorar la cordialidad de las risas compartidas, la ciega confianza en ese otro que refleja en sus ojos tu propia mirada.

Siempre había supuesto que el hecho de ser hijo único debía haber influido, de algún modo, en su individualismo a ultranza. No estaba acostumbrado ni a compartir ni a ceder ante los iguales, al tiempo que era consciente de su incapacidad para ocultar este distanciamiento de los otros que le hacía parecer suficiente cuando solo procuraba proteger sus carencias; esa desventaja en el trato con el prójimo que le llevaba a esconderse aun cuando deseara, en un afán íntimo y oculto, entregarse.

Por eso, en ocasiones, necesitaba buscar en la multitud el calor del grupo que no podía alcanzar de otro modo y procuraba encontrar en las calles atestadas de gente la sensación de compañía. A veces le sorprendía pensar que había ido dejando grandes amigos en los distintos países en los que había vivido; personas con las que se mantenía en contacto y a las que esperaba volver a ver en algún momento de su vida. Sin embargo, en Madrid no contaba con nadie a quien pudiese en verdad llamar amigo. Sus compañeros de estudios se habían distanciado a su vuelta del master, cuando la muerte de sus padres le convirtió en una persona incómoda para aquellos jóvenes que aún estaban buscando la manera de relacionarse con el mundo adulto; que ignoraban

si debían obviar el tema o, por el contrario, tratarlo con naturalidad. Las desgracias ajenas son difíciles de conllevar cuando no existe verdadera compenetración y la empatía llega a cansar, convirtiéndose en una losa similar a la compasión. Pese a todo, algunos de aquellos compañeros de sus años universitarios aún seguían en su agenda y se llamaban con cierta regularidad, cada pocos meses, concertando una cena un par de veces al año. Era suficiente así. Mario disfrutaba pasando un rato en sociedad de tanto en tanto, pero entre estas citas con el pasado y aquellas otras a las que se veía obligado por su trabajo, tenía más que completa su vida social. No necesitaba más. Luego, estaban su tío Domingo y su prima Natalia, para quienes siempre estaba disponible. Era cuanto deseaba. Y, si en alguna ocasión, la cena con alguna conocida tenía visos de acabar en algo más, procuraba dejar antes bien claro que él no buscaba ningún tipo de compromiso; no quería que se llamase a engaño ni que presupusiera, por su parte, un interés mayor del que en realidad sentía. Así estaba bien; sin grandes vínculos que pusieran cortapisas a sus deseos de conocer el mundo, que pretendieran anclarle contra sus más íntimos afanes, que coartasen su libertad; sin amores que le volviesen a exponer al dolor y a la pérdida, que trastocaran la vida que tanto le había costado construirse. Así es como quería seguir viviendo.

Pero a pesar de este aislamiento voluntario, en algunos momentos era consciente de necesitar al grupo, de añorar la calidez de su compañía y el fácil abandono que suponía el poder disolverse en él por un instante. Hoy, en la soledad de la temprana noche, Mario comprendía que hacía mucho tiempo que no había sentido una necesidad tan acuciante de escapar a la soledad. Sabía que más tarde recibiría la llamada de su prima, preocupada por él tras enterarse de la noticia. También sabía que faltaban varias horas hasta ese momento y él no se imaginaba cómo podría soportarlas. Comprendía que no buscaba consejo, pues la decisión que tomase debía ser solo suya, y aun así, extrañaba el rumor de otras voces que se preocuparan por él, la proximidad de otro cuerpo con el que compartir su angustia, aun cuando solo fuese con el roce de una mano.

Tratando de mitigar su soledad, deambuló por la Plaza de Santa Ana, parándose aquí y allá, junto a la multitud, acercándose a las terrazas innumerables en las que, pese al frío, la gente se apiñaba bajo el abrigo de unas altas estufas. Pasó junto a la cervecería Santa Ana y se acercó a la fachada del hotel Reina Victoria; dudó si caminar hasta los mosaicos de la Villa Rosa, pero decidió bordear el hotel para llegar a la Plaza del Ángel, deteniéndose frente al Café Central. Sin dudarlo, pasó a su interior, acercándose a la barra al ver que todas las mesas de mármol estaban ocupadas. Iba por allí con frecuencia a escuchar jazz. Hoy era demasiado pronto, pero bien podría tomarse un café. Agradeció el saludo de un camarero que lo reconoció como cliente habitual y se entretuvo en el rito de abrir el azucarillo, verter una mínima parte en la taza y remover despacio.

—Siempre de derecha a izquierda —se dijo—. ¿Por qué siempre se revuelve en ese sentido? ¿O lo hago solo yo? Quizá los demás eligen el giro opuesto o cambian hacia la derecha o hacia la izquierda, según les apetezca. Pero no. Creo que es una costumbre bastante general. Esta mañana, mi vecina Pilar hizo lo mismo con su cortado, que me acuerdo perfectamente.

Se dejó llevar por los recuerdos del día antes de preguntarse si ese primer café matinal con la mujer a la que llevaba saludando casi a diario desde que vivía en su actual casa no tendría la culpa de sus dudas sobre Brasil. Se había levantado deseando obtener el puesto y, apenas unas horas después, había sentido algo semejante al pánico ante la idea de marchar. Lo único que podía justificar el cambio era ese breve encuentro con Pilar. Era ridículo. Aquella mujer tenía hijos, debía estar casada. ¿Cómo podía interesarle? Si ni siquiera era demasiado guapa. ¿Cómo podía poner en peligro su futuro en Brasil por unas cuantas palabras corteses? Si, con casi total seguridad, ella no sentiría ningún interés por él. Aunque en el hospital creía haber distinguido en Pilar la misma alegría que a él le había producido el encontrarla allí. ¿Qué le estaba pasando? Le

gustaba su voz grave; siempre le había gustado, desde que empezaron a coincidir. Su voz.

De pronto se recordó escuchando a Maribel reírse desde el despacho de su hermano mientras él esperaba en la antesala. Aquella risa le había encandilado del mismo modo en que la voz de Pilar le atraía de forma incomprensible. ¿Tendría él algún tipo de trastorno obsesivo? ¿Sería algún tipo de fetichista sin saberlo? ¿A cuento de qué esa fijación por las voces?

Mario había acabado ya su café, pero no deseaba salir todavía a la calle, por lo que se pidió otro, sin pensar en que quizá tanta cafeína le impediría dormir aquella noche. De todos modos, se tranquilizó cuando se encontró con la nueva taza delante y la mirada sorprendida del camarero, tengo mucho en lo que pensar, mucho que decidir. Si no duermo, mejor. Porque dejando a un lado el tema de su vecina, aún debía optar por aceptar o no el puesto en Brasil. Y luego estaba la otra historia, la de sus orígenes.

Quizá debería ser eso lo primero que tuviera que considerar; quizá le conviniese tomar una decisión en lo más simple primero, para abordar después lo más serio con mayor tranquilidad de espíritu. De hecho, el tema de su pasado no le parecía tan relevante como el otro, como el que tenía que ver con su futuro. Porque, al fin, ¿qué era lo que necesitaba decidir a ese respecto? ¿Si quería conocer a su madre biológica? Pero si ni siquiera con el adjetivo aquella mujer que le había parido podría ser su madre. ¡No, jamás! Su madre era, y siempre sería, Paloma, quien le había enseñado a ir en bicicleta, quien le había mimado y cuidado en tantas anginas infantiles, quien siempre intercedía por él ante su padre, quien estuvo a su lado en el hospital cuando la apendicitis, quien nunca dejó de mirarle con ternura, quien siempre se habría sentido orgullosa de él de habérselo permitido la vida. Paloma era su madre y nadie podría suplantarla. ¿Qué importancia podía tener que no le hubiese tenido en su vientre? Más amado se sentía ahora que sabía que había sido elegido de forma voluntaria, que no había aparecido en su hogar por un azar o un descuido. ¿Y la otra? ¿La que sí le había concebido sin desearlo? ¿La que le había entregado al nacer? ¿Qué más daba que se tratara de cobardía o generosidad? ¿O acaso había alguna diferencia?

Ese era el problema. Mario comprendía que, en realidad, no estaba enfadado con Paloma, aunque lamentara que no hubiese tenido el valor de contárselo. Quizá pensaba hacerlo más tarde y ya no pudo. ¡Quién sabe! Pero con quien sí estaba indignado era con aquella mujer que, siendo casi una niña, le había concebido para abandonarlo después. Poco importaba que el resultado de aquella decisión le hubiese beneficiado, que su vida hubiera podido ser muy distinta de haber decidido ella quedarse con él, incluso que lo hubiese hecho como un gesto de amor hacia aquel niño al que deseaba un mejor futuro que el que ella podría darle. Importaba poco. ¿Generosidad o cobardía? ¡Daba igual! Porque, ¿para qué engañarse? Mario dudaba de que, siendo tan joven y encontrándose en una situación tan extrema, la joven madre hubiese sido capaz de sopesar todos los factores de su problema. Porque Mario había sido un problema del que había decidido deshacerse, por mucho que tratara de disfrazar su rechazo con la excusa de pretender para su hijo un mejor porvenir. Comprendía que se hubiese auto convencido de que su amor hacia aquel bebé era mayor que sus propios anhelos de retenerlo a su lado.

Era humano disfrazar la debilidad. Era hasta aceptable que una adolescente pintara su cobardía con los colores del sacrificio. Había que engañarse. Para seguir viviendo, para poder mirarse al espejo cada mañana, para no despreciarse hasta el punto de que la propia flaqueza se convirtiera en un arma que agrandase la herida día tras día. La muchacha tenía que perdonarse para seguir adelante. Sí, Mario lo comprendía. Y hasta compadecía la lucha interna que hubo de padecer la joven, casi una niña aún, y enfrentada a una disyuntiva lacerante, destructiva.

Lo que no aceptaba era su aparición repentina ahora, al final de su existencia. ¿A quién

pretendía engañar? No se trataba de que quisiera saber cómo le había ido la vida al hijo abandonado. ¡Ni mucho menos! Era, tan solo, que ansiaba perdonarse, que precisaba convencerse de que había tomado la decisión correcta. Ahora, con la muerte cercana, le urgía cerrar la llaga, le tardaba el momento de ser perdonada para poder perdonarse.

Mario no se consideraba un cínico, pero tampoco era un incauto. La repentina curiosidad de quien le había abandonado no respondía a un verdadero deseo de interesarse por él o por su vida. Se debía, más bien, a un perentorio anhelo de poder afrontar la propia desaparición con el convencimiento de no haber dejado cabos sueltos, con la certeza de que los propios actos, por cuestionables que pudieran parecernos, podían justificarse. Buscaba su íntima tranquilidad; encontrar una paz que quizá le había sido esquiva durante toda su vida. Y Mario lo podía comprender. Era humano. Hasta podía compadecerse de aquella mujer que se había tenido que perdonar una y otra vez por una decisión tomada cuando era casi una niña, que había debido componerse como individuo con un bagaje tan pesado. ¡Toda una vida de auto reproches era algo que nadie podría resistir! ¡Una existencia entera tratando de aceptarse, de asimilar la propia derrota, de fingir sin lograr embaucarse...! Mario lo entendía.

Pero, aunque a nivel intelectual pudiese admitir la necesidad de aquella mujer de falsear sus motivos para reconciliarse consigo misma, con dificultad podía perdonarle el haberlo involucrado. ¿O acaso no comprendía las consecuencias de sus actos? ¿No había sospechado que estaba abriendo una caja de Pandora? ¿Había sido tan ingenua de suponer que sus pesquisas no afectarían a terceros? ¿No se había planteado que también sus hijas, con las que había convivido y a las que había cuidado toda su vida, podrían verse afectadas por su decisión de revolver el pasado? Y por supuesto él. Ahora allí estaba él, debiendo decidir si quería conocerla o si prefería ignorar a conciencia esa parte de su vida. Lo segundo sería lo más fácil, sin duda; por lo menos de manera inmediata. Su tío podía contestar que nada sabía de él o, si la compasión superaba la conveniencia, que sí sabía y que todo le iba bien. Él quedaría al margen y ella podría seguir adelante, satisfecha, pensando que había tomado la decisión correcta, sin tener que confesar nada a sus hijas, complacida en su fuero interno consigo misma, serena para enfrentarse a la muerte. ¡Sería lo mejor! Por lo menos para ellas tres; para su madre y sus hermanas.

¿Y él? ¿No se arrepentiría más adelante de no haber entablado relación con quienes tenían su sangre? ¡La vida da tantas vueltas...! ¿Cómo podría estar seguro de que no lo lamentaría para siempre? Porque si ahora no entraba en contacto, jamás podría hacerlo después, cuando ya hubiese muerto la única que podía ratificar su historia. Sus hermanas no le creerían si aparecía por allí años después revelando el secreto materno. Ni tampoco le perdonarían el no haberlo descubierto antes, cuando aún podría haber conocido a la madre común. ¡Sus hermanas! Siempre había deseado tener hermanos y ahora le aparecían dos de pronto.

Pero todo era ficticio y engañoso; el cariño no aparece porque se compartan los genes sino por las experiencias y recuerdos comunes. Y, no obstante, le apetecía conocerlas; sentía curiosidad por saber si se parecían a él de algún modo, si se podría reconocer en ellas. ¿Y si no era así? ¿Y si descubría su identidad para comprender que nada tenían en común y encontrarse con unos parientes desconocidos, quizá, incluso incómodos? ¿A cuento de qué tanto sentimentalismo barato? Podrían compartir la misma sangre, algún rasgo físico tal vez; pero nada más. Todo lo que era producto de la educación sería diferente, distanciador. ¿Entonces? ¿Qué hacer entonces?

Mario tuvo que admitir que lo que realmente le gustaría sería conocer a las mujeres de su familia a escondidas, para poder elegir entre aparecer o seguir oculto, en función de lo que viese en ellas. Pero aquello sería de una cobardía extrema y él no era cobarde ni apocado. No podía aprovecharse de la posición de poder que le otorgaba el anonimato. Debía optar por presentarse o

no de manera abstracta, desde una postura intelectual. ¿Estaba dispuesto a reconocer su parentesco con independencia de las consecuencias? ¿A aceptar que tenía una madre y unas hermanas con las que quizá no compartiera nada más que la herencia biológica y a las que se vería obligado a seguir tratando en el futuro, ya fuese con indiferencia o aun con disgusto? Porque, una vez dado el primer paso, su carácter le impediría retraerse y asumiría las responsabilidades que creyese le correspondían. ¿Podría ignorar la enfermedad de su madre o los posibles problemas de sus hermanas? No. Era evidente que no.

Y ese era la cuestión. Que tenía miedo. No tanto del hecho en sí de aceptar el parentesco y darse a conocer, como de los efectos que de ahí derivasen. Tenía miedo de sí mismo, que no de ellas. De que su sentido de la responsabilidad le impidiese seguir adelante con su vida, le exigiera renunciara, le forzara a entregar la más nimia parte de su ser que con tanto afán se reservaba.

Y eso era injusto. Para ellas, pero también para él. Daría cualquier cosa por atrasar el reloj y poder evitar lo sucedido. Anhelaba que jamás su madre biológica hubiese deseado saber de él. Pero todo era inútil y, por mucho que se indignara, por mucho que se sintiera incapaz de perdonarle su curiosidad, las cosas habían cambiado y nunca volverían a ser como antes. En adelante, con independencia de su decisión, siempre sabría que la mujer que le había parido y estaba enferma, quizá ya muerta, también había tenido otras dos hijas. Dos hermanas que lo ignoraban todo. ¿Quién era él para trastocarles la vida? Mejor callar. ¿Quién era él para mantener el engaño? Mejor hablar. Por ellas, que no por él. Le habían lanzado la pelota a su tejado y debía ocultarla o devolverla. Trastocar sus vidas o aceptar, tan solo, que se hubiese perturbado la suya. Sin ulteriores consecuencias, sin otros damnificados.

¡Si tan solo pudiese convencerse de que era su preocupación por sus hermanas, y no el propio terror al vacío, a lo desconocido, lo que le empujaba a tomar la decisión más cómoda! ¡Si fuera capaz de persuadirse!

VII

Pilar no se lo podía creer. No lograba reaccionar. Era imposible que fuese cierto. De hecho, había insistido a Miguel para que revisara de nuevo todas las pruebas, por si había algún error. Pero no. Era así. No había vuelta de hoja. Se había preparado tanto para lo peor que no lograba asimilar que estaba bien; que lo que se había palpado en el seno izquierdo no era nada; que toda la revisión que le habían hecho indicaba lo mismo, que no había metástasis ni recidivas. Estaba bien, de momento. Y era incapaz de creérselo. ¡Llevaba tantas semanas haciéndose a la idea! ¡Qué tonta! Se había dedicado a limpiar los cajones, los armarios, a desechar todo lo que no quería que los demás viesen, a clasificar sus recuerdos, a indicar sus deseos, convencida de que el tiempo se agotaba. ¡Y resulta que no! ¡Que tenía toda otra vida por delante! ¡Al menos todo un largo año de prórroga! ¡No sabía si llorar, si saltar de alegría, si ponerse a bailar en medio de la calle, si gritar toda la tensión acumulada!

Y, como no sabía cómo responder, se quedó allí, quieta, en el portal de la clínica, viendo pasar a la gente, abrazándose a sí misma porque sentía un frío creciente que la hacía tiritar. Le parecía haber perdido, de pronto, toda su energía, aunque le resultase difícil de entender esa lasitud, ese sorprendente desánimo, esa inesperada languidez. Quizá, su lucha por mostrar entereza y serenidad había acabado por vaciarla, por dejarla exangüe, y necesitaba encontrar la manera de recobrar sus fuerzas. ¿Cómo era posible? Si era tan dichosa, ¿por qué no alcanzaba a recobrase de la sorpresa? ¡Si estaba bien...!

Solo cuando la tirantez de la piel de sus mejillas le hizo comprender que había estado llorando, se impuso reaccionar y empezó a caminar por la acera. Al pasar delante de una pastelería que conocía bien, decidió entrar a comprar unos dulces para celebrar la noticia con sus hijos, esa noche. Luego, recordando que debía pasar todavía por la academia de Silvia, se permitió el pequeño lujo de coger un taxi porque, aunque no estaba lejos de casa, se sentía incapaz de regresar en metro. Pidió que parase frente al cajero cercano y sacó el dinero que necesitaba. Colocando aún la solapa del bolso por encima, aunque sin haber cerrado la cremallera interior, con los guantes en los bolsillos del abrigo y el paquetito de la pastelería colgando de dos de sus dedos, reanudó la marcha.

Supo lo que iba a pasar antes incluso de notar una presión en las costillas. Apenas un instante antes percibió que los pasos que la seguían eran amenazantes y sintió cómo se le erizaba el vello. El joven que la agarró del brazo, rodeándola hasta quedar frente a ella, le gritaba en susurros que callase, que no iba a pasarle nada si obedecía.

Pilar soltó la bandeja de pasteles para abrir el bolso y sacar la cartera. Al hacerlo, el joven observó el anillo que llevaba en su dedo anular y le exigió que se lo diera primero.

—¡Todo, tía! ¿Te enteras, joder? ¡Las joyas también! ¡Venga, suelta el pedrusco ese!

—¡Si no vale gran cosa! ¡De verdad! Es un recuerdo. Por favor, te lo doy todo menos el anillo.

—¿Pero tú de qué vas, tía? ¿No te enteras, o qué? ¡Me cago en la hostia! ¡Venga, no me cabrees, gilipollas!

Pilar metió la mano en el bolso para sacar el monedero mientras giraba la piedra de la sortija hacia la palma. De pronto, ya no sentía miedo. Estaba indignada. No podía aceptar que aquel individuo le quitase sus cuatrocientos euros y el regalo de Azucena. Necesitaba el dinero. Había que pagar la academia y tenía que comprarle unas botas a Silvia y un anorak a Francisco.

No tuvo tiempo de pensar en lo que iba a hacer, pero sabía que solo tendría una oportunidad

de pillarle por sorpresa para escapar. Sacó el monedero del bolso y fingió que el miedo la hacía temblar con torpeza, incapaz de manipular la cartera, que acabó por dejar caer al suelo. Soportando los improperios del joven, que cada vez estaba más nervioso, se agachó a recogerla y, tras levantarse y tenderle la mano, aprovechó el instante en que él bajó la mirada para abofetearla con todas sus fuerzas. Intentó alejarse corriendo durante ese segundo de confusión, pero él, comprendiendo su propósito, le agarró con fuerza del brazo. Al mostrar al descubierto su mejilla, Pilar observó cómo la aguamarina había dejado su huella en la piel blanquecina del muchacho.

* * *

Mario había regresado a su barrio. No sabía bien cómo se le había podido ocurrir, pero había llegado a pedir un tercer café en el Central y solo la cara de sorpresa del camarero le impidió tomárselo. Entonces comprendió que debía volver a casa, que tal vez, tras unas horas de sueño, sería capaz de tomar las decisiones que le aguardaban. Quizá mañana viese las cosas con más claridad. Aunque estaba cansado después de su caminata, decidió coger el metro en lugar de un taxi, consciente de que lo hacía por un inconfesable deseo de retardar el momento de hallarse a solas consigo mismo en su piso. Tardaría bastantes horas en poder dormir y no sabía cómo iba a pasar ese lapso de tiempo, convencido de que la música, que solía serenarlo, hoy no lo lograría. Pero ya había deambulado bastante. Ya era hora de enfrentarse a la soledad de su casa.

Cerca ya de su manzana, creyó vislumbrar la silueta de Pilar, con su abrigo y un paquetito colgado de la mano. Acababa de bajar de un taxi y se acercaba al cajero que había en la acera de enfrente. De algún modo, estaba seguro de que era ella, aunque la escasa luz de la calle le impidiese, en realidad, vislumbrar nada a esa distancia con la suficiente nitidez. La farola que debía alumbrar la zona cercana a su portal hacía días que apenas iluminaba con un resplandor anaranjado. Pero Mario sabía que era ella y se detuvo para ver qué hacía. Le apetecía encontrársela, aparecer como por casualidad y charlar con ella, aunque solo fuese unos minutos, en el portal o en el ascensor. Se acercó a la pared y, protegido por las sombras de los edificios y de los árboles, observó cómo acababa de utilizar el cajero y se disponía a seguir hacia la izquierda. Mario comprendió, decepcionado, que no volvía a casa, y, lamentándolo más de lo que estaba dispuesto a aceptar, pensó que era inútil seguir esperándola.

En ese instante, un joven se acercó a Pilar y Mario no necesitó más que un segundo para comprender lo que pretendía. Dudó sobre qué debía hacer; tal vez fuese mejor no intervenir para evitar que, por los nervios de haber sido descubierto, el muchacho acabase por hacer alguna tontería. A Pilar se le cayó el monedero. Debía estar muy asustada. Mario decidió actuar. Aunque no fuera lo más prudente, no podía soportar dejarla pasar por ese trance sola, sin intentar ayudarla. No obstante, cuando iba a avanzar su primer paso, varias circunstancias simultáneas le impidieron proseguir de inmediato. No podía creer lo que estaba viendo. Pilar había abofeteado a su asaltante e intentado huir, pero este la había agarrado por el brazo y parecía fuera de sí. Al mismo tiempo, la sombra de un hombre que debía encontrarse en el portal de su propia casa, o quizá en alguno otro cercano, salió disparado hacia la pareja. Mario supo que había llegado el momento. Entre él y aquel desconocido podrían hacer frente al joven. Se abalanzó hacia el otro lado de la calle, pero antes de lograr cruzar la calzada, vio caer al suelo al anónimo salvador mientras el atracador salía huyendo.

Se acercó a Pilar, que se había quedado paralizada a los pies del hombre herido, el bolso tirado en el suelo, junto a lo que parecía una bandeja de pasteles, la cartera abierta, dejando

asomar unos billetes de 50 €.

—¿Estás bien? ¡Pilar, dime! ¿Estás bien?

Las palabras de Mario parecieron sacarla del letargo y se inclinó junto a quien había querido protegerla.

—¡Paco, Paco! ¿Pero qué has hecho? ¡Ay, Paco!

Le conocía. Sabía su nombre. Mario intuyó que el dolor por la proximidad del herido impedía que Pilar dejase actuar a la profesional, así que llamó al 112, explicando la situación con claridad, para, a continuación, inclinarse junto a ella. El hombre sangraba por el costado y Mario le presionó la herida con un guante, mientras Pilar se limitaba a acariciarle la cara y a lamentarse.

—¿Es grave? ¡Pilar, vamos! ¡Tienes que ayudarlo! ¿Qué podemos hacer hasta que llegue el Samur?

Quizá la urgencia de su voz, o el verle intervenir pese a su ignorancia, hicieron que Pilar olvidase su angustia y volviera a ser la enfermera capaz que había mostrado ser aquella mañana, ya tan lejana. Apartó las manos de Mario de la herida.

—¡Aguanta, Paco! Que enseguida llega la ambulancia. ¡Venga! ¡No me dejes ahora! ¡Aguanta!

El herido quiso hablar, pero su voz era apenas un susurro. Volvió a intentarlo, sonriendo, y Mario creyó entender que decía algo de un trabajo. Pilar se aproximó a él y siguió hablándole con dulzura mientras le presionaba el costado con sus dos manos, sin importarle las lágrimas que rodaban por sus mejillas. Mario se incorporó para dejarles espacio y, desde la nueva perspectiva que le proporcionaba la altura, observó lo inútil de todo esfuerzo. En el suelo se estaba formando un charco de sangre que crecía despacio, pero inexorable. La sirena de la ambulancia aullaba cada vez más cerca, hasta detenerse a su lado. Se apartó mientras los sanitarios trataban de lograr que Pilar los dejase trabajar. Ella se levantó, desorientada, mirándose las manos ensangrentadas. Mario se acercó y le ofreció un pañuelo.

—¿Te encuentras bien, Pilar?

—¡Es Paco! Paco, mi ex marido. ¡Ha encontrado trabajo! ¡Ahora! ¡Justo ahora!

—¡Se pondrá bien! Ya lo verás. Seguro que se recupera...

Mario no pudo seguir mintiendo. Había llegado un coche patrulla y querían hablar con ellos, así que les explicó lo que había visto mientras seguía pendiente de Pilar, quien a duras penas conseguía mantener un discurso coherente, interrumpiéndose de tanto en tanto a causa de unos sollozos que trataba de controlar con poco éxito. La ambulancia se llevó al herido mientras ellos acababan de responder a las preguntas de los agentes y las escasas personas que se habían arremolinado a su alrededor comenzaban a marcharse. Después, también se fue la policía y se quedaron solos en la calle, junto al charco de sangre y la bandeja pisoteada. Alguien había devuelto a Pilar su bolso, quien lo abrazaba como un tesoro mientras miraba hacia el suelo casi sin pestañear. Mario siguió su mirada hasta los restos de los pasteles que traspasaban el fino papel que los había envuelto. Se agachó y, recogiendo los restos por el cordel para evitar mancharse, los depositó en un contenedor cercano.

—¡Eran para mis hijos! Esta noche quería que celebráramos algo y ya ves... ¿Cómo les digo lo que ha pasado?

—¡Vamos! Si quieres te acompaño y os llevo luego al hospital.

—¿En serio? ¡Te lo agradecería muchísimo! No sé a quién llamar...

—¡Pues claro! ¡Faltaría más! Vamos primero a mi casa y te lavas un poco, que no te vean así, ¿quieres?

Pilar se miró las manos ensangrentadas y, como si el color de la sangre le recordara lo sucedido, volvió a llorar en silencio. Mario la abrazó por los hombros y así, sujetando su figura

deslavazada, la llevó hasta el portal y la condujo a su casa. Una vez dentro, como si de una niña se tratara, le quitó el bolso y la acompañó al cuarto de baño.

—¡Dime si necesitas cualquier cosa!

Cerrando la puerta tras de sí, se dirigió a la cocina a preparar un café bien cargado y luego, volviendo sobre sus pasos una vez que la cafetera ya estaba en marcha, esperó a Pilar frente a la puerta del baño. Pensó que era ridículo que se quedara allí, de pie junto a una estantería baja. Que ni siquiera tenía la excusa de decir que lo hacía para que Pilar no se perdiera, puesto que, en el espacio diáfano en que consistía su casa, solo dos puertas impedían la visión de cualquier rincón; una era la del aseo de invitados, donde ella se hallaba en ese instante, y la otra, al final de esa misma pared, era la que daba paso a la zona de su dormitorio. Pero la isla de la cocina era visible con toda claridad desde donde se encontraba y, tras esta, podía distinguir a la perfección la cafetera, que comenzaba a escupir su café con un sonido que nunca le había parecido tan estruendoso como entonces. Se acercó a separarla del calor y, en ese momento, oyó el sonido de una puerta al abrirse. Se giró para ver a Pilar acercarse a él, muy pálida, pero con una curiosa sonrisa en la cara.

—¿Estás mejor? Te he preparado un café. Creo que te sentará bien algo fuerte y caliente. Algo para entonarte antes de bajar a... ya sabes...

—Sí, supongo que sí. Nunca tomo café de noche —dijo Pilar mientras se sentaba en uno de los taburetes que había junto a la isla.

—Yo tampoco. Bueno, normalmente, quiero decir —se corrigió Mario al recordar sus dos tazas previas en el Central, consciente de que esa tercera le impediría conciliar el sueño el resto de la noche—. Tienes mejor aspecto. Hasta diría que me ha parecido verte sonreír. ¿Cómo te encuentras?

—¡Bien! Estoy bien. Por lo menos, todo lo bien que puedo estar, dadas las circunstancias. Lo de la sonrisa ha sido involuntario. Un recuerdo de infancia que me ha venido a la cabeza en tu baño. En realidad, es la segunda vez esta noche que lo evoco sin pretenderlo.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—Sí, claro. Verás, es que tienes un baño tan blanco, tan luminoso, tan brillante... Cuando era niña conocí otro similar; aquél era más grande, pero la sensación era la misma. También allí tuve miedo de manchar las toallas al secarme, como si fuese un delito horrible profanar su blancura. Y hoy, aquí, también me he sorprendido limpiando angustiada la pila y secándome en los pantalones para no dejar rastro de mi presencia. Me ha resultado gracioso comprobar cómo, a pesar de los años pasados, todavía me intimida, o me impresiona o ¡qué sé yo!, el blancor inmaculado de un baño. Es una tontería, ya ves.

—Bueno, no tanto. A mí siempre me ha parecido que el blanco es el color más agradable y acogedor. Lo de la limpieza y eso no es mérito mío. La asistenta, que es muy concienzuda y, como yo estoy solo y mancho poco, puede permitirse limpiar sobre lo ya limpio. Si quieres que te sea sincero, creo que se pasan los meses sin que yo entre en ese aseo, así que me alegro de saber que está impecable.

—Sí; estaba perfecto, impoluto. Felicítala de mi parte.

Se tomaron los cafés en silencio. Mario se bebió el suyo de un trago, pensando que, de buena gana, se habría bebido otra cosa, y observando cómo Pilar daba pequeños sorbitos mientras agarraba la taza con ambas manos, quizá intentando contagiarse de su calor. Cuando apuró la taza, levantó la cara hacia Mario y le preguntó si quedaba más.

—¡Sí claro! Pero, ¿estás segura? ¿No te sentará mal? ¡A ver si no te deja dormir! —contestó mientras se acercaba a servirle de nuevo.

—Por eso quiero otro. Porque no creo que esta noche vaya a descansar mucho. Paco está muy mal, ¿sabes?

—¡No, mujer, no pienses eso! ¡Ya verás cómo lo salvan! No tires la toalla, que tus hijos se van a dar cuenta.

—Ya. Tienes razón, pero es que sé que es muy grave. Ha perdido mucha sangre, quizá demasiada... He visto la cara de los del Samur y sé lo que significan esas miradas. No te olvides que soy del gremio. Quizá logren estabilizarlo, pero ni siquiera eso querrá decir nada. Habrá que esperar...

—Pues espera lo mejor. No lo des por perdido antes de tiempo.

—¿Sabes lo más ridículo de todo? Paco llevaba mucho tiempo en paro y hoy ha encontrado un trabajo. Ha venido a decírmelo; por eso me estaba esperando, para que lo celebráramos juntos.

—Ya, por eso los pasteles, ¿no?

—¡No, qué va! Los pasteles eran por algo que yo tenía que celebrar. Habría sido una noche estupenda si no se me hubiese ocurrido hacerme la chulita...

—¡No te culpes! Tú has hecho lo que te parecía mejor en ese momento. Nunca se sabe cómo va a reaccionar uno ante situaciones de tanto estrés y está claro que tú estás acostumbrada a hacer frente a la tensión; será por tu trabajo o por tu carácter, quién sabe, pero estoy convencido de que pocas personas habrían tratado de escapar tal y como has hecho tú.

—¡Ojalá le hubiese dado el dinero y el anillo! Supongo que me habría dejado ir sin hacerme ningún daño. Y ya ves, ahora, por no querer darle la sortija, me ha matado a Paco. ¡Ojalá me hubiese rajado a mí! Habría sido mejor para todos.

—¡No digas eso! ¡Lo hecho, hecho está! No hay vuelta atrás. Has actuado como has considerado conveniente y no eres responsable de lo sucedido. Métetelo en la cabeza. ¡Tú no tienes culpa de nada! El culpable es el ladrón, no tú. Y, además, no debes torturarte pensando en quién habría sido preferible que resultara herido. Vuestros hijos os necesitan a los dos. En especial a ti, que es con quien viven. ¿Vale? Y yo también; ¿a quién voy a saludar por las mañanas si no? ¡Venga! ¿Has acabado? Pues vamos a tu casa a hablar con los chicos, que aún tenemos que llegar al hospital.

Mientras Mario cerraba con llave la puerta de su apartamento y llamaba al ascensor, creyó conveniente recordar a Pilar que no deseaba imponer su presencia, que solo pretendía ayudar en la medida de lo posible.

—Bueno, quizá prefieras que me quede fuera mientras se lo cuentas. Si quieres os espero en el garaje.

—¡No, no, por favor! Si no te importa entrar conmigo, te lo agradecería mucho. Me ayudarás a controlarme.

—¡Perfecto! Pero, si no quieres angustiarles más de lo debido, deberías tratar de cambiar de expresión. Si entras en casa con esa cara se van a temer lo peor.

—¡Es que es lo que yo me temo, lo peor!

—Ya, si lo comprendo. Pero tal vez deberías darles un respiro, dejarles un resquicio de esperanza. ¡Nunca se sabe! Quizá lo salven y, entonces, tus hijos habrían sufrido inútilmente pensando que perdían a su padre. Deja que se preocupen, pero que no se entristezcan más de la cuenta, que no se torturen más de lo que puedan soportar. Son muy jóvenes.

—¡Sí, claro! Tienes mucha razón —respondió Pilar mirándole a los ojos—. Toda la razón del mundo. Por un instante he olvidado que es mi obligación tratar de protegerlos incluso del dolor inevitable. He bajado la guardia. ¡Menos mal que me lo has recordado! Procuraré fingir una tranquilidad que no siento, pero ayúdame, por favor, si ves que voy a fracasar.

Pilar cerró los ojos y suspiró un par de veces, como si con el aire deseara que recorriese su cuerpo una paz fingida, pero creíble. Mario observaba en silencio su piel pálida, las profundas ojeras que resaltaban sus ojos, las dos pecas de su mejilla izquierda, que ignoraba conocer tan bien. Y, cuando ella abrió los párpados y le descubrió observándola, no trató de ocultar su mirada.

—¿Preparada? —preguntó Mario, abriendo la puerta del ascensor.

—¡Preparada!

* * *

Camino del hospital, sentada en la parte de atrás del coche de Mario, junto a Silvia, Pilar miraba por la ventanilla mientras acariciaba el cabello de su hija, quien parecía haber perdido, de pronto, todos los deseos de parecer mayor e independiente y se había retraído a una actitud infantil de desamparo que sobrecogía a su madre. Desde que les explicara lo sucedido, Silvia parecía haberse encogido, replegado sobre sí misma, llorando en silencio, sin tregua, sin otro ruido que el de sus reiterados sorbos, con los que pretendía controlar el agüilla que le caía de la nariz, sin importarle las lágrimas que mojaban su rostro, sin otro movimiento que el de limpiarse la cara, de tanto en tanto, con la manga de la chaqueta. No había dicho ni una sola palabra; no había pronunciado ninguna pregunta. Como si, tras mirar a su madre, supiese que todo era inútil, que no cabía esperar lo imposible por mucho que le dijeran lo contrario. Pilar sufría por no haber sido capaz de engañarla, por no haber logrado tranquilizar sus temores con mayor contundencia.

Tampoco creía haber embaucado a Francisco. Su hijo sí le había preguntado por la gravedad de las heridas y ella intentó fingir una entereza y una esperanza que no sentía. El muchacho se había quedado callado unos minutos, tratando de desentrañar en los rasgos de su madre la verdad de lo que sus labios murmuraban. ¡Quién sabe cuánto tiempo habrían permanecido así, los tres, como estatuas de hielo, de no haber sido por Mario! Pilar había tenido razón en desear que le acompañase porque, cuando la situación parecía fuera de todo control, él tomó las riendas, pronunció las palabras de consuelo que ella era incapaz de musitar y mintió con una convicción absoluta. Había logrado dotar a la escena de una serenidad que habría sido imposible de no contar con su presencia y, sobre todo, les había obligado a reaccionar, a moverse.

Pilar comprendía que sus hijos sospechaban sus temores e intuía su angustia por la pérdida del padre; no solo porque le querían o, incluso, le preferían a ella misma, como en el caso de Silvia, sino también porque, aun cuando no fuesen capaces de formular sus miedos, debía aterrorizarles la idea de que podía marcharse aquel que se suponía iba a cuidarlos cuando ella no estuviera. Habían tenido tiempo para resignarse a aceptar la pérdida de la madre enferma, pero con mucha dificultad iban a poder asimilar con entereza la ausencia del padre sano y fuerte, de quien debía hacerse cargo de ellos.

Tenía que explicarles que ella estaba bien. De momento, estaba bien. Eso podría tranquilizarlos, al menos, un poco. Pero no sabía cómo hacerlo para que no pudiesen interpretarlo como una falta de delicadeza por su parte, como un rasgo de un egoísmo extremo que la llevaba a interesarse por ella misma en lugar de por quien más lo necesitaba en ese instante. Sabía que en situaciones como aquella había que ser muy cuidadoso para no herir las sensibilidades, que se hallaban a flor de piel. Temía que malinterpretaran sus palabras, su intención. Pero debía correr el riesgo. Por ellos. Por darles algo a lo que agarrarse. Para que no desesperaran. En cuanto tuviese ocasión se lo diría.

Mientras los reflejos de las luces de la calle se le confundían hasta formar una especie de haz

continuo, Pilar trataba de organizar las próximas horas. Debía llamar a Joaquina, su suegra, aunque lo que menos le apeteciera fuese tenerla allí, en el hospital, esperando que les dijeran cuáles eran las expectativas reales de recuperación o les dieran la noticia tremenda de la muerte. Quizá podría esperar un poco y avisarla cuando ya supiese algo, bueno o malo. Sí, eso sería lo mejor para ella, desde luego. Por lo menos no tendría que compartir con ella la incertidumbre. Conociéndola, seguro que su dolor sería extremo, como todo en ella, y Pilar se sentía incapaz de dominarse y de tranquilizar a sus hijos teniendo a su lado a una persona que disfrutaba haciendo alarde de su falta de autocontrol. Su suegra siempre había considerado que ella era la que más sufría, la más abnegada, la peor tratada, logrando convertirse en el centro de cualquier situación, de un modo u otro. Y Pilar nunca lo había podido soportar. Hoy menos que nunca. Estaba convencida de que, como Joaquina apareciera adoptando el papel de madre amantísima, ella, que siempre se había mostrado displicente con su hijo Paco, era hasta factible que Pilar perdiera los estribos y dejara de jugar a la nuera perfecta. Hoy no estaba para aguantar tonterías. Y menos las de su suegra.

Tal vez convendría que llamase a su cuñado Antonio primero, con la excusa de no decírselo por teléfono a Joaquina, para que no se impresionara mucho estando sola. Sí, era una idea estúpida. Antonio era un imbécil engreído, pero podría controlar a su madre y Pilar no tendría que ocuparse de atenderla. Era lo mejor.

Además, Pilar no tenía ninguna duda de que a Antonio le encantaría hacerse cargo de la situación, si es que sucedía lo que ella se temía. En realidad, Pilar sabía, con un convencimiento que le surgía de lo más hondo de su ser, que no había esperanza, que Paco se moría, si no había muerto ya. Cuando perdió el conocimiento, al poco de que llegara la ambulancia, Pilar se despidió de él, con la íntima creencia de que no volvería a verlo vivo, de que aquellas palabras que él acababa de decirle serían las últimas que le oyese pronunciar.

Ahora solo quedaba confirmarlo, consolar a sus hijos y organizar el entierro. Y sospechaba que todo no podría asumirlo ella sola. Así que dejaría a Antonio que se ocupara de las cuestiones prácticas. Era un hombre eficiente, al que le gustaba organizar y mandar; esta era su manera de sentirse importante, de convertirse en el centro. Antonio, en el fondo, se parecía mucho a su madre; quizá por eso fuese su hijo predilecto. Le gustaría que Pilar confiase en él para determinar lo que era más conveniente y para ella sería un alivio desentenderse. Decidido, pues.

Cuando se dio cuenta de que el dinero que había ido ahorrando para sí misma iba a tener que gastarlo en enterrar a Paco, le entraron unas extrañas ganas de reír. Pilar tuvo que morderse el labio para no soltar una carcajada ante lo irónico de la situación y la fuerza con que tensionó todos los músculos de la cara acabó por hacer que se le saltaran las lágrimas de nuevo. Comprendió que estaba peor, mucho más afectada, de lo que pensaba. Reconoció que, pese a lo que había sucedido entre ellos, Paco siempre sería su amor y el padre de sus hijos. Aún en el poco probable caso de que hubiese otros hombres, nunca ninguno ocuparía su lugar. Ante esta absoluta certeza solo pudo cerrar los ojos y sentir en su cuerpo la desgarradora velocidad con que se acercaba al hospital, mientras seguía acariciando el cabello de su hija y escuchaba sus sorbos.

VIII

Cuando Mario detuvo el coche frente a la puerta de urgencias para que Pilar y sus hijos no tuvieran que caminar y se despidió prometiendo que volvería en cuanto aparcase, ella se sintió desamparada. Solo alcanzó a desearle que tuviera suerte, tratando de imprimir a sus tres últimas palabras —*no tardes mucho*— toda la ansiedad que le provocaba su marcha.

—¡Tranquila! En seguida vuelvo —contestó su vecino, como si comprendiera la angustiada soledad que la atenazaba.

Tras pasar por la ventanilla de admisiones, se sentaron los tres en el fondo de una sala abarrotada de gente. Silvia, que seguía llorando, y Francisco, muy serio, se acomodaron juntos, mientras Pilar ocupaba un asiento libre en una fila cercana. Desde su posición podía observarlos sin que ellos se dieran cuenta, a no ser que girasen la cabeza por completo. Así vio cómo su hijo abrazaba a su hermana sin que ella protestara y cómo le daba un paquete de pañuelos de papel. Se sorprendió de que no se le hubiese ocurrido a ella, su madre, hacerlo antes, que se hubiese limitado a contemplar cómo la niña se limpiaba las lágrimas y la nariz con la manga derecha de su chaqueta, y sintió un orgullo inmenso por ese muchacho capaz de pensar en los otros en un momento tan doloroso. ¡Era un gran chico! Siempre lo había sabido. De los que se crecen en las desgracias, de los que pasan desapercibidos y solo muestran su verdadera fuerza cuando es preciso. Su propia enfermedad le había descubierto esas cualidades de su hijo y ahora comprendía que debía ser algo innato. Uno no aprende a ser así. Se es así. Y Francisco lo era, para alegría y alivio de su madre, quien sabía que Silvia siempre contaría con esa gran ayuda a lo largo de su vida. Era un consuelo.

Pilar reunió las fuerzas necesarias para llamar a su cuñado Antonio y acababa de colgar cuando vio a Mario entrar en la sala y buscarlos con la mirada. Le hizo un gesto con la mano, satisfecha de tenerlo de nuevo a su lado, pero él, antes de acercarse a su asiento, se detuvo a hablar con los chicos un instante.

—¡Ya estoy aquí! ¿Has visto qué poco he tardado? Parece mentira, pero he encontrado sitio muy cerca. ¿Te han dicho algo?

—No, supongo que todavía están trabajando...

—¡Eso es buena señal! Ya verás como sí.

Pilar no tuvo fuerzas para contradecirle, para explicarle que las cosas no eran así de sencillas. Que quizá estaban en quirófano, peleando el menor resquicio de esperanza, pero que sabía que las opciones eran pocas. No podía hacerse ilusiones. No obstante, aunque no contestó, supo que él entendía su reticencia cuando le respondió,

—Bueno, ya sé que tú eres la profesional y sabes más de esto que yo, pero no quiero que te hundas, ¿vale? Tus hijos parecen más serenos. Les he preguntado si querían tomar algo caliente, pero me han dicho que no. ¿Te apetece algo a ti?

—No, gracias. Estoy bien.

—¡Ya! Pero no habéis cenado. Quizá les vendría bien comer un poco; dentro de un rato, por lo menos. A los chicos, digo.

—Sí, dentro de un rato.

Pilar sintió que Mario la miraba con atención, sin decir nada. Ella tampoco tenía ganas de hablar. No porque prefiriera el silencio, sino porque no sabía qué decir. Se sentía vacía, ajena a esa situación en la que le parecía ser más testigo que actriz. Los murmullos de la sala, aunque comedidos, eran lo bastante intensos como para abotargar sus sentidos y despojarla de cualquier

capacidad de respuesta. Pasaron los minutos, alterados, tan solo, por las entradas y salidas de nuevos pacientes y sus familiares. Pilar los observaba como si le interesase, pero, en realidad, todo le resultaba indiferente. Solo deseaba que pasara el tiempo; que le comunicasen la segura noticia.

Mientras tanto, se limitaba a mirar hacia adelante, hacia lo que entraba en su ángulo de visión. Veía las nuca de sus hijos, tan inmóviles como ella misma; las cabezas de hombres y mujeres que se inclinaban para cuchichear con quien estaba a su lado; las puertas de acceso a los boxes, que se abrían con un estruendoso chirrido de tanto en tanto, provocando el silencio y atrayendo las miradas de todos los presentes en la sala, hasta que una voz enfundada en una bata blanca decía un nombre y casi todos retornaban a su anterior espera, mientras algún afortunado se apresuraba en levantarse.

Pilar sabía que también ella debía estar siendo observada por alguien que deseaba distraer la demora y quiso descubrir quién se sentaba a su espalda. Se giró hacia la derecha sin ningún comedimiento, sin intentar fingir excusa alguna, y tropezó con los ojos de una mujer que se encontraba sentada sola en la fila de atrás. La joven, que tendría unos treinta años, sonrió a Pilar como si no se sorprendiera, como si hubiese estado esperando su contorsión y su mirada. Pilar creyó devolverle la sonrisa y retornó a su postura inicial, mirando hacia el vacío que se abrió ante ella y en el que solo distinguía la cabeza de su hija recostada sobre el hombro de su hermano.

Durante un tiempo infinito permanecieron en silencio. Pilar, inmóvil, ausente, la respiración pausada, las manos arrugando un pañuelo sobre el regazo. Mario, pendiente de ella; mirándola, primero, de reojo y, más tarde, sin ningún recato, bebiendo con la mirada su perfil inerte, queriendo asegurarse de cada tenue parpadeo de sus ojos, del más leve aleteo de su nariz. Callados ambos. Petrificados a la espera de poder salir de su letargo.

La llegada de un hombre corpulento con una mujer mayor, a la que llevaba del brazo, hizo salir a Pilar de su sopor. Vio cómo se detenían a saludar a los chicos. La anciana, que ya tenía los ojos enrojecidos y se limpiaba sin cesar la nariz con un pañuelo de algodón floreado, comenzó a llorar de manera ruidosa mientras los abrazaba.

—Son mi suegra y mi cuñado —explicó Pilar a Mario—. Les he llamado mientras aparcabas. No me ha quedado otro remedio; aunque, si te he de ser sincera, no me apetecía nada que ella viniera. Ya ves lo escandalosa que es.

—Mujer, es su hijo...

—No, Mario, no te confundas. Si fuese un vecino poco conocido haría lo mismo. Le encanta ser el centro de todo. Además, no soportaba a Paco... No... le soporta. He avisado a Antonio, mi cuñado, para que se hiciese cargo de ella. Estaba segura de que como viniese haciendo el paripé y fingiendo que adoraba a su hijo, a lo mejor no me contenía y le soltaba una inconveniencia. Y no me equivocaba. ¡Creo que no voy a poder aguantarla mucho rato!

—¡Venga, ánimo! Olvídate de ella y piensa en tus hijos. Eso es lo más importante. ¡Tu ex suegra, que llore lo que quiera, si así se siente mejor! ¿Qué más te da? Ya se acercan. Me voy a la fila de atrás, que aquí no hay sitio para todos; si me necesitas solo tienes que darte la vuelta y acudo al rescate, ¿de acuerdo?

Presionándola en el hombro, trató de infundirle ánimo con la mirada y saludó a los recién llegados mientras les cedía su sitio. Ya en la siguiente hilera de asientos, dio las buenas noches con una sonrisa a su única ocupante, una joven de unos treinta y pocos años. La muchacha le devolvió el saludo y cambió sus pertenencias a la butaca de su derecha, para ceder a Mario la de la izquierda, colindante con la que él había ocupado, a fin de que pudiera dejar allí su abrigo.

—No se moleste; no es necesario —le rogó.

—¡Faltaría más! Tenemos toda la fila para nosotros solos, así que es una tontería estar incómodos —respondió la joven—. Aquí las esperas suelen ser largas. Por cierto, me llamo Carla.

—Tanto gusto. Yo, Mario. Por lo que dice, da la sensación de que viniese con frecuencia.

—Pues sí. Vengo más a menudo de lo que me gustaría. Sobre todo en los últimos tiempos. Es por mi madre, que no está bien.

—¡Vaya, cuánto lo siento! ¿Nada grave, espero?

—Sí, sí que es grave. Es un cáncer. Si la verdad es que no sé por qué hemos venido hoy. Ya no hay nada que hacer. Solo esperar y, si yo fuera mi madre, esperaría más a gusto en casa. Pero mi hermana es enfermera y creo que la ha convencido para venir; pensará que algo se podrá hacer para aliviarla... En fin, no sé yo... ¿Y tú? ¿Por qué estás aquí?

—He venido acompañando a una amiga.

—¡Hombre de pocas palabras! Ya sé que yo soy un poco... bueno, bastante, charlatana, pero ¡qué quieres! Llevo aquí cuatro horas sin nada que hacer. Se me puede perdonar que esté en plan cotilla, ¿no crees?

A Mario le hizo gracia la muchacha; su sinceridad, su sencillez, la tranquilidad con que se reía de sí misma eran cualidades que le agradaron hasta hacerle bajar la guardia de una discreción que en él era casi enfermiza.

—Su ex ha recibido un navajazo y está muy mal, según parece. Ella también es enfermera y cree que no va a salir de esta.

—¡Pues si ella lo dice, así será! Imagino que la señora llorona que te ha quitado el sitio será su suegra y los chicos de unas filas más adelante, sus hijos.

—¡En efecto! Veo que eres una excelente observadora.

—¡Hombre, ya me tuteas! ¡Ya era hora! Comprenderás que con la de horas que he echado en esta sala estas últimas semanas, teniendo por única distracción el mirar a mi alrededor, me estoy convirtiendo en una maestra. Me hago apuestas a mí misma. Por ejemplo, ¿ves a ese chico joven que está a nuestra izquierda, junto a la pared, en las filas laterales? Creo que ha venido con la chica que tiene al lado, aunque no se hablan. Parece que estuviesen enfadados y la culpa debe ser de él, porque no deja de mirarla y ella ni se inmuta. ¿Lo ves?

—¡Sí! La verdad es que parece que tienes razón.

—¿Y quieres saber por qué están aquí? Seguro que ni te lo imaginas.

—Pues no, la verdad, Y dudo que tú lo sepas. Como ejercicio de entretenimiento está bien, pero no creo que puedas adivinarlo.

—¡Hombre, comprobarlo, no sé si podré, pero hacer suposiciones... todas las que quiera! Eso es gratis. A ver, dime alguna posible causa que se te ocurra.

—¡No sé! Soy poco imaginativo, si quieres que te sea sincero. Puede haber mil razones...

—¡Ya, claro! Pero la más evidente suele ser siempre la verdadera. En esa situación, y teniendo en cuenta lo culpable que el chico parece sentirse, estoy convencida de que su presencia aquí tiene que ver con la píldora del día después. Ya sabes, un condón roto, mal puesto o algo así.

—¡Podría ser! —Mario no pudo evitar reírse ante la ocurrencia de la muchacha—. Lo que sucede es que nunca lo sabremos, ¿no?

—¡De eso nada! Cuando algún caso me parece muy interesante, le pido a mi hermana, como favor especial, que se entere de qué les pasa a las personas que he estado observando. ¡Vaya, no me mires así! ¡No te figures que trato de que desvele ningún secreto profesional! ¡Nada de eso! Solo le digo lo que yo opino y le suplico que lo confirme. Si acierto, estupendo; si no, pues me dice que he fallado y ya está, sin más explicaciones. Aunque no suele ocurrir, pese a que me esté

mal decirlo.

—¿Y cómo se entera ella?

—¡Hombre, eso es fácil! ¿No te he dicho que es enfermera? Trabaja aquí, así que conoce a la gente de recepción y solo tiene que acercarse y preguntar. Ni siquiera se tiene que inventar ninguna mentira, ni nada. Creo que ya les ha explicado a todos que su hermanita está un poco loca y entretiene la espera imaginándose historias. Cuando acierto, veo que se ríen y me miran con complicidad. Es un pasatiempo inofensivo, pero me distrae. No le hago daño a nadie.

—¡Por supuesto! A ver, ¿por qué no me explicas cómo has deducido que la señora a la que he cedido el sitio es la suegra de mi amiga? Podía haber sido su madre o algún familiar.

—¡De eso nada! Si hubiese sido su madre o familia o una amiga, se habrían abrazado. Se habrían consolado. Es evidente que es su suegra y que no se llevan muy bien, además, porque se han tratado con respeto, pero sin verdadero cariño. Y creo que tu amiga no la soporta. ¿No ves qué miradas le echa de vez en cuando? Con la preocupación del momento, la gente suele bajar la guardia y manifestar lo que siente sin tapujos. Tu amiga está harta de su ex suegra y hace de tripas corazón para soportarla sin decir ninguna barbaridad. La buena mujer debe ser un poquito plasta, de todos modos, porque mira, hasta el señor que la ha traído se impacienta a ratos. ¿Qué es, otro hijo?

—Pues sí, así es. ¿Y lo sabes porque...?

—¿Quién iba a ser, si no? Una mujer mayor en un hospital, acompañada de un hombre de mediana edad, solo puede tratarse de parientes muy directos; y lo más normal es que sean madre e hijo. No hace falta ser una lumbrera para darse cuenta. Además, ¿no te has fijado en cómo la llevaba del brazo? Con respeto, sí, pero, a la vez, parece bien capaz de ser tajante con ella. En un par de ocasiones creo que hasta le ha mandado callar, por cómo se miraban y cómo ella se echaba otra vez a llorar y a limpiarse la nariz. Eso no lo hace un sobrino, por ejemplo. Se necesita más confianza.

—No, supongo que no. A lo mejor sí que tienes dotes para la psicología. Más que yo, desde luego. Bueno, tampoco es que yo tenga mucha experiencia en las salas de espera de urgencias, la verdad.

—¡Dichoso tú!

—¡Lo siento! Lo que quiero decir es que nunca me he visto en la necesidad de entretener las horas muertas en un sitio como este.

—¡Vaya! ¿No tienes padres mayores o hijos pequeños?

—No. Mis padres murieron hace años en un accidente y no tengo hijos, ni pequeños ni grandes.

—Eso debe dificultar mucho las cosas, ¿no?

—Perdona, pero no entiendo a qué te refieres.

—Pues a tu relación con los hijos de tu vecina. Sin entrenamiento previo y con dos adolescentes hijos de separados... ¡No debe ser fácil!

—¡Pero si yo no tengo ninguna relación con ellos...! Acabo de conocerlos.

—¡No me lo puedo creer! ¿Y cuánto tiempo llevas saliendo con la madre?

—¡Si no salgo con ella! Creo que esta vez te ha fallado tu capacidad de deducción.

—¡Mira, no me tomes el pelo! Saldrás o no con ella, pero la miras como si lo hicieras. A lo mejor es que no te has atrevido a proponérselo. Pues, para que lo sepas, si es que te preocupa pedírselo, que no te dé palo, porque estoy segura de que ella aceptaría. Vamos, no tengo ninguna duda.

Mario se sorprendió del comentario de la desconocida y, muy en el fondo de sí mismo, tuvo

que reconocer que quizá tuviese algo de razón. ¿Cómo podía haberse dado cuenta esa muchacha en unos minutos si a él ni siquiera se le había pasado por la cabeza esa posibilidad? Y eso que su tío Domingo ya le había preguntado si había conocido a alguien que le hubiese hecho cambiar de idea respecto a Brasil... Pero no había querido admitir que su encuentro de aquella mañana con Pilar estaba en la raíz de su cambio de prioridades, pese a que en algún momento, a lo largo del día, había comprendido que aquella vecina le atraía más de lo que se podía suponer por el nulo trato que había entre ambos. ¿Cómo podía haber estado tan ciego? Si hasta la joven que se sentaba a su lado se había percatado con unas simples miradas... ¿Y Pilar? ¿Se habría dado cuenta? Si así era pensaría que estaba loco, que era un enfermo. A lo peor lo tomaba por un tipo raro y decidía ignorarlo en el futuro. ¡No! ¡Era evidente que no! Porque si pensara mal de él, no habría aceptado que les acompañase al hospital. Quizá Carla tuviese razón...

—¿Qué? ¿Ya lo has rumiado bastante? ¡Mira que sois tontos los hombres! ¡Es que a veces parecéis marcianos! —comentó Carla, sonriente—. Me parece increíble que no te hubieses dado cuenta de que tu vecina... por cierto, ¿cómo se llama?

—Pilar.

—Pues eso, de que Pilar te hace ojitos.

—¡Si hemos hablado por primera vez esta mañana...!

—¿Y qué? ¡Seguro que os habéis visto muchas veces antes! ¡Anda, que a vuestra edad...! ¡Menudo par de pasmarotes! ¡Mira, esa es mi hermana! Voy a ver qué me cuenta.

Carla se levantó presurosa, dejando en el asiento de al lado sus pertenencias, mientras se acercaba a una mujer que acababa de asomarse por la puerta de los boxes y que debía ser algo mayor que ella, pero no demasiado, compartiendo ambas un claro aire de familia, tanto en la complexión como en algunos rasgos de la cara. Mario observó cómo hablaban en voz baja y cómo la mayor acarició el brazo de la más joven en un gesto protector. Solo permanecieron juntas unos minutos. En seguida, Carla se dio la vuelta para volver a su asiento, mientras su hermana se dirigía, de nuevo, al interior de la zona de urgencias.

—¿Malas noticias? —preguntó Mario, anticipando la respuesta solo con verle la cara y el brillo acuoso de los ojos.

—Las peores. No es que no nos lo esperásemos, la verdad. Si lo que no sabemos es cómo ha aguantado tanto. Estas últimas semanas ha ido empeorando mucho, pero no ha querido saber nada de médicos. Decía que no quería perder el poco tiempo que le quedaba en una cama de hospital, que ya vendría al final, para no morirse en casa, no fuera a entrarle la tentación de quedarse por allí como alma en pena y nos molestara con su presencia. ¡No te rías! —se interrumpió al ver sonreír a Mario—. ¡Ya sé que suena ridículo! Pero ella cree en esas cosas de los muertos y los aparecidos. Fíjate que, desde que tengo uso de razón, siempre he conocido una palomita encendida en su mesita de noche, frente a una estampa del Sagrado Corazón, del que es muy devota.

—¿Una palomita? ¿A qué te refieres, a un tipo de vela o algo así?

—¡Algo así! Seguro que nunca has visto nada igual. Mira, pone un vaso con agua y, arriba, una capa de aceite en la que coloca una pequeña mecha que ha hecho pasar por un botón. Dice que antes se vendían ya preparadas y que, en lugar de botones, usaban una especie de círculo con un agujero central. Hace años que ya no puede encontrarlas, así que se las fabrica ella. El botón flota en el aceite que alimenta la mecha y esta puede arder sin peligro. Curioso, ¿verdad?

—¡Mucho! Nunca había oído hablar de nada parecido.

—Cosas de pueblo, supongo. El caso es que siempre he conocido una encendida en mi casa.

—¿Por qué?

—Por un hermanito que tuvimos y que se murió de recién nacido, según parece. Mi mamá decía que la palomita era para que el Sagrado Corazón lo protegiese, donde quiera que estuviera. Yo, cuando era pequeña, siempre le decía que si ya estaba en el cielo o en el limbo de los inocentes, para que necesitaba más protección y ella me contestaba que, incluso allí, nunca está de más que se acuerden de ti. ¡Tonterías! Supongo que, en realidad, era un modo de mostrar su tristeza por el hijo perdido. De hecho, creo que mi padre siempre tuvo la pena de no haber tenido otro hijo varón. ¡En fin...! ¡Que las chicas no éramos lo mismo...! Aunque, no te creas, que a mí me gusta el fútbol, las carreras de coches y todas esas cosas. Pero... ¡no es lo mismo, me figuro! Por lo menos para mi padre no debía serlo.

—Lo de tu hermano a lo mejor explica que tu madre quisiera creer en aparecidos o fantasmas o lo que quiera que sea, ¿no?

—Eso me imagino... Bueno, no sé, la verdad. Lo que está claro es que no quería morir en casa para no fastidiarnos. Yo, que me gusta pincharla, siempre le digo que si tiene ese miedo es porque sabe que ha hecho algo mal y le preocupa volver para intentar arreglarlo.

—¿Y qué te contesta?

—¡Que seguro! Que todos hacemos cosas mal que nos gustaría arreglar aunque fuese después de muertos.

—¡Pues no le falta razón!

—¡Desde luego que no!

Carla se quedó callada de pronto y Mario no se atrevió a molestarla. La muchacha quizá estaba a punto de perder a su madre y comprendía que, por mucho que pareciese haber tenido tiempo de aceptar la situación, nunca se sabe cómo se va a reaccionar cuando llega el momento. Miró hacia adelante, hacia Pilar, que seguía hablando con su cuñado, dándose cuenta de que la conversación con su compañera de asiento había captado tanto su interés que, durante unos minutos, se había olvidado de ella. Pensó que cada vez se entendía menos. Justo cuando había aceptado que su interés por Pilar era mayor de lo que se podía figurar, cuando ella se encontraba en una situación tan vulnerable y era tan importante que él satisficiera sus expectativas, justo entonces, parecía distraído con la conversación de una desconocida. Como si sintiera su mirada, Pilar se giró hacia él y cerró los ojos, suspirando. Estaba al límite, sintió que quería decirle, y él trató de insuflarle ánimos con una sonrisa.

—Tu amiga está de los nervios; parece dispuesta a saltarles a la yugular en cualquier momento —Carla se había dado cuenta de su intercambio de gestos y parecía haberlos interpretado igual que él mismo—. Debe ser duro no saber a qué atenerse. Yo por lo menos eso lo tengo claro.

—¿Se va a quedar ingresada tu madre esta noche, Carla?

—¡No, qué va! Ya ves si está rara que ahora no se quiere quedar. Con todo lo que ha insistido en que no se quería morir en casa, ahora, que está tan mal, dice que tiene que volver a casa un par de días. Que necesita un par de días más. ¡Ya me dirás tú para qué! ¡Si hasta quiere que le den algo para aguantar, ella, que estaba tan harta de tratamientos que solo se tomaba cosas para aliviarse el dolor y los síntomas más molestos! ¡A ver quién la entiende!

—Cuando uno está tan mal quizá se pierde un poco el rumbo. No debe ser fácil aceptar que te vas; sobre todo si todavía eres joven y crees que te podrían haber quedado unos cuantos años por delante.

—¡No, no! No es eso. Ella lo tiene asumido desde hace bastante. ¡Pero no sé qué le puede estar pasando por la cabeza ahora!

—Entonces, ¿vais a dejarla salir del hospital?

—¿Dejarla? ¡No conoces tú a mi madre! A ella no se le puede prohibir hacer nada. Si ha decidido no quedarse aquí y aguantar dos días más, pues seguro que los aguanta. ¡Buena es ella!

—¡Carla! Por mucho carácter que tenga, hay cosas sobre las que uno no puede decidir, ¿no crees?

—¡Mi madre sí! ¡Te lo aseguro!

—¿Qué vais a hacer, pues?

—Creo que le están poniendo oxígeno y unos goteros. Luego le colocarán unos parches y la dejarán salir bajo su propia responsabilidad. Mi hermana me ha dicho que tenemos para un par de horas y nos podremos ir a casa. Aún puede ser que, al llegar, me haga abrir la peluquería.

Algo en el interior de Mario saltó como un resorte. Su tío Domingo le había dicho que tenía una hermana enfermera y otra peluquera y que su madre tenía una grave enfermedad... ¿Sería Carla su hermana pequeña? ¿Podría el azar haber decidido por él?

—¡Mario! ¿En qué estás pensando? Mira, se van.

Mirando hacia adelante comprobó que, en efecto, Pilar se había levantado y, junto a los familiares de su ex, se habían acercado a los chicos. Estuvieron hablando durante un rato y, pese a las evidentes negativas del muchacho, su tío y su abuela se lo llevaron del hospital tras abrazar a su madre. La niña parecía no tener voluntad propia, limitándose a hacer lo que le ordenaban. Tras acompañarles a la puerta de salida, Pilar volvió hacia el final de la sala y se acercó a ellos. Mario se incorporó, pero ella le hizo un gesto con la mano y, tras dar las buenas noches a Carla, hizo ademán de sentarse a su lado, obligando a Mario a ocupar el asiento en que había depositado su abrigo.

—Pilar, esta es Carla. Está aquí por su madre.

—¡Encantada! Bueno no sé si es la palabra más adecuada en esta situación, pero no se me ocurre otra —contestó Pilar.

—¡No te preocupes! Aquí todo es muy raro; hasta la manera de ser educados parece ridícula, la verdad. Bueno, tú lo sabrás mejor que yo, que eres enfermera, ¿verdad? Estarás acostumbrada a estas cosas.

—¡Sí, así es! Enfermera.

—¿Por qué no lo dices en recepción, a ver si te dejan entrar y te enteras de algo? Aunque no trabajes aquí, seguro que lo tienen en cuenta. A lo mejor, al saber que eres de la profesión, te informan de cómo están las cosas. Lo peor es la espera...

—¡No, no quiero molestar! ¡Bastante trabajo tienen ya los pobres! Hay que dejarlos a su ritmo. Si no dicen nada es porque no lo tienen claro.

—¿Y eso no es buena señal? —Carla parecía decidida a animar a Pilar.

—No necesariamente.

—Mi hermana también es enfermera y trabaja aquí; ahora está por ahí dentro como acompañante de mi madre, pero cuando salga...

—¡Gracias, de verdad! Pero no es necesario que la molestes. No te preocupes. Estoy bien. Además, ya sé lo que me van a decir. Solo espero que no tarden mucho, por los niños. He conseguido que mi cuñado se los llevase a cenar algo a la cafetería; así descansarán un rato, por lo menos. No me gustaría que se pasaran media noche aquí, esperando, para descubrir al final que su padre ha muerto. Mejor que la espera sea corta.

—Nunca se sabe qué es mejor en estos casos —contestó Carla—. A veces el tiempo ayuda a hacerse al ánimo.

—El tiempo detenido, en suspenso, puede que ayude a aceptar la situación, pero no deja de ser una tortura que me gustaría ahorrarles a mis hijos; si pudiera, claro. Ya hemos tenido mucho de

eso en casa y no es bueno; sé de lo que hablo y de verdad que no lo es. Quizá para nosotros, para los adultos, lo sea. Puede ser. Pero para unos críos, no, para nada. Es una... ¡una putada! ¡No se me ocurre otra palabra mejor! Para ellos todo es más lento; el futuro está más lejos, casi es inalcanzable. Y obligarlos a reflexionar siempre sobre el mañana, convertirlo en cercano, aproximárselo, es robarles su inocencia, su confianza en la vida. No. ¡No quiero que sigan viviendo en suspenso, a la espera del dolor! ¡Ojalá me digan algo pronto, antes de que vuelvan!

Mario y Carla se miraron mientras Pilar se levantaba para ir al servicio. Había hablado con tanta vehemencia que era evidente que no se trataba de una afirmación hecha a la ligera en el arrebatado del momento. Allí debía haber algo más, sin duda.

—Tu amiga Pilar ha debido pasarlo muy mal, según parece —afirmó Carla, resumiendo el pensar de ambos.

—¡Sí, eso me temo! Aunque ya te he dicho que hoy hemos hablado por primera vez, así que no estoy al tanto de los detalles de su vida.

—Ni se te ha ocurrido preguntarle a los vecinos, ¿verdad? ¡Por supuesto que no! No hace falta que contestes, con la cara que has puesto ya lo has dicho todo. ¿Y cómo te has enamorado de ella? ¿De cruzártela por la calle? Bueno, perdona. Pensarás que me meto donde no me importa, pero es que alucino.

—Todavía no tengo claro que esté interesado en ella, la verdad, así que menos lo estoy de pensar que me haya enamorado. No soy enamorado, si quieres que te sea sincero. Bueno y, aunque no hace falta que te perdone, sí creo que eres un poco... entrometida, quizá. En fin, pero por eso nos hemos puesto a hablar, ¿no? Porque te gusta curiosear en las vidas ajenas. ¡Venga, déjate de hacer gestos! Si sabes que tengo razón.

—¡Y tú, déjate de estupideces y contéstame o mándame a la mierda! ¡Pero no te enrolles, que va a volver!

Mario tuvo que confesarse que se estaba divirtiendo; que si no fuera por la situación en que se encontraban ambas mujeres, podría haberse hasta echado a reír. Aquella joven desenfadada le provocaba una curiosa sensación de irrealidad, lo convertía en actor de un insensato sainete que nada tenía que ver con su carácter serio y reflexivo. Lo desarmaba, destruía las barreras de discreción y privacidad que con tanto empeño había levantado a su alrededor durante años. Y era consciente de ello, por lo que no le sorprendió escuchar su voz.

—Nos encontramos todas las mañanas en el ascensor. Hoy, por primera vez, a cuenta de un incidente en la calle, hemos charlado y nos hemos tomado un café juntos. Y ahora, conforme te lo cuento, me parece completamente ridículo.

—¡Vaya, un poquito sí lo es! ¡Para que nos vamos a engañar! Si esas cosas solo pasan en las películas... Muy normal, muy normal, que se diga, no es, pero, de todos modos, yo lo entiendo; eso de interesarse por alguien a quien solo saludas todos los días, quiero decir. Tengo una cliente que nunca cuenta nada de su vida. Viene cada jueves, muy educada y amable. Siempre se peina igual, desde que yo recuerdo y eso que empecé a trabajar como aprendiz de mi madre hace más de quince años, así que ya ves si ha llovido desde entonces. Y no he logrado saber nada de ella. Nadie en el barrio sabe nada. Nunca se le ha escapado ni una sola palabra sobre su vida y ¡mira que eso es difícil! Pues yo me levanto cada jueves con la ilusión de que ese será el día en que logre romper su coraza y descubra algo; luego, cuando me acuesto sin haber tenido éxito, empiezo ya a trajinar, a idear la manera de conseguirlo al jueves siguiente. Así que me entretengo la semana inventándome discursos: si digo esto, ella dirá aquello; si respondo así, no tendrá otro remedio que contestarme de esa manera. Como si las semanas solo existieran para verla entrar cada jueves, con su *¡Buenos días! ¿Tenemos tiempo ahora para lavar y marcar?* Si alguna vez no

acude, me preocupo muchísimo, convencida de que le ha pasado algo.

—A mí me ha pasado algo parecido con Mario —contestó Pilar para sorpresa de Carla, que no se había dado cuenta de que había regresado mientras ella hablaba de su clienta, con la mirada fija en el suelo—. Todos los días nos encontrábamos en el ascensor, ¿verdad? Pero si alguno no coincidíamos, parecía que me faltase algo, aunque no supiera por qué. Y hoy, cuando hemos cruzado más de dos palabras, he tenido la sensación de que nos conociésemos desde hacía mucho. Supongo que a veces pasa eso, ¿no? Que te encuentras con alguien tantas veces que, al final, es como si le conocieses de toda la vida. ¿A ti no te ha sucedido igual conmigo, Mario?

—Pues sí, lo cierto es que sí. Me he acostumbrado tanto a cruzarme contigo cada mañana que algunos días, si no parabas el ascensor, volvía a subir para darte tiempo a salir. Los dos somos muy puntuales, me parece, y eso ayudaba bastante. Pero si algún día no aparecías en esa segunda oportunidad me sentía apesadumbrado. Como si las cosas no fuesen a salirme bien.

—¡Hay que fastidiarse! ¡No te hacía supersticioso, Mario! ¿Y tú, Pilar? ¿No te parece que es demasiado estirado y que no le va creer en esas tonterías? —preguntó Carla, buscando su complicidad.

—Sí; he de confesar que siempre me pareció un poquito estirado —respondió Pilar, riendo—. Hasta hoy, ¿eh? Que conste que ganas con el trato, Mario. Una vez que hemos hablado, he cambiado mi opinión de ti. Ahora sé que no eres nada estirado. Solo muy educado, muy de la antigua escuela. Y ya te he dicho esta mañana que eso me encanta.

—¡Sí! Es verdad que gana en las distancias cortas —contestó Carla.

—¡Hombre! Muchas gracias a ambas. ¡Hay que ver, Pilar! Yo preocupándome por si me tomabas por un psicópata o algo parecido y a lo más que llegabas era a considerarme un tipo engreído... ¡En fin! ¡Más vale así!

—Creo que voy a buscar algo de beber. ¿Qué os apetece? Conozco una máquina que funciona bastante bien —comentó Carla, incorporándose—, así que no se te ocurra decir que vas tú, en plan tío servicial, porque no sabes dónde está y no pienso decírtelo. Es información confidencial. ¿Qué te traigo, Pilar? ¿Un cappuccino? No son de morirse, pero tienen un pase; sin embargo, el expreso es vomitivo. ¿Vale, entonces? ¿Y tú, Mario, quieres otro?

—No, nada gracias. He cubierto mi cupo de cafeína. ¿Seguro que no quieres que vaya yo?

—¡Seguro! Necesito moverme. Llevo demasiadas horas sentada y me va a dar algo si no me estiro un poco.

Mientras Carla salía de la sala, Pilar se dio cuenta de que la joven había conseguido que olvidase la razón por la que estaba allí, pero, en lugar de sentir remordimiento alguno, agradeció que hubiese logrado distraerla, pues ahora volvía a sentirse capaz de controlar la situación, dueña otra vez de sus reacciones.

—Que mujer tan sorprendente, ¿verdad? Es avasalladora.

—¡Sí, así es! —Mario la había seguido con la mirada—. Sorprendente.

* * *

De vuelta en casa, no mucho tiempo después, Pilar intentó recordar los acontecimientos de aquellas horas previas que parecían haberse diluido en la tenue fragilidad de una espera interrumpida con brusquedad por una noticia, no por esperada, menos dolorosa. Se le habían escapado momentos de su vida, fragmentos perdidos entre retazos de recuerdos confusos e

inconexos. ¿Cuándo le rogaron que entrase en boxes? ¿Cuánto tiempo transcurrió hasta que se encontró junto a la camilla en que descansaba Paco? ¿Pasó más de un instante a su lado?

Las preguntas se le agolpaban tras los ojos cerrados mientras oía el ritmo cada vez más sosegado de la respiración de Silvia, por fin dormida. Había tardado una eternidad en convencerla, en conseguir que aceptara la necesidad de acostarse, y esto solo había sido posible tras la promesa de quedarse a su lado. Juntas las dos en la cama de su hija, como hacía años, cuando todavía era una niña que disfrutaba con los cuentos de su madre, que se despertaba angustiada con aquellos terrores nocturnos que exigían las caricias maternas para desvanecerse, que disfrutaba contándole sus alegrías diarias y no dudaba en explicarle sus preocupaciones. Juntas como antaño, con la misma lamparita encendida y los peluches mirándolas, ahora, desde los estantes a que habían sido relegados con valentía, próximos, no obstante, para sentir su amparo, su presencia cercana, reconfortante. Con su hija abrazada a su pecho mientras el llanto perdía las lágrimas y el sueño avanzaba despacio, sin lograr desterrar el hipo, los suspiros entrecortados que poco a poco se espaciaban en el tiempo, apaciguándose.

Así, doloridos los músculos del brazo con que no había dejado de acariciar el cabello de su hija, cansada la voz de tanto repetir las mismas palabras de consuelo, Pilar intentaba recuperar las horas pasadas en el hospital; porque el hilo que unía los sucesivos instantes que conformaban el devenir se había hecho añicos, roto en mil pedazos, dejándola con imágenes aisladas que necesitaba ordenar, reconstruir.

Lo último que recordaba con claridad era que aquella mujer Carla, se había ofrecido para traer un café. ¿Habría llegado a tomárselo? A partir de su invitación ya nada tenía sentido. El chirrido de la puerta de boxes se confundía con el gemido de un niño y las palabras de su madre. Había un doctor mayor, con un pijama verde, pero también otro de bata blanca y cabello rubio; y una enfermera corpulenta que la cogía de los hombros con suavidad mientras la acompañaba por el pasillo. Quería explicarle que también ella era enfermera, que podía hacerse cargo de la situación, que sabía lo que podía esperar, que no se preocupase. Pero no se acordaba de si había llegado a decir algo o se había limitado a dejarse llevar, obediente, incapaz de articular palabra.

Se recordaba sentada en una silla muy rígida y volviendo a la sala de espera, buscando con los ojos a su alrededor. Abrazada a sus hijos, oyendo el gimoteo de su suegra, sintiendo el abrazo de Antonio, la mirada de Mario.

Y entre todas esas escenas se intercalaba, una y otra vez, la imagen de Paco, muy pálido, muy solo, en una habitación de azulejos blancos, cubierto hasta los hombros por una sábana que aún tenía las marcas de la plancha claramente visibles. Se rememoraba siguiendo las líneas rectas, alineadas, con un paralelismo perfecto, desde los pies hacia el torso, donde se perdían en el embozo, formando allí un ángulo oblicuo. Le resultaba extraño poder reconocer su angustia, en ese instante trágico, al no ser capaz de determinar cómo se llamaba ese fenómeno por el que la luz se desvía al entrar en un líquido. Tenía bien presente la imagen del libro de texto de Silvia en el que por última vez lo había estudiado, pero se le escapaba el nombre. Y lo necesitaba. Era imprescindible encontrar la palabra, poder designar de manera precisa esa realidad que veía reflejada en el trazo firme dejado por la lavandería en la sábana y que se desviaba al doblarse con cuidado bajo el cuello de Paco. Se veía allí, junto a la camilla, inmóvil, inquieta por su débil memoria y, enseguida, otra vez estaba afuera, abrazada a sus hijos.

Pero ¿cómo había podido preocuparse por no encontrar ese término en el que llevaba años sin pensar? ¿Cómo podía haber sentido un alivio tan grande cuando, más tarde, camino de casa, en el coche de Mario, había logrado recordarlo? *Refracción*. El vocablo había llegado de pronto a su cabeza, con tanta fuerza que lo había pronunciado en voz baja. *Refracción*. ¿A cuento de qué le

importaba? No podía explicarlo ni explicárselo a nadie. Porque nada podía justificar la sensación de paz que había sentido después de que le viniese a la cabeza. ¿Cómo excusar que esa hubiese sido su única preocupación ante el cadáver de Paco?

Algo debía haber olvidado. Sí. Tenía que haber olvidado algún episodio intermedio que se había perdido en ese ir y venir en el tiempo, en ese salto inconexo en que se habían convertido aquellas horas. Pero no lograba recordar nada más. Nada. Ni si habían pasado allí horas o minutos; ni cómo habían decidido volver a casa; ni qué había sido de su suegra y su cuñado. Nada.

Suponía que Antonio se habría hecho cargo de todos los temas prácticos y se imaginaba que lo habría consultado con ella. Pero, por más que se esforzaba, no se acordaba de nada. Nada. ¿Dónde debía acudir mañana? ¿A qué hora? ¡Dios! ¡Debía haberse vuelto loca! No encontraba otra explicación para esas jugarretas de su memoria, para la incongruencia de sus recuerdos, para esas líneas abruptas, tajantes, de la plancha en la sábana blanca que una y otra vez acudían a su cabeza. Para esas marcas inexorables que lo llenaban todo y la dejaban vacía. Sin nada.

* * *

De vuelta en casa, no mucho tiempo después, Mario trataba de decidirse entre una ducha caliente o un whisky con hielo. No sabía qué necesitaba más, qué le ayudaría más a encontrar un sueño que había perdido hacía horas. Por fin decidió que ambas opciones no tenían por qué ser excluyentes. Primero se tomaría un vaso generoso de su Malta preferido y después dejaría que los energéticos chorros de su ducha masajearan su cuerpo tenso y agotado.

Se sentó casi a oscuras, en silencio, en su sillón preferido, cerca del balcón en el que crecían unos frondosos arbolitos, bien cuidados y recortados, que se había decidido a colocar allí para engañarse la vista desde la altura de su asiento favorito. No recordaba su nombre y tampoco le importaba. Recostado en el lugar en el que pasaba algunos de sus mejores momentos de descanso, lograba ver solo su esbelto tronco y sus densas copas, de un oscuro verde brillante, ocultando la fachada de enfrente, la ropa tendida en los balcones, las maquinarias de aire acondicionado que salpicaban aquí y allá sus ladrillos rojos. No le molestaba haber olvidado el nombre de aquellas plantas. Lo esencial era su presencia allí, lo que para él representaban, lo mucho que le alegraban la vista; tanto, que había exigido que su cuidado se hallara entre las prioridades de su asistenta. Como así era.

Ahora, apenas distinguía su contorno a la débil luz de las farolas de la calle. En la finca de enfrente, todos dormían. O quizá hubiese algún noctámbulo como él, a oscuras, a solas con sus pensamientos. Aspiró el aroma a musgo de su vaso antes de dar el primer trago y dejar que el licor descendiese despacio desde su boca hacia su garganta, calentándole las entrañas y dejándole un regusto seco, a tierra áspera, en el paladar.

Si cerraba los ojos podía recordar el momento en que Carla volvió con sus dos vasos de plástico humeantes, sin llegar a darle el suyo a Pilar pues, justo en el instante en que se acercaba a ellos, se requirió la presencia de los familiares de Francisco Bermúdez desde las puertas de entrada al servicio de urgencias. Pilar se apresuró a acercarse a la enfermera que pronunciaba ese nombre, dejando que su bolso y abrigo, que descansaban sobre sus rodillas, cayesen al suelo, como si hubiese olvidado su existencia, cruzándose con Carla en el pasillo, pero sin dar muestras de reconocerla.

Mario aceptó los dos vasos calientes que le tendía Carla, sin decir palabra mientras la joven recogía las pertenencias de Pilar y pasaba por delante de él, en busca de su asiento. Luego, ella le

cogió uno de la mano y ambos se tomaron aquel brebaje infame pero caliente en silencio. Al principio solo notó el calor del líquido en los labios y la garganta; pero, luego, a punto de acabárselo, su regusto dulzón le provocó una mueca de disgusto que no pasó desapercibida a Carla.

—¿No te gusta? Aunque no te lo creas, es un cappuccino. Así lo venden, por lo menos. No sé ni cómo se atreven a llamarlo así, la verdad, pero te aseguro que cualquiera de las otras opciones que ofrece la máquina es bastante más asquerosa.

—¡No te preocupes! Es que está muy dulce. Suelo tomar el café solo o con muy poco azúcar. Pero no está tan mal, para ser de máquina. La culpa es mía, que soy poco goloso. Gracias de todas formas, que no sé siquiera si te he agradecido el detalle.

—No, si estabas en otro mundo. Creo que ni te has enterado de que te lo estabas tomando. En realidad era para Pilar pero, cuando te lo he ofrecido, lo has aceptado sin más, sin ni una duda. Como un niño que se toma su jarabe sin rechistar.

—¡Ya! Estaba distraído, pero gracias. En serio. Me ha venido bien algo caliente.

—¡No hay de qué! Pero cuando esta noche no puedas dormir, no me eches la culpa, ¿vale? Con eso me conformo.

—Sí, creo que me va a costar. Con tanta cafeína... He perdido la cuenta de los cafés que llevo en el cuerpo desde esta tarde.

—Pues te va a hacer falta estar espabilado, de todos modos. ¡Mira! Ahí vuelven los hijos de tu vecina.

—Voy a explicarles que su madre está dentro. Ahora vuelvo.

Mario se había acercado al grupo familiar con una cierta aprensión. No estaba acostumbrado a ese tipo de escenas y sentía una gran compasión por esos muchachos que quizá perderían a su padre aquella misma noche. La niña se abrazaba a su hermano, rechazando el consuelo de la abuela, tratando de aferrarse a ese mundo más cercano, más habitual, que el joven representaba. Y el chaval, tan alto, tan serio, arropaba a su hermana pequeña con su brazo delgado, mirando al frente, hacia adelante, como si buscara una salida, una puerta de escape que sin duda debía existir más allá, oculta en el fondo de una realidad que lo acosaba.

—Han llamado a vuestra madre hace unos minutos. Hay que esperar.

No pudo decir más, aunque era mucho lo que en realidad desearía haberles dicho.

La mirada inquisidora de la abuela lo traspasó como queriendo indicarle que su sitio no estaba allí, fuera cual fuese su relación con su nuera. Mario sospechó que la anciana había interrogado a sus nietos, buscando detalles de un vínculo que los muchachos no podían darle. Pero para ella todo era evidente; él no era sino el sucesor de su hijo, el que intentaba ocupar su puesto, despojarle de sus derechos. Por si su mirada no fuese bastante elocuente, le dijo:

—Ha sido usted muy amable, pero no es necesario que se quede.

Mario iba a contestar algo educado aunque contundente, pero no hizo falta. Francisco se adelantó.

—¡No! ¡Por favor, quédese! Mamá se lo agradecerá mucho.

—¡Sí, sí! No te vayas, por favor. Vas a llevarnos a casa otra vez, ¿a que sí? —Silvia había salido de su apatía para agarrarle del brazo con urgencia.

—¡Claro! No os preocupéis. Por supuesto que me quedo. Tranquilos.

Hubiese querido llenar sus palabras de más significado, de una mayor complicidad, pero solo le alcanzó para acariciar la mano de Silvia, que todavía se aferraba a su chaqueta, antes de que la abuela empujase a los chicos hacia unos asientos libres que había a su derecha. Antonio, el tío, consciente quizá de la grosería de su madre, le dio las gracias e hizo un gesto con la cabeza, como

pidiendo disculpas, como intentando justificar a la anciana.

Mario volvió a su asiento, aliviado y consternado a un tiempo.

—Es un poco bruja la vieja, ¿verdad? —Carla, siempre tan directa, le arrancó una sonrisa.

—Un poco... bastante.

—Se debe figurar que eres el ligue de su nuera y eso siempre escuece.

—Eso me ha parecido. Pero, ya ves, sin motivos.

—¡Tío, eso tampoco es así! Las cosas como sean...

Pero Carla no pudo explicar cómo eran porque en ese momento reconoció a su hermana saliendo de boxes. Agarrada a su brazo colgaba una mujer alta y demacrada. Mario contuvo la respiración pensando en quién podría ser aquella señora que llevaba la enfermedad escrita en el rostro, si las coincidencias pudieran ser algo más que eso, algo más que mero azar. Mientras Carla se acercaba a ellas y abrazaba a su madre, mientras él se reprendía por un espíritu novelero que se desconocía, volvió a abrirse la puerta de boxes para dejar paso a Pilar, quien salió en silencio, buscando a su alrededor con la mirada.

Mario se incorporó. También su familia, unas filas adelante. Pero, aparte de ese movimiento, el tiempo pareció detenerse, colgar del vacío mientras Pilar avanzaba despacio hacia sus hijos.

Mario todavía sentía ese tiempo en suspenso en el que no recordaba haber percibido sonido alguno, como si el aire no transmitiese ninguna onda; como si, de pronto, todos se hubiesen callado, silenciado las conversaciones musitadas. Detenidas, ignoradas las voces, los crujidos de las sillas, el rechinar de los goznes. Sí. En suspenso.

Solo así podía explicarse cómo había sido capaz de captar hasta el último y más nimio detalle de dos escenas simultáneas, separadas apenas por unos metros. Las caricias de Carla hacia su madre; las valientes sonrisas de esta; el momento en que las tres mujeres se acercaron a él para que Carla recogiese su abrigo, cuando la joven le presentó a su madre antes de despedirse, el instante en que él le tendió una tarjeta de visita que acababa de sacar de su cartera y en cuyo dorso había garabateado el número de su móvil.

—Por si alguna vez te apetece o me necesitas —había dicho—. ¡Lláname!

Sin atreverse a añadir que le gustaría acudir al funeral, al entierro. Sin atreverse a suponer que tal vez volverían a encontrarse en el futuro.

—¡Claro que te llamaré! En cuanto me entere de lo de la parejita y el condón —contestó con un guiño.

Solo sus voces en la sala. Ningún otro sonido que lo distrajese de los rasgos de la mujer desahuciada, en los que buscaba no sabía qué reflejo de sí mismo. El tiempo en suspenso cuando se despidió de ella dándole la mano. Su apretón enérgico, de una sorprendente firmeza para una mano tan débil, tan blanca, tan delgada. Sus ojos profundos, hundidos, que lo miraban desde muy lejos y en los que él intentó encontrar una respuesta que ella no podía sospechar.

Y, a la vez, muy cerca, Pilar, que se abrazaba a sus hijos. No podía oír su voz, pero reconocía su mensaje. Era capaz de intuir lo sucedido, aunque no oyese los gemidos de la suegra, el llanto de la hija, las palabras de consuelo del cuñado, el silencio del hijo y de su madre. El tiempo en suspenso. Suspendido. Y él, testigo privilegiado de ambas escenas. Partícipe apenas.

Ahora, sentado en la penumbra de su casa, paladeando su segundo whisky, se preguntaba cuándo se sentiría con fuerzas para acostarse y enfrentarse a la acogedora calidez de su cama. Mañana ya era hoy. Ahora, casi. Y era mucho lo que le esperaba. Tenía que afrontar el futuro y encontrarse con un pasado que le habían robado. Pero se sentía dispuesto. Deseoso incluso de hacer aquellas llamadas telefónicas que le cambiarían la vida.

Buscaba las palabras apropiadas, anticipando los discursos que pronunciaría en breve,

cuando oyó unos golpes en la puerta. Sobresaltado, se incorporó de un salto y se acercó a abrir con la certeza de que solo podía ser Pilar.

—¡Buenas noches, Mario! No te he despertado, ¿verdad? No sé por qué, pero estaba segura de que aún no te habrías acostado.

—Pues tenías razón. Me estaba tomando una copa. ¿Va todo bien?

—¡Sí, sí! Todo bien, pero necesitaba preguntarte algo que no podía esperar. Por eso me he atrevido a molestarte a estas horas. Perdóname. No suelo ser tan pesada.

—¡Calla, mujer, calla! Venga, siéntate y dime qué te preocupa. Bueno... a lo mejor te apetece tomar algo.

—No sé... ¿Tú que tomas?

—Un whisky. Pero puedo prepararte algo más suave, un zumo o una infusión. Lo que te apetezca, si es que lo tengo en casa, por supuesto.

—¡No, no! Está bien. Otro whisky para mí. Hoy puedo permitírmelo, ¿verdad?

—Yo diría que casi se trata de una prescripción facultativa. Siéntate donde quieras que ahora vuelvo.

Mario sirvió un vaso con mucho hielo y, después de mirar a Pilar, decidió añadirle algo de seltz.

—Toma, Pilar. ¿Quieres que encienda alguna luz más? Me gusta sentarme casi a oscuras, pero si tú prefieres...

—¡No, no! Así está muy bien. Gracias.

Mario esperó, paciente, mientras Pilar bebía un sorbo y luego otro. Después se entretuvo en hacer tintinear los cubitos de hielo con la mirada fija en el vaso. Otro sorbo.

—Querrás saber por qué he venido a molestarte a estas horas, ¿verdad? Verás, es que me da hasta vergüenza reconocerlo, pero no recuerdo nada. No sé qué tengo que hacer mañana, a dónde tengo que ir. Hay un vacío que no logro rellenar, por más que lo intento.

—No te preocupes, que eso tiene fácil solución. El... cuerpo tiene que ir al Anatómico Forense y de allí lo recogerá la funeraria. Tu cuñado se encargó de todo. Creo que ya había contactado con alguna empresa porque llamó por teléfono y en apenas media hora apareció por allí un empleado a concretar los detalles. Como no estaba claro cuándo podríais disponer de los restos, decidisteis que la capilla ardiente se instalase en el tanatorio de la M30 a partir del mediodía. El funeral será a las seis. Tú te negaste a velarlo mañana por la noche y eso era lo más tarde que se podía organizar el funeral y la incineración.

—¿Me negué?

—Sí. Fuiste tajante en todo. Solo cediste en que hubiese una ceremonia religiosa porque tu suegra se puso como una loca cuando hablaste de que no hubiese misa, solo incineración.

—¿No quería que le incinerásemos?

—No. Quería enterrarlo con su marido; vaya, junto a su padre. Así que aceptaste la misa y la sepultura, pero en lo de la cremación no admitiste cambio alguno.

—¡Dios! ¡Es que no puedo recordar nada...!

—Fue algo desagradable porque tu suegra es una mujer un poco agria y los chicos estaban por allí, hechos polvo. Creo que por eso fuiste tan tajante. No diste pie a discusiones inútiles. Tomaste la decisión de la hora de la cremación y punto. La urna estará disponible la siguiente mañana y entonces la llevaréis a enterrar junto a su padre.

—¿Y mis hijos? ¿Qué hacían mientras tanto?

—Cuando me pareció que las cosas se estaban poniendo algo tensas me acerqué y los aparté un poco de vosotras. Para que pudieseis concretar los detalles con tranquilidad, les dije.

Francisco, tu hijo, es un chaval muy sensato que enseguida se dio cuenta de lo que pretendía, así que nos fuimos los tres a una fila de más atrás, donde habíamos estado sentados antes. Allí, por lo menos, no os oyeron discutir.

—¡Pobrecillos! Y tú, ¿cómo sabes todo esto?

—Porque estaba pendiente de vosotros. La tensión era evidente. Tu actitud tajante, también. El enfado de tu suegra tampoco se podía ocultar. Y de los detalles me informaste tú.

—¿Yo?

—Sí. Te acercaste. Dijiste a los chicos que fuesen a despedirse de la abuela y, mientras ellos se adelantaban, me comentaste cómo lo habíais solucionado todo. Luego, cuando volvieron, me pediste que os trajese a casa. Si tu suegra hubiese podido fulminarnos con la mirada, creo que lo habría hecho. Bueno, más a ti que a mí, la verdad.

—¡No me extraña! Le quité el protagonismo y no la dejé mangonear. Son dos cosas que no soporta.

—Bueno, y eso es todo, me parece —concluyó Mario, para añadir en seguida—. ¿Quieres otro?

Le había parecido que sus últimas palabras podían dar la sensación de que daba por concluida la conversación y, por supuesto, no era esa su intención. Intuía que Pilar no había ido allí solo en busca de información, deseosa de conocer unos detalles que no había sido capaz de retener en la memoria. Sospechaba que, quizá, ni siquiera ella misma sabía la razón de su visita y deseaba darle la oportunidad de descubrirla.

—¡Sí, gracias! Hacía siglos que no me tomaba un whisky. Nunca me ha gustado mucho, pero este estaba muy bueno, muy suave.

Mientras Mario preparaba dos nuevas copas, la suya apenas cargada, no dejó de observar a Pilar. Estaba rígida e inmóvil. Parecía incómoda, desconcertada casi.

—Toma. ¿Quieres comer algo. Debe haber alguna cosa por ahí. Me parece que no has cenado.

—¡No, no! Está bien así. No tengo hambre. No te preocupes.

Volvió a agitar su vaso haciendo tintinear los hielos contra el cristal. Mario esperó en silencio. Tras un sorbo, Pilar se decidió a hablar.

—Quería pedirte un favor. Pero no quiero que te sientas obligado, ni nada. Si no te apetece, lo entenderé. En realidad, es un marrón muy grande... No tengo derecho a pedirte una cosa así, la verdad... Nos acabamos de conocer...

—¡Déjate de dar vueltas al asunto! ¿Qué quieres?

—¿Podrías acompañarme mañana? No sé cómo hacer frente a todo. No sé qué debo hacer ni por dónde empezar.

—Lo primero sería llamar a vuestros amigos. De la familia de él ya se encargará su hermano, supongo. Pero a ti te corresponde avisar a las personas que quieres que le despidan. Es muy triste descubrir que un antiguo amigo o un colega de trabajo con quien has compartido años de rutina, o un viejo compañero de estudios ha muerto y no has podido decirle adiós, presentarle tus respetos en su funeral. Parece un acto social sin más, pero no lo es. En absoluto. Por eso, a primera hora de la mañana debes informar a todos, para que puedan organizarse el día y acudir al cementerio por la tarde.

—Sí, claro. Ya lo había pensado, pero no se me había ocurrido que debía hacerlo pronto, para pillarlos en casa...

—A veces con unas pocas llamadas es suficiente. Luego cada uno puede informar a su grupo de conocidos si se lo pides. No creas, que no será para tanto.

—¿Me ayudarás?

—¡Por supuesto! Como si quieres que haga yo las llamadas en tu nombre. Solo debo informar a mi jefe de que me tomo un par de días y solucionado.

—No será un problema para ti, ¿verdad? Quiero decir, que no es tan fácil que al jefe no le importe que no vayas al trabajo. No quiero meterte en un lío.

—Tranquila. No hay problema. En este momento puedo hacerlo. Luego ya lo recuperaré. De hecho, ya había pensado tomarme el día libre. Quería zanjar un par de asuntos, pero puedo solucionarlo por teléfono, de momento. Un día de demora no creo que sea relevante, incluso aunque se trate de algo más o menos urgente.

—Antes de todo esto, yo había pensado en visitar mañana a Adolfo, en el hospital. Me parece que está un poco solo.

—Sí. También tenía yo esa intención. En fin, siempre puedo acercarme un rato y explicarle lo sucedido.

Pensó que Pilar parecía estar dando vueltas a algo, pero no acababa de atreverse a plantear lo que en realidad revoloteaba por su cabeza. Otro sorbo. Mario sintió que el tiempo volvía a suspenderse mientras la noche se adelgazaba despacio.

—¿Sabes por qué había comprado pasteles?

Otro titubeo. Y, enseguida, sin darle tiempo a responder,

—¿Por qué tenía algo que celebrar esta noche? Estoy operada de un cáncer de mama y esta tarde me tenían que dar los resultados de unas pruebas porque me había detectado otro bultito en el otro pecho. Pero todo ha sido una falsa alarma. Estoy perfecta. De momento, al menos. Llevaba semanas pensando que me moría y va y se me muere Paco. ¡Qué sinsentido!

Había soltado su discurso de prisa, sin pausa alguna. Como si temiera que, de detenerse, no fuera luego capaz de seguir.

—¿Me has oído?

Un sorbo.

—Sí, claro. Estás bien y me alegro mucho de que así sea. ¿Se lo has dicho a tus hijos?

—No he tenido ocasión. En un momento pensé que les tranquilizaría saber que, por ahora, no me iban a perder también a mí. Pero luego no supe cómo plantearlo sin que les pareciese insensible y egoísta. Después, ni se me ocurrió contárselo.

—Deberías hacerlo. Les ayudaría a serenarse.

—Un cáncer de mama, ¿entiendes?

Un largo trago.

—¡Sí! Una enfermedad terrible, pero no incurable hoy en día.

—Ahora no suelen hacerlo, si se puede evitar, pero en mi caso no me pude librar y me quitaron el pecho.

—Bueno, ¿qué quieres que te diga? Parafraseando a los clásicos, ya sabes, *Nadie es perfecto*. Y recuerda que los clásicos suelen tener razón; por eso lo son ¿no crees? Clásicos, quiero decir.

Pilar sonrió, adelantando su vaso vacío.

—¿Otro?

—No. Hoy no. Necesitas descansar. Voy a anotarte mi móvil y mañana, en cuanto quieras que baje a ayudarte o lo que sea, me llamas. Y ahora, a dormir.

Pilar se dejó guiar a la puerta sin protestar, obediente. Ya con la mano en el marco de la entrada, se detuvo.

—¡Gracias, Mario! Por todo. Ha sido una suerte encontrarte hoy.

Le dio un beso tímido y apresurado en la comisura de los labios.

—¡Por nada! —contestó él, mientras rozaba su mejilla con el dorso de sus dedos.

De nuevo solo, mientras conectaba el despertador y seguía su rutina nocturna habitual, Mario volvió a planificar las conversaciones que le aguardaban. A su jefe, a Matías Cambriles, le pediría unos días libres por asuntos personales y le indicaría que debía buscar a alguien para Brasil, que él no podía ausentarse de Madrid en esos momentos. Lo cual es verdad, pensó. Seguro que se sorprenderá un poco, pero por otro lado, estará encantado de que me quede a su lado. Trabajamos bien juntos. Y seguiremos fumando en el balcón.

A su tío le pediría que diese su número de teléfono a su madre, fuese quién fuese, tanto si ya había coincidido con ella aquella noche como si no. Una conversación telefónica no implicaba nada, se dijo. Después, ya se vería.

—¡Pero bueno! ¿A quién quieres engañar? —se preguntó burlón—. Claro que después se vería; por supuesto que se vería.

En la oscuridad de su dormitorio se dio cuenta de que sonreía.

Lo que no pudo saber es que, dos pisos más abajo, Pilar también sonreía.

Ficha de autor

Sara Mañero es Licenciada en Filología Inglesa y Doctora en Filología Hispánica. Alfonso Martínez de Toledo ha centrado sus estudios y publicaciones académicas desde su tesis doctoral, galardonada por la Real Academia Española. Como traductora, cuenta con publicaciones de textos dramáticos y poéticos, así como adaptaciones teatrales. En el campo de la narrativa, su primera novela, *Mientras sorprendan los días*, supone una incursión en la vida de tres personajes a lo largo de una jornada en la que sus destinos se entremezclan, al igual que presente y pasado. *El sueño del árbol*, la segunda, explora la historia reciente de Filipinas a través de los ojos de un joven gallego cuya vida queda marcada de manera inexorable por su experiencia en las islas. *Atrapando la luz*, la tercera, rinde homenaje a las mujeres que se anticiparon a su tiempo, así como al mundo de la fotografía, en el contexto cambiante de las primeras décadas del siglo XX. *Del sol llegaron sombras*, su cuarta obra publicada, aborda la conquista de Perú desde la mirada del Inca Garcilaso, en el marco de una investigación policial. Cuenta también con diversos relatos publicados.

índice

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

Ficha de autor